

UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGÍA
Doctorado en Sociología

**Acercamientos a la segregación urbana en
Montevideo**

Sebastián Aguiar

Tutora: Verónica Filardo

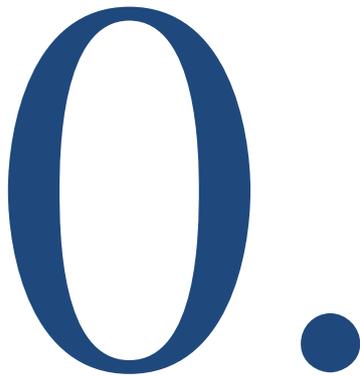
Co-Tutor: Nicolás Guigou

2016

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	4
MARCO TEÓRICO	14
De la experiencia urbana a la perspectiva de la población	16
La Escuela de Chicago	19
El barrio como <i>locus</i> del debate de las “áreas naturales”	23
La mirada estructural	26
La vida de barrio	30
Derivas recientes	35
El paso adelante. Habitar y pluralismo	39
El paso atrás. Simmel: fronteras y conflicto	45
OBJETIVOS Y ESTRUCTURA	51
Objetivos específicos	54
SEGREGACIÓN RESIDENCIAL	56
La estructura urbana de Montevideo	58
Dimensiones de la segregación residencial	59
Segregación de grupos poblacionales en Montevideo	62
Segregación residencial, desigualdad y pobreza	65
La ciudad en los últimos 15 años	70
Configuración urbana de Montevideo	73
Efectos de la segregación.	77
Síntesis del apartado	80
LA PERSPECTIVA DEL HABITANTE	83
El camino	85
Desde las referencias hacia los juegos de lenguaje	89
Cartograffas sociales	96
Hostilidad y malestar urbano	103
Síntesis del apartado	110
MOVILIDAD URBANA	113
Movilidad cotidiana en Montevideo	116
Medios de transporte	120

Fines y objetivos de la movilidad cotidiana	123
Circuitos y recorridos. Mapas cognitivos	126
El miedo como freno al movimiento. Cronotopos: la invasión y el cerco	130
Síntesis del apartado	134
EL LÍMITE	137
Establecidos y marginales	139
Configuraciones y mecanismos	147
El modelo	157
Justicia y víctimas	159
Síntesis del apartado	167
IDENTIFICACIÓN HOSTIL	169
Segregación residencial y grupos de edad en Montevideo	172
Relaciones geográficas, económicas y de edad en la segregación residencial	174
La perspectiva del habitante: los jóvenes como problema	177
Establecidos y marginales	181
Ellos y nosotros I. Extranjeros	184
Ellos y nosotros II. Bárbaros	187
Victimarios y víctimas	193
Síntesis del apartado: hostilidad y víctimas de la segregación	196
CONCLUSIONES	201
Segregación residencial	204
Perspectiva del habitante	208
Movilidad urbana	212
Mecanismos de limitación	215
Identificación hostil	218
La segregación urbana	222
Epílogo. La hospitalidad	227
ANEXO 1. SEGREGACIÓN RESIDENCIAL, 25 CIUDADES DE URUGUAY	235
Algunas explicaciones iniciales	238
Índices y dimensiones de la segregación	241
Segregación residencial “espacial” y “social”.	249
Análisis específicos	256
BIBLIOGRAFÍA	264



PRESENTACIÓN

La noción de segregación es de uso frecuente; como es usual en ciencias sociales cabe dar un paso atrás, detenerse antes de comenzar, en una definición que permitirá situar también este trabajo.

En cuanto verbo segregar es la acción de dividir en partes, que deriva de la existencia de una diferencia y la hace operativa, e implica la constatación de desigualdades en un conjunto y la distinción entre sus elementos.

Hay también otro ingrediente en la palabra, otra acepción que la ocupa y connota: segregación, como secreción, apunta a que se expulsa, se pone fuera, un elemento (antes) interior. Es una maniobra entonces a la vez de distinción y destierro, emparentada con el proceso analítico de “separar para ordenar” y asociada con cierta violencia, con una acción de limpieza, de depuración mediante la exclusión.

Es un concepto además relevante en la reflexión social, como indica la procedencia del griego *grex* (rebaño, grupo, conjunto de elementos, o propiamente “juntos”), con a su vez otros dos polos significantes. De una parte, la segregación como gesto activo de dominación y rechazo de unos sobre otros, con las dimensiones racial, religiosa, sexual o económica como elementos de distinción más frecuentes y el *apartheid*, el genocidio o el gueto como radicalizaciones. Segregar implicaría entonces actuar con hostilidad. De otra parte, a diferencia de nociones parecidas como “discriminación”, presenta un

componente espacial, geográfico. Así, en las revistas especializadas en ciencias sociales, la mayoría de los artículos que se refieren a la segregación la entienden como la tendencia de algunos grupos a separarse en el territorio; se habla de este modo más específicamente de “segregación espacial”.

La segregación “urbana” sería una modalidad específica de segregación espacial, en la que las fronteras que separan a las personas y grupos entre los que se establece una cierta hostilidad se plasman en su localización en las ciudades. Éstas últimas, por su lado, han dado lugar a formas de habitar complejas y a socialidades específicas y a su vez han mutado rápidamente, por lo que las diferencias y separaciones valorativamente orientadas en los colectivos han fructificado.

Esta es una tesis sobre segregación urbana. Las implicancias sugeridas con los procedimientos de división y de expulsión serán ejes rectores a través de las nociones de “frontera” y “hostilidad”. Entenderemos la segregación urbana como el establecimiento de fronteras en el habitar en la ciudad, en torno a diferencias connotadas de hostilidad.

La investigación se concentra en la ciudad de Montevideo en Uruguay, la mayor del país, con casi 1,4 millones de habitantes. Es la segunda capital más austral del mundo y varios elementos la vuelven particular, pero se aspira a trascender el estudio de caso proporcionando herramientas de análisis novedosas en el campo y aportando algunos elementos de carácter “paradigmático” en el sentido de Elías (2000), válidos para varios contextos.

En este marco general, un problema más concreto anima este trabajo. Recorriendo las investigaciones sociológicas sobre la segregación urbana aparece con frecuencia una dificultad para hacer visibles cambios y tendencias que, sin embargo, son innegables desde la experiencia. Como veremos, el predominio de la visión residencial y de la perspectiva de la población parece haber llevado a la disciplina a un punto de cierto estancamiento.

Es una situación evidente en el caso de Montevideo; cabe desarrollar este extremo brevemente, que además permitirá sentar algunas premisas generales respecto a la configuración de la ciudad.

Los datos oficiales muestran que la cantidad de personas viviendo bajo la línea de pobreza en la capital se redujo entre 1984 y 1994 y a partir de ese año comenzó a aumentar, superando los niveles previos a 1984 a partir de 2002. Del mismo modo, la desigualdad del ingreso permaneció estable hasta 1997 y a partir de allí empezó a incrementarse, con lo que no solamente hubo más hogares pobres sino que éstos se volvieron relativamente más pobres. El año 2005 permitió observar una inflexión en estas tendencias: tras llegar en 2004 al 38,4% de la población, el máximo valor desde que se llevan en el país registros sobre el tema, el descenso del porcentaje de la población en situación de pobreza económica y de la desigualdad en la ciudad fue continuo hasta 2015, cuando alcanza a 13,1% de las personas. El índice de Gini cayó de 0,45 en 2006 a 0,38 en 2015 según el Instituto Nacional de Estadística (INE, 2015).

En este período, un importante número de antecedentes se dedica a estudiar la distribución de las desigualdades sociales en Montevideo, tanto en términos de pobreza de ingresos como más estructurales, como por ejemplo las Necesidades Básicas Insatisfechas (Calvo 1999 y Calvo et. al. 2013) o considerando asuntos específicos como el mercado laboral (Macadar et. al. 2002, Katzman y Retamoso 2005), resultados educativos (Katzman y Retamoso 2006) o acercamientos multidimensionales (Veiga y Rivoir 2003, Arim 2008, Aguiar 2008). Todos ellos coinciden en señalar una

Mapa 1. Porcentaje de la población con al menos una NBI por barrio en Montevideo



Fuente. Calvo et. al. (INE 2013), página 34

configuración similar en la ciudad: los barrios recostados en la costa este, desde Barrio Sur hasta Carrasco, conjuntamente con un brazo que se extiende desde el Centro hasta el barrio El Prado, son relativamente prósperos. Un amplio anillo periférico compuesto por barrios con niveles altos y muy altos de población con carencias, especialmente agudas al oeste y el noreste de la ciudad, "acorrala" a los mencionados. En tercer lugar, se distingue con claridad un anillo intermedio entre ambos grupos de barrios, como se muestra arriba en un mapa oficial (Mapa 1).

Así, se puede constatar como conclusión fundamental de estos trabajos una distribución geográfica fuertemente polar, y que ésta se mantiene casi intacta durante los últimos 30 años:

“Se reiteran en gran medida las diferencias barriales que se habían encontrado en trabajos previos de cálculo de las NBI con la información censal de 1985 (DGEC, 1990) y de 1996 (Calvo y Giráldez, 2000). Mientras que un conjunto de barrios, ubicados en su mayoría en la periferia montevideana presentan altos valores de población con carencias críticas, todos los barrios de la costa este del departamento presentan valores muy bajos, lo cual evidencia una distribución territorial polarizada de las NBI” (Calvo et. al. 2013: 34).

Parecería haber pasado poco entonces en Montevideo. Numerosos estudios se concentran en la distribución espacial de la pobreza y otras desigualdades sociales que asocian con la segregación urbana en el período y detectan fenómenos relevantes, pero da la sensación de que algo se les escapa bajo la configuración que ratifican si las enormes mutaciones que cualquier montevideano ha experimentado en la vida en la ciudad parecen detalles en los esquemas analíticos de los expertos, porque estas han sido décadas llenas de acontecimientos y transformaciones.

Los cambios culturales, técnicos, globales y locales en los últimos 30 años han sido por supuesto gigantescos. Si hubo algo así como un temblor en la economía, la cultura y la sociedad urbana en el período, ¿qué sucede que al abordarse desde la -claramente valiosa- investigación en sociología, las cosas parecen permanecer casi igual?

La respuesta a este problema concreto que anima el trabajo debe buscarse más que en el objeto en sí mismo, la propia urbe, en la forma predominante de estudiarla desde la

sociología. No es que la ciudad no haya cambiado; deben agregarse nuevas teorías y metodologías para comprenderla. Se delinearán entonces tres preguntas subyacentes, una descriptiva, otra teórica y una tercera metodológica.

Volviendo al asunto específico que ocupa la tesis, la segregación urbana, puede establecerse una hipótesis que será central en lo que sigue. J. Rodríguez (2001) uno de los referentes regionales más notorios en el tema, sostiene, en forma similar a como se apuntaba al principio, que la noción de segregación “sin apellido”, “remite a la existencia de diferencias o desigualdades dentro de un colectivo y a la separación de los sujetos en categorías que tienen cierto grado de distinción jerárquica o valorativa” (2001:13). Él especifica a su vez que el “apellido residencial” circunscribe el ámbito de referencia del concepto: atañe a condiciones de localización de los hogares de las personas. Esta precisión, este esfuerzo de delimitación del objeto, coloca acertadamente a la segregación espacial-urbana-residencial como sólo una de las formas de segregación en la ciudad, por supuesto absolutamente pertinente. Sin embargo, también sucede que, en la mayoría de las investigaciones especializadas, la segregación residencial monopoliza la estrategia metodológica y ordena la reflexión sobre la segregación urbana.

Para ilustrar esta hipótesis puede recurrirse a una de las definiciones más acudidas de la segregación urbana en la región, que será central a lo largo de la tesis, de F. Sabatini (1999) -referida por ejemplo en el recién mencionado trabajo de Rodríguez (2001) o a nivel nacional en Macadar et. al. (2002)-, que la presenta como “la aglomeración geográfica de familias de una misma condición o categoría social (con) tres dimensiones principales: a) la tendencia de un grupo a concentrarse en algunas áreas; b) la conformación de áreas socialmente homogéneas; y c) la percepción subjetiva que tiene la gente de las dimensiones objetivas (las dos anteriores) de la segregación” (1999:3). Sin embargo, los acercamientos de estos tres trabajos, como los de tantos otros, se limitan a las primeras dos dimensiones, sólo especulando acerca de la tercera, la percepción subjetiva de los habitantes de las dimensiones “objetivas” de la segregación. Se produce entonces un deslizamiento semántico: aunque reconocen que la segregación residencial no es toda la segregación urbana, usan ambos “apellidos” como sinónimos.

Lo mismo sucede en Kaztman y Retamoso (2005), que examinan la evidencia existente sobre tendencias a la concentración espacial de los pobres en Montevideo a través de

índices diversos entre 1980 y 1990. Pese a titularse “segregación espacial”, su valioso y reconocido abordaje se remite a lo que Rodríguez había correctamente definido como “segregación residencial”. De hecho, en los encabezados internos y nombres de capítulos se usa como sinónimo “segregación residencial”.

Un movimiento similar puede apreciarse en Veiga (2000): enfatizando la complejidad cultural diagnóstica fuertes transformaciones al interior de la sociedad urbana (productivas, laborales, de calidad de vida; familiares, de apropiación del espacio público; nuevas tecnologías, pautas de consumo y “culturas urbanas”; múltiples actores con conflictos y demandas para la gestión pública) (2000:195). Sin embargo, el análisis luego continúa manteniéndose en el terreno de la segregación residencial, estudiando la distribución de variables en el espacio.

Esta recurrente deriva se explica por una cuestión de perspectiva, de enfoque, en torno a la que ya hace décadas se ha suscitado la que posiblemente haya sido la discusión más recurrida en la historia de la sociología urbana: el papel de las áreas naturales o, como también lo denominaremos, el predominio en el estudio de las ciudades de la perspectiva gubernamental o administrativa, centrada en el nivel de la población, respecto a la perspectiva del habitante.

En el próximo capítulo se desarrolla este debate, a modo de marco teórico de la tesis, crucial en la inflexión crítica de la sociología en los años 70 respecto a los abordajes hegemónicos hasta ese momento y también en los “pasos adelante” disciplinares posteriores, que aún no se encuentra saldado y que en este siglo reaparece, siendo considerado como la discusión que “abrirá el camino para el futuro de la sociología urbana” (Gottdiener y Hutchinson 2014:369). Se propone que ambas perspectivas deberían considerarse en simultáneo en un enfoque que se da en llamar “del habitar”.

Tras ese marco teórico general se presentan en detalle los objetivos y los acercamientos sucesivos que configuran el análisis, que consiste en cinco capítulos, indagaciones independientes pero conectadas acumulativa y temáticamente sobre la segregación urbana. Se busca en ese recorrido ensayar distintas estrategias de investigación que permitan analizar la situación en Montevideo en los últimos años y establecer un diálogo entre los antecedentes que se presentaban arriba, situados en el nivel residencial, y otros niveles donde la segregación urbana también tiene lugar. Se apunta además a

aportar herramientas metodológicas y teóricas que permitan una reflexión más abarcativa y fundada empíricamente.

Los dos elementos centrales en la segregación urbana, el establecimiento de fronteras en la distancia social y la hostilidad, conforman los ejes entre los que se sitúan las cinco secciones del análisis. Avanzan en un arco argumental desde el primero hacia el segundo, partiendo del componente espacial y llegando a un mayor énfasis en el del antagonismo.

Cada uno de los cinco apartados del análisis consiste en una investigación concreta, asociada a un objetivo específico y a un nivel de análisis de la segregación urbana. En el marco teórico, en la explicación de los objetivos y también a lo largo del trabajo se fundamentan y concatenan los tópicos que se abordan en cada uno de ellos. Cabe de cualquier forma mencionarlos brevemente: el primero se concentra en la segregación residencial; el segundo se remonta desde el anterior y presenta la perspectiva del habitante; el tercero apunta a la movilidad urbana; el cuarto a un mecanismo formal que opera en las fronteras entre establecidos y outsiders; el quinto se aplica a una población específica particularmente segregada y a la dinámica de la hostilidad.

Se elige esta estructura de capítulos engarzados, concatenados, por cuatro motivos. Por una parte porque cada uno de los capítulos es de algún modo un artículo, un paper independiente, que responde a una serie de problemáticas en un campo concreto de la sociología urbana en la actualidad. Se busca en cada apartado contribuir al debate sobre la segregación que tiene lugar en cada una de esas áreas, y que permita discusiones en revistas y espacios académicos específicos.

En segundo lugar, y como motivo fundamental, la ciudad no se concibe como una "forma-todo", acabada, cerrada, sino en forma pluralista como una concatenación de diferentes niveles, y de esa manera tiene lugar la segregación: en distintos planos que en simultáneo se complementan y retroalimentan. Asociado con lo anterior, en tercer lugar, un enfoque pluralista coherente supone que diferentes formas de mirar iluminan distintas parcelas de la realidad urbana, que no es única ni unívoca. En cada capítulo se ensayan diferentes abordajes, que llevan a comprensiones distintas, todas ellas ciertas, verdaderas a su modo.

Por último porque esta tesis representa una síntesis de diez años de trabajo y de distintas dimensiones y niveles de análisis que se han ensayado en el Grupo de Estudios Urbanos y Generacionales, bajo la dirección de la Dra. Verónica Filardo. Se apostó a un producto que de algún modo contuviera, ordenara, varias investigaciones desarrollados en el área en este período.

La siguiente tabla anticipa a modo de presentación preliminar esa estructura del análisis.

CAP.	NIVEL DE LA SEGR. URBANA	FUENTES EMPÍRICAS	ESTRATEGIA METODOLÓGICA	PRINCIPALES CONCEPTOS	AVANCE DE LA TESIS
1	Residencial.	Censo 2011	Análisis de índices expresivos de dimensiones de la segregación. Análisis comparativo 1996-2011 y con otras ciudades del país.	Dimensiones de la segregación residencial. Configuraciones urbanas.	Descripción de Montevideo. Presentación de la estructura urbana y la potencialidad de los índices de segregación. Discusión de las limitaciones de la perspectiva de la población.
2	Perspectiva del habitante.	26 grupos de discusión (2007) 5 grupos de discusión (2014)	Presentación de distintas estrategias de análisis de contenido y discurso para dar cuenta de los componentes estructurales y de la vida cotidiana.	Relevancia de las posiciones geográfico-económicas, de sexo y de edad. Mundos urbanos. Juegos de lenguaje urbanos.	Descripción de Montevideo desde la perspectiva del habitante. Análisis de cuatro momentos de la dimensión subjetiva de la segregación urbana. Presentación del malestar urbano y las referencias que se le asocian.
3	Movilidad cotidiana.	Encuesta El Uso de Montevideo (2007) 26 grupos de discusión (2007)	Análisis de distribuciones diferenciales de cantidad, fines y tipos de movimiento. Análisis de contenido y de discurso de grupos de discusión.	Importancia específica de la movilidad cotidiana en la segregación. Mapas cognitivos. Cronotopos.	Descripción de la movilidad en Montevideo. Reproducción y ampliación de las desigualdades. Combinación de niveles residencial y del habitar. Sistemas de visibilidad, circuitos diferenciales, miedo urbano.
4	Formal: interacciones en fronteras	2 estudios de caso, grupos de discusión, entrevistas, análisis de foro. Contraste con estudio de caso de N. Elias (1996)	Comparación “cuasi experimental” de tres estudios de caso, encontrando similitudes y procesos análogos. Se introducen diferencias entre los casos que radicalizan los procesos de limitación y ambientan preguntas “ético-políticas”.	Mecanismo “establecidos/ outsiders”. Indecidibilidad, fundamento místico de la autoridad.	Mecanismo de segregación urbana en grupos con diferenciales de poder (cohesión y anomia; rumores y anécdotas; relaciones nosotros/ellos; señalamientos). Fronteras. Fuerza de ley. Diferendos y víctimas.
5	Poblaciones específicas. Identificación hostil.	Censo 2011 26 grupos de discusión (2007)	Análisis de segregación residencial a jóvenes, considerando las posiciones económico-geográficas.	Segregación en distintos niveles a poblaciones específicas. Gramáticas	Las relaciones de edad radicalizan las dinámicas incluyentes y prósperas. Juventud y marginalidad en la

		5 grupos de discusión (2013) Historia de vida.	Análisis de contenido y discurso de grupos de discusión. Breve biografía	identitarias en la segregación: Marginalidad. Extranjería. Barbarie. Víctimas.	segregación urbana. Hostilidad: extraños y enemigos, extranjeros y bárbaros. Segregación como juego de víctimas
--	--	---	---	---	---

Luego del análisis, las conclusiones finales retoman los principales elementos de cada apartado en torno a las preguntas descriptiva, teórica y metodológica que se esbozaban arriba, y avanzan en un afán de algún modo sintético. La recapitulación es algo extensa pero se considera necesaria para hilvanar la tesis y presenta un panorama bastante cabal de la segregación urbana en Montevideo y de cómo puede pensársela y estudiarse. Tras ello, un breve epílogo se sitúa en un terreno más general, en una reflexión relativamente abstracta sobre las consecuencias de la segregación urbana y las alternativas para contrarrestarla.

Cierra la tesis un capítulo anexo que amplía el primer apartado del análisis, centrado en el nivel residencial de la segregación y las configuraciones urbanas, como extremo inicial del arco argumental del desarrollo. Es una investigación específica, casi un capítulo independiente, que compara 25 ciudades de Uruguay y permite presentar en mayor detalle las formas de medir y algunas discusiones medulares.

	NIVEL DE LA SEGR. URBANA	FUENTES EMPÍRICAS	ESTRATEGIA METODOLÓGICA	PRINCIPALES CONCEPTOS	AVANCE DE LA TESIS
ANEXO	Residencial (II).	Censo 2011	Análisis de índices expresivos de dimensiones de la segregación. Análisis combinado de las dimensiones, agrupación de factores “social” y “geográfico”.	Dimensiones de la segregación residencial. Configuraciones urbanas.	Descripción de 25 ciudades del interior del país. Presentación de la estructura urbana y la potencialidad de los índices de segregación. Perspectiva de la población y problemática de la “interacción”.

Antes de comenzar cabe establecer una última premisa, que será más evidente a medida que avanza la tesis. Este es un trabajo en alguna medida fenomenológico. Se pregunta cómo aparece la segregación urbana, cómo funciona, cómo se presenta en Montevideo y, en términos generales, en la ciudad. Se analiza específicamente la configuración urbana y la perspectiva del habitante, y varios elementos en este marco. Pero se dejan de lado, entre paréntesis, tres asuntos fundamentales: el punto de vista histórico, el enfoque centrado en las políticas públicas y la operativa del mercado inmobiliario. Estos son,

evidentemente, tres pilares fundamentales para la comprensión de la segregación urbana.

Por ejemplo, el barrio Casavalle es el más pobre de Montevideo, el que presenta peores indicadores socioeconómicos en casi todos los sentidos. También es el más unánimemente considerado una zona interdicta, de la que diariamente aparecen noticias en los medios de comunicación, siempre relacionadas a delitos, drogas, conflictos urbanos. ¿Cómo no concentrarse en que, en gran medida, se constituyó sobre la base de viviendas precarias y excluidas, a las que se expulsó por políticas de vivienda oficiales en los años 70 a los habitantes afrodescendientes desalojados de Barrio Sur o Palermo, en la actualidad barrios gentrificados y con precios de suelo elevados? ¿Cómo no considerarlo? Bueno: el asunto es que los habitantes no nos concentramos en eso ni lo consideramos casi en ninguna ocasión cuando se habla o piensa sobre ese barrio. Los medios de comunicación, incluso los análisis basados en datos recientes, no incorporan esos procesos, que sólo son visibles en sus consecuencias. El enfoque fenomenológico implica centrarse en cómo aparecen, como se manifiestan, lo que de seguro recorta el objeto. Esas direcciones conforman con claridad las más claras líneas de proyección futura en el desarrollo de esta área de investigación: considerar la historia, el papel del Estado y el mercado del suelo.

1.

MARCO TEÓRICO

En este capítulo se recorren, a modo de marco teórico general de la tesis, los antecedentes más relevantes en el canon de la sociología urbana. El panorama apunta a la vez a fundamentar el problema que se introducía en el apartado anterior, a situarlo conceptualmente, a dimensionarlo y a presentar herramientas y perspectivas que permiten abordar la segregación urbana y serán aplicadas a lo largo del análisis.

Para comenzar tras presentar brevemente la procedencia de la perspectiva de la población, y situarla en la interpretación que del trabajo fundacional de G. Simmel realiza la Escuela de Chicago, se repasan los principales referentes de su conocido enfoque, que inaugura la noción de áreas naturales en las que fructifican regiones morales, buscando sintetizar abordajes culturalistas con una concepción organicista del desarrollo urbano.

En segundo término, se desarrolla brevemente la inflexión crítica desde “el paradigma de la economía política” en los años 70, respecto a las perspectivas hegemónicas hasta ese momento; en particular los trabajos de M. Castells (1979, 1983, 2001), D. Harvey (1977, 1990, 2013) y H. Lefebvre (1972, 1980, 1981, 1983), que desmontan la noción de área natural “por encima y por debajo”, en un diagnóstico que aún no se encuentra del todo superado.

Luego, en tercer lugar, se presentan enfoques más recientes en sociología urbana, que aportan nuevos y valiosos elementos y conceptos para el análisis, como la atención a la movilidad urbana o nociones como mapas cognitivos, cronotopos, heterotopías y otras, pero que no logran salir de un estado de crisis que parece endémico, como diagnostican varios trabajos de revisión (por ejemplo T. May et. al. 2005).

En este marco, se defiende el paso hacia adelante de los abordajes pluralistas, que superponen cartografías sin intentar clausurar la dialéctica abierta que parece caracterizar la vida en las ciudades, y se rescatan estrategias formales de análisis para, siempre en forma contingente, unificar, usándolos en conjunto, como herramientas, los distintos enfoques que se encuentran en el campo de la sociología urbana.

Este paso adelante va en sintonía con un “paso atrás”, que se realiza al final del marco teórico, hacia autores fundacionales: es que el habitar urbano, de acuerdo a Heidegger (1994) y en la línea de De Certeau (1999), presenta un dualismo constitutivo entre los niveles de la construcción y de la cultura, que es precisamente el espacio del análisis de ese habitar, y que caracterizaba ya el pensamiento de Simmel (2005) sobre la ciudad.

En simultáneo o paralelo, la discusión en este capítulo se aterriza en un ejemplo que permite situar la discusión y es en sí mismo relevante: los barrios de Montevideo. Gran parte del debate teórico recién referido se concentra en esta unidad residencial que, en falsa transparencia, parece aunar la perspectiva de las personas con el análisis de la población, evidenciando así la “ideología de barrio” (Lefebvre 1981, Castells 1983, De Certeau 1999), otra manera de llamar a la crítica de las áreas naturales y las regiones morales. La discusión continúa en la actualidad, con nuevas estrategias analíticas que integran esa discusión (así por ejemplo Pérez-Agote et. al. 2010 o Tapia 2013).

En concreto, se presentan primero algunos datos poblacionales, para luego mostrar cómo las unidades administrativas se corresponden sólo parcialmente con las que encuentran las personas, y presentar la importancia de profundizar en el punto de vista subjetivo, donde aparece con claridad un “malestar urbano”, una visión decadentista de la ciudad con un fuerte énfasis en la inseguridad y el miedo. Se ordenan así los principales elementos que constituyen la tesis, que configuran el análisis, y que se sintetizan en los objetivos del trabajo, que se presentan en el siguiente capítulo.

De la experiencia urbana a la perspectiva de la población

Donde, partiendo del pensamiento fundacional de G. Simmel, se presenta la deriva hacia la “perspectiva de la población” ilustrada con el pensamiento de L. Wirth y R. Park, de la Escuela de Chicago.

Aunque hay otros antecedentes, suele considerarse que la piedra fundamental en el acercamiento sociológico a la vida en las ciudades proviene del alemán Georg Simmel, quien en 1903 publicó “La metrópolis y la vida mental” (2005), un corto artículo que sigue siendo una de las exposiciones más claras de la perspectiva del habitante en los estudios urbanos.

El Berlín de finales del siglo XIX era ejemplo de las nuevas ciudades que comenzaban a aparecer, cuyas características más claras eran para Simmel “la intensificación de los estímulos”, el “rápido e ininterrumpido intercambio de impresiones”; el “tumulto de impresiones apresuradas”. Con “el cruce de cada calle, con el ritmo y diversidad de las esferas (económica, ocupacional y social), la ciudad exhibe un profundo contraste con la vida aldeana y rural o las pequeñas ciudades por lo que se refiere a los estímulos sensoriales” (2005:2). Un poco como su Berlín, el decir de Simmel siguió siendo relevante en el siglo, pero ahora parece como si de nuevo fuera vigente, apropiado para hablar de la actualidad.

Rápidamente en ese trabajo el sociólogo alemán sitúa el eje de su interés: los efectos en el individuo, las reacciones que en éste causa vivir en ciudad, el “tipo metropolitano de hombre”, que desarrolla un carácter “intelectualista” como una suerte de capa protectora -“la única forma de adaptarse al ritmo de las metrópolis es acudir a este nivel, el más adaptable del alma” (2005:2)-, así como una cierta indiferencia. La ciudad ofrece un aumento de oportunidades para las personas, las expone a nuevos riesgos y las modifica.

Esta propuesta tuvo múltiples continuaciones. Entre las más ilustrativas suele citarse el también breve artículo de 1938 del sociólogo estadounidense Louis Wirth “El urbanismo como modo de vida” (2005). El planteo de fondo es similar al de Simmel: interesa analizar el efecto que la ciudad genera en la vida de las personas. También sus conclusiones, que identifican la primacía de la indiferencia urbana y el incremento de las libertades posibles. Sus postulados son muy parecidos: la multiplicación de habitantes en un estado de interacción bajo condiciones que hacen imposible su contacto

como personalidades completas produce una segmentación de las relaciones humanas. “Ciertamente, los contactos de la ciudad pueden ser cara a cara, pero son sin embargo impersonales, superficiales, transitorios y segmentados. La reserva, la indiferencia y el aspecto de hastío que los urbanos manifiestan en sus relaciones pueden ser considerados, por lo tanto, como recursos de auto-inmunización contra las exigencias personales y las expectativas de otros” (2005:7).

Hasta aquí el trabajo de Wirth parece hermanarse con el de Simmel, marchar a la par con él. De hecho, el artículo suele considerarse un claro ejemplo de la vigencia del pensamiento de Simmel en la Escuela de Chicago, de la que Wirth era posiblemente el referente más importante en ese momento. Sin embargo, durante el texto aparece claramente un clivaje; trabajar sobre traducciones al español puede opacar el ejemplo, pero es ilustrativo: en el artículo de Simmel la palabra "población" no aparece. En el de Wirth, de 14 páginas en la edición de referencia, es usada hasta la redundancia, 40 veces.

La noción de “población”, como es bien conocido, es crucial en el análisis de la “gubernamentalidad” de M. Foucault (2000, 2006). Un concepto que demuestra surgido en su acepción moderna en el s. XVIII, “enteramente nuevo”, entroncando las ciencias sociales con la estadística y el gobierno, así como con lo orgánico, lo vivo, la “biopolítica”. Las poblaciones con sus tendencias, distribuciones normales y anormales, riesgos, desvíos, permiten la intervención y muestran la necesidad de cierto conocimiento especializado. En una sinergia poderosa que podemos denominar “perspectiva administrativa”, la sociología urbana parece operar mayormente en este nivel, abstracto, de los hechos sociales.

“Tenemos dos niveles de fenómenos. No un nivel colectivo y un nivel individual, sino una cesura entre el nivel pertinente para la acción económico-política del gobierno, el nivel de la población, y otro nivel, el de la multiplicidad de individuos, que no será pertinente o sólo lo será en cuanto, manejado como es debido, alentado como corresponde, permita lo que se procura en el nivel que sí es pertinente. Esta cesura no es una cesura real. No habrá unos y otros. Pero dentro del propio saber-poder, dentro de la propia tecnología y gestión económica, tendremos ese corte entre el nivel pertinente de la población y el nivel no pertinente, o bien el nivel simplemente instrumental. El objetivo final

será la población. La población es pertinente como objetivo y los individuos, la multiplicidad de individuos, por su parte, lo serán sencillamente como instrumento, relevo o condición para obtener algo en el plano de la población, que aparece tanto en cuanto el blanco al cual apuntan los mecanismos para obtener de ella determinado efecto, como en cuanto sujeto, pues se le pide que se conduzca de tal o cual manera.” (Foucault 2003:63)

Se señaló la influencia de Simmel en la Escuela de Chicago. Esta transmisión sucede en particular a través de R. Park, que fue su alumno en Alemania, que explícitamente utilizó ciertos conjuntos de ideas suyas y fue tutor de L. Wirth. Pero como señala D. Levine (en Simmel 2005) “en dos significativos aspectos Park cambia el carácter de algunas de las ideas centrales de Simmel. Altera su definición acerca del carácter del hecho social, y cambia el principal referente de la interacción. Estos dos cambios reflejan influencias complementarias sobre Park, como la de Sumner y Durkheim” (2005:62), autores que consideraron las poblaciones como su unidad de análisis para explicar a las personas (que pasan a ser un fenómeno de la población), y la regulación normativa como el aspecto esencial de la vida social.

Simmel, al contrario, consideró las normas como un fenómeno de interés secundario, “un mero efecto de la interacción social”, y los hechos sociales como relaciones, interacciones sociales ineluctablemente abiertas, sin coagular. La perspectiva de la Escuela de Chicago supone respecto al planteo de Simmel un énfasis en las relaciones “naturales”, entre las “áreas” de la ciudad “normales” y “desviadas”, en lo que se ha dado en llamar la “perspectiva ecológica”, ya desde R. Park y Wirth, los principales exponentes de las primeras generaciones de la Escuela, que enfocan la sociología como una “ciencia del comportamiento colectivo” y no, como la consideraba Simmel, “la ciencia pura y simple de las formas de asociación”.

Este giro fue muy significativo, y tuvo tres implicaciones metodológicas que moldearon el carácter de la sociología urbana:

“1) Su foco empírico apuntó a los tipos de colectividades más que a los tipos de interacción social; 2) Su foco explicativo apuntó a cómo estos tipos llegan a ser, persistir y a cambiar, más que a las implicaciones estructurales; 3) Al relegar la competencia y el conflicto a la esfera de lo presocial, tendió a una identificación

de la socialidad con el consenso, más que a una concepción de todos los hechos sociales como inherentemente basados en dualismos fundamentales” (D. Levine, en Simmel 2005:58-59).

En suma, en forma mayoritaria la sociología ecológica de la Escuela de Chicago fue derivando hasta centrarse en la perspectiva de la población, alejándose de la perspectiva de Simmel, abstracta, formal y orientada hacia el dualismo y apertura de lo sociológico, o más bien focalizando en uno sólo de los componentes que el sociólogo alemán destacaba.

La Escuela de Chicago

Se presenta el trabajo de la Escuela, sus abordajes culturalistas, su énfasis metodológico que deriva en un predominio de la estadística y la noción de áreas naturales, que conforman la ciudad “como un mosaico”.

La “Escuela de Chicago” se ha convertido en la referencia más importante en la puesta en perspectiva de los estudios urbanos. Su legado ha sido particularmente relevante en tres asuntos: en primer lugar, sus variados acercamientos a la diversidad cultural en la ciudad, que describen mundos culturales y sus códigos; en segundo término, su afán reformista que, aportando una ordenada dosis de complejidad, se expresa en términos que permiten la intervención y la delimitación de poblaciones con situaciones diferenciales, con un arsenal empírico que caracteriza a la sociología urbana hasta la actualidad; y, en tercer lugar, además por una aún vigente comprensión de los asuntos urbanos introduciendo su carácter social sobre un basamento estructural-funcionalista.

El aluvión inmigratorio y la diversidad étnica, la rápida urbanización, el proceso de industrialización, la aparición de bolsones de pobreza, de grupos con órdenes de funcionamiento distintos en una sociedad en proceso de constitución, encuentran a la Escuela de Chicago profundamente interesada en las nuevas figuras de su época y sus problemas. A modo de ejemplo de las temáticas estudiadas y del análisis atento a los códigos, casi estudios culturales, puede señalarse la monografía sobre los “hobos”, trabajador migratorio asociado a los trenes, en 1923 de N. Anderson (1963). Este énfasis en el punto de vista de los sujetos, aparece también en “The Taxi-Dance Hall”, de PG. Cressey (1932), que se acerca a un peculiar tipo de salón de baile como un mundo con sus propios sistemas de vida. Otro ejemplo de estos detallados estudios, con

arduos trabajos de campo y contrastaciones tipológicas, es "The Gang", de 1927, de M. Thrasher (1963), sobre cientos de agrupaciones juveniles, que se puede considerar un precursor de los acercamientos cualitativos a la delincuencia, pero también uno de los primeros antecedentes de estudio sistemático de la diversidad cultural en grupos de pares.

Hannertz (1980:41 y ss), en su distinción entre el componente antropológico del sociológico de la Escuela, propone con acierto la coexistencia de dos estrategias metodológicas simultáneas y enfrentadas en su seno, una suerte de escisión basada en las preferencias por las metodologías más apropiadas, especialmente entre aquellos que tenían predilección por el método de "estudio de caso" y aquellos otros que apoyaban el refinamiento del método estadístico. El resultado acumulativo de las investigaciones de este último grupo fue una serie de estudios que empleaban, cada vez más, datos cuantitativos fundados en sujetos abstractos. La faceta de la "organización cultural de la ciudad" quedó de este modo desatendida por los seguidores de Park en los años posteriores. Éste, por su parte, dudaba de si era acertado ignorar los datos cualitativos, pero también impulsó explícitamente la decisión de hacer "científica" a la sociología. Así, alrededor de 1930, en la Universidad de Chicago y en otros sitios, señala Hannertz, "lo que se llamaba sociología urbana comenzó a separarse de la etnografía" (1980:41).

D. Levine (2005) señala, también en el sentido de que "el creciente estímulo de la sociología americana se basaba en el refinamiento de sus metodologías de investigación", que en 1921 Park y Burgess afirmaban que "el período de debate sobre las premisas fundamentales de la sociología había terminado, y comenzaba un período de investigación y experimentación"; su manual de sociología de ese año contiene veinticinco artículos sobre "metodología de la investigación social" y quince sobre teoría social. Concluye que "los sociólogos comenzaron a estar mucho más estimulados por sus procedimientos de investigación (y por la estadística naciente) que por la profundidad, la coherencia y las implicaciones de sus ideas" (2005:63).

En una primera lectura, existe una aparente contradicción entre los distintos énfasis con los que se invoca la Escuela. ¿Cómo desde el conjunto de trabajos casi etnográficos de las primeras décadas de siglo, la "ecología urbana" de Chicago se convierte en paradigma hegemónico y deriva hacia trabajos de corte cuantitativo y socio-demográfico?

La respuesta a esta pregunta estriba en la concepción organicista que caracteriza a la forma en que desde la Escuela de Chicago se vincula el espacio comunitario de diferenciación y conflicto con los aspectos culturales, mediante la confección de “áreas naturales” con sus correspondientes “regiones morales”, desde una perspectiva que apunta a la reforma social.

Esto es: sobre el “nivel biótico” de la vida, articulado con él, señala Lezama (2002), aparece un segundo nivel, el “cultural”. Así se explican los trabajos concretos sobre espacios específicos. En el nivel biótico, que alude a los aspectos naturales o biológicos de la especie humana “los individuos viven en un cierto ámbito llamado comunidad y aquí se imponen las leyes del mundo natural, más que las del social. (...) Este nivel de carácter ‘natural’ está vinculado a la noción de división del trabajo” (2002:1992) y aquí se sitúan trabajos centrados en temas como la distribución en el territorio, e incluso aspectos económicos. El paralelismo con lo biológico alude al proceso de diferenciación que existiría tanto en los individuos como en la comunidad, a fin de realizar ordenadamente las funciones de reproducción de cada organismo.

Dos conocidos trabajos de Burgess y Zorbaugh (Park et al 1967), que formularon un famoso modelo de expansión circular de la ciudad a partir de la teoría ecológica y la idea de las áreas naturales, ilustran a la perfección esta concepción “biótica” de lo urbano: “como la ecología humana estaba concebida como una sociología del espacio y puesto que la competencia era la principal fuerza de regulación, se entendía que las diversas actividades humanas se distribuirían según los valores del terreno” (Hannerz, 1980:39). Esto significaba, a semejanza de lo planteado en otro trabajo clásico de la Escuela por McKenzie, que los barrios y territorios urbanos nacían, crecían, se desarrollaban y eran abandonados y re-habitados de nuevo por otros grupos de acuerdo con los usos que dichas comunidades hacían de ellos. De ello derivó Burgess su diagrama ideal de la ciudad como una serie de círculos concéntricos. En el primer círculo estaba el distrito comercial central, con los terrenos más valiosos. El segundo círculo contenía una “zona de transacción” invadida desde el centro por el comercio y la industria ligera, refugio de habitantes que no se pueden permitir el lujo de rechazar su deteriorado ambiente —o eligen no hacerlo—; el tercer nivel era la “zona habitacional de los trabajadores”; el cuarto la “zona residencial” y el último, la “zona promisoría”. En cada una de éstas distingue a su vez espacios comunitarios; en la zona promisoría, por

ejemplo, aparecen un distrito residencial restringido, edificios de apartamentos, viviendas unifamiliares y hoteles residenciales; en su Chicago, la “Pequeña Sicilia” y el “Barrio chino” se sitúan en la zona de transición mientras que la colonia alemana y el segundo asentamiento de inmigrantes integran la zona habitacional de trabajadores. Cada nivel implica áreas naturales, donde se construyen regiones morales; que incluso en ocasiones se ven en problemas, como esa “Pequeña Sicilia”, que busca preservar su área moral en un contexto donde dinámicas naturales la acosan.

En su crítica a “los excesos cometidos respecto del símil biológico” de la Escuela de Chicago, que propone en forma un tanto exacerbada como “uno de los intentos más claros de invasión teórica de una ciencia (la biología) sobre otra (la sociología)”, Lezama (2002) apunta con acierto que estos trabajos retoman de Tönnies la distinción entre comunidad y sociedad, pero a diferencia de éste proponen la superposición de ambos estadios: la comunidad implica un “tipo de legalidad teórica” que emerge de las fuerzas competitivas y genera “las relaciones simbióticas, la dimensión espacial, la estructura física, la competencia y la división del trabajo de los miembros de un conglomerado humano” (Wirth, cfr. Lezama 2002); la sociedad refiere a lo que tiene que ver con la comunicación simbólica, el libre albedrío, el orden moral, la cultura y las instituciones. El primero de estos terrenos opera mediante dinámicas de “diferenciación”. La ecología humana se asocia así al estudio de “relaciones espaciales y temporales de los seres humanos afectados por fuerzas selectivas, distributivas y acomodativas del medio ambiente”. Esta diferenciación, derivada de las necesidades del propio crecimiento, se plasma en la estructura espacial y la división de grupos sociales en forma de segregación, donde las personas se distribuyen e integran socialmente. Y, en base a esa dinámica, se establece el nivel de lo social, lo cultural. El argumento central que hilvana los dos extremos es la noción que ha sido denominada (en forma relativamente indistinta) como “áreas morales”, “regiones morales” o “áreas naturales”. Sobre las áreas naturales se cimienta una estructura física en base a procesos de diferenciación; en ella “se constituye una determinada estructura social y un orden moral específico (...) además de constituir un ámbito específico de la división del trabajo y un escenario particular de la cooperación competitiva (correspondiente al nivel de fenómenos de la comunidad) es al mismo tiempo un área moral (que corresponde al orden de cosas de la sociedad), humanizada por la cultura de los habitantes, un sitio definido por el consenso y la comunicación” (2002:222).

Esta tendencia a la formación de comunidades era entendida como herramienta social utilizada en “la lucha por la supervivencia en una entidad regida por la ley del más fuerte” (G. De la Peña 2003). En palabras del propio Park: "Un sector de la ciudad es llamado ‘área natural’ porque nace sin decisión previa y desempeña una función, aunque esta función, como en el caso del barrio de tugurios, puede ser contraria al deseo de todos: es un área natural porque tiene una historia natural. La existencia de áreas naturales, teniendo cada una su función específica, da alguna indicación sobre lo que la ciudad revela ser en el análisis: de ningún modo como nosotros sugerimos con más fuerza, un puro artefacto, sino, en un cierto sentido y hasta un cierto punto, un organismo. La ciudad es, de hecho, una constelación de áreas naturales, teniendo cada una su medio característico y desempeñando su función específica en el seno de la economía global de la ciudad" (1967).

El barrio como *locus* del debate de las “áreas naturales”

Donde se muestra que en los enfoques uruguayos predomina la asociación entre vecindario y barrio, propia de las áreas naturales. También se señala cómo el solapamiento entre el barrio administrativo y en el que las personas dicen vivir es solo parcial.

La problematización más elaborada en Uruguay acerca de la relación entre una mirada desde la perspectiva de la población y la serie de acontecimientos urbanos, desarrollada por R. Katzman y su equipo, pasa por la asimilación de los barrios a “vecindarios”, implica la deriva tácita entre ambas nociones. En su conocido trabajo de 1999 “Activos y estructura de oportunidades”, un estudio de referencia sobre las desigualdades sociales donde se utilizan indicadores por barrio, un capítulo central se denomina "El vecindario importa". Allí el objetivo es “explorar el impacto que tiene la estructura social del vecindario sobre los comportamientos de riesgo de niños y jóvenes”, y demuestran que las características de los barrios definen estructuras de oportunidades en el entorno social inmediato de los hogares que inciden en la probabilidad que niños y jóvenes acumulen activos.

Rápidamente, desde el barrio derivan hacia la noción de vecindario, donde postulan que existen expectativas recíprocas entre los miembros que regulan y controlan las conductas, y la influencia de la composición social del vecindario en tanto exposición a

modelos de rol. Así, aislando el efecto de otros indicadores con influencia conocida en los comportamientos de riesgo, demuestran que el barrio continúa teniendo efectos estadísticamente relevantes, por lo que concluyen, con acierto, que el vecindario importa (1999:277 y ss.). La constatación es irreprochable técnicamente, pero implica una peculiar asociación entre barrios definidos administrativamente y comportamientos vecinales, que se postulan como regiones morales.

Esta deriva aparece también en otras investigaciones. En 2005 demuestran un aumento en la homogeneidad barrial en la década del 90, fuertemente pautado por la concentración de personas pobres en los barrios de menor composición social y densidad poblacional. Desde allí, comentan teóricamente la intermediación entre contextos barriales y comportamientos individuales: distinguen entre distintas vías a través de las cuales las condiciones del barrio pueden limitar la acción individual y los mecanismos de socialización (modelos de rol, eficiencia de los patrones normativos y presencia de subculturas marginales). Nuevamente se investigan agregaciones a nivel barrial, para terminar especulando de “relaciones vecinales”: estudiar el entorno social a través del barrio es una forma de acercarse a lo que en realidad importa: “los efectos del entorno social, los lugares de residencia, sobre las posibilidades que tienen las personas y los hogares pobres de mejorar sus condiciones de vida” (Katman y Retamoso 2005:132).

Así, en 2003 se defiende que “como una proyección espacial las grandes ciudades suelen presentar un mosaico de barrios pobres con distintas configuraciones. Esos mosaicos territoriales hacen que el diseño de las políticas que procuran superar la pobreza desde una perspectiva espacial deba considerar las peculiaridades de la estructura social de cada vecindario” (2003:7). Se manejan ambos términos (barrios, vecindarios) como sinónimo en un salto económico que propiamente conforma “mosaicos” de “áreas naturales” o “regiones morales”.

El movimiento es claro: enfrentados al “tema clásico de la sociología urbana de la relación entre un cierto tipo de hábitat y los modos específicos de comportamiento” (2001:77), se delimitan desde una perspectiva ecológica poblaciones que se consideran “áreas naturales”, “regiones morales”, cuando lo que se quiere estudiar pertenece claramente más allá (o propiamente más acá) de éstas. Esta discusión ya clásica, que integra todos los programas de enseñanza universitaria de sociología urbana, puede

sonar hasta demodé. Nociones como las de “áreas naturales” o “ideología de barrio” ya han sido suficientemente criticadas o comentadas en la bibliografía específica. El asunto es que ha sido difícil avanzar, en esta aparente aporía. No parece haber demasiadas alternativas a la descripción concentrada en unidades residenciales o geográficas de las ciudades, que además proporciona numerosos resultados. Y en esta línea la unidad “barrial” es a primera vista la más atinada de estas nociones, pero a la vez la más compleja o “ideológica”, ahora en un nuevo sentido.

La selección de barrios para georreferenciar los resultados parece una ventaja importante respecto a, por ejemplo, las secciones censales, los segmentos o los Centros Comunales Zonales, divisiones meramente administrativas, mientras que el barrio “además está constituido en torno a una subcultura y representa una línea de demarcación significativa en la estructura social” (Ledrut 1968, cfr. Gravano 2003:83). Parece que todos sabemos de qué estamos hablando. Y en esta ventaja, estriba a la vez la trampa: el solapamiento entre, por así llamarlos, barrios y vecindarios, en contingente, parcial, nunca perfecto encastre.

Para los habitantes, sin duda que la noción de barrio es claramente relevante: todos sabemos en qué barrio vivimos. Sin embargo, por poner un ejemplo en Montevideo, los barrios donde la gente dice vivir no son en absoluto necesariamente los barrios delimitados por el INE. En una encuesta representativa de la población urbana realizada en 2007, se consultaba en qué barrio vivían las personas. Aparecen, además de los 62 barrios administrativamente definidos, otros 92 mencionados más de una vez (Aguilar, 2009).

Con claridad las zonas de la ciudad que más se desdibujan son las peor situadas en términos socioeconómicos, en particular las periferias. Más de un 60% de los barrios donde la gente dice vivir no se corresponden con los delimitados por el INE; un 70% de éstos son barrios “inventados” en las posiciones geográficas inferiores; en las superiores la proporción de barrios que no se corresponden con los administrativos baja a la mitad. Pero tampoco en las posiciones económicas superiores los barrios donde se dice vivir son los mismos a los definidos administrativamente: hay una alta proporción de personas que mencionan barrios existentes, en general contiguos a los suyos y establecen fronteras distintas a las administrativas. Este “desplazamiento” explica el

70% de las personas que dicen vivir en un barrio distinto al que lo hacen en las zonas más acomodadas.

La descripción en base a barrios administrativos se corresponde entonces sólo en forma limitada con los barrios que las personas sienten como propios; si bien puede caracterizarse el contexto socioeconómico de la población de un barrio, la existencia de fronteras internas, mucho mayor en los barrios peor situados, y los procesos de identificación y desplazamiento, más frecuentes en los barrios más prósperos, desmontan su rápida concepción como vecindarios. Los barrios se encuentran atravesados por dinámicas que los trascienden y los estructuran. Y a su vez, bajo ellos, en ellos, tras la supuesta homogeneidad del vecindario, están abiertos, sus límites son contingentes y nuevamente estructurados.

La mirada estructural

Donde se presentan las críticas elaboradas en los años 70 que problematizan la concepción de la Escuela de Chicago y su “reificación de lo urbano”, su asociación con la administración política y la ceguera al estudio del uso concreto de la ciudad.

En su conocido trabajo sintético del desarrollo de la sociología urbana, J. Walton (1993) aglutina la reflexión disciplinar entre 1970 y 1990 en el marco del “paradigma de la economía política”, en el que describe y presenta seis corrientes (‘explicación histórica’, ‘estudios comparativos’, ‘procesos socioeconómicos’, ‘movimientos políticos’, ‘etnicidad y comunidad’ y ‘relaciones espaciales’) con el objetivo de “mostrar que la economía política ha sido el más unificador y vigoroso paradigma durante las últimas dos décadas” (1993:307). Este conjunto de corrientes, relativamente heterogéneas entre sí, tanto teóricamente como en los temas que eligen destacar, a juicio de Walton se hilvana en un marco paradigmático con el principal aspecto unificador de que la ciudad, tras ser “dada por obvia”, requiere ahora asumir el estado de “objeto teórico”, sin considerarse meramente como un fenómeno unívoco de agregación entre personas sino más bien como contingente y variable en distintos contextos socioculturales. Tras la enumeración de los distintos hilos, Walton resume entonces en el final la madeja que los articula: el éxito de la economía política como paradigma “descansa en su capacidad de explicaciones estructurales de la variedad de condiciones urbanas” (1993:317).

Así, tras la Escuela de Chicago, “con énfasis en los conceptos de organización comunitaria, desorganización, sucesión ecológica (...) en los últimos años de la década de 1960 una ‘crisis’ tuvo lugar en la sociedad urbana y en la academia, particularmente en los Estados Unidos, Inglaterra y Francia, donde floreció una ‘nueva sociología urbana (...) La crisis urbana dio energías a científicos que rápidamente constataron que el venerable paradigma de la organización social fallaba al ajustarse a los problemas contemporáneos”, y entonces, “en algún momento entre 1968 y 1973”, se generó un paradigma que se volvería dominante (y que luego mostraría a su vez “síntomas de agotamiento”: desde mediados de los años 90, el campo aparecía “necesitando otra vez nuevas direcciones”) (Walton 1993:304 y ss).

H. Lefebvre, D. Harvey y M. Castells son posiblemente los autores más reconocidos que atestiguan este viraje. Adquiere carácter simbólicamente fundacional del “cambio paradigmático” en Francia la capciosa pregunta de Castells “¿existe una sociología urbana?” (1969) y su disputa consecuente con H. Lefebvre en la Universidad de París; en el mundo angloparlante, la matriz fue más bien la ‘economía crítica’, dando énfasis a la estructura del poder político, y la interpelación de D. Harvey a los “principios liberales” de la teoría urbana (1973).

En su libro “La cuestión urbana” Castells (1979) tiene dos grandes objetivos: por un lado una crítica a los trabajos de sociología urbana anteriores, en tanto “mera representación de dinámicas sociales en el espacio” y, por otra parte, apunta a crear una fundación teórica más sólida para los estudios urbanos posteriores. Así, parte del cuestionamiento de varios autores (entre ellos la Escuela de Chicago y trabajos de Tönnies, Simmel, y Mumford); el punto de partida de la crítica de Castells era que esos estudios urbanos no atendían a los procesos sociales como un todo estructural y estructurado, y que no consideraban la especificidad de la sociedad capitalista y sus contradicciones de clase. Castells intenta en ese libro construir una “nueva sociología urbana” con una definición estricta del objeto teórico urbano como centro fundamental que, partiendo del modo de producción capitalista, se centra en la esfera del “consumo colectivo”.

Por su parte, algo antes, también Lefebvre (1969, 1971), en el seno del marxismo francés, tomó como contrapunto de su planteo a la sociología urbana dominante, pero sobre otro argumento. A su juicio, ésta se limitaba a una consideración material del

territorio como escena, y la importancia en lo urbano estribaba más bien en la manera en que se usaba la ciudad, considerándola no como un receptáculo vacío donde transcurre la práctica humana sino como producto y productor de esa práctica. En la concepción de Lefebvre del espacio urbano siempre algo está sucediendo. Atendiendo al uso de la ciudad específicamente, la producción del espacio urbano, las relaciones histórico-sociales que la construyen, son precursores sus estudios sobre el valor del suelo y su uso en el marco de las relaciones de dominación capitalistas que generan dinámicas de segregación, de dispersión, de “periferización”.

En el campo de la geografía social también se produce en los años 70 una inflexión epistémica. La autodenominada “nueva geografía urbana” cuestiona los vínculos, involuntarios y no conscientes la mayoría de las veces, establecidos con una cierta forma de organización de la sociedad, con el capitalismo. El foco irá dirigido contra la función ideológica del discurso funcionalista urbanizador que hace la apología de un cierto tipo de sociedad. Esta es la acusación que David Harvey (1976, 1977) o Richard Peet (1977) lanzan contra enfoques ligados a una concepción de la sociedad "liberal", que sirven, voluntariamente o no, a los intereses del capitalismo monopolista de Estado desde el momento que orientan la investigación al estudio de las condiciones de control de los problemas y no a su solución, a pesar de los objetivos sociales que se fijan los “expertos” de la geografía. Lo que se impugna en este caso es una geografía de tipo tecnocrático, orientada al ordenamiento territorial y al control social, y por tanto, al servicio de "la ley y el orden".

D. Harvey plantea con claridad que existen “demasiadas anomalías entre lo que queremos explicar y manipular y lo que realmente ocurre”:

“La proposición central de la vieja geografía consistía en lo cualitativo y en lo singular, y estaba claro que no podría resistir la evolución del conjunto de las ciencias sociales en lo que se refería a instrumentos de manipulación y control social que requerían una comprensión de lo cuantitativo y lo general. La revolución cuantitativa ha seguido su curso y los resultados son cada vez menos interesantes, sirven para decirnos cada vez menos sobre cuestiones de escasa importancia. Más importante todavía es la existencia de una clara disparidad entre la sofisticada estructura teórica y metodológica que estamos utilizando y nuestra capacidad de decir algo realmente significativo sobre los

acontecimientos tal como se desarrollan a nuestro alrededor. Hay demasiadas anomalías entre lo que queremos explicar y manipular y lo que realmente ocurre. Resumiendo, nuestro paradigma está maduro para un derrocamiento. Son las condiciones sociales objetivas que están surgiendo y nuestra patente incapacidad para hacerles frente lo que explica en esencia la necesidad de una revolución en el pensamiento geográfico” (1976:10).

Los tres autores coincidían, como expresaba con formas y alternativas propias de la época en “La cuestión urbana” Manuel Castells, en que imperaba una “reificación de lo urbano, patrimonio de la tecnocracia y las capas dirigentes” (1979:34 y ss), pero a su vez con “profundas raíces sociales. No se limita a la tradición académica o a los medios del urbanismo oficial. Está, ante todo, en la cabeza de la gente, llega incluso a penetrar en el pensamiento de quienes parten de una reflexión crítica de las formas sociales”; opera como una ideología urbana “de lo que se desprende que se hace urgente un esclarecimiento de la cuestión urbana”.

El corazón de su crítica, la de los tres, apuntaba a la concepción ecológica de “áreas naturales”, correspondientes a “regiones morales”: “¿podría pensarse que ciertos tipos de organización del espacio o ciertas unidades urbanas tienen un efecto específico sobre las prácticas sociales?” (2001:76). El español preguntaba retóricamente “¿de qué se habla cuando se habla de unidades urbanas?” (2001:93):

“(Es cuestionable) la existencia de una unidad ecológica particular (barrio, distrito, etc.), con fronteras suficientemente específicas para hacer una separación socialmente significativa. Aún en el caso de que una zona residencial esté fuertemente definida desde el punto de vista ecológico, como sucede con las comunidades ‘marginales’ constituidas en la periferia de las grandes ciudades latinoamericanas, la diferenciación social hace estallar en otros tantos pedazos las normas culturales (...) cada una de las subpoblaciones manifiesta diferentes estándares de vida, distintas orientaciones de valores y diversos grados de participación social” (2001:89).

Lefebvre también reconoce específicamente en este sentido la existencia de una “ideología del barrio”:

“Sus partidarios se colocan en el sólido terreno del sentido común (...) No separan los presupuestos ni las implicancias de esta pretendida observación empírica. Creen ver, sus ojos ven, que el barrio no es un detalle accidental, un aspecto secundario y contingente de la realidad urbana, sino su esencia. A continuación, creen haber verificado una hipótesis científica; a partir de ahí, con toda su buena conciencia, se proponen organizar la vida urbana bajo el modelo del barrio. Desde el momento que creen haber dado el legítimo paso del hecho a la apreciación, justifican este hecho en nombre de valores. Para los que poseen esta ideología, el barrio es, a la vez, el ámbito natural de la vida social y la unidad social a escala humana. Es decir, una especie de ‘módulo’ social o sociológico, verificable y ratificable” (1969:195).

Lefebvre sostiene que es en cambio el habitar, la vida cotidiana, lo que produce el espacio barrial. En este marco (en una afirmación de Castells califica de “opción por la pura transparencia de los hechos sociales”), sostiene que es pertinente recuperar la idea de barrio, considerarlo como unidad conceptual relevante en el habitar cotidiano. Pero con determinadas precauciones: “el tránsito de lo empírico a lo normativo no se hará sin la debida precaución. Estará basado en análisis concretos, en una teoría del conjunto, en un concepto del espacio y el tiempo sociales. Ahora quede claro que mantenemos una problemática que da lugar a investigaciones precisas” (1969:202).

La vida de barrio

Donde se introduce el uso del “nombre del barrio” como elemento de diferenciación y se presenta un análisis de las connotaciones de la “vida de barrio” en Montevideo que muestra un diagnóstico compartido de nostalgia y degradación.

Los acercamientos a la ciudad centrados en las áreas naturales se concentran en el “nombre” del barrio, lo animan, estudiando sus atributos promedio, e hipostasian de ese modo el nivel de la vivencia del ciudadano. Tras ese nombre, bajo él, desde el punto de vista del habitante, A. Gravano (2003) estudia el “carácter de enigma del barrio” en Buenos Aires: destaca que existen dos “necesidades” para las que “la noción de barrio parece servir de respuesta conceptual: la de denotar la situación de diferenciación y desigualdad dentro de la ciudad, y la de connotar determinados valores e ideales, que hacen a la convivencia y a la calidad de la vida urbana en comunidad” (2003:13).

Por ejemplo, en Montevideo, en cuanto al primer asunto, la denotación de la situación de diferenciación en la ciudad, algunos nombres de barrios están muy presentes en el imaginario, como Ciudad Vieja, el Centro, Pocitos o el Cerro. Además, evidentemente, no todos los barrios definidos administrativamente son invocados en las conversaciones sobre la ciudad. En 2007 se realizaron varios grupos de discusión en Montevideo (Filardo et. al. 2008). Sus características se presentan en detalle en el segundo capítulo del análisis; por ahora sólo se presentan a continuación algunas citas ilustrativas. De ellos surge con claridad que algunos de esos nombres refieren a lugares únicos: el Centro reúne las oficinas gubernamentales, algunos centros educativos, las tiendas... y además simboliza la situación urbana, por oposición a la periferia. No es tanto un lugar en el que se reside, como uno al que se va, con fines funcionales. Ciudad Vieja es el epítome de “mezcla en la ciudad”; un lugar para la noche, con boliches y salidas, usado y referido con enorme frecuencia en los montevideanos de todas las posiciones sociales. El Parque Rodó, que además de un barrio es un espacio público abierto, el Prado en un sentido similar, Tres Cruces... son otros barrios que, como Ciudad Vieja y el Centro, aunque referidos con menos intensidad, funcionan en forma parecida: son lugares especiales, únicos, con características propias.

Pero en particular, como señala Gravano, al hablar del barrio "parecería que estamos en presencia de algo genérico, esgrimido socialmente para establecer distinciones, dentro de las luchas por los significados" (2003:42). Así, el barrio Pocitos funciona discursivamente como símbolo de la clase “media alta”: los shoppings, la noche, el nodo económico que representa, la playa... lo vuelven un lugar de invocación recurrente. También Carrasco, Malvín, Punta Carretas, Punta Gorda, Parque Batlle... en ese orden de frecuencia, operan en el terreno simbólico como metáforas de la “parte alta”; las “zonas ricas” (o normales, según quién lo diga) de la ciudad. En cambio, el papel del Cerro y los motivos de su frecuente presencia en los discursos es inverso: simboliza el lugar “pobre”, de la “clase baja”. Las personas de menor nivel socioeconómico lo tratan como un lugar similar al suyo; las de mayor, como atestado de un lugar al que no irían, lejano, a veces hasta afuera de Montevideo, con cosas lindas como la playa o la Fortaleza, pero caracterizado con claridad como problemático. Casavalle, Piedras Blancas, Casabó, Malvín Norte, también Colón o la Teja, Cerrito, aparecen discursivamente, como el Cerro, en tanto lugares pobres y peligrosos de la ciudad. Otros lugares, de menor presencia en las conversaciones, como la Aguada,

Sayago, Cerdón... funcionan como ejemplo o referencia sinecdocal a “otro tipo”, los barrios de trabajadores, con vida vecinal, obreros: el “barrio-barrio”.

Entrando entonces en el segundo asunto, la “necesidad de connotar determinados valores e ideales, que hacen a la convivencia y a la calidad de la vida urbana en comunidad”, Gravano profundiza en un conjunto de valores del "barrio-barrio": la solidaridad, la tranquilidad, el arraigo, la relacionalidad, la bondad, la familia... y a la vez cambios recientes y varios anti-valores: el incremento de peleas, robos, palabrotas, ruido, el crecimiento de la inseguridad, de la vagancia y el miedo. También se asocian discursivamente con el significante “barrio” varias prácticas: compras, ventas, solidaridades, chusmeríos, ritos, juegos, gestos, amores...

La relación de vecindad en las asambleas barriales, las comisiones de vecinos, las comparsas y otras organizaciones de base local, aspectos simbólicos asociados al deporte, la identificación con el barrio en los enfrentamientos entre barras que se dicen de tal o cual, y la asociación de algunos barrios a la violencia indican “que el barrio no juega solamente el papel de ámbito donde suceden cosas, sino que aparece actuando como un valor en sí mismo, como eje de asunciones, preconcepciones y disyuntivas (...) se presenta como una condición relevante y significativa” (2003:42). “Otros de los valores condensados serían la dignidad, el orden, la inocencia, la cohesión, la integración, la tradición, la autenticidad y el sentido de pertenencia social, de raíz cultural y de base popular –con la importante connotación de “barrio obrero”. Y en este marco, como nudo aglutinador aparecería la figura de “muchacho de barrio”, la vida infantil y adolescente (2003:56).

Pero sobre todo, es “ostensiva la afinidad de la noción de barrio con la reivindicación o rescate de una vida perdida y añorada, un valor constructor de una identidad social dolorida por el presente, por eso nostálgica (dolor de nosotros), cuya recuperación –prácticamente imposible- puede lograrse mediante el conocimiento del barrio, como rescate de lo propio” (2003:42); en otros términos el "barrio perdido", "donde lo que es calificado como nuevo, "invasor" y representativo del progreso, “se opone al alma y la esencia del barrio" (2003:34).

También en Montevideo en los grupos de discusión aparecen estos dos grandes núcleos semánticos que se asocian con el barrio: ciertos valores, como la fraternidad de la

confianza local, la infancia y el amigo del barrio, y anti-valores como la violencia, y la mirada nostálgica del “barrio perdido”. Igualmente, se coincide en el incremento de la inseguridad y en la pérdida de respeto como cambios relevantes.

En un análisis en este sentido, una primera constatación es la percepción por los habitantes de que por varios aspectos la vida de barrio, el "amigo del barrio", la comunalidad vecinal, disminuyen paulatinamente. Se defiende que sólo en algunos lugares puntuales aún hay vida de barrio¹, y marcan como un importante cambio que en general la gente está mucho más “adentro”, encerrada, que antes, “no ves tanta gente afuera en los barrios”, aunque sigue habiendo “vereda”. Los más adultos invocan su proceso vital como atestiguando ese proceso: en 25 años desapareció, todo empezó a cambiar radicalmente².

La “nostalgia del barrio” se justifica en las infancias, que asocian al “cordón de la vereda”, el “lugar donde me hice persona”, que se añora³, y a la vida vecinal, que ahora murió porque “quedan pocos barrios donde salís y está todo bien con los vecinos”. No se conocen entre ellos, y eso no pasaba antes en “los barrios de Montevideo”⁴; se vincula la familia extendida con la vida de barrio, “toda la manzana salía en las fiestas”. En esas zonas encuentran en su infancia “amigos del barrio”, juegos en la calle, que ahora no se ven: los amigos ya no son del barrio y los niños “hoy están peor que antes”; “antes curtían más calle”, ahora van sólo a las casas de los amigos o “a los ciber”, los shoppings⁵, ahora “no se ven gurises en la calle”⁶. Antes sí “hacían barrio”, vida de barrio, se jugaba en el cordón de la calle, y ahora están en la casa todo el día.

¹ “-Creo que el 'amigo del barrio' se murió cada vez más”.

² “-Yo viví 25 años en un mismo barrio, y cuando yo era chica había pila de gente en la vereda, se juntaba la gente afuera, los niños jugaban en la calle... Y después, con el paso del tiempo, empezó todo a cambiar, radicalmente”.

³ “- Para mí el cordón de la vereda fue algo así como el lugar donde me hice persona”.

⁴ “Hoy quedan pocos barrios que salís y está todo bárbaro con los vecinos, los que viven en la otra cuadra. No tenés idea qué pasa ni quién vive y antes no era así, o por lo menos cuando yo era chica en los barrios de Montevideo no pasaba eso”.

⁵ “-Creo que el barrio es fundamental, capaz que tenés fortuna y vivís en Pocitos o estás a unas cuerdas del Parque Rodó, los chicos juegan en la calle. -¿Juegan en la calle? -Ta, pero eso cambió pila. -Cambió con los shoppings. -Yo cuando era chica vivía en el barrio que vivo ahora y jugaba en la calle y tenía pila de amigos del edificio, y ahora vivimos en el mismo barrio y nada que ver. -Depende el barrio, pero como que no se juega tanto en la calle. -Hoy está peor que antes”.

⁶ “-Cuando era chica, yo me acuerdo que llegaba de la escuela, comía, y ya me iba para afuera a esperar que llegaran mis amigos de la escuela que iban de tarde. Y nos pasábamos jugando en la calle. Andábamos en bici ahí en la calle, o jugábamos a la pelota... ahora, no veo gurises en la calle”.

La invocación al barrio aparece entonces en general asociada a un conjunto de valores propios de la vecindad, de la convivencia y con la vida infantil en la calle; pero se apunta un deterioro creciente de la vida barrial más dramático en las zonas más pobres: aparecen y se imponen los miedos urbanos: antes “los malandros” tenían códigos y todo el mundo podía salir seguro. Ingresaron un montón de cosas, “jóvenes, drogas” y “hoy por hoy no se respeta nada”⁷. En las personas más mayores de clase baja, las trayectorias de clase descendentes narran el “venir acá” (por su barrio actual) como una “pérdida del barrio” que se “extraña horrible”; todos coinciden en que el “juego en la calle”, la vida de barrio, ya no se sostiene: sólo con vigilancia. Antes sus barrios pobres eran humildes y trabajadores. Ahora “el barrio” habría dejado de existir, habría muerto.

Este “malestar urbano” continúa en la actualidad, siempre centrado en un acuerdo respecto a cambios en el eje “antes-ahora”, marcando un claro deterioro e insistiendo en la muerte de la vida barrial. En 2014 se realizaron otros cinco grupos de discusión sobre este tema (Focus 2014): allí reaparece con claridad y aún mayor insistencia la figura de los culpables de la muerte del barrio: los cambios sociales y la inseguridad, vehiculizada en los jóvenes pobres, carentes de todo código de convivencia.

Es posible y parece necesario profundizar en estos consensos aparentes, en estos certificados de defunción predominantes que aparecen desde la perspectiva de los habitantes.

La ideología del barrio “consiste en tratar formas de vida social como datos naturales ligados a un marco” (Gravano 2003:85); también, desde el punto de vista de las personas, al referirse a los barrios aparece plenamente la falacia ecológica, la reificación urbana. Si entendemos la ideología, con Zizek et. al. (2005), como la clausura, el relato que permite el cierre y sutura los antagonismos sociales, las personas asocian muchas veces barrios a conductas, a modos de ser homogéneos. Como señala Gravano, es necesario para ir más allá incorporar elementos estructurales, que hacen las diferencias tras estos acuerdos: “proyectar la mirada dialéctica en el interior de los procesos (dando

⁷ “-Creo que desde diez años se perdieron los códigos... -Eso es cierto. -Pero es general. -Sí, pero estoy hablando de seguridad. Los valores en general sí, sin duda. Yo estoy hablando de códigos de acá con respecto a la seguridad. El que era chorro y era malandro de acá del barrio, tenía códigos, de él y hacia los demás, y los hacía respetar, y acá podían vivir diez chorros, que de hecho lo hicieron, vivieron, y acá no entraba nadie y hacían respetar esos códigos. -Y eran... -No venía nadie a robarte, todo el mundo podía salir seguro. -Pero digo, se perdieron esos códigos, ingresaron otro montón de cosas, jóvenes, droga... Pierden la cabeza y bueno hoy por hoy no se respeta nada”.

cuenta de las relaciones de subordinación y poder en los barrios, hacia los barrios y desde los barrios" (2003:64).

Las personas siempre se sitúan en barrios, que se encuentran conflictivos y heterogéneos; los estudios urbanos también, pero se concentran en la heterogeneidad entre ellos, considerando las unidades residenciales. Los primeros encuentran fuertes modificaciones, un malestar urbano, cambios y deterioro; los segundos más bien permanencias. En el medio, una bisagra desencajada: las personas dicen vivir en barrios solo parcialmente relacionados con los que se delimitan administrativamente, y esta relación además varía en función de las características socioeconómicas de los propios habitantes.

Derivas recientes

En el barrio aparece el desajuste entre la perspectiva de la población y la de la vida cotidiana; se acompaña el recorrido de la sociología urbana en las últimas décadas, con pujantes conceptos que no han logrado aún superar el estado de crisis disciplinar.

El barrio es una noción de referencia para la vida en la ciudad y también para su administración y el estudio de las poblaciones urbanas. Pero está lejos de ser un espacio cerrado, unívoco. Es más bien una falsa bisagra, desajustada, "out of joint" (Derrida 1995). Como señala Lefebvre "el espacio social no coincide con el espacio geométrico; este último, homogéneo, cuantitativo, es sólo el común denominador de los espacios sociales diferenciados. El barrio sería el punto de contacto *más accesible* entre el espacio geométrico y el espacio social, el punto de transición entre uno y otro, la puerta de entrada y salida entre espacios cuantificados y cualificados" (1969:200).

¿El barrio como síntesis? Más bien síntoma de un dualismo abierto, espacio de un hiato, como condensación del dualismo mayor que atraviesa la sociología urbana, del que el barrio sería sí el extremo más accesible: la relativa inconexión entre el nivel de la población, de la administración, y el de la vida cotidiana de los habitantes de la ciudad.

Como indica Castells, el problema mínimo de la existencia de las unidades urbanas remite inmediatamente a "criterios de división del espacio (económicos, geográficos, en términos de percepción, de sentimiento de pertenencia, funcionales, etc.)" (2001:78). Pero cuando hay correspondencia entre los valores de un grupo o vecindario y la

comunidad residencial, en cuanto unidad administrativa, se trata, una vez más aún, de una relación social específica que no viene dada solamente por las simples características internas del grupo, sino que expresa un proceso social que hay, entonces, que establecer” (2001:92).

Desde la perspectiva del habitante el barrio, y la ciudad, aparecen fragmentarios, retazos hilvanados mediante procesos complejos. Desde la perspectiva de la población ambos se transforman en totalidades acabadas, con distribuciones más o menos alejadas de los promedios. La inflexión crítica de los años 70 y 80 en sociología urbana no logró erigir ese puente que unificaría valores y vida urbana con las unidades administrativas. Sin embargo, sugirió los caminos: “la estrategia más provechosa en esta coyuntura consiste, en explorar esta zona de conocimiento en la que ciertos aspectos del positivismo, del materialismo y de la fenomenología coinciden en parte, para proporcionar adecuadas interpretaciones de la realidad social en la que nosotros mismos nos encontramos” (Harvey 1976:11).

Durante los años ochenta y noventa el campo estalló en pedazos. La sociología urbana, fragmentada, avanzó en numerosos sentidos diferentes: desde desarrollos cuantitativos sofisticados (en general desde la perspectiva de las áreas naturales), hasta estudios cualitativos de contextos locales, pasando por numerosos análisis “temáticos” sobre, por ejemplo, la inseguridad urbana, enfoques de género, globalización... Se multiplicaron los antecedentes relevantes. Analizando la situación a finales de los 80, R. Mallor (1989) en una revisión de revistas especializadas destaca el incremento de los estudios locales, el desarrollo de la influencia de D. Harvey y la aparición de nuevas corrientes como el énfasis en los movimientos sociales y el “derecho a la ciudad” (2013, tomando la apelación de Lefebvre 1969) o la relación lo local/central; la concepción de la ciudad como “arena”, un conflicto poco integrado que construye una dominación precaria; la lectura de la ciudad como un “laboratorio social” (rescatando en forma sui generis la famosa aseveración de Marx), o las perspectivas centradas en la presentación de los ciudadanos en el espacio público.

También en ese período se popularizan miradas centradas en el gueto urbano como un condensador ideológico de la violencia, que señalan que la crisis social se codifica apuntando hacia la periferia generando una reacción de “ley y orden”, apoyada en

construcciones mediáticas que la asocian con un ambiente infeccioso y en estereotipos que precipitan una reacción punitiva, como las de L. Wacquant (2001, 2002).

Paralelamente, casi en un sentido opuesto, el carácter interconectado de las ciudades contemporáneas ha vuelto recurrente el lenguaje de los “flujos globales”. Tras el trabajo señero de P. Hall (1966), que introduce el término de “ciudades mundiales”, varias investigaciones comienzan a poner de relieve el nexo entre el proceso de la urbanización y la integración de las ciudades en la economía global. J. Friedmann (1982) elabora una jerarquía de ciudades en base a criterios empíricos distinguiendo entre ciudades primarias y secundarias en núcleos y semi-periferias. En particular S. Sassen (1999) acuña el término “ciudad global”, que destaca el nexo entre el crecimiento urbano y el desarrollo económico mundial, analizando algunas ciudades concretas. Nuevamente, las unidades residenciales se encuentran atravesadas por estructuras que las trascienden (centrales, globales, de clase, de dominación) y fracturadas en su interior (arenas, espacios de aparición de lo múltiple, de exclusión).

En este período, además, se difunden varios nuevos conceptos, aparecen nuevos espacios problemáticos. Por ejemplo, desde la geografía crítica (como en la revista *Antipode*) o a partir de la noción de “mapas cognitivos” (K. Lynch 1960), se desarrollan acercamientos “cartográficos” que buscan mapear la perspectiva de los ciudadanos; los principales hitos, fronteras, que distinguen y connotan diferencialmente los distintos grupos de personas. Se muestran así mapas subalternos y la posibilidad de un abordaje desde abajo, “bottom-up”. En un sentido similar, otra relevante superficie analítica surgida en el período se centra en los espacios liminales, de sociabilidad transitoria, como los “no lugares” (Augé 1995), que se caracterizan por una ausencia de significación y modulan nuevas prácticas sociales: aeropuertos, hoteles, estaciones de metro o de tren.

Merece una mención aparte el fuerte desarrollo de los estudios de movilidad urbana, en particular tras los trabajos de J. Urry (2007), con estrategias de medición de puntos de origen y destino, estudios de los transportes urbanos o de la accidentalidad. En un sentido distinto pero promisorio, P. Safa (1997) se acerca a la movilidad cotidiana desde la noción de “cronotopos”, tomada de M. Batjin (1989) y propone que algunos espacios pueden ser entendidos por el que los transita como, por ejemplo, “doméstico-

comunitarios”, es decir, localizados, de lazos intensos, de un habitar prolongado, y otros pueden ser espacios de “errancia” o de “tránsito,” menos intensos, más ajenos.

El avance disciplinar es gigantesco, y estamos ante una de las áreas más vigentes, dinámicas y relevantes del pensamiento sociológico. La situación no es para menos: la proporción de personas viviendo en ciudades se incrementa en forma notable a nivel internacional (también en Uruguay: el 90% de las personas reside en localidades con más de 5000 habitantes), y las ciudades son el *locus* fundamental del cambio social contemporáneo. Sin embargo, la sensación de crisis disciplinar, de indefinición del objeto, amparada en esa dificultad para integrar enfoques desde el nivel de la población y desde la vida cotidiana, permanece.

T. May, B. Perry, P. Le Gales, S. Sassen y M. Savage (2005), colaboran en una ambiciosa síntesis de evaluación y proyección de la disciplina con el comienzo del siglo. También revisan las “principales corrientes” angloparlantes en la última década (2005:344 y ss): unas que se preocupan por la dislocación social y la fragmentación, el conflicto y la tensión cultural (Buck et. al. 2002; Zukín 1995); otras que enfatizan la globalización y las implicancias de las ciudades que configuran nuevas formas de mirar lo local (Brenner 2000; Sassen 2000) o los procesos de interdependencia (Le Gales 2002; Taylor 1996); también estudios provenientes de nuevas ciudades (asiáticas, africanas, latinoamericanas); por último, la aparición de abordajes de la segregación en la ciudad, con pretensiones teóricas más generales o que la vinculan con otras temáticas (Molotch 2003, Logan 2002, Wacquant 1997). En sus artículos, todos comienzan aceptando una crisis de la sociología urbana, e ironizan acerca del carácter casi “permanente” de la misma.

El breve resumen realizado hasta aquí, a modo de esbozo inicial de la superficie donde se sitúa esta tesis, dista de estar clausurado. En dos sentidos por lo menos: por una parte, es evidentemente limitado y superficial, pero por otra parte, la “crisis de la sociología urbana”, la falta de univocidad en la definición de su objeto y su carácter esquivo está lejos de superarse, y ya casi puede postularse como enraizada en el desarrollo de la disciplina.

La discusión será clásica y de algún modo manida, pero ahora es nuevamente vigente. En su conocido manual “The new urban sociology”, M. Gottdiener y R. Hutchison

(2014) dedican el capítulo final a “el futuro de la sociología urbana”. Allí defienden justamente la importancia de esta escisión entre los enfoques “culturalistas” de la Escuela de Chicago y los “estructuralistas” y proponen la importancia de desarrollar una perspectiva unificada de la sociología urbana, no necesariamente sintética: en el desafío de considerar en simultáneo ambas dimensiones estriba la principal discusión y “el futuro de la sociología urbana”.

“The culturalist perspective focuses on events within neighborhood (community studies) or the city (urban ecology), but it does not place the everyday lives of individuals (...) The research methodology and theoretical models that are used by urban sociologists following the culturalist approach do not make the necessary link between daily life in the metropolis and the larger urban structures that connect persons around the world in the twenty first century. The structuralist approach, on the other hand, focuses attention on the global system of capitalism and on the political economy of urban life (...) what the structuralist approach does not do is help us understand, according to Flanagan (2001), is help understand the impact of these changes on the daily lives of persons in cities and metropolitan regions across the world”. (2014:369)

El paso adelante. Habitar y pluralismo

Se introduce la noción de “habitar”, se presenta un conjunto de perspectivas que lo tematizan y se destacan en particular abordajes pluralistas, metodológica y epistemológicamente, que incluyen elementos formales derivados de G. Simmel.

Llamaremos a este espacio, el de esta correspondencia inasible, dislocado, el nivel del habitar, que considerará en simultáneo la configuración urbana y la cultura como sus dos dimensiones. M. Heidegger definía el habitar como el espacio del construir, mostrando cierta identidad etimológica entre estas palabras, que a su vez las asocian en alemán antiguo con el verbo “ser”: el hombre es en la medida en que habita; somos habitando y construyendo, y se ponen en juego en este marco dos dimensiones en simultáneo: de una parte el edificar, construir materialmente, y de otra parte la cultura, la acogida, el cuidado.

Varios trabajos en los últimos años han intentado ocupar este espacio del “habitar”, tematizarlo, llegar hasta él. De una parte, desde las investigaciones centradas en el nivel

de la población, en la perspectiva administrativa, que animan las unidades residenciales con atributos más o menos promediales o desviados, se percibe la opacidad que implica la multiplicidad y que como arena se escapa entre los dedos que intentan administrarla. Así, tienen lugar discusiones como por ejemplo F. Sabatini (2006, 2010) en la región, que profundiza en el problema de la escala de medición y en la importancia del encuentro. Apunta por ejemplo que “la superación de unos estudios cuantitativos meramente descriptivos de la segregación, que parecen descansar en supuestos atomistas, nos demanda estrategias metodológicas distintas. Hay que incorporar las dimensiones subjetivas de la segregación” (Sabatini y Sierralta 2006:19).

De otra parte, partiendo desde la perspectiva de la vida cotidiana y del componente cultural del habitar, aparecen numerosos intentos de incorporar los efectos estructurales y las contradicciones que atraviesan la transparencia de lo dado. En algunos casos, estudiando barrios aislados puede volverse a un naturalismo ecológico; en otros, adecuadamente contextualizados, análisis de caso de barrios excluidos permiten integrar la percepción cotidiana y miradas estructurales de las ciudades, como por ejemplo en Wacquant (2009) y las periferias francesas, inglesas y de estadounidenses o, a nivel nacional, Pedrosian (2013) sobre el barrio Casavalle. También por supuesto desde la antropología urbana se busca trascender el momento puntual, el estudio de caso de la vida cotidiana en la ciudad, para dar cuenta de dinámicas más generales con cabal conciencia de los condicionamientos estructurales, por ejemplo M. Delgado (2000), P. Bourgois (2010) o U. Hannertz (1980). Asimismo, desde la microsociología los acercamientos de I. Joseph (2002), retomando a E. Goffman (1966), o estudios culturales centrados en grupos urbanos específicos, por ejemplo sobre el uso juvenil de la ciudad (Maffesoli 2004) o particularmente los que se apoyan en la mencionada noción de “cronotopos” de M. Batjín, o en la de “heterotopos”, de M. Foucault, como Silva y Browne (2009).

Además, cabe agregar que varios abordajes se sitúan específicamente en este lugar, en esta “disyuntiva” del habitar; en particular M. de Certeau y P. Mayol (1999) que también para definir el barrio (“esta embarazosa pregunta”) acuden a Lefebvre y la “puerta de entrada y salida entre los espacios calificados y el espacio cuantificado”, estudian “las maneras de habitar la ciudad” y pretenden “dilucidar las prácticas culturales de los usuarios de la ciudad en el espacio de su barrio” (1999:5). Ellos

también encuentran “dos series de problemas” que se abren a esta investigación y la pertinencia de “reunir estas dos vertientes”:

1. La sociología urbana del barrio. Privilegia datos cuantitativos, relativos al espacio y la arquitectura; se ocupa de las medidas y analiza las limitaciones materiales y administrativas que entran en la noción de barrio. 2. El análisis socioetnográfico de la vida cotidiana (...) de ahí se desprende un retoño de la vivacidad inesperada, que podría llamarse hagiografía del pobre, género literario de éxito considerable, cuyas “vidas” más o menos bien transcritas por los investigadores dan la ilusión agrídulce de encontrar un pueblo para siempre desaparecido” (Mayol, 1999:5).

Así, de los dos componentes que señalaba Heidegger, la edificación y la cultura, ellos se recuestan sobre el primero, la configuración urbana, para concentrarse en el segundo, en las “prácticas culturales”, la “escenificación de la vida cotidiana” y “el dominio de esta separación por parte del usuario y sus acciones específicas, como ‘tácticas’ (...) una de las condiciones de posibilidad del espacio urbano” (1999:6). Desde ese ángulo “el sujeto poetiza la ciudad”, de modo que el “espacio urbano se vuelve objeto no sólo de un conocimiento, sino el lugar de un reconocimiento (...) la práctica del barrio es signo de una táctica que solo ocurre junto a la del otro” (1999:12). La perspectiva de De Certeau ha sido retomada por varios autores posteriormente, como K. Hayward (2004), que destaca precisamente que “la ciudad contemporánea sólo puede ser entendida en términos de su dualidad, entre las perspectivas de la ciudad planificada y de la ciudad experimentada” (2004:2).

Además, la narración de una secuencia paradigmática que se centra en las corrientes predominantes olvida la permanente presencia de estudios “disidentes”, difíciles de encasillar por su originalidad, así por ejemplo el “libro de los pasajes” de W. Benjamín (2007), cada vez más retomado (Aguar 2009). También R. Sennet, en particular en su libro “Carne y piedra” (1994), o incluso autores más generales como Bauman (2010) que, al acercarse al temor como factor central de la vida urbana actual, muestra cómo aparece como el principal asesino en esa “muerte del barrio”.

Desde este marco entonces, ¿se puede decir algo más allá de que “el barrio muere”, de que la “estructura se repite”? La respuesta es evidentemente que sí, pero la pregunta se subdivide naturalmente: ¿qué se puede decir?, ¿cómo se puede decir?

Estos enfoques, que intentan avanzar hacia el habitar, serán desarrollados a lo largo del trabajo que sigue, los ejes vertebradores de la tesis, orientando al respecto del “qué decir”. La pregunta en cuanto al “cómo” decir también adquiere relevancia en este contexto de incertidumbre, donde parece imposible hablar a la vez de las características del espacio que ocupa un elemento y predecir hacia dónde y de qué forma se dirige, que parece instalado en la sociología urbana.

La alternativa más en boga apunta a una estrategia pluralista, de aproximaciones sucesivas, iterativa. Varios autores se sostienen en esta superposición de planos relativamente independientes, que se hace dialogar en un paulatino acercamiento. En particular, E. Soja (2000) representa una reconocida síntesis entre las perspectivas de Lefebvre centradas en el habitante y las miradas globalistas, en su conceptualización de las ciudades posmodernas. Él estudia el caso de Los Ángeles, donde enfatiza la internacionalización, las nuevas formas urbanas (reestructuración de centros y suburbios), la fractalización y la reestructuración del mosaico urbano (con nuevos patrones de fragmentación social), las nuevas formas carcelarias (pautadas por la fortificación urbana, pandillas, guardias, policías y una creciente ingobernabilidad) y el desarrollo de la “ciudad simulada moderna”.

En líneas similares, varios trabajos se enmarcan en los últimos años en una perspectiva pluralista y apuntan a una “superposición de cartografías”. En este sentido, merece reseñarse el trabajo de Pérez-Agote et. al. (2010), que se concentra en los barrios de San Francisco, en Bilbao y Embajadores/Lavapiés, en Madrid. La investigación, comparativa, realizada durante varios años en la Universidad Complutense de Madrid y la Universidad del País Vasco, se concentra en las relaciones interétnicas: ambos son barrios con alta proporción de inmigrantes de varias procedencias. También parten de la pregunta de si “existe realmente el barrio”, que rápidamente caracterizan como esquivo, en tanto dinámico, móvil, cambiante. Para aprehenderlo, integran perspectivas cuantitativas y cualitativas: se utilizan datos estadísticos de población y varias encuestas, así como observaciones participantes, entrevistas en profundidad, biografías sociales y grupos de discusión.

En particular, en relación al barrio San Francisco realizan un ejercicio cartografiado, considerando sucesivamente el mapa físico y su evolución histórica (que lo sitúa como una bisagra en la ciudad), otro mapa sociodemográfico, que muestra “tendencias importantes a la depauperización que sin embargo conviven con señales de emergencia y dinamismo” (2010:33), y en tercer lugar un mapa de las representaciones, “las ideas comunes, sentidos compartidos, dados por supuestos (...) por los propios agentes que habitan el barrio” (2010:50), que lo presentan como mutable, marcado por la pulsión marginalización/centralización, problemático, necesitado de intervención, degradado y aislado. Así, concluyen que “el barrio existe, tendremos que decir que sí, que sus fronteras son más o menos firmes –aunque sus contenidos sean fluctuantes- y que estos últimos están atravesados, casi desde su fundación, por una doble tendencia: de un lado la que orienta San Francisco hacia el imaginario del arrabal (prostitución, marginalidad, droga, emigración) y del otro, la que hace a este espacio urbano parte integrante de los mitos propios de las nuevas tendencias (...) de gentrificación. Esta suerte de esquizofrenia atraviesa los tres mapas que hemos construido para cartografiar este espacio” (2010:33).

Esta superposición no es sino el punto de partida, en ese marco luego dan varios pasos más: primero analizan en específico el discurso y las prácticas en el barrio apuntando a recrear cartografías, distinguiendo entre los “vecinos de aquí, de siempre y de ahora” y los “otros vecinos”, gitanos, inmigrantes. En segundo lugar, presentan “distintos procesos de construcción identitaria”, considerando cuatro tipos ideales de “configuraciones de barrio” y focalizando en las trayectorias de inmigración. En tercer término, aplican conceptos como el de “cronotopos” o el de “heterotopos” o el análisis de la movilidad cotidiana. Hay un cuarto momento, final, decisivo, que se comentará enseguida, al final de este apartado. Pero antes es necesario profundizar brevemente en esta estrategia de abordaje.

Es claro que estamos ante un enfoque pluralista en lo empírico, que apuesta a la combinación de técnicas, pero también en lo epistemológico. Varios autores, en particular A. Badiou (1999) y M. Lazzarato (2006) han popularizado en los últimos años esa mirada, que describe las modalidades en las cuales las singularidades se componen y se descomponen, se unen y se separan, se cartografían y diagraman en lógicas mayoritarias y minoritarias.

Como señala Lazzarato en referencia a W. James, el filósofo estadounidense de principios del siglo XX, “el pluralismo no niega los procesos de unificación y de composición sino que, al reconocer que las vías por las cuales se realiza la continuidad de las cosas son innumerables y contingentes cada vez, se plantea las preguntas siguientes: ‘El mundo es uno: pero ¿de qué manera es uno? ¿Qué especie de unidad posee? ¿Y qué valor práctico tiene su unidad para nosotros?’” (Lazzarato, 2006: 25).

“El “modo de unión” es muy diferente de la “unidad perfecta”, “absoluta”, implicada en la “forma todo”. En el universo de la multiplicidad, las diferentes maneras de ser “uno” implican una multiplicidad de modalidades a través de las cuales se practican estas unificaciones. ¿Cómo se mantienen juntas las cosas, cómo hacen cohesión las redes, cómo se construye el mundo? De este modo, el universo pluralista se construye por “concatenamiento continuo” de las cosas y por “conocimiento concatenado” de los conceptos. Las redes establecen así cohesiones, “confluencias parciales”, a través de la conexión entramada entre pedazos, partes y extremos del universo” (Lazzarato, 2006: 26).

Tenemos entonces en la ciudad un ejemplo de estos universos incompletos, cuya realidad y conocimiento se hace poco a poco, por adición, por colección de las partes y de los pedazos. Un universo donde la composición debe seguir la cartografía de las singularidades, de los pequeños mundos, de los diferentes grados de unidad que lo animan. Un mundo aditivo donde el total no está hecho.

Estos trabajos, de algún modo “posestructurados”, en tanto cada nivel presenta sus desigualdades propias y se vincula con los demás pero con relativa especificidad, permiten dar cuenta de modo más integral del habitar, por ejemplo en los barrios, en lo que tiene de cultural y de estructural. Así, en San Francisco en Bilbao, el barrio se comprende como una concatenación de elementos históricos, socio-demográficos, cognitivos, habitares fragmentarios, versiones de barrio... donde los elementos coexisten y se superponen, dando lugar a abordajes cuantitativos, cualitativos y al uso simultáneo de diferentes metodologías cualitativas de investigación social.

Están entonces presentados gran parte de los elementos que se profundizarán en lo que sigue y serán aplicados a la segregación urbana en la ciudad de Montevideo: desde qué

carriles se orientará el “qué decir” y el “cómo” acerca de la ciudad. Pero aún hay un paso más antes de comenzar. Se señalaba arriba un cuarto momento en el análisis de Pérez-Agote et. al. (2010): tras la superposición de mapas y la consideración del discurso institucional y las "versiones de barrio", se lanzan hacia el espacio del habitar de la mano de, nuevamente, G. Simmel, ese experto en la cartografía de las singularidades, en el que probablemente sea el apartado más innovador y descriptivo de su trabajo. Entran en el mundo del sociólogo alemán de muros y fracturas, fronteras, puertas, puentes y procesos de diferenciación espacial entre los de aquí y los de allí, el antes y el ahora.

El paso atrás. Simmel: fronteras y conflicto

Donde se propone dar un paso atrás y retomar el pensamiento de Simmel sobre la ciudad, anterior a la E. de Chicago, en el que aún se encuentra en germen el dualismo del habitar urbano, y se apuesta a abordajes formales.

La estrategia tiene sentido, aun manteniendo la misma dirección. Retroceder hasta antes de la entrada en escena del discurso de la población, un paso atrás. El propio Simmel, con sus estudios que siempre comienzan con un componente filo-genético, y con su énfasis en mantener los dualismos abiertos, en no clausurar el movimiento dialéctico, podría recomendarlo. También Heidegger, que propone, como una de sus estrategias de pensamiento, el paso atrás (destruktion) para posicionarse en un lugar anterior a las divisiones que nos permiten clasificar y distinguir, para poder observar la diferenciación en acto, pensar la diferencia.

“Encontramos siempre, en todo lugar y de forma tan indudable, lo que se denomina diferencia en el asunto del pensar, dentro de lo ente como tal, que en un primer momento no caemos en la cuenta de lo que encontramos (...) ¿cómo tiene que ser considerada la diferencia, cuando tanto el ser como lo ente aparecen, cada uno a su manera, a partir de la diferencia? Para satisfacer esta pregunta tenemos que situarnos en primer lugar bien enfrente de la diferencia. Esta posición frente a frente se hace posible cuando llevamos a cabo el paso atrás pues lo próximo solo se nos ofrece como tal y la proximidad sale por primera vez a la luz, gracias al alejamiento que con él se consigue (...)”
(Heidegger 1994 138-9)

La mayor parte de las reflexiones de Simmel sobre el espacio aparecen en dos artículos, publicados en 1903: "La sociología del espacio" y "Sobre la proyección espacial de las formas sociales". Simmel revisó y articuló ambos trabajos en su libro de 1908 "Sociología" (2015), agregando tres ensayos o excursus: "La sociología de los sentidos", "La frontera social" y "El extranjero". Todo ello en el marco de una concepción de la sociología concentrada en las "formas sociales". Más allá de los diferentes contenidos, de los contextos en donde los eventos tienen lugar y los distintos elementos que se ponen en juego, propios de cada situación, pueden distinguirse, abstraerse, elementos formales, que son a su juicio propiamente el objeto de la disciplina. La segregación urbana, por ejemplo, es una noción formal, y sus investigaciones -por momentos esquemáticas- de las propiedades espaciales que caracterizan las formas de interacción son particularmente aptas para el análisis que nos ocupa. Fundamentalmente, por cinco motivos.

En primer lugar, una de las preocupaciones cruciales de Simmel es la significación de la distancia social. Así por ejemplo D. Levine (Simmel 2005:39) apunta que casi todos los procesos sociales y los tipos sociales abordados por Simmel pueden comprenderse fácilmente en referencia a la distancia social: "Todas las formas sociales están definidas, en alguna medida, en términos de la dimensión de distancia interpersonal. Algunas formas, como el conflicto, hacen que gente distante entre en contacto cercano. Otras, como el secreto, incrementan la distancia entre la gente. Algunas formas organizan escalonamientos de distancia vertical, mientras que otras organizan distancias horizontales". Los artículos de Simmel sobre la acumulación y la subordinación, el aristócrata y el burgués, todo ello puede expresarse en relaciones definidas por los términos "arriba" y "abajo". La confidencialidad, el arbitraje, el pobre y el extraño, el puente y la puerta, las tríadas, son algunos de los tópicos relacionados con la dimensión "interior-exterior".

El análisis de la segregación espacial puede articularse en torno a estas distinciones elementales. Así, el señalado apartado de Pérez-Agote (2010) sobre el barrio San Francisco se acerca a los puentes que unen espacios separados (en sentido metafórico pero también en este caso literal), los muros y barreras que se establecen, y se sondean diferentes segmentaciones "aquí y allí" y "antes y ahora" que aparecen entre los habitantes. Durante once meses residí en ese barrio y realicé varias entrevistas a

inmigrantes sobre la segregación. Efectivamente, el rendimiento analítico de esas nociones es enorme. Ese énfasis en la distancia social propicia un marco idóneo para el acercamiento a la dimensión “espacial” de la segregación urbana.

En segundo lugar, porque como se señalaba, en su libro “Sociología” (2015), Simmel profundiza su reflexión sobre las fronteras espaciales, como una noción formal, en una de las tres secciones complementarias al análisis del espacio, donde plantea la cuestión de los límites de nuestro conocimiento de los otros. Desde el punto de vista formal, la noción de frontera social contiene el núcleo de la segregación urbana, su origen filogenético, que aparece enseguida dando el paso atrás.

Señala allí que la frontera es una construcción social y no sola ni primeramente espacial, sea imaginaria o sustantiva (no siempre son alternativas excluyentes); pero que cuando se plasman en el espacio, adquieren una particular claridad.

“Por mucho que varíen esos límites en diversos contextos sociales, su existencia sirve para poner en claro la incomparable firmeza y transparencia que adquieren los procesos sociales de limitación, al convertirse en espaciales. Todo límite es un acontecimiento espiritual, o más exactamente, sociológico: pero al transformarse en una línea del espacio, la relación mutua adquiere, tanto en su aspecto positivo como en el negativo, una claridad y seguridad, aunque a menudo también una rigidez. Que no le son dados cuando la coincidencia o separación de las fuerzas y derechos no se han proyectado aún en forma sensible, y se halla, por tanto, por decirlo así, en estado naciente” (Simmel 2015:)

En tercer lugar, como también se apunta en la cita y en tanto el objetivo central de su excursus, Simmel plantea también la posibilidad de comprender las fronteras como fenómenos sociológicos de separación “en estado naciente”, respecto a otros, en un sentido de la otredad que es fundamental para su interpretación de la existencia metropolitana y habilita una fecunda línea de análisis.

Es que su acercamiento al análisis espacial se enmarcaba en su inconcluso proyecto de expresar las precondiciones de la sociabilidad humana en lo que llamaba una "geografía social". Además de las funciones diversas y cruciales que desempeñan las fronteras

socio-espaciales en un contexto metropolitano (las que definen el interior y el exterior, lo público y lo privado), el análisis de la compleja red interseccional de comunicaciones y transacciones, y de las respuestas diferenciadas que provoca, permite por ejemplo, como señala D. Frisby (2007), realizar estudios de las fronteras de clase, edad, género o etnia, ordenando así cartografías sociales. El propio Frisby aplica el artículo de Simmel “El concepto de intersección de círculos sociales” (2015), “con referencia a la densidad (intensidad social) temporal y espacial de las interacciones de clase social, género y etnia como medio de indicar fronteras de clase, género y etnia en las intersecciones” (D. Frisby 2007:172-173).

En cuarto lugar, desde un punto de vista subjetivo, la concentración de individuos y grupos en la metrópoli y la miríada de interacciones en que participan presuponen un conocimiento del Otro que es crucial para negociar la pluralidad de las interacciones metropolitanas en diversos niveles. En nuestras interacciones con “extraños” e “indiferentes” el conocimiento de “los significantes de la otredad y la capacidad de descifrarlos se vuelven esenciales para la vida metropolitana. Y confiamos, en parte, en nuestros sentidos entrenados para distinguir características de la otredad”. (Frisby 2007:145).

Simmel llega así a una de las más conocidas conclusiones de su trabajo que, como señala sin quejarse, “se mantiene en el terreno de lo obvio”: “tal vez no existe otro fenómeno psíquico que sea tan incondicionalmente exclusivo de la metrópoli como la actitud blasée (de indiferencia relativa), que resulta de los estímulos nerviosos tan rápidamente cambiantes y tan encimadamente contrastantes” (2005:4). La actitud blasée se plasma en un comportamiento de naturaleza social, que Simmel designa como “reserva”: “Si uno respondiese positivamente a todas las innumerables personas con quien se tiene contacto en la ciudad –como sucede en las pequeñas localidades donde uno conoce a todos aquellos a quienes se encuentra y en donde se tiene una relación positiva con casi todo el mundo- uno se vería atomizado internamente sujeto a presiones psíquicas inimaginables”. La reserva aparece como necesaria debido parcialmente a este hecho psicológico.

Pero esta relativa indiferencia es sólo un punto en un continuo: en la metrópoli, tanto la impasibilidad como la indiferencia se asocian a la distancia respecto de los objetos y las otras personas. “La distancia entre dos hombres ligados de algún modo caracteriza su

relación (que) está dispuesta por sí misma según esta distancia; tiene por decirlo así inicialmente cierta temperatura” (Simmel 2005:148).

Así, la indiferencia no es más que una de las respuestas, y no necesariamente la más común: por ejemplo la antipatía nos protege tanto de la indiferencia total como de “la vaguedad de una sugestión recíproca azarosa”: “una jerarquía extremadamente variada de simpatías, indiferencias y aversiones tanto de naturaleza efímera como prolongada” caracteriza la vida urbana; la antipatía latente y el ‘escenario listo para los antagonismos prácticos’ es otra de las consecuencias de la vida urbana” (2005:6).

En quinto y último lugar, el abordaje microsociológico simmeliano permite un abordaje alternativo a la perspectiva de la población, una explicación por debajo, centrada en el conflicto, que no pierde sus pretensiones de generalidad, y en consecuencia de algún modo alternativa a la perspectiva de la población. La consideración “poblacional” de las unidades residenciales, la mirada ecológica, se asocia con la necesidad de orden de la gubernamentalidad, tecnología de poder “destinada a la multiplicidad de los hombres, en la medida en que forman una masa global afectada por procesos de conjunto” (2000:221), y basada en la idea de población “como problema a la vez científico y político” (2000:222)⁸.

Así, la segregación, la separación de grupos en la ciudad, de greys, rebaños, fue demasiado rápidamente entendida como una tarea de pastores, estudiada en términos cuantitativos, administrada política y públicamente como una cuestión de distribuciones, gobernada en términos de poblaciones. Frente a esta mirada de la población, en cambio, Foucault sostiene que el discurso de la guerra y el conflicto invierte los valores tradicionales de la inteligibilidad, y propone una “explicación por abajo”:

“Que no es la explicación más simple, elemental y clara sino la más confusa, oscura y desordenada, la más condenada al azar. Lo que debe servir de

⁸ “Se toman en cuenta fenómenos colectivos, que solo se manifiestan en sus efectos económicos y políticos, fenómenos imprevisibles si se los toma en sí mismos, individualmente, pero que en el nivel colectivo exhiben constantes que es fácil, o en todo caso posible, establecer. En los mecanismos introducidos por la política el interés estará primero en las previsiones, las estimaciones estadísticas, las mediciones globales (...) se trata sobre todo de establecer mecanismos reguladores que, en esa población global puedan fijar un equilibrio, mantener un promedio, establecer una especie de homeostasis” (2000:223)

principio de desciframiento es la confusión de la violencia, las pasiones, los odios, las revanchas; también la trama de las circunstancias menudas que hacen las derrotas y las victorias. En oposición al discurso filosófico/jurídico que se ajusta al problema de la soberanía y la ley, este discurso descifra la permanencia de la guerra en la sociedad” (2000:242).

En consonancia con esta perspectiva, uno de los más importantes teóricos del conflicto social y el antagonismo a nivel microsociológico fue el propio G. Simmel. Su artículo sobre “La lucha” (2005) comienza sin tropiezos en este sentido:

“Que la lucha tiene importancia sociológica, por cuanto causa o modifica comunidades de intereses, unificaciones, organizaciones, es cosa que en principio nadie ha puesto en duda (...) miradas desde el punto de vista de la positividad sociológica de la lucha, todas las formas sociales adquieren un orden particular (2005:140).

El paso atrás hacia Simmel nos invita entonces a retomar estrategias analíticas de sociología formal de la segregación urbana, y proporciona cinco claves: la importancia de la distancia social, que permite establecer distinciones fundamentales (cerca o lejos, aquí o allí) útiles para explorar la segregación; el énfasis en el carácter sociológico de la frontera social, que se evidencia particularmente al volverse espacial; la posibilidad de establecer cartografías, geografías sociales en base a fronteras y distancias sociales entre las personas; y a potencialidad de su enfoque “desde abajo” y centrado en el conflicto, como alternativa a la perspectiva de la población.

2.

OBJETIVOS Y ESTRUCTURA

El objetivo general de este trabajo es aplicar varios abordajes sucesivos a la segregación urbana en Montevideo, que permitan acercarse al nivel residencial y a la perspectiva del habitante, y analizar la situación en los últimos años y en la actualidad. Se busca además aportar herramientas metodológicas y teóricas que trasciendan el estudio de caso, y permitan una reflexión más abarcativa.

Se define la segregación urbana, en términos muy amplios, como el establecimiento de fronteras en la ciudad y de relaciones de antagonismo y hostilidad en torno a ellas. Tres preguntas fundamentales sostienen el trabajo, y junto al objetivo general, serán retomadas en las conclusiones: una pregunta teórica, acerca de cómo interpretar, comprender y explicar la segregación urbana y sus consecuencias; una pregunta metodológica, acerca de cómo estudiarla; y una tercer pregunta descriptiva, acerca de la situación en Montevideo. Y la respuesta, en la línea del “qué decir” y el “cómo decir” que se presentaba en el capítulo anterior a la hora de orientar un “paso adelante” disciplinar, es en los tres casos “pluralista”: en lo teórico, lo metodológico, lo descriptivo y además, por así decirlo, en lo político, la concepción de la polis.

En cuanto a lo teórico, se consideran por separado, en cierta relación y acumulación pero en forma autónoma, distintos niveles donde la segregación tiene lugar, sin pretensiones sintéticas en lo inmediato, buscando generar aperturas y unificaciones

parciales, contingentes. Se parte de la premisa de que la ciudad no es una “forma-todo”, sino una serie de “formas-cada” concatenadas, asunto al que también se vuelve en las conclusiones.

Cada capítulo del análisis se concentra en un nivel concreto de la segregación y demuestra su pertinencia. Cada uno implica una investigación de cara a un objetivo específico, con su propio marco teórico y algunas preguntas concretas. El recorrido será análogo al del marco teórico: se partirá de los estudios de la segregación urbana desde la perspectiva de la población, mostrando varias herramientas y describiendo desde ellas, para luego constatar su relativa insuficiencia y presentar la necesidad de otros abordajes, que consideren las posiciones estructurales y la dimensión subjetiva. En este marco, luego de profundizar en ese extremo, se enfocan en tercer lugar asuntos que actualmente concentran gran parte de los debates sobre el tema, como la movilidad urbana, la sensación de inseguridad o conceptos como los cronotopos, los mapas cognitivos, las heterotopías. En cuarto término se vuelve necesario incorporar nuevamente la dimensión formal de la segregación y el entramado de interacciones que se despliegan en torno a las fronteras, y por último, en quinto lugar, aparece la pertinencia de concentrarse en específico en el conflicto y la identificación hostil en la ciudad.

También es un trabajo “pluralista” en lo metodológico: se aplican herramientas de análisis cuantitativas en el nivel de la población, utilizando índices de segregación y autocorrelación desarrollados en los últimos años. Luego, se busca mediante análisis de discurso y varias técnicas cualitativas, acercarse a la segregación en la ciudad desde la perspectiva del habitante, considerando elementos estructurales y las posiciones sociales.

Se utilizan datos cuantitativos secundarios, provenientes de los Censos nacionales de 2011 y 1996, realizados por el INE, desde los cuales se aplican índices estándar, se realizan análisis bivariados, multivariados sencillos (factoriales, regresiones lineales simples) y se cartografía en distintas escalas. También se acude a datos sobre movilidad urbana de una encuesta realizada en 2008.

En cuanto a datos cualitativos, se apuesta fuertemente a la información proveniente de grupos de discusión. En concreto, se analizan 26 grupos realizados en 2007 en

diferentes zonas de la ciudad, y cinco realizados en 2014, en todos los casos considerando las posiciones de edad, económicas y de sexo de los y las participantes. Se presentan varias estrategias de análisis de contenido y discurso. Asimismo, se utiliza información de entrevistas, algunas más centradas en los procesos de limitación, otras en dinámicas de prejuicio y hostilidad. En apartados concretos se analiza un foro de debate virtual (propriadamente los correos enviados a un grupo vecinal) y se presentan reflexiones basadas en situaciones de “observación participante”.

Desde el punto de vista descriptivo se apunta a un análisis en profundidad de la situación en Montevideo. Cada capítulo aporta elementos específicos, problemas nuevos encadenados entre sí, y en conjunto permiten una cierta síntesis de la segregación en la ciudad. A su vez, es preciso recordar que la investigación pretende también ser “paradigmática”, en los términos de Elías (1996), que se presentan en el cuarto capítulo del análisis. De este modo, varias de las conclusiones y de las formas de abordar el tema deberían poder aplicarse a una amplia variedad de ciudades.

En un apretado resumen de lo que vendrá, que se confía en que quedará más claro al final del trabajo en tanto incluye conceptos y resultados que se irán presentando oportunamente, los acercamientos centrados en la segregación residencial introducen elementos relevantes, permiten decir mucho, aunque de algún modo hace ya tiempo que hablan de lo mismo: se constatan dos tendencias (una incluyente y otra excluyente), y una configuración urbana en franjas segregadas en términos socio-económicos, que se mantiene estable como una “ciudad clásica postcolonial”. Pero esto puede complementarse considerando el punto de vista subjetivo: ante el escaso crecimiento poblacional, la presión urbana se plasma en un incremento de la fragmentación, mundos urbanos escindidos, juegos de lenguaje diferenciados en las relaciones geográficas, económicas, de edad y de sexo, con señalamientos mutuos en geografías sociales que “ordenan” la vida en la urbana. Encadenado a lo anterior, la movilidad cotidiana reproduce y retroalimenta la segregación, generando un sistema de encuentros, conflictos e imágenes y alegorías que muestran al miedo y la inseguridad como factores centrales en el malestar urbano. En ese marco, como un cuarto nivel que opera en simultáneo se incrementan las fronteras y los límites espaciales, que despliegan configuraciones específicas, formales, y ponen en juego un “fundamento místico de la autoridad” en el marco de cierta “indecidibilidad” en el terreno de la justicia (Derrida

1995). Por último, concatenado con todo lo anterior, los principales señalados, los outsiders que se oponen a lo establecido, son los “marginales”, que invocan gramáticas identitarias de la extranjería y la barbarie, propias de la segregación urbana, en relaciones pautadas por la hostilidad.

Se señalaba, por último, un componente pluralista en la concepción de la polis y lo político. Es que estamos ante uno de los principales asuntos en la vida cotidiana de las personas; “quizá en ninguna otra esfera de la sociedad contemporánea se vuelva tan evidente el ‘juego social’ de la sociabilidad como en las interacciones metropolitanas” (Simmel 2005). La segregación urbana es un problema que puede y debe ser finalmente ser formulado en términos políticos que apunten a establecer puentes con cabal atención a sus bases materiales.

La noción de habitar, el habitar urbano, demarca el espacio en el que tiene lugar la indagación. Se avanza desde el componente construido, la configuración urbana, hacia el cultural, la perspectiva del habitante, subjetiva, los dos componentes que lo delimitan, retomando una amplia propuesta de Heidegger (1994) que continúan varios autores que se presentaban en el marco teórico.

Y la noción de habitar tiene como “asunto fundamental”, según el filósofo alemán, el cuidar, el contener. Se opone de algún modo, que es necesario explorar, a la segregación. Es una aseveración aún descontextualizada porque no se ha abordado todavía este componente más axiológico. Pero cabe anticipar que la noción de hospitalidad, que aúna el componente espacial con el de la hostilidad, da una respuesta, opera como espacio antagónico y punto de fuga de la segregación urbana. La hospitalidad es una noción que fue resituada en el universo de la filosofía política por E. Levinas (2006) y profundizada por J. Derrida (1997), en el terreno de cierto posestructuralismo pluralista, que parece particularmente atinada para reinterpretar el “malestar urbano” en Montevideo, pero también en muchas de las ciudades contemporáneas.

Objetivos específicos

1. Desde una perspectiva centrada en el estudio de las “poblaciones”, presentar distintas dimensiones de la segregación residencial en Montevideo. Analizar su evolución en los últimos años, el efecto escala y su relación con otros fenómenos sociales. Profundizar

en las principales problemáticas surgidas, a partir del estudio comparativo con otras ciudades.

2. Buscando aportar elementos para una comprensión de la segregación urbana desde el punto de vista “subjetivo”, aplicar diferentes estrategias de análisis del discurso producido mediante grupos de discusión. Acercarse a distintos momentos de la segregación desde la perspectiva del habitante y al malestar urbano.

3. Combinando los abordajes anteriores, estudiar la movilidad urbana en Montevideo. Por una parte ello permite profundizar en su importancia intrínseca y en el hecho del encuentro, central para comprender la segregación, pero además es una puesta en práctica de un análisis que debe considerar en simultáneo la perspectiva del habitante y la perspectiva poblacional.

4. Estudiar el establecimiento de fronteras en términos “paradigmáticos” o “formales”, en la línea de la configuración “establecidos-outsiders” desarrollada por N. Elias (1996), apuntando a elementos comunes, independientes del contenido, en tres estudios de caso específicos. Llevar la segregación urbana a un límite ético-político.

5. Comprender la puesta en juego de la identificación hostil en la segregación. Teniendo en cuenta que los jóvenes son señalados como principales causantes del malestar urbano en Montevideo, se toman como ejemplo para combinar las herramientas y conceptos desarrollados en los apartados anteriores. Profundizar en el carácter social de la segregación, considerando también otros casos.

3.

SEGREGACIÓN RESIDENCIAL

En la última década se ha producido en América Latina una importante acumulación en el estudio de la segregación residencial, la distribución desigual del asentamiento en las ciudades de grupos de personas con diferentes características. Es que en el continente más desigual del planeta, la zona donde las personas viven es un indicador particularmente relevante: las consecuencias negativas de las privaciones aumentan cuando se reside en áreas donde hay una alta concentración de población con similares condiciones (el “efecto vecindario”), y el acceso a bienes y servicios incrementa o debilita las oportunidades. La ciudad plasma, retroalimenta y configura las desigualdades sociales.

Pueden distinguirse tres avenidas fundamentales en torno a las cuales ha tenido lugar la investigación reciente de la segregación residencial en la región. Desde la geografía urbana –así por ejemplo G. Buzai (2014) o varios laboratorios en universidades de Brasil- han acumulado en estudios multidimensionales de corte inductivo. En esta línea de trabajo se ha investigado también en relación al precio del suelo urbano y existe un gran progreso en herramientas de análisis espacial y sistemas de información georreferenciada (SIG) (Wong 1999, 2005).

Por otra parte, siguiendo la estela de R. Katzman (1999, 2003) abordajes de corte más nítidamente sociológico como los de Rodríguez (2001), Veiga y Rivoir (2003) y

Arriagada y Rodríguez (2004), u otros realizados desde la CEPAL, incluso Arim (2008), desde la economía, se acercan a la distribución de las desigualdades en el espacio. Todos utilizan estudios basados en varianzas locales o índices ad-hoc (Katzman et. al. 2008) y aplican por ejemplo regresiones multinivel (Solis 2011) para estimar los efectos que se desprenden de la concentración espacial de los hogares con desventajas en ciertas zonas de la ciudad.

En tercer término, con la principal referencia de Sabatini (2001, 2003, 2006), se introdujo en la región el abordaje dominante en Estados Unidos, concentrado en la elaboración de índices estándar para diferentes dimensiones de la segregación. Esta corriente, la más frecuente en la sociología urbana como subdisciplina, maximiza el potencial comparativo a la vez que habilita el estudio de configuraciones urbanas. El desarrollo reciente de software específico y de medidas espaciales robustas para el análisis entre múltiples grupos son algunas de las líneas más fecundas en la actualidad.

Este capítulo se apoya en esta tercera estrategia de abordaje a la segregación residencial. No porque sea superior a las anteriores, todas son objeto de discusiones y críticas, sino en tanto no ha sido aplicada en Uruguay excepto parcialmente (en Katzman y Retamoso 2006), merece la pena presentarla y permite ordenar con claridad los principales debates actuales en el campo. Así, se introducen las principales discusiones que tienen lugar al interior de esta perspectiva y los tópicos que se tematizan con mayor frecuencia.

En simultáneo, como segundo objetivo, se apunta a una descripción actualizada de la segregación residencial en Montevideo. El proceso económico uruguayo de los últimos 20 años, tras el crecimiento lento e inestable que siguió a la salida de la dictadura y se prolongó hasta mediados de los años noventa, puede dividirse en tres principales períodos: un momento neoliberal, luego una histórica crisis a partir de 2001 y tras ello la actual posterior reconfiguración neo-estatista, acompañada de una bonanza económica, desde 2004. Por supuesto este devenir nacional se encuentra atravesado por imponentes transformaciones a nivel global: una creciente interconexión económica y cultural y acelerados cambios técnicos determinan estas dos décadas. Como principal ciudad del país, con cerca de la mitad de los habitantes, Montevideo ha sido un locus fundamental de estos procesos económicos y sociales nacionales y globales en Uruguay. Sin duda atraviesa un claro período de reconfiguración, y aún no conocemos lo suficiente las formas actuales de habitar esta (siempre) nueva capital. ¿Cómo se

plasman las diferencias y distancias sociales en su construcción? ¿La estructura urbana se mantiene en lo fundamental o ha cambiado? ¿Cuáles son las principales características de la actual configuración de la ciudad y sus consecuencias? Estas son algunas de las preguntas que busca responder este capítulo.

La estructura urbana de Montevideo

Varias de las principales dinámicas que modulan la estructura urbana montevideana han sido diagnosticadas fehacientemente:

- 1) El establecimiento de los asentamientos irregulares como forma de marginalidad y exclusión avanzadas, que comienza en los años 50, crece fuertemente en los años 70 y luego se consolida (Mazzei 1985). Mayormente éstos se agrupan en la periferia de la ciudad; entre el 10 y el 20% de la población en las últimas décadas reside en asentamientos (PIAI-INE 2013).
- 2) La forma en la que se plasman las desigualdades sociales en la ciudad, con la generación de algunas áreas crecientemente homogéneas: un centro urbano y dos franjas prósperas que se extienden, la más importante por el sur hacia el este, sobre la rambla, y la menor hacia el norte, hasta el barrio el Prado. En torno a estas áreas un primer cinturón central y particularmente un segundo anillo periférico en el oeste y noreste concentran la pobreza (Lombardi 1994, Veiga 2003, 2010, Calvo 1999, Macadar et. al. 2002).
- 3) La asociación de la composición social del barrio con comportamientos de riesgo y otros indicadores de activos (Katzman 1999, 2008), y de la segregación residencial con “consecuencias negativas” (Katzman y Retamoso 2005, Aliaga y Alvarez 2010), pautan la retroalimentación de estas dinámicas.
- 4) La heterogeneidad que aún existía en algunos barrios de composición social baja o media-baja se vio alterada por procesos de “salida” de las familias más pudientes de estos contextos. En las épocas de bonanza, se produjeron movimientos de las clases medias altas y de las clases altas a barrios exclusivos. Del otro lado, en tiempos de crisis se expulsaba población de clase baja hacia las periferias y asentamientos. Estos

movimientos contribuyeron a polarizar la totalidad de la trama social urbana y en particular al vaciamiento poblacional del primer anillo (IMM 2012).

Así, en una de las síntesis más relevantes de principio de siglo, partiendo del diagnóstico general de “empobrecimiento del país modelo”, Katzman et al. (2003) examinan los cambios en la primacía urbana de Montevideo y en la morfología de la ciudad, subrayando los procesos de segregación espacial de su población:

“Hasta hace unas décadas se veía como una unidad territorial integrada, consolidada y compacta, con barrios y zonas definidas por una identidad funcional y común, congruente con la centralidad de un mundo del trabajo que se estructuraba en torno al empleo estatal e industrial formal. Ese escenario se transformó (...) El vaciamiento de parte importante del casco central, los “tugurios” que toman el lugar de barrios y viviendas adecuadas, el creciente distanciamiento social entre las clases manifestado en el exilio hacia el este de los sectores medios y altos, el enrejamiento y retracción de los espacios públicos de los sectores medios residentes en el casco urbano, y la aparición de los asentamientos irregulares producto de la expulsión de la ciudad, y no de la migración a la ciudad, forman parte de dichas transformaciones” (Katzman et al. 2004:5-6).

Transcurrida más de una década desde esa mutación, pautada por un fuerte proceso de recuperación económica a tasas de crecimiento sin precedentes desde 2005, con una intensa reducción de la pobreza y en menor proporción, también de las desigualdades (INE 2015), parece pertinente acercarse nuevamente a la distribución espacial de las diferencias socioeconómicas, residenciales, en la ciudad.

Dimensiones de la segregación residencial

Luego de que O. y B. Duncan (1955) presentaron el índice de disimilaridad (ID), mostrando que sintetizaba gran parte de las alternativas existentes en los estudios sobre la segregación residencial, durante varias décadas se volvió la forma de medición más estándar. Para Duncan y Duncan un grupo minoritario está segregado en relación a otro si se distribuye en forma diferencial en las unidades residenciales de una ciudad; el ID corresponde a la proporción de personas de un determinado grupo social que tendría que mudarse de unidad residencial para que su presencia relativa en cada una sea igual a su peso proporcional total en la ciudad.

El ID continúa siendo muy utilizado y difundido para la medición de la segregación, pese a varias limitaciones: es insensible a las distribuciones diferenciales en las áreas donde la proporción de personas del grupo minoritario es inferior a la promedio; no captura la segregación espacial al interior de las áreas de medición ni permite comprender aglomeraciones de áreas en la ciudad, los problemas “de la grilla” y del “tablero de ajedrez” (White 1983); además es aspatial, o sea proporciona una medida global de la ciudad (o área considerada), que no caracteriza las unidades residenciales o las escalas de medición y no puede representarse en un mapa (Garrocho y Campos 2013); y también por su dependencia de las unidades residenciales que se consideren (Sabatini y Sierralta 2006).

A mediados de los años setenta, este conjunto de críticas derivó en un período de debate donde se propusieron varios otros índices candidatos, como el de entropía, los de exposición o sucesivas modificaciones al ID. En este marco, el trabajo de Massey y Denton (1988) resulta un punto de inflexión en los estudios urbanos concentrados en la medición empírica de la segregación urbana en términos cuantitativos. Recopilan gran parte de la discusión precedente y analizan sistemáticamente 19 índices que identifican en una revisión de la bibliografía; estudiando áreas metropolitanas de EEUU encuentran cinco factores que corresponden con cinco dimensiones teóricamente independientes al interior de la segregación residencial:

- 1) La disimilaridad, o sea la heterogeneidad en las unidades geográficas consideradas, medida mediante el ID, que compara dos grupos poblacionales, o el IS, que considera un grupo en relación al resto de la ciudad.
- 2) La exposición, que indica la heterogeneidad al interior de la unidad geográfica, medida con los índices de interacción entre dos grupos (xPy e yPx) y aislamiento (xPx) para un solo grupo;
- 3) La centralización, o sea la posición relativa respecto al centro de la ciudad, medida mediante los índices de concentración relativa a otro grupo (RCE) o absoluta (ACE);
- 4) La concentración, la proporción de espacio ocupada por la población en cuestión, con el índice de concentración relativa (RCO) o absoluta (ACO);

5) La aglomeración, que se acerca a la formación de clusters o “ghettos” en las ciudades, medida primero con el Spatial proximity index (SP) y en la actualidad con el índice de autocorrelación espacial I de Morán.

La propuesta se reafirmó con análisis posteriores; en los años siguientes numerosas investigaciones ratificaron el esquema de análisis y los índices, como las de Massey, Denton y Phua (1996) o Glaeser (2001), y en la actualidad es la estrategia de medición más frecuente. Las dimensiones son formas específicas de la distribución de las diferencias en el nivel residencial: los grupos poblacionales que se consideren pueden ser más o menos homogéneos, más o menos periféricos, estar más o menos aislados, ocupar más o menos superficie física y agruparse en conjuntos o estar más bien diseminados. Todas estas, cuestiones fundamentales para dar respuesta a las preguntas planteadas en el presente capítulo.

Massey y Denton, como se señalaba, además de aislar teórica y empíricamente las dimensiones, seleccionan entre los distintos índices disponibles en el momento uno de cada una de ellas⁹. Así, considerando un conjunto de poblaciones específicas, los índices permiten acercarse a diferentes facetas de la segregación urbana. Su uso para medir estas dimensiones además se ha visto facilitado por el desarrollo de software no privativo, en particular el Geo-segregation analyzer (Apparicio 2013), que sobre una matriz de cantidades de personas con determinadas características en cada unidad residencial (asociada a un archivo .shp, el más estándar en GIS), calcula más de 30 índices¹⁰. También cabe destacar el Geoda, que se concentra en el I de Morán (Anselin 2006), un índice de correspondencia espacial de regiones similares, indicador de aglomeración o clusterización cada vez más frecuente, que ha sustituido al Spatial proximity index (SP) y que puede representarse gráficamente en mapas¹¹.

En la actualidad, entonces, una importante acumulación en el análisis de las dimensiones de la segregación residencial y de software específico ha consolidado este tipo de abordajes. Y a su vez, la discusión se ha orientado por tres caminos. De un lado, hacia el análisis comparativo de ciudades, que muestra la vigencia de las dimensiones,

⁹ Las definiciones y fórmulas de cada índice, totalmente estandarizadas, se presentan en el Anexo, y por ejemplo se encuentran en el Buró de Censos de los EEUU:
https://www.census.gov/hhes/www/housing/resseg/app_b.html

¹⁰ Disponible online: <http://geoseganalyzer.ucs.inrs.ca/>

¹¹ Disponible online: <http://geodacenter.asu.edu/software/>. Al ser un índice espacial su uso se ha incrementado en los últimos años.

los índices y permite establecer tipologías agrupando “tipos” de ciudades. En segundo término, hacia la presentación en mayor profundidad de “configuraciones urbanas” (Woo 2012), en base al estudio de cada una de las dimensiones, sobre todo para comprender la distribución de minorías segregadas específicas. En tercer lugar, a medio camino entre ambos y con particular vigencia en A. Latina, las dimensiones de la segregación se han utilizado para describir ciudades concretas, y se ha discutido la pertinencia de su adaptación a la región.

Segregación de grupos poblacionales en Montevideo

Se mencionaban al principio tres corrientes fundamentales en el análisis de la segregación residencial en la región. Desde la geografía urbana se apunta mayormente al diagnóstico y la conformación de áreas. Desde la sociología centrada en la desigualdad, se estudia cómo ésta se plasma en el espacio y los efectos perversos de la segregación. Desde gran parte de la sociología urbana angloparlante el foco se coloca más bien, desde una preocupación que surgió por la segregación racial, en la distribución en la ciudad de poblaciones específicas, y en forma creciente mediante la consideración de las distintas dimensiones en la segregación residencial. En esta línea abordaremos las principales preguntas del capítulo: ¿Cómo se plasman las diferencias y distancias sociales en la segregación residencial de Montevideo? ¿La estructura urbana se mantiene en lo fundamental o ha cambiado? ¿Cuáles son las principales características de la configuración de la ciudad y sus consecuencias?

Tabla 1. Dimensiones e índices de segregación en distintos grupos poblacionales, 2011

	Disimilaridad (Índice de Similaridad, IS)	Exposición (Índice de aislamiento, xPx)	Concentración (Índice de concentración absoluta, ACO)	Centralización (Índice de centralización absoluta, ACE)	Aglomeración (Índice de autocorrelación, I de Morán)
Hombres	0,04	0,46	0,50	0,28	0,32
Mujeres	0,04	0,54	0,49	0,30	0,27
Personas con estudios universitarios	0,49	0,32	0,91	0,53	0,81
Afrodescendientes	0,34	0,08	0,82	0,14	0,44
Personas con NBS	0,38	0,74	0,60	0,35	0,30
Personas con NBI	0,33	0,34	0,56	0,18	0,45

Fuente: Elaboración propia en base a datos del INE, Censo 2011

Comenzando a aplicar los índices con algunos ejemplos que permitirán a la vez comprender las dimensiones e introducir elementos para una visión panorámica de la segregación residencial en Montevideo, seleccionando algunos grupos poblacionales para el análisis (hombres, mujeres, personas con estudios universitarios, afrodescendientes y personas con y sin NBI) y los segmentos censales como unidad geográfica, aparecen considerables diferencias en las situaciones urbanas.

En un extremo, de nula disimilaridad entre los segmentos, con valores cercanos a cero, se sitúan las personas en función de su sexo, que se distribuyen en el espacio en forma homogénea: en cada unidad geográfica hay proporciones similares a las del promedio urbano. Representan también un promedio ficto de los índices de centralización, en tanto muestran la distribución casi insesgada de la población en la ciudad, y la concentración esperable en base a la proporción de población que significan (0,5). Operan entonces casi como un parámetro de referencia; por eso se incluye esta variable.

Las personas con estudios universitarios presentan la mayor disimilaridad entre las poblaciones consideradas: se distribuyen de modo fuertemente diferencial en las distintas unidades residenciales. Como indica su IS de 0,5 aparecen muchos en unas pocas y pocos en todas las otras; habría que mover el lugar de residencia de la mitad del grupo para lograr una distribución equilibrada en el territorio. Por otra parte, en cuanto a la dimensión de exposición, pese a la baja proporción de la población que representan, el 12%, la posibilidad de que si una persona con estudios universitarios se encuentra con otra que reside en el mismo segmento ésta tenga también estudios universitarios es relativamente alta, como muestra su índice de aislamiento xPx , indicativo de la dimensión de exposición, de 0,3, que suele interpretarse como un 30% de posibilidades de que la persona elegida al azar de la misma unidad tenga también esa característica, en este caso estudios universitarios. Esto se acompaña de una fuerte concentración en el espacio: como evidencia su índice de concentración, el ACO, de 0,9, se sitúan en una superficie muy pequeña de la ciudad, además particularmente centralizada (con un ACE, índice de la dimensión de centralización, de 0,5). Consistentemente con esto, presentan una altísima aglomeración: las personas con estudios universitarios viven en unidades residenciales cuya posición espacial se autocorrelaciona espacialmente entre sí, como muestra el I de Morán de 0,8. Esta alta segregación muestra la fuerte estratificación que se establece en base al nivel educativo.

Las personas con NBS presentan un patrón parecido al anterior, pero menos radical: altas disimilaridad y centralización, con una concentración en el espacio superior a la que cabría esperar en función de la cantidad de población que significan. La proporción de personas que el grupo significa en el total, el 68% de los habitantes residía en 2011 en hogares sin NBI, explica el alto índice de aislamiento (xPx): es muy probable que una persona con NBS comparta su segmento con otras similares, y también el bajo índice de aglomeración espacial.

Por su parte, las personas que se autoidentifican como afrodescendientes también presentan una disimilaridad relativamente alta en su distribución espacial. Se encuentran en proporción mayor a la que cabría esperar en algunos barrios. Pero a diferencia de la población con estudios universitarios, presentan una definida "periferización", en el sentido de residir lejos del centro urbano, y se encuentran menos "aislados" (es mucho menos probable que si se elige uno al azar resida con otros afrodescendientes en el mismo segmento). En directa relación a la proporción de personas que implican en el total de habitantes, también presentan el mayor índice de aislamiento y ocupan poca superficie de la ciudad.

En forma parecida, las personas residiendo en hogares con NBI también presentan una fuerte disimilaridad en su distribución territorial. Se encuentran, mayoritariamente, en una superficie geográfica periferizada y relativamente extendida, lo que se plasma en una aglomeración urbana relativamente alta, similar también a la de las personas afrodescendientes.

En una mirada conjunta se evidencia entonces que entre las poblaciones que presentan diferencias, heterogeneidades en su distribución urbana, tienen lugar dos grandes formas de segregación: de una parte la "privilegiada" o "próspera", con un alto aislamiento, una relativa concentración en términos de superficie y una definida centralización, como muestra la población universitaria y la que reside en hogares con necesidades básicas satisfechas; de otra parte, la "postergada" o "excluida", también disimilar, pero más periférica y ocupando una mayor proporción del territorio, como evidencia la población afrodescendiente y las personas que residen en hogares con NBS.

Segregación residencial, desigualdad y pobreza

Para acercarse en mayor profundidad a un análisis de la estructura residencial de Montevideo se avanzará ahora en una serie de discusiones específicas. Por varios motivos se utilizará como indicador fundamental para la distribución espacial las Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI): el “conjunto de requerimientos psicofísicos y culturales cuya satisfacción constituye una condición mínima necesaria para el funcionamiento y desarrollo de los seres humanos en una sociedad específica” (DGEC 1990, cfr. Calvo et. al. 2013:10). En primer lugar, porque es una medida estándar a nivel nacional, impulsada por el Instituto Nacional de Estadística. En segundo término, porque es un completo indicador multidimensional de la falta de acceso a bienes y servicios. Considera un conjunto de dimensiones: vivienda decorosa, abastecimiento de agua potable, servicio sanitario, energía eléctrica, artefactos de confort y educación¹². En tercer lugar, como se mostró, la satisfacción o no de las necesidades básicas indica en cada caso uno de los tipos de segregación recién presentados: “próspera” y “excluida”, y los índices de segregación están en general optimizados para el análisis comparativo entre dos poblaciones, en este caso personas residiendo en hogares con necesidades básicas satisfechas (NBS) o NBI¹³, de modo que parece idónea la contrastación de estos grupos. Por último y fundamentalmente, porque las NBI, que se calculan para cada hogar, se relacionan, directa e indiscutiblemente, con el habitar residencial y apuntan propiamente a la estructuración de la ciudad.

¹² La operativización de la medición y las variables utilizadas se presentan en Calvo et. al. (2013:12). La discusión respecto a los métodos multidimensionales para la estimación de la desigualdad y la pobreza es abundante. Implica la selección de una técnica específica, pero sobre todo la determinación de dimensiones y umbrales a considerar.

¹³ Por su énfasis en la segregación racial, la mayoría de las medidas comparan dos grupos poblacionales entre sí (así blancos en relación a negros). Esto básicamente por dos causas. En primer lugar, por motivos de corte interpretativo: la comparación permite comprender en forma relativa. En segundo lugar, por asuntos de corte metodológico. Por ejemplo, como se evidencia en el apartado anterior, los análisis “One group” están afectados por la cantidad de personas de la población considerada: así las mujeres y los hombres que representan en cada caso casi la mitad de la población, suman el total de ésta, y se distribuyen en forma muy similar en el territorio presentan una concentración de 0,5. Además, la concentración y el aislamiento se incrementan cuando la población considerada representa respectivamente una alta y una baja proporción en el total (aunque el hecho de que las personas con estudios universitarios se encuentren más concentradas y mucho aisladas que las personas afrodescendientes pese a representar éstas un porcentaje menor, muestra la sensibilidad del índice). La comparación entre dos poblaciones vuelve relativas las cantidades y vuelve más sencilla la interpretación. Se han desarrollado en los últimos años también índices multigrupo, pero los índices más conocidos son los “Two groups”.

En 2011, según el Censo, de los 1318755 habitantes de la ciudad un 24,9% residía en hogares con al menos una NBI y un 67,9% en hogares sin NBI¹⁴. El 7,2% restante reside en hogares no individuales o no se dispone de información¹⁵.

Considerando la segregación espacial a nivel de los 62 barrios definidos por el INE en Montevideo, el índice de Disimilaridad de Duncan (ID) muestra que sería necesario movilizar a un 30% de las personas para lograr barrios equiparados con las proporciones promedio a nivel urbano. En cuanto a la dimensión de exposición, el índice de interacción (xPy), las posibilidades de que si una persona con NBI se encuentra con otra en el barrio ésta presente NBS, que se suelen interpretar como la probabilidad de “encuentro”, son del 60%, o sea algo inferiores a las que cabría esperar según la proporción que significa cada población; a la inversa, (yPx), también las posibilidades de encuentro de una persona con NBS con otra con NBI son levemente inferiores a lo esperable.

Tabla 2. Índices de segregación para personas en hogares con NBI y con NBS, en barrios de Montevideo, 2011

Disimilaridad (Índice de Duncan, ID)	0.31
Exposición (Índice de interacción, xPy)	0.61
Exposición (Índice de interacción, yPx)	0.22
Concentración (Índice de concentración relativa, RCO)	-0.60
Centralización (Índice de centralización relativa, RCE)	0,24
Aglomeración (I de Morán)	0.61

Fuente: Elaboración propia en base a datos del INE. Censo 2011

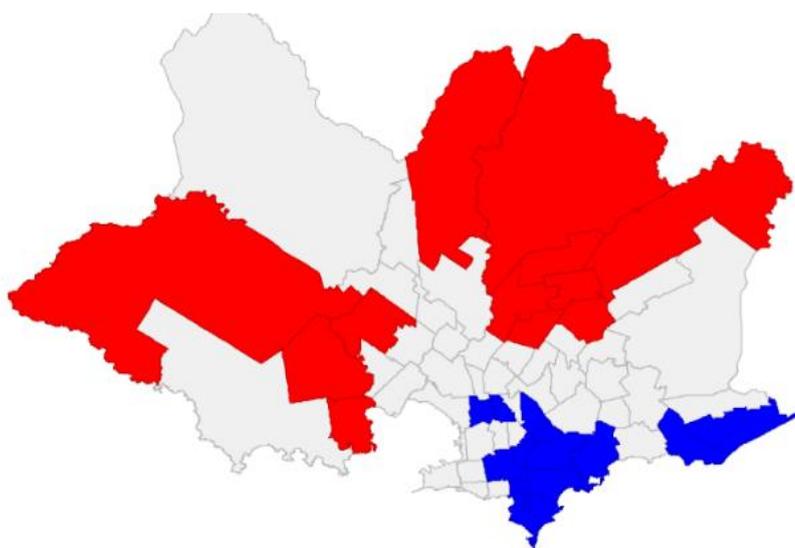
La superficie ocupada por las personas con NBI también supera lo esperado: sería necesario movilizar al 60% de los habitantes para lograr áreas proporcionales al tamaño de cada población en la ciudad -aunque los barrios periféricos son considerablemente mayores que los más prósperos, lo que afecta el resultado sobredimensionando el área relativamente ocupada por la población con NBI. Y la centralización, con un RCE de 0,3 es también relativamente alta –considerando, por ejemplo, que la centralización

¹⁴ El uso de los hogares o las personas como unidad de análisis tiene implicancias metodológicas y en los resultados. Se prefiere aquí la segunda opción por motivos de facilidad de interpretación y porque se considera que las carencias, aunque puedan corresponder a los hogares, son un atributo de las personas, que afecta sus capacidades.

¹⁵ En Calvo et. al. 2013, el trabajo de referencia a nivel nacional en cuanto a análisis de las NBI según el censo de 2011 se considera al total de la población residiendo en hogares particulares. Así, el 7,2% se descompone en un 1,3% de personas residiendo en hogares colectivos y un 5,9% de los que no se dispone de información. Un 26,8% de la población que reside en hogares particulares presenta NBI en la capital. En el presente trabajo se considera solamente Montevideo urbano.

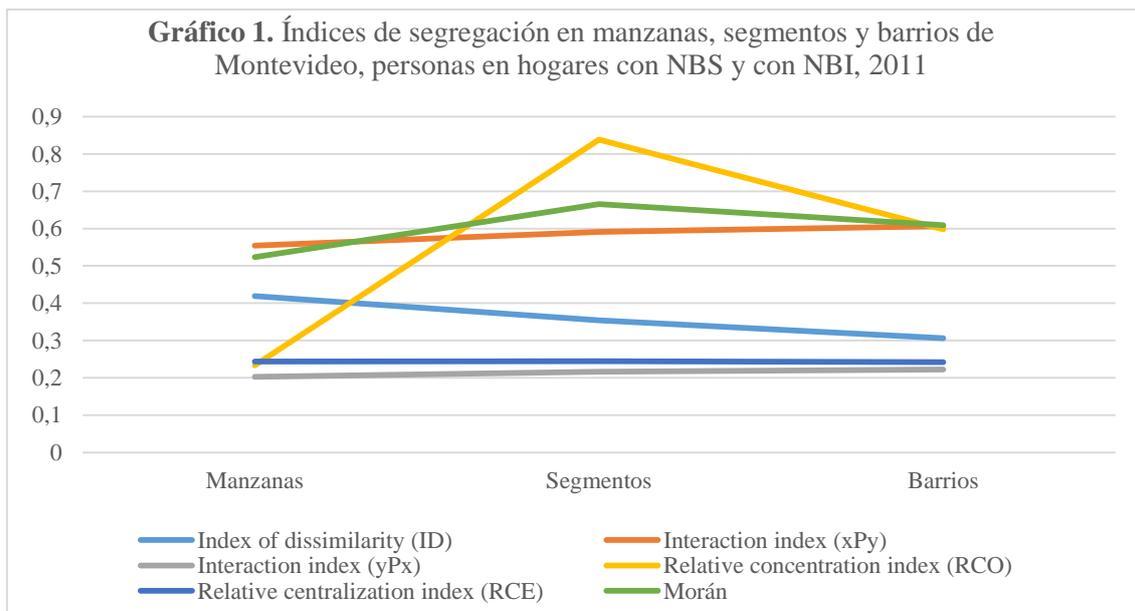
relativa entre hombres y mujeres es aproximada a cero. El I de Morán, que indica la aglomeración urbana, es elevado. Como puede verse en el mapa 1 –el I de Morán es una medida espacializable mediante la adaptación LISA (Anselin 2006)-, se configuran con claridad tres espacios claramente agrupados, que muestran una autocorrelación espacial: barrios con baja NBI rodeados de otros similares (en azul en el mapa, son los llamados cold spots, puntos fríos) y viceversa (barrios pobres rodeados de otros pobres, en rojo, hot spots), y en tercer término los barrios mixtos (sin color).

Mapa 1. Aglomeración (LISA) de barrios de Montevideo según proporción de personas con NBI, 2011



Fuente: Elaboración propia en base a INE. Censo 2011

En este marco, cabe considerar el frecuentemente debatido asunto del nivel geográfico de medición, la “cuestión de escala” (Wong 2005). Es que en función de la unidad geográfica que se considere, los resultados varían sensiblemente. Los antecedentes para otras ciudades concluyen que las implicancias de la segregación en cada nivel son distintas, que las consecuencias según se utilicen como unidad residencial los barrios, los segmentos, las zonas, son diferentes: “En una misma ciudad y momento, la segregación puede ser fuerte en una escala geográfica y no en otra. Debemos conocer en qué escala espacial es más fuerte la segregación. ¿A nivel de las áreas más desagregadas de medición, o bien a nivel de conglomerados de dichas áreas?” (Sabatini y Sierralta 2006:10)



Fuente: Elaboración propia en base a INE. Censo 2011

Como se muestra en el Gráfico 1, la variación es considerable en el ID: a medida que disminuye la escala aumenta la heterogeneidad, de modo que a nivel de manzanas sería necesario movilizar al 42% de la población¹⁶ para lograr unidades homogéneas. El índice de interacción se muestra estable, aunque se incrementa muy levemente en las escalas mayores, indicando que es algo menor la posibilidad de encontrar personas del otro grupo a medida que disminuye el tamaño de la unidad residencial. El índice de centralización tampoco muestra variaciones según la escala; es un atributo de la configuración espacial de la ciudad y las distancias al centro no varían en función de la unidad residencial que se considere.

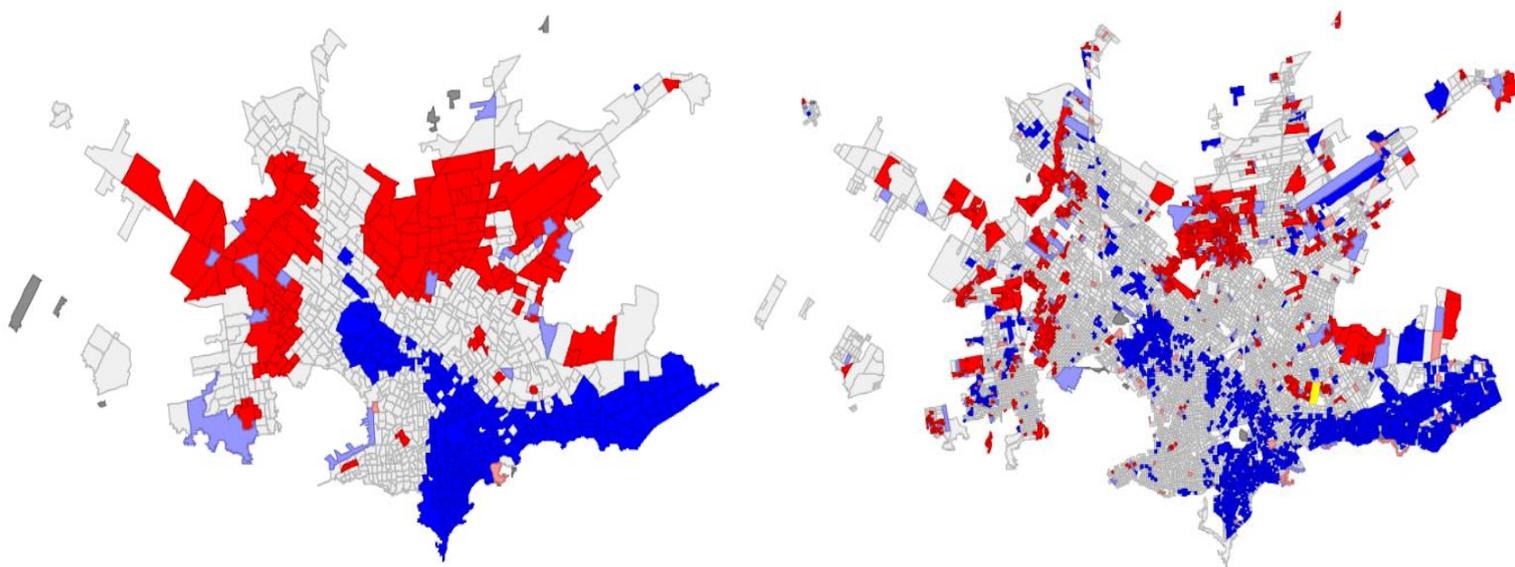
En cambio, la variación de la concentración, la superficie de espacio ocupada, es muy intensa. Cuando se consideran los barrios, y en particular los segmentos, la superficie ocupada por las personas con NBI es mucho mayor que la que correspondería dada la proporción que implican en la población. Esto se deriva de seguro del hecho de que los barrios y segmentos periféricos son de un tamaño mucho mayor, pero si se focaliza en las manzanas esa consecuencia de la política administrativa y la deriva poblacional desaparece. De cualquier modo aún en el nivel de manzanas, respecto al valor tendiente

¹⁶ Este aumento a medida que disminuye la escala se compone en forma indiscernible –al menos en un estudio de este tipo, descriptivo y general- de un sesgo del índice, que tiende a incrementarse al aumentar el número de unidades residenciales que se considera (el “greed problem” que menciona White, 1983), y un efectivo incremento de la disimilaridad (Sabatini y Sierralta 2006).

a cero que resulta de considerar por ejemplo la concentración relativa de hombres y mujeres, aparece una ocupación de superficie mayor a la esperada por las personas con NBI e, inversamente, una concentración espacial de las personas residiendo en hogares con NBS¹⁷.

En cuanto a la aglomeración, la formación de clusters en el territorio, el efecto del cambio de escala es notorio si se compara el Mapa 1 a nivel de barrios, presentado arriba, y el Mapa 2 abajo, para segmentos y manzanas, lo que permite observar cómo se enfocan con más definición los “hot spots”, los puntos altos de concentración de personas con NBI. En cambio, los “cold spots”, las zonas con baja proporción de personas con NBI rodeadas de otras similares, mantienen un territorio muy similar en las distintas escalas: son áreas de la ciudad más homogéneas, donde viven relativamente concentradas las personas que no son pobres. Así, como se muestra en el Mapa 2, es en este último nivel donde aparece una mayor autocorrelación de las unidades geográficas con características similares, y en cambio, considerando las manzanas, la dispersión es

Mapa 2. Aglomeración (LISA) de segmentos y manzanas de Montevideo según proporción de personas con NBI, 2011



Fuente: Elaboración propia en base a INE. Censo 2011

algo mayor. Las unidades en rojo representan los “puntos calientes”, de concentración

¹⁷ El Índice de Concentración presenta algunas inconsistencias y complejidades (Egan, Anderton y Weber, 1998)

de la proporción de personas en hogares con NBI con autocorrelación espacial, y las pintadas en azul las de aglomeración de personas con NBS.

La ciudad en los últimos 15 años

La proporción de personas viviendo en hogares con al menos una NBI ha disminuido sensiblemente en el período intercensal: como se señaló, de los 1318755 habitantes de la ciudad un 24,9% residía en hogares con al menos una NBI y un 67,9% en hogares sin NBI en 2011. En 1996, con 1317808 habitantes, el 35,9% presentaba alguna NBI y el 59,1% presentaba necesidades básicas satisfechas¹⁸.

Considerando como unidad geográfica los barrios, se aprecia la clara disminución de la proporción de personas con alguna NBI en todos ellos. En valores absolutos la intensidad de la mejora en el período se concentra nítidamente en la periferia, las zonas con mayor proporción de personas en hogares pobres, y es particularmente notoria en Villa García, La Paloma, Jardines y Casabó. Sin embargo, si se estandariza considerando la proporción de personas con NBI previa, la situación varía: barrios relativamente consolidados como Carrasco, Punta Gorda o Malvín, se sitúan entre los que más han mejorado en el período, y barrios mixtos como el Centro, Cordón, Aguada o Malvín Norte presentan variaciones menores.

La segregación residencial ha disminuido menos: en 1996 sería preciso intercambiar al 36% de los habitantes para lograr la homogeneidad entre segmentos y un 33% para lograr la homogeneidad entre barrios. En 2011 esas cifras son del 35% y el 30%. Los barrios son levemente menos dispares entre sí, pero a una escala menor, la disimilaridad entre segmentos se mantuvo en el lapso considerado pese a la mejora económica general¹⁹. Esto condice con “una de las hipótesis principales sobre la evolución del patrón de segregación de la ciudad latinoamericana” (Sabatini, 2006:3): que la escala de la segregación está reduciéndose, que cada vez focaliza en zonas menores, particularmente en algunas zonas de las urbes.

¹⁸ Se calcularon las NBI para el Censo de 1996 con la metodología utilizada en 2011 para ajustar la comparación; en el lapso cambió la definición oficial.

¹⁹ En 2015 el INE (INE 2015), analizando datos de 2014 y 2006 sobre los ocho municipios de Montevideo –una unidad residencial quizá excesivamente amplia- y aplicando el ID a las personas bajo y sobre línea de pobreza, los hogares con y sin algún integrante con estudios universitarios, y los hogares con y sin hacinamiento (más de dos personas por habitación), mostraba también cómo los resultados se mantenían en ese período.

Por su parte, el grado de contacto potencial en las unidades espaciales, su “probabilidad de interacción” en el área considerada, se ha modificado fuertemente entre 1996 y 2011, casi sin diferencias entre barrios y segmentos, debido mayormente a la disminución del número de personas con NBI²⁰: en 2011 era menos probable que una persona con NBS se encontrara con otra con NBI que en 1996, y viceversa, en 2011 era más fácil encontrar personas con NBS.

Tabla 3. Dimensiones e índices de segregación para personas en hogares con NBI y con NBS, en segmentos y barrios, 1996 y 2011

	Barrios 1996	Barrios 2011	Segmentos 1996	Segmentos 2011
Disimilaridad (ID)	0,33	0,31	0,36	0,35
Interacción (xPy)	0,51	0,61	0,49	0,59
Interacción (yPx)	0,31	0,22	0,30	0,23
Concentración (RCO)	-0,85	-0,60	-0,84	-0,83
Centralización (RCE)	0,29	0,24	0,22	0,19
Aglomeración (I Morán)	0,77	0,61	0,60	0,67

Fuente: Elaboración propia en base a datos del INE, Censo 2011

La distribución respecto al centro urbano, que como vimos caracterizaba la segregación residencial hacia las personas con NBI como periférica y la de las personas con NBS como centralizada, ha disminuido muy levemente; se mantiene casi estable en el período, lo que indica una estructura urbana consolidada: la disposición de la pobreza respecto al centro de la ciudad se mantiene.

Lo mismo sucede con la concentración, la superficie relativa que ocupan las personas con NBI en relación a las que residen en hogares con NBS. La concentración de estas últimas en pocos segmentos y barrios, además pequeños, excede en mucho la de las primeras. La razón disminuye en el período cuando se consideran los barrios, agregados de mayor tamaño, pero se mantiene casi idéntica en el nivel de los segmentos: las personas con NBS ocupan en el periodo menos espacio del que cabría esperar, relativamente concentrados, mientras las personas con NBI ocupan áreas mayores, más

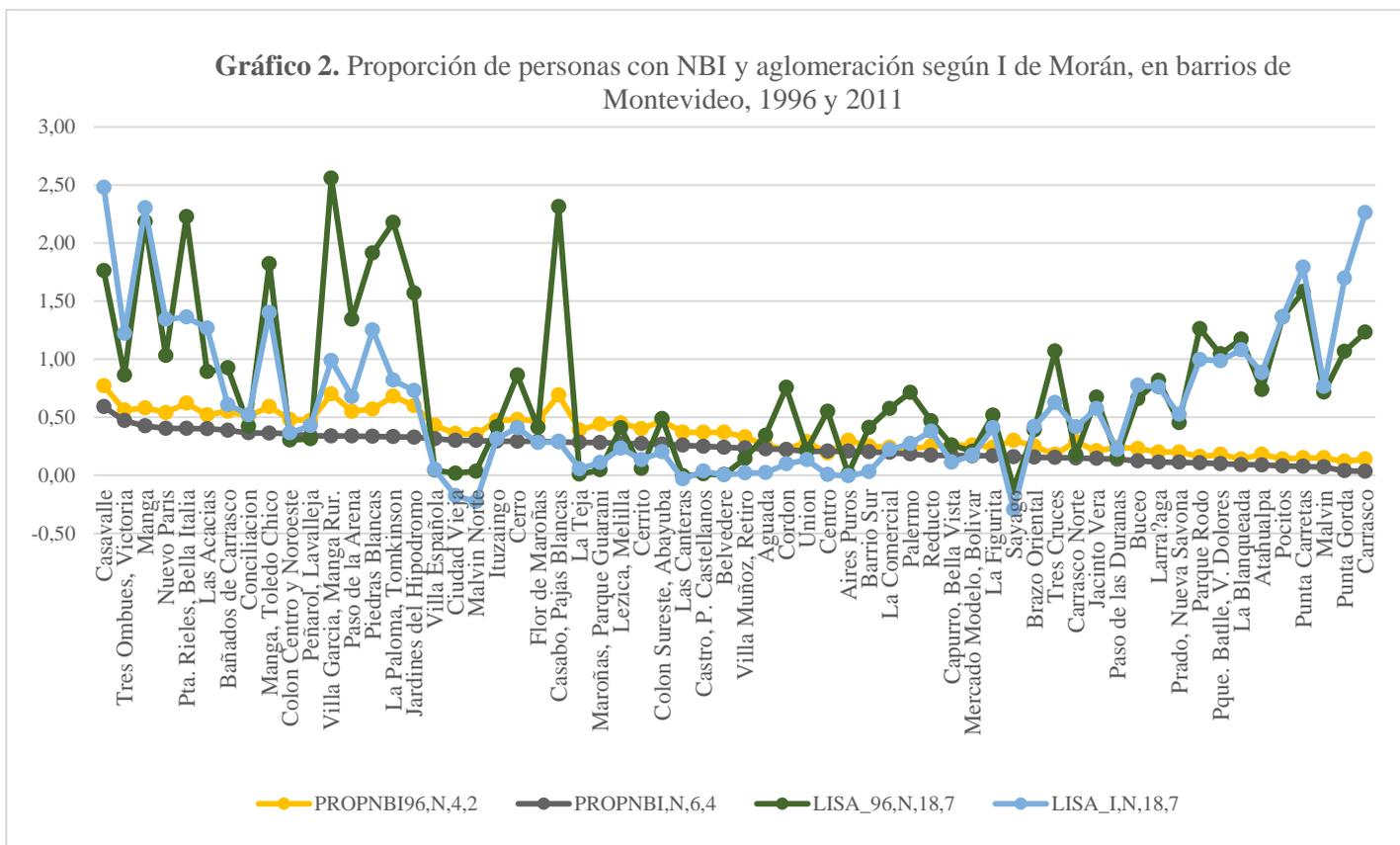
²⁰ La cartografía de la ciudad en cada censo varió levemente. Aparecen algunos segmentos nuevos, otros modifican sus fronteras. Para este trabajo no se tienen en consideración estas modificaciones; se comparan solamente los existentes en 1996. Se calcularon las NBI de acuerdo a las definiciones establecidas por el INE para el Censo 2011.

dispersas, y también los segmentos y barrios de mayor tamaño -derivados de la definición administrativa - y de menor densidad poblacional.

La aglomeración, medida a través del I de Moran, ratifica este diagnóstico: ha disminuido la correlación espacial entre barrios de características parecidas, pero a nivel de segmentos la clusterización de las personas según tengan o no NBI, que era algo menor que en los barrios en 1996, ahora es superior e incluso ha aumentado desde 1996.

Considerando nuevamente los barrios de la ciudad, el gráfico 2 muestra, ordenándolos según la proporción de personas con NBI en un extremo de mayor proporción de personas con NBI, cercana al 50%, a Casavalle, Tres Ombúes, Manga y Nuevo París; en el extremo opuesto Carrasco, Punta Gorda, Malvín y Punta Carretas. En azul claro el índice de Morán, se ordena en forma de U, distinguiendo a los extremos los barrios aglomerados en un sentido –con menos personas en proporción con NBI- y en otro –a la inversa. En el medio, los barrios más mixtos, unos veinte situados entre Villa Española y Ciudad Vieja y Sayago y Paso de las Duranas.

Gráfico 2. Proporción de personas con NBI y aglomeración según I de Morán, en barrios de Montevideo, 1996 y 2011



Fuente: Elaboración propia en base a INE. Censo 2011

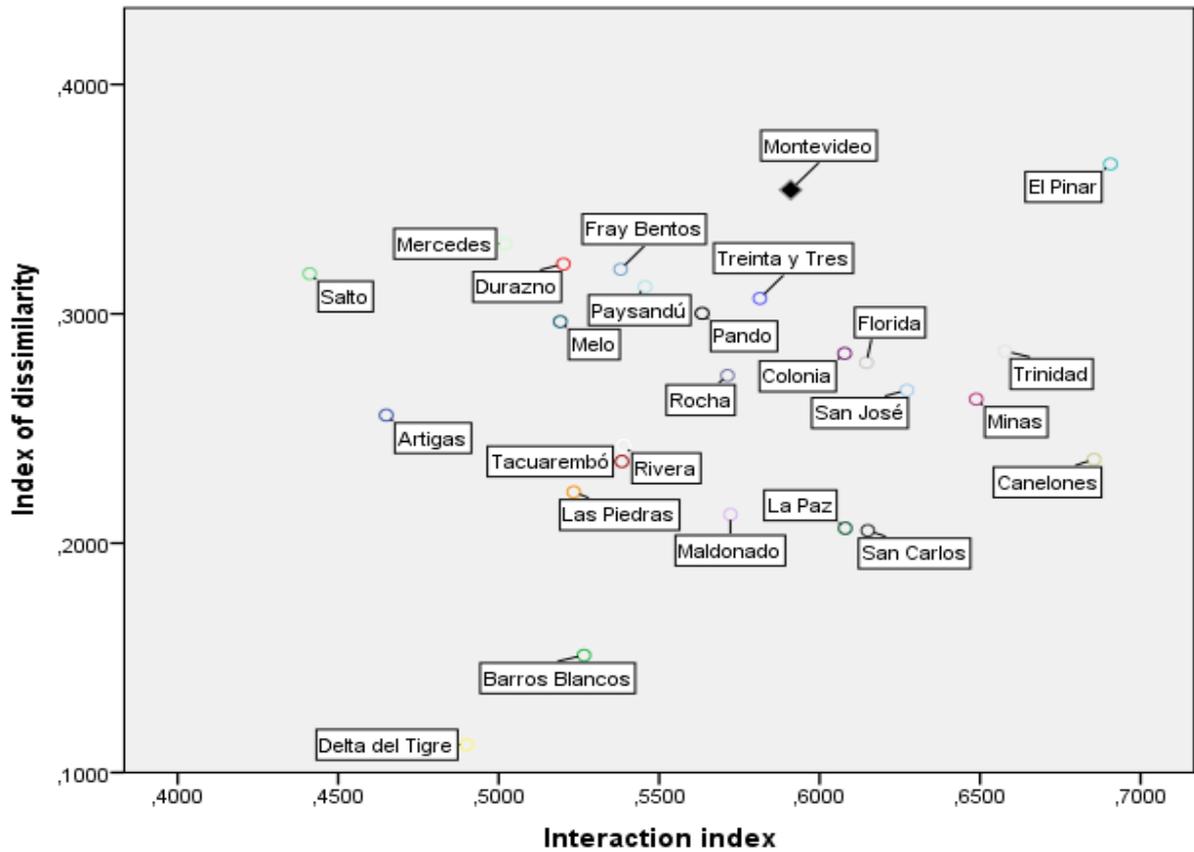
La estructuración es similar en 2011 y en 1996, con algunos barrios que mejoran su situación, como Casabó, Villa García y Manga rural o La Paloma, pero con una ciudad definitivamente ordenada en tres grandes conjuntos según la proporción de personas con NBI, ds homogéneos y otro intermedio heterogéneo.

Configuración urbana de Montevideo

Las distintas dimensiones de la segregación, que refieren a fenómenos teóricamente diferenciados y el uso de índices, por su carácter estándar y ampliamente generalizado, han habilitado una acumulación de estudios de caso. En la región en los últimos años se han desarrollado investigaciones similares por ejemplo en Bogotá (Aliaga y Alvarez 2010), Córdoba (Molinatti 2013), Tandil y otras ciudades medias bonaerenses (Linares 2012), Santiago de Chile, Valparaíso, Concepción (Sabatini et. al. 2012). En este marco, tienen lugar estudios comparativos entre ciudades, que a su vez han derivado en importante línea de estudio orientada hacia el estudio de configuraciones urbanas, ya sea en forma inductiva, y así Woo (2012) apunta a clasificar 380 ciudades de los USA, o deductiva, en diálogo con las diferentes propuestas de mapas urbanos (Buzai, 2014). En primer lugar, se comparará Montevideo con otras ciudades del país, para luego establecer algunos elementos comparativos e interpretativos con la región.

Los Gráficos 3 y 4 comparan la capital con las restantes ciudades de 20 mil o más habitantes de Uruguay. Puede verse que Montevideo presenta similitudes y diferencias con ellas. En cuanto a las similitudes, el índice de interacción, la probabilidad de que una persona con NBI se encuentre en el mismo segmento con otra de NBS, muestra que Montevideo se sitúa entre el grupo medio de ciudades -pese a que la proporción de personas con NBI es considerablemente menor, la más baja del país. Esto indica una distribución más desigual que las demás ciudades, pero con un resultado similar, un parecido nivel de exposición.

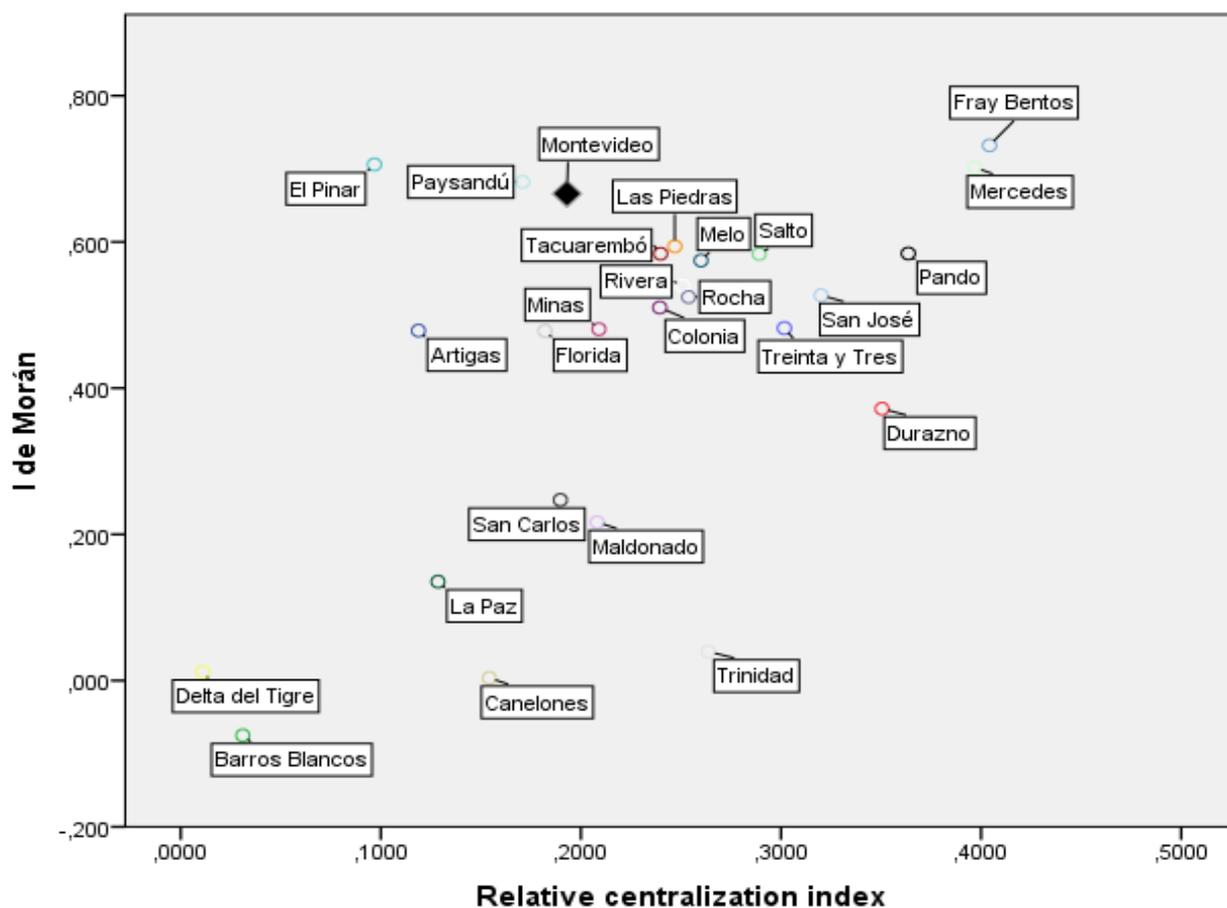
Gráfico 3. 26 mayores ciudades de Uruguay, según índices de segregación residencial de disimilitud y exposición de personas con y sin NBI, 2011



Fuente: Elaboración propia en base a INE. Censo 2011

En la dimensión de centralización, Montevideo nuevamente se sitúa en el promedio entre las ciudades uruguayas, similar a aquellas con estructuras más parecidas a la colonial, construidas en torno a una plaza central donde residen las familias más consolidadas.

Gráfico 4. 26 mayores ciudades de Uruguay, según índices de segregación residencial de centralización y aglomeración de personas con y sin NBI, 2011



Fuente: Elaboración propia en base a INE. Censo 2011

En cuanto a las diferencias, el índice de disimilaridad muestra que la distribución de la pobreza en la capital es relativamente muy poco uniforme, menos homogénea que las demás ciudades. El I de Morán también ratifica este diagnóstico: la capital se encuentra entre las ciudades con mayor tendencia a la aglomeración de segmentos similares en su proporción de personas con NBI.

Montevideo entonces muestra una complejidad y una intensidad de la segregación residencial de la pobreza mayores, pero a la vez una estructura que no se aleja excesivamente de la de las pequeñas capitales departamentales en cuanto a las posibilidades de “encuentro” entre personas pobres y no pobres, ni en cuanto a su centralización. Cabría esperar una mayor diferencia entre la capital y las demás

ciudades de Uruguay, mucho más pequeñas y con menor dinamismo. La comparación entre estas ciudades se profundiza en el Anexo de la tesis.

Volviendo al análisis de la configuración urbana de Montevideo, ésta también puede interpretarse en base a los “modelos urbanos” elaborados por investigaciones precedentes. La teoría de los anillos concéntricos en la ciudad, derivada de la perspectiva "ecológica", de base naturalista, de la ciudad (Park, Burgess y McKenzie 1967) fue la primera elaboración de un modelo de las configuraciones urbanas, de las que puede encontrarse un buen resumen en Buzai (2014). Junto a la perspectiva de los “anillos”, los aportes de Hoyt (1939) de los "sectores" y de Harris y Ullman (1945) de los "núcleos", también fueron adaptados rápidamente para América Latina, donde se establecieron dos diferencias fundamentales respecto a las ciudades industriales de los centros: la herencia colonial y la rápida conformación de suburbios en zonas privilegiadas de las capas más altas de la población (Hoyt 1963), que la asimilaban a modelos propios de ciudades "preindustriales" en los países centrales. En la década de los 70 y los 80 se produce un aumento de la población y en los grandes núcleos urbanos que impulsan su "expansión moderna"; así Griffin y Ford (1980), considerando la evidencia empírica de "cientos de ciudades en la región", formulan el modelo más clásico, "estándar" (en términos de Crowley, 1998, cfr. Buzai 2014), para las ciudades de América Latina, claramente adecuado para Montevideo: un centro especializado, con accesibilidad de transporte alta, al que una columna (spine) une con los suburbios de alto nivel socioeconómico. En torno al centro se establecen tres anillos. El primero, "consolidado", la "zona de madurez", con las mejores viviendas y las construcciones tradicionales. En segundo lugar, un anillo intermedio, de transición, con amplia variedad de asentamientos, y en tercer término, el anillo periférico, donde se encuentran las viviendas de menor calidad y la dotación de servicios es inferior. Asimismo, se apunta la existencia de cordones prósperos en torno a arterias o accidentes naturales (ramblas, parques, ríos, etc.), característicos de cada ciudad.

A finales de los años 90 y en la primera década del siglo XXI, varias ciudades de la región, las más grandes, reconocerían una nueva inflexión: la conformación de "islas" de consumo, productivas, residenciales, que pautan estructuras "fragmentadas", con barrios cerrados, malls, que orienta las urbes hacia el modelo "posmoderno". Con un escaso incremento de población en las últimas dos décadas y contadas intervenciones

urbanas, en Montevideo aún no es plenamente visible esta transición. Su estructura, más cercana a la configuración clásica de anillos, se asemeja más a las ciudades intermedias del país y de la región, como Rosario (Reñé 1994) o Santa Fe (Gómez y Rivas 2011) que a Buenos Aires, México, San Pablo o Santiago de Chile (por ejemplo, en Buzai 2014).

Efectos de la segregación.

Los índices son útiles entonces para describir configuraciones y patrones urbanos, y un conjunto creciente de literatura específica invita a comparaciones más exhaustivas. Otra discusión relevante busca maximizar sus características, más que descriptivas, predictivas de otras desigualdades sociales. Así, se analiza la pertinencia de los índices para dar cuenta de situaciones, particularmente de exclusión socioeconómica. Se sostiene, con acierto, que la ciudad refleja y retroalimenta las inequidades.

Esta pregunta centrada en los efectos de la segregación suele responderse mediante la comparación de la varianza de otros fenómenos sociales explicada por cada índice. En este sentido cabe destacar los trabajos de Sabatini (2006, 2010); su tesis principal es que las dimensiones 1 y 2 (disimilaridad y exposición) son las más relevantes en la región, y en particular la segunda, que a su juicio configura el punto neurálgico de la segregación. La aglomeración sería un simple cambio de escala de la medición de la disimilaridad, y la concentración y la centralización, que habrían sido pensadas para describir la situación de las personas afrodescendientes en las ciudades de EEUU, donde ocupaban zonas muy específicas en los deteriorados centros urbanos, serían secundarias. Sus argumentos son relevantes y la discusión meticulosa, aunque como hemos visto el potencial para una descripción de las configuraciones urbanas de las dimensiones de aglomeración, centralización y concentración es alto, porque indican que el patrón de segregación negativa se caracteriza por expulsar hacia amplias periferias y el positivo se concentra en torno al centro y un cordón próspero, configurándose así puntos calientes y fríos en la ciudad.

Efectivamente, un análisis factorial de los índices para Montevideo y las 25 otras localidades urbanas de más de veinte mil habitantes del país muestra que se sintetizan en dos componentes, perdiendo sólo un 25% de información. Un eje concentra el efecto del índice de interacción, y el segundo el del ID, la RCO, la RCE y el Morán. Las tablas

y un análisis más detallado se incluyen en el Anexo, el sexto capítulo del análisis, que profundiza estas consideraciones y la relación entre los índices en las 25 mayores ciudades del país.

Partiendo de resultados convergentes con éstos, Sabatini, en la línea de White (1983) distingue dos dimensiones fundamentales de la segregación: la geográfica y la sociológica; la primera, indicada con el ID, sería la tendencia de ciertos grupos sociales a concentrarse en alguna de las áreas de la ciudad, y la segunda, con el índice de interacción, referiría a la conformación de áreas con un alto grado de homogeneidad (Sabatini y Sierralta 2006: 2)²¹. Agrega también una tercera, la segregación “subjetiva”, a la que volveremos más adelante.

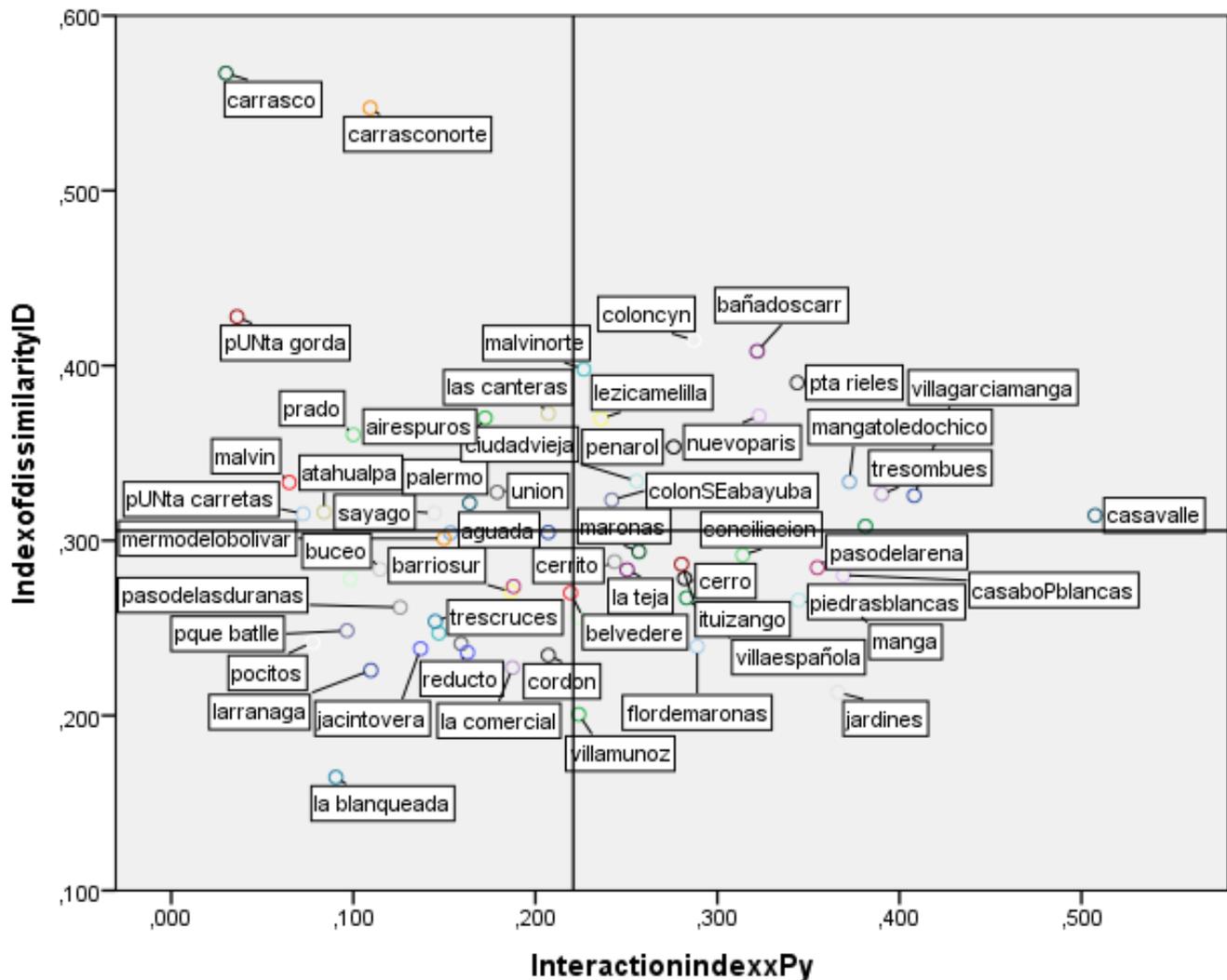
En base a estas dos dimensiones, varios autores (por ejemplo Aliaga y Alvarez 2010; Linares 2012, Sabatini, Cáceres y Cerdá 2001 y muchos otros) buscan mostrar los “efectos perversos” de la segregación: su relación con otras problemáticas sociales, que evidencian y agudizan, en diálogo con la línea de los trabajos mencionados al principio, de Katzman (2001, Katzman y Retamoso 2005) y otros. Las variables que indican “problemáticas sociales” en esas investigaciones suelen ser la criminalidad, en general medida a través de los homicidios, la proporción de jóvenes que no estudian, trabajan ni buscan trabajo, y la proporción de madres adolescentes.

Si emulando esos abordajes consideramos los barrios de Montevideo y nuevamente las personas con y sin NBI, teniendo en cuenta la disimilaridad y el índice de interacción, se distinguen cuatro grupos de barrios, ordenados en el Gráfico 5 en cuadrantes en torno a la media del índice de Disimilaridad y del de Interacción²².

²¹ En el Anexo se profundiza en este debate. Allí, como se señaló, se consideran las 25 ciudades más pobladas del país sin considerar a Montevideo. Un análisis factorial de los índices permite distinguir entre la segregación residencial “geográfica” y la “social”, y se comentan brevemente las ventajas y desventajas de elegir los índices (ID y xPy) como representativos de los factores o éstos últimos como “matizadores” del índice.

²² El carácter continuo de los índices, que varían entre 0 y 1, permite utilizarlos para varios cálculos multivariados. Por ejemplo, si se realiza una regresión lineal donde el ID y el índice de exposición funcionan como variables predictoras de la proporción de “ninis” en cada barrio, ambas resultan significativas y el modelo presenta un R cuadrado alto, de 0,691. Aunque la mayor parte de la explicación se la lleva el índice de exposición, muy asociado a la proporción de personas con NBI, el ID también proporciona un aporte relevante.

Gráfico 5. Barrios de Montevideo ordenados según índices de Disimilaridad y de Interacción entre personas residiendo en hogares con y sin NBI, 2011



Fuente: Elaboración propia en base a INE. Censo 2011

En el cuadrante 1, superior izquierdo se ubican barrios donde es poco probable encontrar a personas con NBI, y relativamente disimilares, en algunos casos porque hay una fuerte presencia de manzanas casi sin NBI, en otros porque hay algunas pocas manzanas con alta proporción de personas con NBI.

Los barrios con alta disimilaridad y altas posibilidades de encuentro con personas residiendo en hogares con NBI, en el cuadrante 2, superior derecho en el gráfico, concentran al 29% de los habitantes. En ellos reside sin embargo en torno a la mitad de

los "ninis", las madres adolescentes (y también los afrodescendientes, y menos del 8% de la población tiene estudios terciarios). También allí se concentran el 47% de los homicidios. Son también los barrios más clusterizados, aglomerados en su interior.

Los barrios en el cuadrante 3 y 4, inferior izquierdo y derecho, son más homogéneos, menos clusterizados, con menos manzanas extremadamente bajas o extremadamente altas. En el cuadrante 3 se ubican la mayoría de los barrios consolidados, con una distribución más similar entre las manzanas y relativamente prósperos. En el cuadrante 4, más empobrecido y que como el cuadrante 2 supera el 30% de los habitantes con NBI, residen un 20% de los montevideanos, pero concentra en torno a un 27% de los "ninis"; las madres adolescentes, los afrodescendientes, o las personas analfabetas. Ha mejorado más en el período intercensal que los cuadrantes 2 y 3.

Esta aproximación confirma que la segregación urbana se asocia con las “patologías sociales” que estudian los trabajos centrados en sus efectos. Además, muestra que el análisis conjunto de las dimensiones es sencillo dado el carácter continuo y la distribución normal de los índices, pertinente, como se profundiza en el Anexo, y relevante en cuanto a la capacidad de discriminar y la fuerte relación con esas problemáticas sociales.

Síntesis del apartado

En forma muy general se han presentado varios caminos que abre el abordaje de la segregación residencial centrado en sus distintas “dimensiones”: el análisis de la situación de poblaciones específicas, la descripción de dinámicas de la segregación en la ciudad, la interpretación de la segregación relativa entre dos grupos, el análisis del efecto de distintas escalas, la comparación temporal y entre ciudades, la posibilidad de analizar configuraciones urbanas, y de acercarse a los efectos de la segregación en las desigualdades sociales.

Así, estamos en condiciones de presentar algunos elementos indicativos de cómo se plasman las diferencias y distancias sociales en la segregación residencial en Montevideo, la evolución de su configuración urbana en los últimos años, y sus principales características y consecuencias en la actualidad.

Se detectaron dos formas de segregación, “próspera” y “excluida”, con patrones claramente diferenciados; centralizada y concentrada la primera, periférica y esparcida la segunda. Además, el conjunto de los índices permite dar cuenta de que la ciudad se divide en tres grandes grupos, un cinturón próspero que incluye la costa sureste y un brazo hacia el centro-oeste geográfico, delimitado por el Bulevar Artigas; el segundo conjunto conforma un anillo intersticial, más mixto, que rodea al anterior, incluyendo el Centro; en tercer lugar, las aglomeraciones periféricas, al oeste, al noreste y al norte, donde se concentra la pobreza.

Si se compara la ciudad con 1996, quince años antes, permanecen las mismas características. Si bien la segregación residencial ha disminuido levemente a nivel de barrios, a una escala menor la variación es claramente inferior. Montevideo no parece ser más uniforme en 2011 que en 1996, y aumenta levemente la clusterización. La consolidación de la estructura urbana en el período y la escasa variación, el vaciamiento de las zonas centrales del primer anillo mixto, el cordón al sureste concentrado y homogéneo, el anillo periférico ya establecido, atan a la desigualdad. Se mostró también que la distribución desigual entre los barrios y su homogeneidad se asocian con efectos perversos de la segregación; la recuperación económica fue notoria, pero la persistencia de la desigualdad urbana es también claramente visible.

La configuración urbana se mantiene entonces en términos generales, en un modelo que, comparado con las demás ciudades del país, muestra una mayor complejidad y disimilaridad, pero una estructura similar a las capitales del departamento, en cuanto a la centralización y las posibilidades de “interacción” entre las personas con y sin NBI. En relación a otras urbes de la región, se asimila más a ciudades intermedias que a las demás capitales, presentando la estructura de dos espigas prósperas que salen desde el centro de la ciudad, una hacia el este y otra hacia al norte, sin nodos o nuevas centralidades fuertes fuera de estos ejes, y dos anillos más pobres que rodean estas zonas centrales. Y esta estructura consolidada muestra, como permiten anticipar todos los antecedentes nacionales e internacionales, que las zonas segregadas presentan una mayor presencia de “problemáticas sociales”, a partir de los indicadores más estandarizados.

Es necesario intervenir sobre la ciudad, que es intervenir sobre la pobreza y las desigualdades persistentes. En los últimos años, programas que llevan servicios y

espacios públicos a áreas segregadas, como el Siete zonas, el establecimiento de nuevos nodos urbanos (literalmente por ejemplo el Nuevo centro shopping), la discusión respecto a la reforma del transporte urbano, la propuesta de intervenir sobre las casas vacías en barrios consolidados de la ciudad, parecen ir en el sentido necesario.

Pero de cualquier modo, ante la evidente paradoja que implica este diagnóstico de relativa estabilidad en contraste con la extendida sensación de que Montevideo se ha modificado fuertemente, la principal conclusión de este capítulo es que es preciso agregar que la superación de los estudios cuantitativos descriptivos de la segregación “demanda estrategias metodológicas distintas. Diseños metodológicos, de carácter iterativo, deben ayudarnos a especificar el tipo y escala de segregación que resulta más lesivo para la integración de los distintos grupos a la vida de la ciudad” (Sabatini y Sierralta 2006:19).

A continuación, en el segundo capítulo del análisis se profundiza en esa línea, y en las conclusiones de la tesis se retoman nuevamente varios aspectos de este capítulo.

En el Anexo se aplican las dimensiones e índices al análisis de 25 ciudades uruguayas. Ello permite profundizar en algunos asuntos específicos relevantes: la relación entre los índices, su agrupación en factores y en particular, en la importancia de profundizar en la segregación “social”, bajo el indicador de “interacción”, expresivo de la dimensión de la exposición, que se interpreta como las probabilidades de “encuentro” y donde según los antecedentes se sitúa el mayor poder explicativo y predictivo de la segregación residencial, pero que se mantiene casi en relación irónica con esas pretensiones en el terreno de las distribuciones estandarizadas más superficiales: la probabilidad de que personas de dos grupos compartan una unidad residencial en relación con las distribuciones promedio en la ciudad.

4.

LA PERSPECTIVA DEL HABITANTE

En los abordajes sociológicos especializados de la segregación urbana predominan enfoques cuantitativos, que se concentran en uno de sus niveles posibles, el residencial, a partir del análisis de las características de las unidades geográficas. Los acercamientos a la distribución relativa de ciertas variables en el espacio, apoyados en el desarrollo de herramientas de georreferenciación, de cartografías y de datos oficiales, de algún modo han monopolizado la interpretación general de la ciudad en sintonía con una perspectiva de la administración, gubernamental, que encuentra eficientes estas miradas centradas en las poblaciones.

Como se señaló en los capítulos anteriores, una de las definiciones más recurrentes de segregación urbana (Sabatini, Cáceres y Cerda 2001) establece que tiene tres componentes principales: “1) la tendencia de los grupos sociales a concentrarse en algunas áreas de la ciudad; 2) la conformación de áreas o barrios socialmente homogéneos; y 3) la percepción subjetiva que los residentes tienen de la segregación ‘objetiva’ (las dos primeras dimensiones)”.

Sobre los dos primeros componentes existe una fuerte acumulación, y suelen estudiarse mediante índices representativos de la “disimilaridad” y la “exposición”, dos de las dimensiones de la segregación residencial según Massey y Denton (1989). Pero pese a que “se suman indicios de que la segregación residencial deteriora la vida comunitaria

asociándose con la violencia y la desconfianza” (Rodríguez 2004:1), no se ha estudiado en forma acorde el componente subjetivo de la segregación urbana. Posiblemente porque desde esta perspectiva “de la población”, más pragmática y operativa, aún no se dispone de estrategias de análisis formalizadas del punto de vista subjetivo, en el área se demanda en forma creciente “incorporar las dimensiones subjetivas de la segregación. Lo cuantitativo debe ser complementado con estudios cualitativos” (Sabatini y Sierralta 2006:19).

Sin duda la vida urbana y sus implicancias para el habitante han sido espacio de reflexión ya desde F. Engels (1981), M. Weber (1987), F. Tonnies (2011) o G. Simmel (2005), autores clásicos fundacionales, y así *blasés* o *flaneurs*, mapas cognitivos, glocalidades, flujos o líquidificaciones, culturas, subculturas o multiculturas, todos tienen lugar en la ciudad. Existen numerosos conceptos y una fuerte acumulación teórica. Además, por supuesto, esa orden de comprender la ciudad ha animado también multitud de investigaciones cualitativas. Desde observación hasta etnografías, pasando por entrevistas o análisis textuales, numerosos especialistas han indagado situaciones específicas de segregación e incluso dinámicas urbanas generales, en abordajes culturalistas en sociología, en investigaciones que desde lo específico apuntan a lo global, ya sean antropológicos o trabajos “críticos”, en la línea de Lefebvre (1972) o Castells (1983), De Certeau (1999) o Wacquant (2007), o reflexiones de corte geográfico-social... Todos ellos se acercan a la segregación, cuentan sus consecuencias e implicancias subjetivas.

Sin embargo, la infinitud, la polisemia y la complejidad de la vida urbana implican un espesor que vuelve necesariamente esos trabajos más opacos, algo elusivos y así aparentemente menos prácticos para diagnósticos concretos, en una “explicación por abajo, que no es la más simple, elemental y clara sino la más confusa, oscura y desordenada, la más condenada al azar” (Foucault 2000:242).

Parece pertinente entonces avanzar hacia estrategias de análisis cualitativo que busquen una cierta complementariedad, que sean eficientes y compitan en el terreno performativo, de los efectos, con los abordajes distributivos pero también permitan acercamientos más estructurales y a la vez más comprensivos, de la segregación. En lo que sigue se presenta un conjunto de caminos, de estrategias de análisis, basadas en grupos de discusión conformados según las “posiciones económico-geográficas”, que se

distinguen en el nivel residencial de la ciudad y se presentaron en el capítulo anterior. Los grupos de discusión permiten acercarse a distintos contextos significativos y sobre estas “distribuciones” establecer distintos tipos de escuchas “estructurales” (Ibáñez 1979) para comprender qué pasa, acercarse a la segregación efectiva.

De este modo, se busca una cierta síntesis. M. Heidegger (1994) planteaba, en el entendido de que “el habitar es el rasgo fundamental del ser”, que éste tiene dos dimensiones fundamentales: en tanto construcción, edificación, y en tanto cuidado, cultivo, cultura. El análisis de la segregación urbana parece haber seguido estas dos avenidas propuestas por el filósofo alemán en forma relativamente escindida, focalizando en la primera. Se busca aquí profundizar en la segunda y establecer puentes entre ambas. Así, un objetivo de este capítulo es describir la segregación urbana en Montevideo desde la perspectiva del habitar, considerando la situación residencial pero también y fundamentalmente un segundo nivel de la segregación urbana, cultural, subjetivo, que incorpore el punto de vista de las personas. Para ello, como segundo objetivo, el capítulo se propone ensayar varias estrategias de captura de la palabra, sencillas y pragmáticas, que serán presentadas sucesivamente, y que permiten dialogar con los enfoques distributivos aportándoles “estructuralidad”. De este modo, como tercer objetivo, si el primero era sustantivo y el segundo metodológico, éste más bien teórico, se espera aportar a una complementariedad entre ambos vectores, trascender el nivel de las casillas y comprender de qué manera las posiciones geográficas se asocian con juegos de lenguaje en la segregación urbana.

El camino

Los grupos de discusión son una técnica de investigación cualitativa en ciencias sociales con definido potencial por su alto rendimiento heurístico: consisten en reuniones de diálogo con participantes seleccionados según un conjunto de criterios variable en cada investigación, moderadas sistemáticamente, sobre una serie de tópicos que buscan incentivar un “habla orientada” del grupo (Canales 2006). La conversación permite comprender fundamentaciones, consensos, disensos, divergencias, supuestos, opiniones, puntos de vista, actitudes, valores, etc. de los contextos sociales seleccionados.

Las discusiones grupales dirigidas tienen una larguísima trayectoria. En ciencias sociales, la psicología y la antropología comienzan con el siglo pasado a realizar instancias de investigación de este estilo con un enmarcado cuidadoso, objetivado. En sociología, aunque se reconocen antecedentes anteriores, pueden localizarse dos grandes polos de desarrollo de los grupos de discusión. El primero, en el mundo angloparlante, tiene como hito fundacional el corto texto sobre la entrevista focalizada de R. Merton, M. Fiske y P. Kendall (1956) –de ahí el nombre con el que también se conocen: grupos focales–, que propone trabajar con conjuntos de personas que han sido objeto de un estímulo, y con algunas pautas, como ir desde lo general a lo particular o realizar preguntas abiertas, generar una discusión apuntando a recolectar opiniones sobre el estímulo en cuestión. El segundo, en la academia española, presenta como principal antecedente el trabajo de J. Ibáñez (1979) y varias generaciones de colegas en torno a él. Con un abordaje más estructural, se intenta la conformación de un grupo con cierta autonomía, que genere conversación y habla propias, de modo de captar las características de la posición social considerada²³.

Como muestra G. Margel (2001), las investigaciones basadas en esta técnica en Uruguay, en ese momento aún escasas, se caracterizaban por emplear pocos grupos de discusión, entre dos y seis, buscando profundizar en los órdenes internos que se establecen. Es la aplicación más usual, porque un conjunto relativamente reducido de grupos permite establecer con claridad ordenamientos de sentido propios del contexto seleccionado. También dos motivos pragmáticos sostienen esta preferencia por un número bajo de grupos: la dificultad de un análisis detallado del enorme volumen de información, y de esquematizar y presentar discursos densos de una forma concreta.

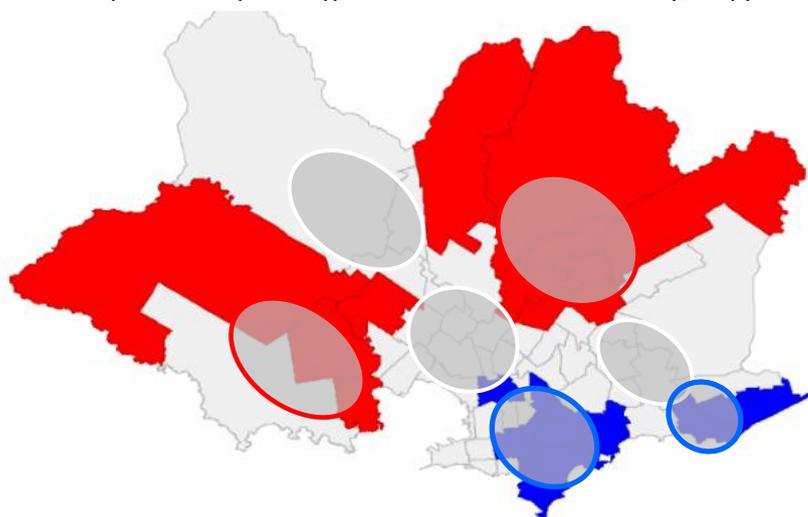
Sin embargo, para el estudio de la segregación urbana y su interjuego complejo entre homogeneidad y heterogeneidad, parece pertinente realizar un muestreo más exhaustivo, que permita profundizar en cada contexto significativo. Y más aún porque,

²³ Con el paso de las décadas, más que dos corrientes seguidas linealmente, cada uno de esos polos fundacionales ha dado lugar a desarrollos arborescentes, con textos de referencia como “El grupo de discusión” (Krueger 1991) y los numerosos artículos de autores de la escuela española (Canales 1995, Callejo 1998, Alonso 1988, Ortí 1986), abriendo un espectro de posibilidades amplio y a debates específicos en cuanto a la ejecución de los grupos, siempre con dos momentos que concentran las decisiones y supuestos más relevantes: la selección de los contextos significativos a estudio, y la orientación de la discusión, que implica técnicas de moderación y estructuras conversacionales. Así, desde sus primeras aplicaciones, centradas en los estudios de consumo en ambos casos, la técnica de grupos de discusión es cada vez más frecuente en la investigación académica.

como se mostrará más adelante, aunque es evidente, las posiciones geográfico-económicas se retroalimentan con las posiciones en las relaciones de edad y de sexo: sin ellas se vuelve imposible comprender el habitar urbano²⁴. La disponibilidad de software específico y la acumulación de estrategias de análisis cada vez más formalizadas, hacen posible acercarse a la relación entre posiciones y representaciones, entre construcción y cultura, del habitar urbano.

Partiendo de estos dos supuestos, en el marco de la investigación “Usos y apropiaciones de los espacios públicos y relaciones de edad”, financiada por CSIC y coordinada por la Dra. V. Filardo, en 2006 y 2007 se realizaron 26 grupos de discusión conforme a dos criterios base de homogeneidad entre sus integrantes: el de la edad de los individuos y el de su nivel socio-económico (NSE), mediante la definición de 3 categorías de ingreso per cápita del hogar en asociación con su lugar de residencia. En la ilustración 2, los óvalos muestran las zonas de Montevideo de donde provenían los participantes de los grupos. Asimismo, se incorporó la variable sexo como tercer criterio para la conformación de los grupos, con grupos de mujeres, de hombres y mixtos.

Mapa 3. Posiciones económico-geográficas para la selección de contextos en grupos de discusión, sobre mapa de aglomeración en Montevideo (LISA) por barrios según prop. de



Fuente: Elaboración propia en base a INE. Censo 2011

²⁴ "El universo que queda representado lo es en una diversidad regulada por la heterogeneidad introducida en los grupos y entre grupos, y al mismo tiempo por la redundancia encontrada al final del análisis. El principio básico es intentar grupos que integren suficiente diversidad como para cubrir la forma propia y típica del habla grupal." (Canales 2006:283)

Tabla 4. Selección de contextos para grupos de discusión (2006/2007)

	POSICIONES ECONÓMICO-GEOGRÁFICAS		
TRAMO DE EDAD	SEGREGADA	INTERMEDIA	PRÓSPERA
15 a 19 años	Muj, Mix	Mix	Mix, Mix
20 a 24 años	Mix	Mix, Mix, Muj	Mix, Hom
25 a 29 años	Muj	Mix, Muj	
30 a 39 años	Muj, Mix	Mix	
40 a 49 años	Mix	Mix	
50 a 59 años	Mix	Mix	Mix
60 años y más	Mix, Mix, Muj	Mix	

Por otra parte, en 2014, en el marco de una investigación sobre la percepción de la inseguridad y el papel en ella de los adolescentes para la campaña contra el plebiscito por la baja de la edad de imputabilidad penal (Focus 2014), se realizaron cinco grupos de discusión, que tomaban como contextos relevantes para la selección de sus integrantes las posiciones discursivas en las relaciones geográfico-económicas, de edad y de sexo que sostienen distintos “juegos de lenguaje” sobre la segregación, que son presentadas en el segundo apartado de este capítulo. Estos grupos, más actuales, no son comparables con los anteriores: no se busca entonces una contrastación entre ambos momentos, sino más bien una profundización sobre el malestar urbano y la inseguridad ciudadana. Asimismo, son menos específicos, la conversación se orienta menos sobre la vida urbana, porque no era un tópico fundamental. Permiten, de cualquier modo, constatar en los elementos reiterados, que las afirmaciones realizadas en base al análisis de los grupos anteriores, se mantienen. Estos cinco grupos se utilizan fundamentalmente en el tercer y último apartado del capítulo. En 2016 se prevé la realización de varios grupos que permitirán actualizar la información.

Tabla 5. Selección de contextos para grupos de discusión (2014)

POSICIONES ECONÓMICO-GEOGRÁFICAS		
TRAMO DE EDAD	SEGREGADA	INTERMEDIA-PRÓSPERA
18 a 30	Mix	Mix
30 a 55	Mix	Muj, Hom
Más de 55		Mix

Antes de comenzar, cabe presentar los pasos que se seguirán. Volviendo a la definición de la segregación urbana presentada al principio y sus tres componentes, la tendencia de

grupos a concentrarse en áreas de la ciudad y la conformación de áreas homogéneas fueron abordadas en el primer capítulo de esta tesis. Ahora se apunta al tercero, la percepción subjetiva de los anteriores. Las líneas de indagación propuestas en este sentido por los autores que establecen la distinción, pese a que se asegura que es un componente clave “no sólo para explicar el origen de la segregación, sino también para entender sus efectos más negativos de desintegración social, que hoy se están agravando” (Sabatini 2001), permanecen considerablemente más oscuras que las de las dos primeras. Proponen, sin llegar a avanzar en ello prácticamente, concentrarse por una parte en “la identidad y prestigio asignados a barrios o zonas completas de la ciudad”, y en segundo término en “la percepción que la gente tiene del hecho de formar parte de un grupo social que tiene una peculiar forma de ocupar el espacio” (Sabatini et. al. 2006).

Tomando estas posibilidades en un sentido amplio, el primer apartado del capítulo se concentra en el discurso sobre barrios y espacios públicos de la ciudad, y el segundo en las visiones y calificaciones de sí mismos y los demás “grupos sociales”. El tercero y último profundiza en el sentido de la segregación desde la perspectiva del habitante, que tras las fronteras respecto a otros en ocasiones percibe “diferendos”, hostilidad que se asocia con un malestar urbano y la desintegración social que a juicio de Sabatini vuelve fundamental el estudio de la dimensión subjetiva de la segregación. En el camino, se apuesta a la presentación de distintas estrategias de análisis de grupos de discusión: de contenido cuantitativo y cualitativo; de formaciones discursivas en torno a significantes vacíos; cartografías sociales identitarias en base a deícticos, y finalmente la propuesta de tres niveles de J. Ibáñez. Cada una de ellas se presenta oportunamente y permite acercarse a distintos “momentos” de la segregación.

Desde las referencias hacia los juegos de lenguaje

Este apartado toma entonces como punto de partida el primer tópico propuesto para el análisis de la “dimensión subjetiva de la segregación”: la identidad y prestigio asignados a zonas y espacios de la ciudad. Se subdivide en dos momentos. En el primero se toman como base las significaciones de los barrios, en el segundo las de algunos espacios públicos. En ambos casos se parte de considerar los tópicos (barrios, espacios públicos) como referencias, “nombres propios” con un contenido variable, de los que las personas y los grupos tienen percepciones y a los que atribuyen significados.

En primer lugar, se apela a un análisis de contenido cuantitativo que permite acercarse a los barrios más mencionados, más relevantes en el imaginario urbano. Cada mención a un barrio específico, mediante un sencillo análisis de co-rreferencias y de palabras frecuentes, permite asociar con claridad las identidades y significaciones atribuidas. Luego se aplica un análisis de contenido cualitativo -un proceso de codificación línea a línea y una posterior codificación axial con categorías centrales de las significaciones depositadas en la idea de barrio y de “vida barrial”²⁵.

El segundo momento apunta, además del análisis del contenido, luego de él, a “pluralizar el discurso”. Considerando las relaciones geográfico-económicas, de edad y de sexo, se muestran distintas “formaciones discursivas”, situadas en esas relaciones, sobre distintos espacios públicos de la ciudad. El habla sobre espacios públicos concretos de Montevideo aparece estructurada, posicionada, segregada: se advierten con claridad percepciones diferentes que demuestran la fragmentación urbana y cierta relación de conflicto. Al establecer referencias, al afirmar el “ser” del espacio público, al definirlo, inevitablemente las personas se vuelven tópicas, situadas. La aplicación de un muestreo exhaustivo de grupos de discusión permite profundizar en las diferencias y similitudes entre las posiciones económico-geográficas, de edad y el género, y estudiar en profundidad las formaciones discursivas específicas.

Barrios y vecindarios

En la introducción de la tesis se presentaban algunos comentarios relativos a la vida barrial y la percepción de los barrios en Montevideo. Cabe comenzar recopilando esos resultados, enfatizando la estrategia metodológica que los sustentaba. Una primera posibilidad para la información surgida en los grupos de discusión es el análisis de contenido cuantitativo. Simples conteos de palabras ya indican presencias diferenciales

²⁵ Este esquema recuerda la conocida estrategia de la teoría fundada (Strauss y Corbin 1998; Miles y Huberman 1994): codificación línea a línea, detallada, con notas, memos, comentarios, glosas; codificación axial, ordenando en conjunto las anteriores, unificando las notas, reordenando y agrupando (análisis); establecer categorías centrales, explicaciones e hipótesis interpretativas. Esta es por otra parte la estructura más frecuente en los análisis de contenido cualitativos: más allá de diferencias sustantivas, existe una coincidencia tácita en dividir el proceso de análisis de contenido en tres momentos con características similares (desde A. de Luna, a M. Valles o M. Canales, en Canales 2014). También E. Alonso propone tres momentos (nivel de contenido, estructural o lingüístico y definitivo o hermenéutico), o F. Conde (posición discursiva, configuraciones narrativas y espacios semánticos). En particular, como se retomará más adelante, J. Ibáñez también distingue 3 niveles, el primero nuclear, con el estudio de cuatro verosimilitudes, discursos sobre el mundo; en el segundo, autónomo, atender a las diferencias en el grupo y entre grupos, y en el tercero, del sinónimo, devolver este discurso al mundo.

en el habitar urbano; elementos reiterados, más presentes en el imaginario sobre la ciudad, otros menos relevantes o solo objeto de atención para grupos de algunas posiciones sociales. Así, en los grupos de discusión hubo cerca de 1000 menciones a barrios concretos. Varios de los 62 que delimita administrativamente el INE ni son mencionados²⁶, pero otros están muy presentes en el imaginario sobre la ciudad: Ciudad Vieja, el Centro, Pocitos y el Cerro se llevan cada uno entre un 12 y un 15% de las menciones a barrios específicos.

Se apuntaba también que estudiando las referencias a esos barrios se aprecia que cada uno tiene “significados”, funciona más allá de su mero nombre propio, retóricamente, en forma diferente: se rodea de adjetivos y casi se vuelve uno de ellos, con denotaciones y connotaciones específicas. Ciudad Vieja representa la “mezcla en la ciudad”, de día centro bancario y también lugar para salidas nocturnas, sentido como propio para algunos y ajeno para otros. Pocitos es símbolo del montevideano que consideran “medio” las personas de mayor nivel socioeconómico y “rico” los habitantes con menor nivel socioeconómico (“capaz que la gente de Pocitos es la que va al museo, nosotros no”, apuntan en los grupos de discusión). El Centro es, como su nombre lo indica, un núcleo económico y funcional de la ciudad. El Cerro simboliza el lugar “pobre”, de la “clase baja”, peligroso para las posiciones económicas superiores (“hay lugares que no se puede ir, no iría al Cerro”) y no tanto para las inferiores, que lo consideran “normal”. Otros lugares, que aparecen con menor frecuencia, son señalados como los “barrios-barrio”, en referencia a los barrios de trabajadores, con vida vecinal, familias. Por su parte, algunos barrios son señalados con particular intensidad, como epítome de las “zonas rojas”, “marginales”: así por ejemplo y destacadamente las referencias al barrio Casavalle y a sus zonas, que funcionan en el imaginario como varios barrios independientes: Marconi, el Borro, 40 Semanas. Es claro entonces un proceso de segregación a nivel de las imágenes de los barrios, su identificación y estigma, con el

²⁶ El uso de la unidad residencial barrial, desde la perspectiva administrativa, entronca fácilmente con el imaginario de los barrios: cada persona sabe dónde vive, conoce su barrio. Eso parece dar un asidero material, humano, a los cálculos estadísticos. Sin embargo, rápidamente esa asociación se demuestra un montaje. Si se examina la coincidencia entre los barrios donde las personas dicen vivir y la delimitación administrativa aparecen claras diferencias: las zonas de la ciudad que se desdibujan al separar la ciudad en barrios son las peor situadas en cuanto a proporción de NBI: allí más de un 60% de los barrios donde la gente dice vivir no se corresponden con los delimitados por el INE (contra un 30% en las posiciones económicas superiores), y un 70% de éstos son barrios “inventados”. En las zonas medio altas el “desplazamiento” de barrios, en general contiguos a los suyos, es claramente superior (Filardo y Aguiar 2009).

Cerro o Casavalle y Pocitos como extremos imaginarios a los que se asocian connotaciones económicas claramente definidas.

Ya el más elemental análisis de contenido entonces permite comprender y evidencia la pertinencia del estudio de las significaciones en la segregación urbana. Podría esperarse una distribución relativamente aleatoria de los barrios, que recibieran menciones y calificaciones en proporciones similares, pero algunos ocupan un lugar simbólico más destacado, tanto en términos de relevancia –de ahí el muy diferencial número de menciones-, como de implicaciones imaginarias.

Este es un primer momento de la segregación “subjetiva”, las imágenes que aparecen como compartidas por los habitantes de zonas de la ciudad, algunas positivas, otras negativas, otras con ciertas características específicas. Pero además, en estas significaciones pueden encontrarse también, y fundamentalmente, diferencias, como los sentidos atribuidos a Pocitos o el Cerro, que varían en función de la posición geográfico-económica de las personas. Y esta situación de acuerdos y desacuerdos aparece cuando se considera cualquier espacio público: todos ellos aparecen connotados, funcionan como signos, como condensaciones, con mayor o menor intensidad, mayor o menor prevalencia en los mapas cognitivos.

Adaptando el sentido original del término, las zonas o espacios urbanos pueden considerarse como “significantes vacíos” (Laclau 2004; Žižek 2005), sustantivos de carácter ambiguo o polivalente, sin fijación estable, espacio de operaciones hegemónicas en el discurso. Al no existir una articulación consciente “políticamente” en busca de hegemonía, ni cadenas de equivalencia, las formaciones discursivas se presentan como relativamente independientes, parecen coexistir en paralelo, como “topoi” en los significantes vacíos (Montero 2012). Así, tras el análisis de contenido centrado en el consenso, que permite acercarse al primer momento de la segregación urbana y las significaciones atribuidas a barrios y espacios urbanos, cabe profundizar en los disensos, en los “tópicos típicos” de las distintas posiciones sociales, donde aparece un segundo momento de la segregación.

Espacios públicos

El análisis de las percepciones de los hitos urbanos, entre ellos los barrios pero también de muchos otros espacios públicos, permite observar con claridad la retroalimentación,

la necesidad de análisis conjunto de las relaciones de edad y las geográfico-económicas para entender la segregación en la ciudad, y evidencia la relevancia de agregar las diferencias de género.

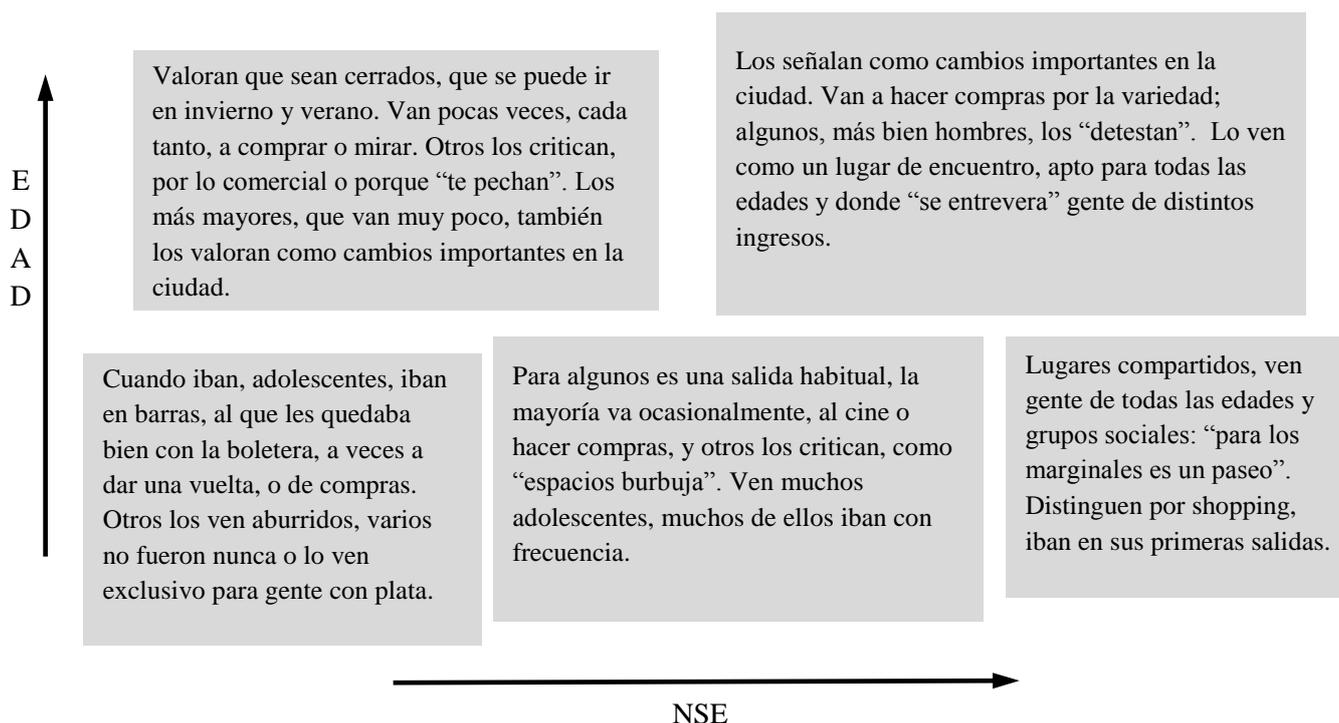
Por ejemplo, considerando las referencias a la rambla y la playa de la ciudad, las personas de nivel económico medio y alto aluden tácitamente a la rambla sureste. En cambio, muchas veces para las de nivel económico más bajo, que residen en la periferia oeste, la rambla es tácitamente la bahía de Montevideo. Profundizando un poco más, el discurso de las posiciones económicas medias en cuanto a esos espacios públicos es que es uno de los espacios más compartidos y que más valoran, lugares relativamente seguros, donde ven una clara segmentación de horarios y actividades. En particular en base a relaciones de edad: se denuncia por ejemplo la “apropiación” por los jóvenes de la rambla; éstos señalan por su parte que son excluidos. Se montan así espacios segmentados, estrategias de segregación por horarios, para administrar el conflicto potencial entre las posiciones de edad (Filardo 2007). Los más jóvenes de posición económica alta también califican a la rambla (este) como un “espacio de encuentro de todos los niveles” (pese a la evidente sobrerrepresentación de sus posiciones económicas) al que van frecuentemente, y también zonifican usos diferenciales. Mientras, por su parte, en las posiciones económicas inferiores es frecuente la asociación con el veraneo, mucho menos visible en las posiciones superiores. Sólo van puntualmente, en familia pero sobre todo adolescentes en grupitos, que asustan a los demás y por su parte explican que es un lugar barato. Respecto a la rambla oeste, se apunta entre quienes son cercanos en que de noche está ocupada por jóvenes y “no es un lugar seguro para mujeres”. Las diferencias por sexo son relevantes también, actividades como tomar el sol o correr son más femeninas, otras más masculinizadas.

Todos los espacios públicos sobre los que se discute se vuelven topicales, muestran estas formaciones discursivas diferenciales, calificaciones típicas en distintos espacios sociales. Otro ejemplo: las ferias son algo diferente para los jóvenes de posiciones económicas superiores, que las comparan a los shopping centers, como lugares pintorescos a los que van esporádicamente, y refieren a las tres o cuatro ferias más connotadas de la ciudad, en particular las de Tristán Narvaja y de Villa Biarritz. En el otro “extremo”, las personas más mayores y de menor nivel socioeconómico se refieren a las ferias de frutas y verduras o a otras barriales que venden productos usados. Por su

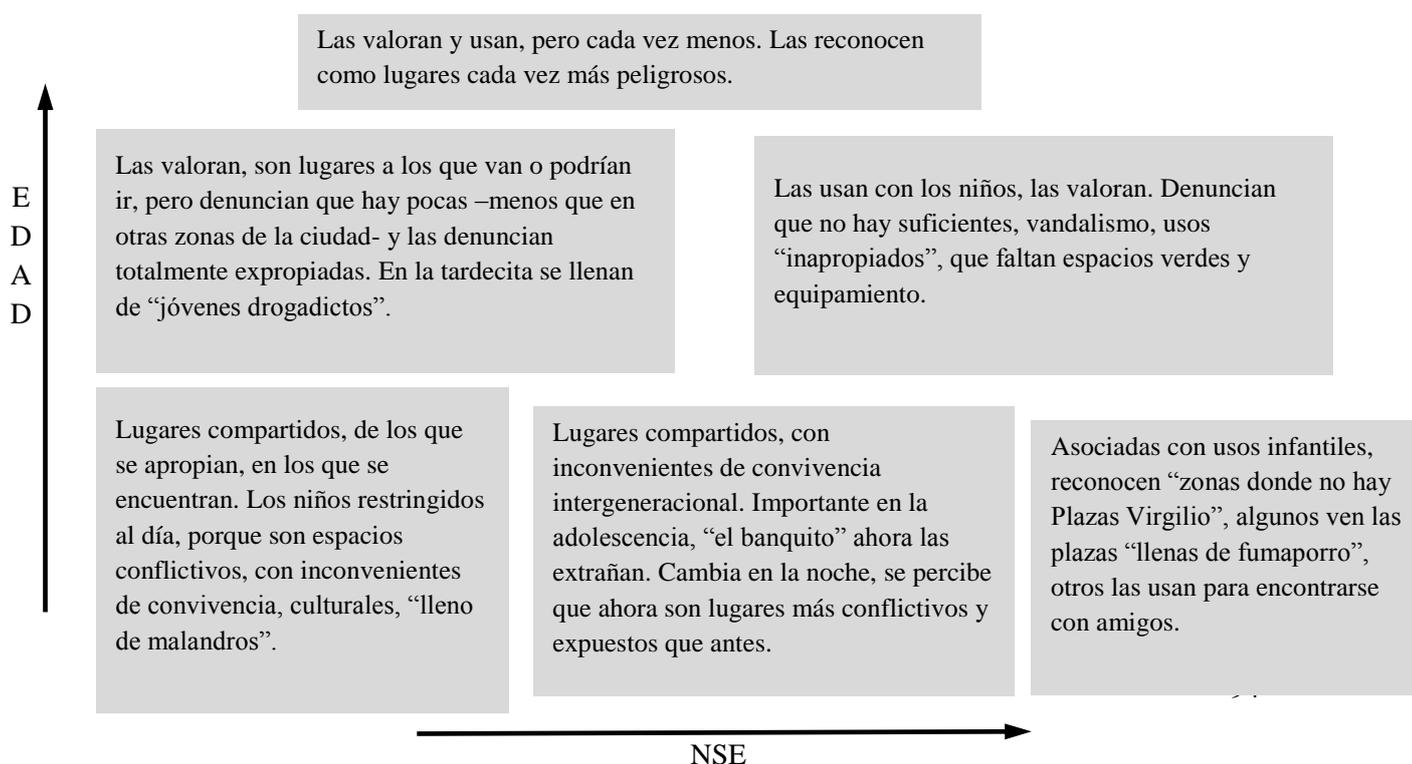
parte, para las mujeres de nivel económico medio y bajo unas son espacios de compras cotidianas y otras de “paseos”, en mayor medida que para los hombres.

Esas formaciones discursivas, que en cada caso evidencian posiciones en relaciones sociales, pueden representarse en ejes, como en las figuras abajo, referidas respectivamente a los shopping centers (malls de compras), y las plazas barriales.

Esquema 1. Formaciones discursivas en las relaciones de edad y económico-geográficas sobre los Shopping centers



Esquema 2. Formaciones discursivas en las relaciones de edad y económico-geográficas sobre las plazas barriales



Se configuran así un conjunto de posiciones discursivas diferenciales en las relaciones económico-geográficas, de edad y de género (Filardo y Aguiar 2009). Las formaciones discursivas de cada posición varían en función del tema en cuestión, pero indican de algún modo un segundo momento de la segregación subjetiva. Es que en el discurso de las personas, la recursividad del propio hablar como mecanismo de ubicación relacional aparece en un “efecto Munchhausen”²⁷. Con esta afortunada imagen, M. Pecheux (2005) se centra en los mecanismos discursivos que generan la evidencia del sentido, la evidencia del sujeto como idéntico a sí mismo, parecido o distinto a otros, “la respuesta absurda y natural ‘¡Soy yo!’, tras la cual está en juego que la evidencia de la identidad oculta el hecho de que se trata del resultado de una identificación-interpelación del sujeto, cuyo origen ajeno es sin embargo ‘extrañamente familiar’ para él” (Pecheux 2005:162).

Efectivamente, pueden vislumbrarse entonces imaginarios urbanos segregados con sencillos análisis de contenido, cuantitativos y cualitativos. Parece clara también la relevancia del análisis mediante grupos de discusión, que permite encontrar a la vez acuerdos –habitares urbanos compartidos- y diferencias, y del muestreo exhaustivo, que permite profundizar en éstas últimas en distintos contextos. Aparecen así, como un segundo momento de la segregación subjetiva, formaciones discursivas en torno a tópicos situadas en las relaciones económico-geográficas, de edad y de sexo, que parecen hablar lenguas distintas.

Este tipo de relación entre ciudad y lenguaje remite indudablemente a Wittgenstein (2003), y su conocida afirmación de que el lenguaje es como una ciudad, y que en ella hay barrios o zonas específicos, con reglas y formas propias. Los juegos del lenguaje son modelos simplificados que nos muestran o describen un contexto comunicativo en que están inmersos varios sujetos –porque el juego de lenguaje nunca es individual, no hay lenguaje privado- y sus reglas –órdenes, códigos- específicas, que pueden llegar a resultar un “sinsentido” desde otros juegos de lenguaje que utilizan otras reglas. En la ciudad se segregan, a partir de su discurso, diferentes juegos de lenguaje urbanos o “juegos urbanos” (Aguiar 2008).

²⁷ El conocido Barón se levantaba de sus propios cabellos para escapar de una ciénaga.

Cartografías sociales

Una vez comentada la “identidad y prestigio asignados a barrios o zonas completas de la ciudad”, y mostrada la existencia de juegos de lenguaje urbanos a partir de la constatación de identidades y prestigios diferenciales, sendos momentos de la segregación subjetiva, pasamos ahora a la segunda avenida que se proponía al principio: “la percepción que la gente tiene del hecho de formar parte de un grupo social que tiene una peculiar forma de ocupar el espacio” (Sabatini 2006), a lo que cabe agregar también la percepción de otros grupos, más allá del propio, y sus formas de ocupar.

En esta avenida aparece un tercer momento de la segregación subjetiva: la segregación mentada desde la perspectiva del habitante (Filardo y Aguiar 2009). Los juegos de lenguaje, en una consideración conjunta de las relaciones geográficas, económicas, de edad y de sexo, estructuran la percepción de los grupos propios y ajenos; así, las creencias expresadas sobre la identidad propia y de los otros aparecen en una cartografía social, en referencias cruzadas a “sí mismos” y “otros” a quienes se coloca “arriba” o “abajo”, “cerca” o “lejos”. Estas unidades formales elementales marcan las pautas de la segregación espacial que aparecen en el discurso, con la sujeción de un “nosotros” y de varios “otros” en la ciudad, las caracterizaciones que los acompañan y las descripciones de “sus ciudades”.

Es una estrategia clásica de análisis, apoyada en E. Benveniste (1979) y su énfasis en los deícticos (ellos, nosotros, otros, aquí, allí, arriba, abajo, al costado, cerca, lejos, etc.), como eslabones en el ideario, anclas que establecen una sujeción identitaria. Varias interpretaciones posteriores, como Ducrot (1984), que busca “lugares comunes diferenciales” en el discurso, o Therborn (1987), que propone “la generación alter/ideológica en la calificación de uno y mismo y de los otros”, permiten operativizar una estructura de análisis de discurso para acercarse a distintas posiciones (auto y hetero) calificadas. Sobre los distintos nosotros y otros se establecen discursos típicos acerca de la ciudad, las formas de ocuparla, en dos niveles: de una parte los distintos “mundos histórico-sociales” que se señalan y caracterizan y califican, y de otro las “creencias atribuidas” a esos mundos, o sea cómo pienso a los otros, y cómo pienso que se piensan y dan sentido a lo que hacen. Explícita e implícitamente, tanto en el discurso sobre los mundos sociales propios y de los demás como en las creencias referidas, la segregación urbana se vuelve evidente.

Se retorna así a Simmel en el supuesto de que “una vez que el proceso de diferenciación social ha llevado a la distinción entre los de arriba y los de abajo, el hecho formal de ocupar una posición social determinada crea una relación interna y con frecuencia también externa” (Simmel 2002). Y de algún modo se avanza también hacia cierto posestructuralismo, en términos que pueden resumirse con Lyotard y su definición de los “mundos”: “urdimbres de cuasi-deícticos formados por nombres de objetos y por nombres de relaciones designan hechos ‘dados’ y relaciones ‘dadas’ entre sí es decir, un mundo” (Lyotard 1999.60).

Por ejemplo, un amplio conjunto de personas *de edad media*, que se distinguen de jóvenes y viejos y que se auto-sitúan también en una *posición económica media*, separados de “la gente de Carrasco” y distintos de la “periferia”, presentan usos, discursos, prácticas, auto-atribuidos al “nosotros”, a quienes “son como yo”, y a los otros, que están encima o debajo en esas relaciones. En la tabla se esquematiza e ilustra esta cartografía, propia de quienes se sitúan “en el medio” en las relaciones geográficas, económicas y de edad

Tabla 6 Segregación mentada, posición (autoatribuida) económica y de edad media

	Económicas	Geográficas	Edad	Sexo
Nosotros	Ciertos “círculos sociales”, “de media o media para arriba”.	Montevideo sureste	Situados en el centro	Desde los hombres no se enfatiza la diferencia, aunque reconocen que hay “lugares de hombres”. Igual “se las empieza a ver”. Las mujeres presentan usos específicos, miedos específicos y señalan una mayor diferencia por sexo.
Abajo	Gente que viene “de otro mundo”, otra mentalidad.	Lugares: la periferia, feos, deprimentes, donde no entran, Montevideo al noroeste	Jóvenes (tipos por clase social, se refiere abundantemente a jóvenes peligrosos) Niños (en los interiores, adentro, vigilados)	
Arriba	Otro nivel de consumo	Gente que vive en Carrasco o va a Punta del Este	Viejos (“sin lugar”, en la mañana, las plazas). Las posiciones superiores son consideradas dependientes	

Por su parte, los “jóvenes de clase media” - ellos mismos se colocan con claridad entre “los altos y los bajos”- encuentran una importante diferencia en el uso del espacio por edad y por “clases sociales”: las altas tendrían “rechazo a mezclarse” y las bajas menos problema en “estar ahí”. Un claro supuesto es que hay espacios segmentados por “poder adquisitivo” o “nivel económico”; en la ciudad encuentran dos extremos marcados:

zonas “paquetas” y otras de las que “no se sale”, feas, en general “escondidas” en la periferia. Y ellos se perciben en el medio. Los de abajo son lugares de pobres, “depresivos”, donde “viven todos juntos, apretados”, y se sienten mirados con desprecio las escasas oportunidades en que van a esos espacios, “de ellos”. Una referencia clara a sujetos relevantes entre los jóvenes de menor edad son “los padres”, en forma simétrica a las referencias a los hijos que pasan a predominar más tarde. Pero la principal referencia en cuanto al uso del espacio apunta a “otros jóvenes”, en términos culturales, económicos y en particular los “menores infractores”, “pastabaseros” y otras figuras urbanas atemorizantes de posición económica y de edad baja. Por otra parte, los varones encuentran escasa segregación en el uso de la ciudad por sexo aunque coinciden en señalar cierto machismo urbano; las mujeres denuncian acosos específicos y en ocasiones discriminación.

En las *posiciones de edad superiores de nivel medio*, que distinguen un “arriba” y un “abajo” en las posiciones económicas, pero sólo miran hacia abajo en las relaciones de edad, encuentran una segregación en tres montevideos, uno alto, otro central (de ellos) y otro periférico. Califican en forma más abundante el abajo, una periferia que se reproduce más rápido (“un cinturón lleno de niños”); con particular énfasis sitúan abajo los “barrios indigentes”, donde hay “más agresión”. En cuanto a las relaciones de edad referencian particularmente a los jóvenes “irrespetuosos” y plantean su uso del espacio como particularmente ajeno, a veces incomprensible, en recuente contraposición. Se refieren particularmente a las mujeres jóvenes y su mayor presencia en el espacio público, pero en un sentido, crítico: una cultura extranjera (argentina, importada de los teleteatros) vuelve soeces a las jóvenes.

Otros grupos de personas se distinguen por posiciones económicas de los de “más abajo” y además de los de “clase media” (“que no tienen jardín”): tanto en edades adultas como mayores se colocan a sí mismos en una *posición superior* tácita, y describen como distantes a los demás. Viven y circulan mayormente cerca de la rambla este y circulan en torno a ella; colocan a las clases más bajas en los asentamientos y los barrios marginales, grandes zonas lejanas, peligrosas, a las que sólo pueden llegar a acercarse alguna vez en auto, y en ocasiones son pintorescas. En los lugares públicos encuentran usos distintos, fundamentalmente por edades; administran por horarios la

segregación etárea, y se separan especialmente de los jóvenes, a los que miran con alto nivel de generalidad.

Los *jóvenes de posición económica superior* que se distinguen tanto de los pobres (“pichis-pichis”) como de los medios (“con algo de plata”), con una mayor distancia social y circuitos restringidos, segregan con claridad a los barrios periféricos y las zonas marginales, barrios carenciados “de donde vienen los chorros”. De cualquier modo, afirman que éstos “incluso acá te vienen a molestar”. No perciben una importante diferencia en el uso del espacio por sexo, la limitan a lugares de ocio, pero mencionan también un mayor riesgo para las mujeres.

Con nitidez, puede establecerse otra posición geográfico-económica en la segregación urbana: se identifican a sí mismos como “los marginados”, “los pobres como nosotros”. No encuentran dos escalones hacia arriba, sino en general solo uno: se separan de “los de arriba”, “los de plata”: “arquitectos, abogados, empresarios”. Desde ahí, desde la economía, se demarcan posiciones culturales distintas: “otra cabeza” y “otro nivel de vida”. Así, “los de Pocitos” tienen “mentalidades distintas”, no saben “lo que se le pasa por la cabeza a una persona”; son “mundos distintos”, “distintas mentalidades”.

Tabla 7. Segregación mentada, posición (autoatribuida) económica inferior y de edad media

	Económicas	Geográficas	Edad	Sexo
Nosotros	Gente humilde, “normal como uno”.	Ciudad dividida por barreras “locativas de clase: ”estamos “de este lado de Bulevar” o de “Avenida Italia”	Adultos, abrumados, con responsabilidades, a veces “sapo de otro pozo”	Un “sector” de división social. Las gurisas están “zarpadas”, más ofensivas, sin códigos. Los hombres ven más mujeres en el espacio público, las mujeres dicen que no salen casi nada, les gustaría pero no pueden. Miedos específicos de género.
Abajo	“Algunos la pasan peor”. Son también pobres, los tienen al lado, cerca, pero los separan distintas mentalidades.	Referencia a lugares cercanos, fronteras internas por “cabeza”, “cultura”	Niños (no se los puede dejar solos). Adolescentes (arman relajo, parecen perdidos). Jóvenes (sin nada que hacer, algunos perdidos; otros asustados).	
Arriba	“Abismos entre empresarios y limpiadores”. Perciben discriminación intensa: Ellos no vienen hasta acá	Barrios del sureste. “Tremenda diferencia”, en servicios, facilidades, oportunidades	Los viejos están “encerrados”	

En las personas *mayores de posición económica inferior* la sensación de aislamiento se agudiza: califican su espacio en la ciudad como “completamente alejado de todo”. Encuentran diferencias claras en el acceso a bienes públicos y en su calidad por posición geográfica; les es difícil ir a lugares que les interesaría, y particularmente volver tarde. Además, hay pocas cosas para hacer en el barrio, una placita y después nada “y una vez que vas, te roban en tu casa”, lo que redundaba en un encierro autoimpuesto. La referencia fundamental en su cotidianidad urbana son los jóvenes, respecto a los que encuentran una gran distancia y que en muchos casos atemorizan: se describen acosados por “muchachos del barrio”, mencionan varios casos sonados de delitos cometidos por gente que “se crió acá” y un profuso anecdotario. Los delincuentes están en la esquina, son “chiquilines” que dan pena, niños drogados “impresionantes”. Reconocen también distintos tipos de jóvenes, muchachos “que quieren salir adelante”, que hacen actividades propias, productivas... pero “son los menos”. Presentan el asunto como una cuestión general de los jóvenes, que “ya no disfrutaban de la vida”. Encuentran un enorme “cambio de tiempos”, en particular para las mujeres.

Los más *jóvenes en la posición económica baja* sienten especialmente la segregación de la que son objeto por su lugar de residencia, que “les cambia la cara” cuando van a buscar el trabajo y tienen que decir dónde viven. Denuncian la generalización, que los observan “como si fueran del cante”, que te miran “de acá”. A medida que desciende la posición económico-geográfica algunos jóvenes se sienten también discriminados por personas de otros barrios, por ejemplo el Cerro o la Teja, que “no son nada del otro mundo porque también pasan cosas”. A medida que se incrementa, se describe una amenaza idéntica a la de las posiciones económicas superiores: gente que te “mira de arriba abajo” y “quieren robar” al que se esfuerza, al buen pobre. Así, distinguen “ellos”, “otros”, dentro de su propia posición económica, gente en una mala y “gente bien”. A los más mayores los sitúan, con claridad, en sus casas (“tienen más miedo”, “se meten para adentro”), a lo que se agrega que prejuzgan: “miran tele y conocen el barrio por lo que les dicen en la televisión”, más que por salir y vivirlo; incluso aparece en ocasiones hacia ellos cierta oposición: “soy antiviejo”. En este sentido, los medios de comunicación son presentados como creadores de imágenes de barrio, que “ensucian de punta a punta”. Respecto a los adultos, encuentran que los anulan al decir que “ya vivieron”: “quieren que los jóvenes cambien Uruguay pero siempre los viejos tienen más”. Se ven discriminados por la gente de su lugar, por los adultos que los

estigmatizan, y del otro lado amenazados por otras personas, en particular jóvenes que de este lado de la frontera están aún peor que ellos, gente más peligrosa que en otras partes, que les “ganan” el espacio público. La droga, en particular la pasta base, a la que se accede más en estos lugares porque es la droga más barata, la droga de clase también en sus barrios, circula en forma importante y se sostiene que determina los comportamientos. En la relación entre sexos se percibe un progreso con la época, por ejemplo ahora las mujeres pueden seguir saliendo aunque estén casadas, y los más mayores no comprenden por ejemplo que una mujer trabaje (y la vida te obliga). De cualquier modo, se acuerda en que usan el espacio por sexos en forma parecida, en la actualidad.

Se delimita entonces una geografía social, un conjunto de cartografías e indicaciones. Las personas y grupos se auto sitúan en forma implícita, levantándose de los cabellos, y en forma explícita, colocándose encima o debajo de otros en las relaciones económicas, geográficas y de edad. Cuando hablan de los lugares o espacios, en ese habla, aparecen códigos propios, significaciones que tácitamente implican formaciones discursivas diferenciales. Pero además, cuando se discute sobre el habitar urbano en general, se traen a colación lugares y sujetos, espacios y grupos propios (nosotros) y de otros (diferentes “ellos”), en un conjunto de señalamientos cruzados que efectivamente implican la segregación urbana “mentada”.

Así, la segregación en el nivel del habitar tiene lugar fundamentalmente, fenomenológicamente, ante el aparecer del otro, físico pero también imaginario, en tanto intencionalidad, y en las prefiguraciones que pre-establecen ese encuentro presencial o imaginario con él, en tanto tipificaciones.

La noción de intencionalidad fue propuesta por E. Husserl (2006) en uno de los debates centrales en sus Investigaciones lógicas: sería el acto de donación de sentido ante el aparecer en cualquiera de sus formas la idea de cierto objeto. La conciencia se comprende en fenomenología como característicamente intencional, siempre dirigida hacia algo. En la intencionalidad se distinguen dos elementos, siempre unidos: la noesis (vivencia intencional) y el noema (objeto intencionado). De este modo, sería posible distinguir formaciones discursivas, juegos de lenguaje urbanos, a nivel de la noesis, la vivencia y comprensión de la ciudad, sobre diferentes noemas.

A su vez, en la vida social, A. Schutz (2008) distingue entre dos maneras de percibir al otro como noema. Una, la inmediata, copresencial, y otra la no inmediata, donde necesariamente intervienen tipificaciones, que construyen la unidad del otro. En esta segunda, la orientación "Ellos", "el punto de referencia de la noesis es un tipo. No es la existencia fáctica de un alter ego concreta e inmediatamente experimentado, no su vida consciente junto con sus contextos de sentido subjetivos constituidos paso a paso (2008:88)". Así, como señala Schutz, en toda situación concreta en la cual me encuentro con otro intencionalmente, como noema:

"Llevo conmigo mi acervo de conocimiento, sedimentación de experiencias pasadas que incluye también de modo natural una red de tipificaciones de hombres, sus motivaciones típicamente humanas y pautas de acción, jerarquías de planes, esquemas de expresión, etc. No experimento inmediatamente la vida consciente del contemporáneo, sino que, por así decir (en la noesis) 'insuflo' conciencia al tipo mediante un acto mío de explicación. Como resultado de esto, tal conciencia es solamente una conciencia típica, en que uno imagina al Otro como un punto de referencia de virtudes, características, etc., típicas" (Schutz 2008:78).

En cualquier configuración urbana, y más aún en una consolidada en el tiempo como la que se presentaba en el primer capítulo del análisis para Montevideo, la segregación desde el punto de vista del habitante, mentada, tiene lugar en el establecimiento de un conjunto de tipificaciones de otros: desde cada juego de lenguaje se presentan diferentes "gramáticas identitarias": "Estructuras o esquemas clasificatorios que pueden ser reconocidos en una vasta variedad de procesos relacionados con definiciones de identidad y alteridad" (Baumann y Gingrich 2004)²⁸. Este extremo se profundiza en el quinto capítulo del análisis.

²⁸ Gingrich sostiene que la ontologización de la diferencia lleva a esencializarla, a situarla, paradójicamente, como un fundamento último. Propone una noción débil (filosóficamente hablando) de la diferencia, consistente en "formas" de otrificación. Así, distingue tres gramáticas, aunque puede haber otros, libremente adaptadas de los trabajos clásicos "Orientalismo" de Edward Said, "Los Nuer" de Evans Pritchard y "Homo hierarchicus" de Luis Dumont. La primera gramática "orientalización"; constituye al self y al otro por un reflejo negativo: "les faltan esas cosas buenas nuestras", pero agrega otro mensaje subordinado: "aquello que ya no tenemos, ellos aún lo tienen". Esto implica la posibilidad de deseo del otro e incluso en ocasiones, un potencial para un relativismo autocrítico. La segunda gramática, de la segmentación, funciona en dependencia del contexto e implica escalas deslizantes de identidad y otredad entre grupos concebidos como formalmente iguales. Fusiones y fisiones de identidad y alteridad en forma altamente dependiente del contexto, pero siempre sujeto a disputas sobre las clasificaciones correctas. En

Hostilidad y malestar urbano

Se han presentado varios momentos de la dimensión subjetiva de la segregación urbana. En primer lugar las imágenes generales de zonas de la ciudad. En segundo término, la coexistencia de los juegos de lenguaje urbanos relativamente independientes bajo las imágenes generales. En tercer lugar, los señalamientos mutuos, la intencionalidad y tipificaciones que se establecen, la segregación urbana mentada, desde la perspectiva del habitante. Desde las formaciones discursivas en las posiciones económico-geográficas, de edad y de sexo, se establecen fronteras y diferencias, y tras ellas tipificaciones en cartografías sociales con posiciones superiores, inferiores y propias.

Segregar implica separar grupos; presupone varias “grey”, rebaños, congregaciones, pero además de la mera distinción, además de estas fronteras y tipificaciones, implica también una cierta disposición: para los habitantes se asocia con una percepción de hostilidad en la ciudad. No sólo con la delimitación de “otros”, sino con ciertos de ellos, que se “ponen fuera” de la vida urbana. Un abordaje de la dimensión subjetiva de la segregación urbana puede trascender la mirada sobre los espacios y zonas urbanas y las percepciones sobre otros habitantes o grupos de habitantes, el establecimiento de diferencias y diferentes, y habilitar el estudio de los “diferendos” (Lyotard 1999), diferencias cargadas de hostilidad, conflictivas. En una perspectiva fenomenológica cabe consultar el sentido que las personas otorgan a la segregación misma. Y es una pregunta pertinente también en la secuencia que se propone en el capítulo: recordemos que Sabatini (2006) definía la dimensión subjetiva de la segregación como la percepción que las personas tienen de la segregación “objetiva”, y defendía particularmente su pertinencia para la comprensión de los, a su juicio cada vez más agudos, procesos de “desintegración social”. La noción es cuestionable, discutible, pero también clara para las personas, desde el sentido común.

Para avanzar en este cuarto momento del nivel subjetivo de la segregación urbana, la conformación de diferendos y la comprensión de los procesos de desintegración social, donde aparece un componente de hostilidad en la ciudad se aplicará, como cuarta posibilidad analítica, el esquema planteado por J. Ibáñez (1979), otra estrategia interpretativa para acercarse a la “percepción subjetiva” de la segregación, en un breve

tercer lugar, la gramática del “encompassment” trabaja mediante una sub-inclusión jerarquizada de otros que son pensados, desde un mayor nivel de abstracción, en realidad como parte de nosotros.

examen del imaginario social sobre el malestar y la hostilidad urbanas. En la Tabla 8 se presentan las principales etapas del análisis que distingue Ibáñez²⁹, y su correlato en este apartado.

Tabla 8. Esquema interpretativo de J. Ibáñez y aplicación al análisis del malestar urbano

NIVELES DEL DISCURSO (IBÁÑEZ 1979)		ANÁLISIS
Nuclear	Verosimilitud referencial	Caracterización de las principales referencias a la desintegración social en la ciudad y los conflictos urbanos en las distintas posiciones
	Verosimilitud retórica	Elementos retóricos que muestran la intensidad de los puntos de vista.
	Verosimilitud argumental	Razonamientos y argumentos que sostienen las opiniones.
	Verosimilitud tópica	Experiencias, anécdotas y rumores como soporte del malestar.
Autónomo		Principales supuestos y sobreentendidos
Synomo		Clausuras tras las brechas de los discursos típicos

En el nivel nuclear aparecen varias referencias, pero se distinguen en particular tres fundamentales, compartidas por todos los montevideanos: una sensación de deterioro de la ciudad; una experiencia de distancia social, donde otros habitantes aparecen como “culturas diferentes”; y una fuerte percepción de miedo e inseguridad. Las tres, por supuesto, se conectan entre sí.

Como se señalaba en la introducción de la tesis, entre los principales elementos que se distinguen al interior de la mirada nostálgica se cuentan un deterioro de la vida barrial, de la solidaridad y de la vida comunitaria. Desde las posiciones de edad superiores se

²⁹ Su propuesta pasa por una distinción en tres niveles. En el primero, nuclear, el análisis se centra en las estructuras y la articulación de los elementos del discurso sobre el tema considerado. En él se localizan cuatro “verosimilitudes” (“cuatro círculos de ampliación de la extensión y la intensidad de la verosimilitud” Ibáñez 1979:334). La verosimilitud referencial se inscribe en el ámbito de las relaciones del lenguaje y el mundo, en la clasificación y valoración de las referencias. La verosimilitud lógica refiere a los argumentos, la estructura lógica que sustenta el diagnóstico sobre un asunto; desde ella se examinan los argumentos utilizados y su distribución diferencial. La verosimilitud poética apunta a las figuras literarias o tropos, una desviación del grado cero del lenguaje –la exacta aplicación de la ley, la significación pura-, mediante elementos retóricos que “aparece y opera en el terreno del sentimiento” (1979:334). Lo verosímil tópico capta todo el lenguaje centrándose en los lugares donde se produce el consenso en el que se apoyan las convenciones de verdad; se abordan aquí los razonamientos y las referencias históricas que se dan por consensuales en las posiciones discursivas. El segundo nivel, “autónomo”, intenta dar voz a las diferentes posiciones detectadas y la construcción de instancias de traducibilidad. Es el nivel de los diferentes “textos” que componen el discurso del grupo (“hablas de los diferentes hablantes y diferentes posiciones de discurso de cada hablante” Ibáñez 1979:333). Desde este nivel de análisis se abordan las alegorías básicas (correspondencias sostenidas de imágenes y argumentos), pluralizando el discurso en cada apartado de acuerdo a las posiciones grupales. El tercer nivel, del synomo, pretende volver al contexto, al entorno de lo que se analiza; “inyectar información en la teoría, de modo que los fenómenos recuperen su violencia” (1979:33).

presenta como una pérdida de valores, lo que genera un acuerdo casi unánime entre ellos:

“- Me choca, veo la falta de respeto hacia la gente, no hay la unión de la familia que había antes. Nosotros éramos más humildes, no teníamos tantos adelantos como hay ahora pero la gente era más unida y vivía de otra forma. Quizá no tendríamos un televisor... bueno, no existía - Teníamos una educación y una cultura que podíamos ir a cualquier lado y nos comportábamos pero ahora veo... hasta la manera de vestirse... -Porque la persona tiene que tener una imagen, porque no podés ir a un lugar a buscar un trabajo con un pantalón todo roto, maleducado, hablando mal, sentándote...con un vocabulario...no vas a tener abiertas las puertas... la imagen de una persona es fundamental, como se expresa”. (NSE medio, mayores, mixto, 2007).

“-La inseguridad es grave, pero hay cosas que debemos tratar como sociedad. Los jóvenes que no van a la escuela y dicen lo peor. Una falta de respeto. - Ya es una falta de educación. Sinceramente nosotros cuando éramos chicos, no decíamos una mala palabra. Nosotros tratábamos de usted a nuestros padres”. (NSE bajo, adultos, mixto, 2014)

Desde las posiciones de edad inferiores, cohortes menores que tienen menos con qué comparar hacia atrás en el tiempo, el discurso se comparte: *“- Es la peor época de los últimos años”*, afirman por ejemplo, aunque no es tan frecuente en las conversaciones. Se coincide con el discurso de los mayores, aunque se acepta con más naturalidad, con menos ajenidad, la situación actual.

Por otro lado, es recurrente la percepción de distancia social, de culturas diferentes, que habitan la ciudad en forma distinta y poco compatible. Desde las posiciones económicas medias y superiores se percibe que las distancias son “cada vez más grandes”, y los encuentros sólo ocasionales, como en algunas festividades:

“- La Noche de las Luces³⁰ la hacen en Pocitos, pero en realidad va gente de otros barrios. - Y he escuchado a gente de Pocitos quejándose que está lleno de

³⁰ La Noche de las Luces fue una multitudinaria celebración con fuegos artificiales en Pocitos, que organizaba un canal de televisión y una marca de refrescos, a la que acudía gente de toda la ciudad, cerca

planchas. - Sí, es que en realidad hay gente que sí. - Es como que la gente de tu círculo no va. - Aparte llegan re temprano y pasan todo el día ahí, porque después en un momento no hay más ómnibus. - Aquello que decías vos de los planchas, yo al principio iba y pasaba bien pero como todo el mundo... “la noche de las luces vamos a chorear que hay mil billeteras y cosas”, en todo lo grande como que hay conflicto. - Como que las distancias son cada vez más grandes y se generan esos conflictos, esos espacios de violencia - Yo el año pasado trabajé en un asentamiento y los gurises me decían ilusionados que iban a la Noche de las Luces, como que es la oportunidad de conocer el barrio. La única vez que habían salido de la Teja era para la Noche de las Luces”. (NSE medio, jóvenes, mixto 2006).

Desde las posiciones económicas inferiores las referencias a esta conformación de mundos diferentes es menos frecuente. Como se mencionaba en el apartado anterior, se percibían “abismos entre empresarios y limpiadores”, y se señalaba también incompreensión y distancia frente a vecinos, en particular jóvenes, “con otra cabeza”. Los grupos de discusión de 2014 muestran el incremento de esta distancia.

Por su parte, en forma dominante, la inseguridad es presentada como el principal cambio en la ciudad:

“- Hubo un cambio también en la sociedad, empezaron a haber robos en la calle, antes era poco visto que te robaran. - Empezaron a haber problemas, empezaron a robar, empezó a cambiar”. (NSE medio, jóvenes, mixto 2006).

“- Cada día aumenta más. - No es solamente una psicosis del miedo. Es que es realmente un peligro. - yo voy en la calle y voy mirando todas las sombras para todos lados. - Sobre todo a nosotros las personas mayores, somos más vulnerables... En Villa Española hubo chorros toda la vida, pero respetaban el barrio. Había códigos. (NSE medio, adultos, mixto, 2014)

Soportando, sosteniendo estos señalamientos, aparecen un conjunto de elementos retóricos. Así, imágenes como “zonas rojas” o “lugares macabros” en relación a espacios causantes de inseguridad, o “planchas”, “rastrillos”, “chorros”, “malandros”,

de 500000 personas. Tuvo lugar anualmente durante una década hasta 2009, cuando se suspendió aduciendo una superposición con las elecciones nacionales.

“marginales”, apuntando a sujetos peligrosos ; metonimias como las “esquinas peligrosas” o la animación de la droga como un fantasma con voluntad propia; o en cuanto a las distancias sociales y la conformación de culturas diferentes, sinédoques generalizantes que totalizan en grandes áreas (“la periferia”) o sujetos (“los jóvenes actuales”), revelan una clara inflación imaginaria y los intentos de volver verosímil retóricamente estos cambios en el tiempo, que contribuyen al tercer factor estudiado, la percepción de un deterioro urbano y de la vida comunitaria. Aparecen también numerosas hipérbolas, exageraciones en este sentido, en particular marcando la importancia que adquiere en relación a la sensación de inseguridad. Se escucha recurrentemente, por ejemplo en los adultos de posición económica inferior en 2014 que “-ya no hay un barrio en que te sientas seguro”.

“- Ahora no se puede caminar tranquilo. – No, no. - Ni tu hijo tampoco porque le afanan los champions - Y hasta los calzoncillos. - Me encantaba caminar por la ciudad. - ¡El Centro! - El Centro de noche. -Ahora es imposible”. (NSE medio, adultos, mixto 2006).

También, un conjunto de razonamientos típicos sostienen la verosimilitud argumental de los señalamientos. Por ejemplo, en cuanto al cambio de los tiempos, se atribuye un papel central a la televisión, los medios masivos, la educación o las políticas sociales:

“- Nuestros hijos ven televisión, los juegos informáticos, la violencia nos llega bombardeando por todos lados, pero ¿cómo lo combatimos? - Yo pienso que los hechos que se dan, que te roban en la calle, te matan, te apuñalan, cada vez son más violentos. Yo creo que es una política social que parte de la educación también. Chicos que están en ese ambiente, y se mueven en ese ambiente y es lo que aprenden. Y yo no creo que las políticas del gobierno en ese aspecto sean buenas, a mi me parece.” (NSE medio, adultos, mixto, 2014)

Entre otras áreas que se destacan en todas las posiciones sociales para marcar esta progresiva decadencia se cuentan por ejemplo el mercado de trabajo (“*En la juventud de los 70 entrabas a trabajar en algún lado y te jubilabas en ese lado. Perdimos, ¿no?*”) o el acelerado cambio tecnológico, que es uno de los asuntos a los que más se alude entre los jóvenes como diferenciador temporal.

En cuanto a la percepción de “culturas diferentes”, que como se señalaba aparece mayormente en las posiciones económicas y geográficas medias y superiores, a veces se plantea como causa el sistema social, y en ocasiones el resultado de la propia acción y decisiones de los “marginales”:

“- Ellos se marginan también, se marginan ellos mismos. Más allá de que la sociedad además los pone en ese lugar, digo, ellos también son culpables de la situación en cuanto a la marginación”.(NSE alto, jóvenes, mixto, 2006)

En particular, como veíamos que también sucedía a nivel retórico, argumentalmente se vinculan la sensación de inseguridad con la percepción de distancia social y el deterioro o la creciente desintegración social. En las posiciones económicas y geográficas superiores se parte de la premisa de que “ellos”, los lugares y sujetos causantes de inseguridad, provienen de “culturas diferentes”. Elementos como la falta de valores, de educación, de motivación, llevan a que existan desigualdades sociales, a que esas zonas y personas sean pobres, ajenas y peligrosas. Como “ellos tienen menos”, se sostiene, “desean lo que vos tenés”, y considerando factores como las drogas, en particular la pasta base, que acentúan la agresividad, y la pereza o falta de esfuerzo, que lleva a que no acudan a caminos legítimos. Esta lógica se transmite de padres a hijos, que no se educan “adecuadamente”, y así se reproduce esta cultura “diferente”.

En las posiciones medias, en cambio, los discursos típicos colocan como raíz del problema la desigualdad social. La exclusión de sujetos y lugares particulares, con elementos catalizadores, muy especialmente las drogas, pero también factores como las políticas sociales que generan dependencia, y características propias de las nuevas generaciones llevan a que se configuren culturas diferentes (que ya no serían causa sino consecuencia de los procesos de exclusión), sin valores ni hábitos, a quienes no les importa atacar a los demás.

En las posiciones geográficas y económicas inferiores, el asunto se basa en la situación de grupos y micro-zonas particulares, que se reproducen y crían hijos con pocos medios y malos valores. Esta crianza, a la que se asocian las drogas y sobre la que se denuncia una definida debilidad punitiva, lleva a que esas personas o en esas zonas, sin hábitos de trabajo, de esfuerzo ni códigos, se generen culturas diferentes: aparecen así el “pobre bien”, sacrificado, y el “peligroso”, que busca caminos fáciles.

En las edades medias y superiores aparece otro razonamiento: se apunta a la “pérdida de códigos”, que se asocia con las drogas, la pérdida de valores, conceptos equivocados y el fracaso institucional, en particular educativo pero también punitivo.

Así, aunque articulan elementos similares, todos estos razonamientos, los énfasis y los hilvanamientos, son diferentes, “paralógicos” (Lyotard 1996), en las distintas posiciones económico-geográficas y de edad.

En cuanto a la verosimilitud tópica, para fundar el punto de vista se apela a discursos expertos, a datos e informaciones, a lo difundido por los medios de comunicación... pero el principal elemento que genera, con una legitimidad indiscutida, mayores acuerdos en cuanto a la existencia y magnitud del malestar urbano son las anécdotas, las experiencias vividas y las narradas por personas cercanas. Se cuentan en los grupos de discusión numerosas historias de miedo y decadencia, que muestran lo que se percibe como abismos culturales.

En cuanto a los sobreentendidos, cabe destacar uno: tanto la percepción de deterioro, que implica un proceso donde las circunstancias actuales son peores que las anteriores, como el señalamiento de “culturas diferentes” y la sensación de inseguridad, apuntan predominantemente, de algún modo segregan, poniendo por fuera del acuerdo social a un mismo sujeto: las personas de posición económica, geográfica y de edad inferior, los jóvenes pobres de la periferia. Este extremo se profundiza en el quinto capítulo del análisis.

Al pluralizar el discurso, al considerar los diferentes juegos de lenguaje establecidos en base a las posiciones geográficas, económicas, de edad y de género la situación se complejiza, como se mostró con los argumentos y razonamientos. También sucede con las anécdotas fundantes de las memoraciones, que varían fuertemente según la posición de las personas. En cuanto a la inseguridad, por ejemplo, en las posiciones económicas y de edad superiores aparecen elementos como los robos de autos, los merodeos de personas amenazantes, la necesidad de seguros y de vigilancia privada, “jóvenes merodeantes”, que están al acecho, “cazadores” (D. Merklen 2000). Mientras, entre los más jóvenes se destacan como anécdotas pequeños robos, amenazas, agresiones e insultos o que te “metan la pesada”. Las mujeres, en particular las jóvenes, narran anécdotas específicas de acoso callejero (Filardo 2010). Mientras tanto, en las

posiciones económicas inferiores las anécdotas presentan un nivel de violencia mucho mayor: tiros, “que te puedan matar”, golpizas o asaltos con mucha violencia, venta de droga y desvalijamientos totales, que te dejen sin nada, muestran el mayor dramatismo de la situación urbana a la que se sienten expuestos. Por su parte, tanto los jóvenes como quienes viven en zonas segregadas, consideradas peligrosas, establecen un conjunto de fronteras más cercanas, de tipologías que separan entre grupos de jóvenes o zonas más concretas de sus barrios (Filardo et. al. 2007).

Así, el malestar urbano en Montevideo es uno y es múltiple a la vez. Estriba en una sensación de deterioro de la ciudad, en la percepción de culturas diferentes, con “otros códigos” o incluso sin ellos, y en particular en la inseguridad ciudadana. El conflicto es cotidiano y lleva a recurrir al establecimiento de desconfianzas y fronteras cargadas de hostilidad: coexisten “buenos” y “malos” en barrios que antes eran habitables y más comunitarios. Ahora aparecen figuras extrañas e incomprensibles, mayormente jóvenes y pobres; la incertidumbre es permanente y arbitraria y muchas personas tienen miedo. Pero tras este acuerdo, en sus características, su intensidad, las modalidades en que se percibe, los razonamientos, las anécdotas, los hechos desde los que establecen inflaciones retóricas, las referencias, son diferentes. Estas formaciones discursivas son en importante medida antagónicas, hostiles: enfrentan a marginales y establecidos, a adultos y jóvenes, a unos jóvenes y a otros, y cada visión imprime de pretensiones de totalidad su relato de mundo.

Síntesis del apartado

El capítulo se proponía dos objetivos centrales: describir la segregación urbana en Montevideo desde la perspectiva del habitar, y ensayar varias estrategias de análisis del punto de vista subjetivo de la segregación, que permiten dialogar con los enfoques distributivos aportándoles “estructuralidad”.

En la primera parte, centrada en las visiones de zonas y espacios de la ciudad, se realizó un análisis de contenido en dos etapas. La primera, panorámica y cuantitativa, evidenciaba un primer momento de la segregación desde el punto de vista subjetivo, las imágenes de barrios y sus significaciones asociadas más generales, normales. La segunda etapa del análisis de contenido fue cualitativa, inspirada en la estrategia tripartita propuesta desde la teoría fundada y otros varios autores, considerando los

barrios y en particular algunos espacios públicos como significantes vacíos. Esto permitió distinguir un segundo momento de la segregación subjetiva: fronteras entre lo que dimos en llamar juegos de lenguaje urbanos, que muestran la fragmentación social. Así, las formaciones discursivas en torno a los hitos urbanos, los espacios públicos, los barrios, sirven de superficie de emergencia para evidenciar distintas visiones, representaciones urbanas encontradas o al menos diferentes, que coexisten. Y aparece con claridad la importancia de considerar las relaciones de edad y de sexo junto a las económicas y geográficas, para comprender la perspectiva del habitante de la ciudad. La realización de un muestreo amplio de grupos de discusión permite encontrar diferencias, acuerdos, ciudades diferentes ordenados según estas posiciones.

En el segundo apartado, referido a las percepciones de grupos sociales en la ciudad, desde esas posiciones discursivas y sus juegos de lenguaje se presentó un conjunto de cartografías, sistemas de referencias propias y de otros, con los mundos urbanos que se asocian en cada caso. Esto permite constatar la existencia de distancias sociales, fronteras y tipificaciones, que configuran propiamente la segregación urbana mentada, desde la perspectiva del habitante, que articula la posición económica y geográfica con las relaciones de edad y de sexo, implica visiones y usos diferenciales, evidencia juegos de lenguaje diferenciados y marca tendencias a la formación de mundos fragmentarios. Se pone entonces de relieve la importancia de la intencionalidad, de las formas de dirigir la conciencia hacia otro en la ciudad. No se interactúa solamente con “otros” sino con “otros significados” tipificados, desde un “uno mismo” posicionado, localizado en el espacio social, a ciertas distancias de los demás. En la ciudad, las cartografías sociales ordenan a los habitantes en relaciones de superioridad e inferioridad, de cercanía y lejanía.

El uso de grupos de discusión posibilita entonces una complementariedad con los abordajes que desde la perspectiva residencial, se concentran en la homogeneidad o heterogeneidad de las unidades geográficas y en la aglomeración de personas con características similares, y que insisten en una configuración urbana estructural en Montevideo. La consideración de “la identidad y prestigio asignados a barrios o zonas completas de la ciudad” permite primero caracterizar la ciudad y también evidencia un segundo nivel de la segregación subjetiva, donde ésta aparece en tanto diferencias a la hora de vivir la ciudad; muestra usos distintos y perspectivas encontradas considerando

las posiciones sociales de las personas, formaciones discursivas diferenciales. Por su parte, el estudio de “la percepción que la gente tiene del hecho de formar parte de un grupo social que tiene una peculiar forma de ocupar el espacio” (Sabatini et. al. 2006), muestra cómo cada uno se sitúa en una posición social propia y compartida, desde la que se tipifica al otro, presencial o imaginario, con la atribución de “mundos” de los que provienen.

Tanto las fronteras establecidas por el investigador desde una perspectiva ecológica o administrativa, como las que establecen las personas en sus discursos sobre la ciudad o en su dirección intencional a otros, implican la segregación urbana. Pero para comprenderla, para darle sentido, aún puede darse un paso más en este análisis del nivel subjetivo mediante el uso de grupos de discusión: desde la segregación mentada se establecen algunos “diferendos” urbanos. Bajo el juego de palabras, siguiendo a Lyotard (1999), se esconden el subconjunto de las diferencias que se connotan con un cierto componente de hostilidad.

Aplicando una cuarta estrategia interpretativa, la propuesta por J. Ibáñez para el análisis de los grupos de discusión, en relación a los principales problemas que los montevideanos encuentran en su ciudad, se revela una extendida sensación de malestar relacionada con los procesos de “desintegración social”, en cuyo diagnóstico estriba el principal aporte potencial de esta dimensión subjetiva de la segregación desde la perspectiva de Sabatini (2006). Los habitantes coinciden en que Montevideo no está bien. En esta sensación coexisten tres elementos imbricados entre sí: la percepción de un incremento de la distancia social que se plasma en “culturas diferentes”, la sensación de deterioro y nostalgia por una ciudad que antes era mejor, y especialmente la inseguridad ciudadana y el miedo. Esta sensación se plasma en múltiples fenómenos, conflictos en espacios públicos, prejuicios, encierros, problemas de acceso, y se presenta, desde la perspectiva de los habitantes, como el principal problema asociado a la segregación urbana: se perciben personas y lugares a las que se califica con hostilidad, en un conjunto de señalamientos cruzados que desde las distintas formaciones discursivas apunta mayormente hacia los jóvenes, los pobres y los marginales, las posiciones inferiores en las relaciones económicas, de edad y geográficas, que son segregadas y que a su vez, se sostiene, segregan a los demás.

5.

MOVILIDAD URBANA

La sociología urbana padece de una cierta fijación. En franca oposición a estudios fundacionales, por ejemplo “La metrópolis y la vida mental del individuo” de G. Simmel (2005) o los primeros abordajes de la Escuela de Chicago, concentrados en la variedad de estímulos y posibilidades que aparecen con el crecimiento de las ciudades, la generalización de encuestas periódicas en los hogares y el desarrollo de estrategias de cartografía han vuelto casi monotemáticos los trabajos especializados en la disciplina. Se ha convertido en el epítome de lo que M. Foucault (2006) denomina una “perspectiva de la población” en las ciencias sociales, pautada por la localización de dinámicas normales en la ciudad, la definición administrativa de unidades territoriales, y la defensa de la intervención gubernamental en la regulación de las unidades anormales.

Esto sin quitarle ni un ápice de su enorme rendimiento heurístico. La sociología centrada en el nivel residencial, desde la perspectiva de la población, ha mostrado cómo las desigualdades sociales se plasman en el espacio, se sitúan, y una vez aterrizadas en el territorio se vuelven particularmente claras. Otra de sus contribuciones centrales ha sido mostrar que la ciudad provoca formas específicas de desigualdad, que reproducen y acentúan la brecha entre las estructuras de oportunidades. Así, las dinámicas de segregación concentran pobreza y riqueza en zonas específicas en procesos de gentrificación y pauperización.

Efectivamente, el lugar de residencia es una variable significativa, con alto poder explicativo. Como se mostraba al principio, en Montevideo numerosos trabajos coinciden en agrupar tres o cuatro grandes zonas en la ciudad, con posiciones relativas bastante diferenciadas (así Veiga 2003, Calvo 1996, Katzman 1999). Y esta dinámica se retroalimenta en procesos de segregación residencial, constatados ya a principios de los años 80 para Montevideo (en Mazzei y Veiga 1985, Lombardi 1994 o Klaczko y Rial 1981) y confirmados en mediciones recientes (Macadar et. al. 2002, Aguiar et. al 2008, Arim 2008): la heterogeneidad social entre zonas y la homogeneidad a su interior aumentan persistentemente. En esta línea se avanzaba en el primer capítulo del análisis.

Pero estos abordajes que se fijan en el lugar de residencia, desde una perspectiva en grandes rasgos ambiental, resultan en cierto sentido limitados. Ya se señaló la importancia de considerar el punto de vista del habitante y las posiciones económicas, de edad y de sexo, además de las geográficas, en el capítulo anterior. Otra limitación absolutamente medular aparece al olvidar que una de las características principales de lo urbano son los movimientos en la ciudad, y en la medida en que el incremento de la movilidad se postula como una de las características fundamentales de la modernidad, acentuada en los tiempos recientes, globales y tecnificados. Este carácter central en la ciudad actual ha sido más que suficientemente argumentado por autores tan conocidos como Giddens (1990), Bauman (2000) o Castells (1996).

Por supuesto hay antecedentes precursores, como el estudio de la relativa especificidad de algunos movimientos en la ciudad por Simmel (2005), Benjamin (2007), Debord (2009) o Lynch (1960), pero es mayormente desde los años ochenta que comienzan a aparecer un buen número de estudios específicos, como los de Urry (2007). Tras el giro crítico de los años setenta en sociología urbana, con su incapacidad de instalar un nuevo paradigma global, general, alternativo al enfoque “ambiental”, varias temáticas específicas encontraron lugar, con conceptos novedosos y aportando enfoques particulares: la atención a la movilidad cotidiana fue claramente una de estas innovaciones en el campo. De hecho, en la actualidad hay revistas concentradas en el tema (por ejemplo “Mobilities”), y artículos al respecto ocupan persistentemente espacio en las publicaciones de sociología urbana. Varios trabajos se concentran en las desigualdades sociales en los movimientos y su relación con la estructura socio-económica (por ejemplo Camarero, 2008), con el mercado de trabajo (Shuttleworth

2010), con las posiciones de edad (así en jóvenes Goughm 2008, para ancianos Fobker 2006), o con las relaciones de género (Law 2002). Hay sofisticadas técnicas de investigación, desde análisis multinivel hasta seguimiento de chips de teléfonos móviles (González 2008), y trabajos en América Latina (en Brasil Silva 2010, en Chile Ureta 2008). En Uruguay, destacan los trabajos de De la Rosa (2007), Hernández (2012) y Rossel y Hernández (2013); también Aguiar (2013), una versión anterior de este capítulo.

En este marco, el objetivo principal de este capítulo del análisis es aportar algunos elementos iniciales sobre la movilidad cotidiana en Montevideo y su relación con las desigualdades sociales y la segregación urbana. La hipótesis central es que, en forma análoga a otros abordajes desde la sociología urbana pero con propios y relevantes matices, el estudio de los movimientos en la ciudad por una parte muestra cómo las desigualdades sociales se plasman en el uso del espacio, se sitúan y entonces se develan con particular evidencia, y por otra parte permite acercarse a formas específicas que modulan la segregación urbana.

Como segundo objetivo, metodológico, en el abordaje se aplica la estrategia analítica que se presentó en los dos primeros capítulos, que buscaba trascender los estudios centrados en la perspectiva de la población agregando en relación con ella la del habitante, articulando acercamientos cuantitativos y cualitativos, estos últimos a partir de grupos de discusión. Se utilizan dos fuentes de información: por una parte los 26 grupos de discusión realizados en Montevideo en 2006 y por otra parte una encuesta representativa de la población montevideana realizada en 2007. Ambas bases de datos se concentran en el uso de la ciudad; se seleccionaron las referencias a los movimientos urbanos, que ocupaban un módulo de la encuesta y varios momentos de los grupos de discusión, que se interpretan con un análisis de contenido cualitativo que considera los distintos tópicos como significantes vacíos sui generis, como se introdujo en la sección anterior.

El capítulo se ordena en cinco apartados. El primero presenta algunos datos generales sobre la movilidad cotidiana en la ciudad: la importante proporción de personas que no se mueven en un día promedio, las cantidades de desplazamientos y tiempo dedicado, los diferentes tipos de movimiento, el sentido que a estos aspectos le atribuyen las personas y en particular cómo hay fuertes diferencias en función de la posición social de

los habitantes, que incrementan o disminuyen las chances de acceso a bienes y servicios. El segundo apartado se concentra en los medios de transporte, los usos relativos, las distribuciones diferenciales en las distintas posiciones sociales y a lo largo de los últimos años, y las percepciones de los habitantes sobre ellos. El tercero focaliza en los fines y objetivos de la movilidad cotidiana, los distintos motivos por los que la gente se desplaza, y también evidencia cómo varían al pluralizar el discurso. El cuarto apartado muestra la existencia de circuitos y recorridos diferentes y relativamente escindidos en base a la posición social de las personas, lo que determina regímenes de visibilidad específicos y limita las posibilidades de encuentro. El quinto y último profundiza en los miedos urbanos y la sensación de inseguridad, el principal obstáculo al movimiento que encuentran las personas, destacando la existencia de “alegorías” diferenciales, formaciones discursivas fuertemente asociadas a los circuitos de las posiciones económicas y geográficas de las personas.

Todas las secciones son fuertemente empíricas y descriptivas. De cualquier modo, en conjunto contribuyen a un tercer objetivo, éste “teórico”: se argumenta que la movilidad cotidiana configura un nuevo nivel específico aunque relacionado con los anteriores (residencial y subjetivo), de la segregación urbana.

Movilidad cotidiana en Montevideo

Bajo la mirada fija de la sociología urbana, atada al lugar de residencia, tiene lugar en forma cotidiana en la ciudad un bullicio permanente: el millón cincuenta mil habitantes mayores de 15 años de Montevideo realizan en un día cualquiera entre semana más de dos millones y medio de movimientos entre lugares en los que se quedan media hora o más. Y este sordo bullir muestra importantes diferencias en función del género, la edad y la posición geográfica y económica de las personas³¹.

Un 20% de los montevideanos no se desplaza en un día común, pero la proporción de mujeres que no se mueven de su casa es un 54% mayor que la de hombres. Considerando únicamente quienes se mueven, las cantidades de movimiento por sexo son parecidas, pero las pautas de movilidad asumen formas distintas en base a la posición económica y etárea de las mujeres. Así, por ejemplo, aunque la maternidad

³¹ En la encuesta el nivel económico se calcula mediante el INSE, un índice en base a la tenencia de objetos en el hogar bastante estándar en nuestro país (se presentan detalles en Aguiar 2009).

implica una inflexión en la movilidad en la ciudad en todo el espacio social, en la posición económica inferior se destaca con mayor énfasis: tener (varios) hijos limita la movilidad a ocasiones especiales y motivos concretos.

“- Los varones pueden tener un poco más de libertad. Pero lo que es mujeres y con muchos hijos, que acá la zona también se caracteriza por eso, porque tienen muchos hijos, no tienen una movilidad. Paso Molino como lo máximo, porque tienen que ir al Banco República, o porque tienen que ir a hacer algún trámite (...) - Yo de mi trabajo a mi casa, y las reuniones de padres, y ta”. (NSE bajo, adultas, mujeres)

La posición económica también tiene una clara relación con la cantidad de movimientos: a medida que disminuye, aumenta la proporción de personas que no se mueven, que es 2.6 veces mayor en las posiciones económico-geográficas inferiores que en las superiores. Además, entre las personas que se mueven, un 60% de las de posición económica inferior realizan dos desplazamientos o menos, mientras que un 60% de las de posición económica superior realizan más de dos.

La cantidad de movimientos se asocia asimismo con la edad. Una de cada tres personas mayores de 60 no se mueve de su casa en un día promedio a pasar más de media hora en otro lugar, y sólo el 11% de los jóvenes está en esta situación. Entre quienes se mueven, la media diaria es un 50% mayor en los menores de 30 años que en los mayores de 60; un 58% de quienes se mueven entre los de mayor edad hacen dos movimientos o menos, mientras que un 58% de los menores de 30 hacen dos o más.

Estos movimientos implican en un promedio global 40 minutos diarios destinados a ese fin. Si excluimos a las 200.000 personas mayores de 15 años que no realizaron ningún desplazamiento, un 25% de los montevideanos destina menos de media hora en un día entre semana, y otro 25% destina más de 80 minutos. Las diferencias por sexo en tiempo destinado no son muy importantes (sí son relevantes, como se señaló, en tanto más mujeres que hombres no se mueven en el día), pero según la zona geográfica de residencia sí son marcadas, con un promedio de 74 minutos en las posiciones geográficas inferiores y de 53 en las medias y superiores. Además, una de cada cuatro personas en las posiciones geográficas periféricas destina casi dos horas diarias a la movilidad urbana.

“- Aparte que para el Centro, una hora ida, y vuelta dos horas... si trabajás ocho horas en realidad te insume diez horas. (...) Tenía que estar allá a las ocho... salía de mi casa a las seis de la mañana para tomarme allí en 8 de Octubre”. (NSE bajo, adultos mixto).

La relación entre la edad y el tiempo destinado al movimiento también es significativa: la media de minutos disminuye a medida que aumenta la edad, y es un 70% superior entre los menores de 30 que entre los mayores de 60 años; la mitad de estos últimos destina menos de 20 minutos diarios.

La movilidad urbana en tanto hecho social se muestra entonces estructurada por la posición de las personas. La ausencia de movilidad es mayor entre quienes tienen más edad, son más pobres, viven en la periferia y las mujeres. Asimismo, entre quienes se mueven lo hacen más los jóvenes, los hombres y los mejor situados en las posiciones económicas y geográficas. En cambio, y pese a que se muevan menos veces, es mayor el tiempo que se destina en las posiciones económicas y geográficas inferiores.

La movilidad urbana puede entenderse como un capital específico (Kauffman et. al 2004). Y como la mayoría de los capitales, tiende a reproducir las distancias existentes en la estructura social, en una dinámica de desarrollo desigual: una mayor posibilidad de movimiento facilita el potencial de acceso a bienes y servicios mientras que las restricciones en este sentido disminuyen la provisión de oportunidades. Este extremo es profundizado en Rossel y Hernández (2013), que estudian cómo varía el tiempo necesario para el acceso a servicios (“trámites”) correspondientes al cuidado de niños de 0 a 3 años para 13 familias, poniendo énfasis en el tiempo necesario para recibir la atención buscada. Registran un patrón claramente regresivo: “la evidencia empírica apunta categóricamente al acceso como un potencial obstáculo a la efectiva utilización de servicios (y satisfacción de necesidades). Los costos temporales asociados a los trámites tienen una incidencia temporal diferencial en las mujeres y se tornan mucho más altos en el caso de las de estrato bajo que viven en zonas alejadas del centro” (2013:12).

La posición social de las personas implica, por otra parte, tipos de movimientos distintos. Más adelante se comenta la clara incidencia de las relaciones de género en esta distribución, pero en los grupos de discusión aparece con insistencia la percepción

de que la edad y la posición económica tienen definidas consecuencias en la intensidad del movimiento urbano. Por ejemplo, entre los jóvenes de posición económica media y superior el pasaje de la adolescencia a la juventud es definido precisamente en tanto un aumento de libertad de movimientos, que se asocia con la independencia. Se asumen a sí mismos como los más móviles, no sólo respecto a otras edades sino también en relación a jóvenes de otras épocas; hasta los 18 o 20 años es la “onda más calle”, vagar, el paseo, un “fervor de salir”, en busca de cosas distintas. A medida que se va creciendo, e ingresando a las dinámicas de la edad adulta, pasa a “aprovecharse más” el tiempo, comienzan a aparecer nuevas responsabilidades (la familia, el trabajo...) y se limitan los movimientos en la ciudad; así, entre los jóvenes de nivel económico medio se apunta por ejemplo: “- ¿Cuándo termina la juventud? - Cuando ya empezás como a establecerte y tener una vida más fija”.

Los adultos de posición económica media encuentran su uso del espacio más asociado con las personas mayores que con los jóvenes, a los que adjudican una movilidad específica. Caracterizan su posición adulta indisolublemente vinculada a su situación económica, que motiva salidas distintas, más caras y en otros vehículos, que las que pueden hacer otras generaciones. Por su parte, los más mayores de la posición económica media hacen generalmente salidas concretas, para visitar a la familia o paseos, y asocian con claridad a los jóvenes con las “salidas” y la mayor movilidad.

Entre las personas de menos edad de posición económica baja también se inscribe la entrada en la juventud en una mayor movilidad y más libertad en el uso del espacio. Pero sus salidas están más limitadas al barrio, la educación, el trabajo y los paseos “todos juntos” a la rambla o al Centro. Los adultos de posición económica inferior acuerdan que los jóvenes son los más móviles, que “consumen agite”, a diferencia de ellos que ahora “consumen tranquilidad” en el marco de una vida con más actividades en la semana, trabajo y “un montón de cosas”. Su nivel de movilidad es en algunos casos alto y en otros muy bajo, limitado a la zona. Por su parte, los más mayores de posición económica baja se describen encerrados, “lejos de todo”.

La concentración de oportunidades que provoca el régimen de acumulación en los espacios sociales ya más favorecidos (geográficos, pero también económicos, etéreos o de género), y la dificultad de acceso a ellos para habitantes de otros lugares ante una disposición limitada de oportunidades de movimiento, expresa la segregación social y

contribuye con claridad a su reproducción. No sólo la zona de residencia importa en la segregación urbana: la distribución diferencial de la movilidad en la ciudad consolida y retroalimenta las diferencias.

Medios de transporte

Sin duda, uno de los factores más importantes en el uso de la ciudad estriba en sus medios de transporte. Las implicancias del automóvil en la constitución urbana actual han sido ampliamente estudiadas; sobre el transporte colectivo existen revistas académicas específicas (*Journal of Transport Geography*, *Transportation Science*, *Transportation Journal*). Es que su regulación es una de las políticas locales más importantes, implica la posibilidad de gestionar y agilizar los procesos urbanos, además de suponer consecuencias ambientales y montos económicos elevados.

P. de la Rosa (2007) y D. Hernández (2012) configuran los principales antecedentes al respecto en Montevideo. El primero confirma la rigidez y centralización radial del sistema de transporte colectivo urbano e historiza su evolución a lo largo de la historia de la ciudad. Uno de los aspectos en los que se concentra es la frecuencia de uso: presenta datos de encuestas correspondientes a 1997 y 2003, constatando la disminución de la proporción relativa del uso de ómnibus y un incremento del uso de bicicleta y de las personas que predominantemente se desplazan a pie. Con los datos de 2007 puede agregarse un nuevo momento a la serie: se observa que la proporción de usuarios de ómnibus se mantiene desde 2003, y también la de personas que se mueven a pie. Con la posible explicación de la crisis económica del 2002, en el último período aumenta la importancia relativa del automóvil (superando levemente la proporción de 1997) y las motos, y disminuye la importancia de las bicicletas.

Tabla 9. Medios de transporte utilizados, Montevideo, 1997, 2003, 2007

	1997	2003	2007
Ómnibus	75%	59%	59%
A pie	2%	12%	12%
Bicicleta	3%	10%	5%
Auto	16%	14%	17%
Moto	1%	3%	5%
Taxi	3%	2%	2%

Fuentes. De la Rosa (Factum 1997, 2003) y elaboración propia

Hernández (2012) se preocupa de fundamentar en términos teóricos cómo las desigualdades de acceso a los medios de transporte intervienen en el esquema de activos y estructura de oportunidades, y retroalimentan las desigualdades. Efectivamente, analizando los datos de 2007, considerando las diferencias entre las posiciones en las relaciones de sexo, económicas, geográficas y de edad, aparecen distancias sociales de importante magnitud.

1) En los hombres el uso de automóvil era el doble que en las mujeres (24,5% contra 12,5%), y el de motos y bicicletas es también mayor. Y mientras que para el 72% de las mujeres el ómnibus es el medio más frecuente, sólo lo es para el 44% de los hombres.

2) Considerando las posiciones económicas, en las altas y medio-altas el uso de automóvil asciende a 43%, mientras que en las posiciones más bajas es el medio de transporte más frecuente sólo en 2% de los casos. Las motos son particularmente utilizadas en las posiciones medias y bajas, y las bicicletas y los ómnibus también presentan una relación inversa con la posición económica.

3) Considerando la zona geográfica, el ómnibus es el medio más frecuente en las zonas menos favorecidas; el uso de automóvil es 4 veces mayor en las posiciones geográficas superiores que en las inferiores.

4) En las relaciones de edad, el automóvil es más frecuente en las edades medias; el uso de ómnibus predomina en las posiciones más mayores y menores. El uso de taxi es muy superior en las posiciones etáreas superiores; el desplazamiento a pie es, tras el ómnibus, el más frecuente en personas de menor edad.

Más allá de los datos concretos, es claro que las distintas cantidades de movimiento en base a la posición social, que retroalimentan las posibilidades de acceso a bienes y servicios, y las exigencias de tiempo, mayores para las posiciones menos favorecidas, se consolidan con el acceso diferencial a medios de transporte. El automóvil, cuya posesión se concentra en las posiciones superiores (adultos, hombres, con mayor nivel económico y residentes en las zonas más privilegiadas de la ciudad), permite una movilidad individual, rápida y orientada directamente a los fines, y un contacto menor con el entorno, que se atraviesa sin implicancias. En cambio, la bicicleta o la moto configuran en general un recurso de emergencia, salvo excepciones, y las rutas de

autobús, centralizadas y superpuestas en los espacios de mayor nivel económico, y con estructuras que no favorecen el uso por personas mayores de motilidad limitada, no contribuyen a disminuir las inequidades.

En los grupos de discusión se profundizan y significan estos diagnósticos y distribuciones: los adultos y las personas mayores de posición económica media en general se refieren a su automóvil, y sólo en algunos casos, mayormente las mujeres, denotan uso frecuente de ómnibus. Mientras tanto, entre las personas más mayores de posición económica inferior, en cambio, el ómnibus es casi el medio de transporte excluyente. En este marco, por ejemplo, el descuento del boleto de los domingos es mencionado enfáticamente, así como otros descuentos (trasbordo, boleto playa). El autobús es además presentado como un espacio de encuentro con los otros; están lejos de ser “no lugares”: son espacios usados por todos, suceden cosas, se publican diferencias. Por ejemplo, en algunos momentos “aparecen” los jóvenes:

“- El viernes de noche o los sábados de noche están llenos de jóvenes que nunca en tu vida. - Es verdad. - Venís como ganado y yo digo “ay, todos los jóvenes que hay”, no podía creerlo. Porque claro, parece que es un país de viejos, que es, pero ahí justo coincide que... - Que están todos los jóvenes juntos”. (NSE medio, adultos mixto).

Para los jóvenes el transporte colectivo es también una especie de ventana al mundo: les impresiona la cantidad de viejos, se sorprenden de los jóvenes distintos, narran encontronazos con los guardas y definen el ómnibus como un lugar donde siempre hay conflictos, donde hay reglas arbitrarias y enfrentamientos.

“- Cuando subo a un ómnibus y empiezo a contar la cantidad de gente vieja que hay... - Hay una parada que siempre suben millones de viejos (risas) - Lo tomo como una gracia, pero a veces te impresiona”. (NSE medio, jóvenes, varones).

Entre los más jóvenes de posición económica media y alta el automóvil aparece como natural, un mecanismo fundamental para conocer la ciudad o para determinados tipos de paseo. Pero en general se asocia con el mundo adulto, y la calle se presenta como un espacio de disputa generacional, en particular por parte de quienes utilizan bicicleta. De cualquier modo, entre los jóvenes el medio de transporte más frecuentemente

mencionado es el ómnibus. Los taxis, en particular en las mujeres, se han vuelto un medio de transporte más frecuente, especialmente en la noche y a medida que aumenta la edad, arguyendo la inseguridad como el motivo más importante.

En las edades medias y bajas de las posiciones económicas inferiores la bicicleta y la “motito” son, junto al ómnibus, los medios de transporte más mencionados. En relación al transporte colectivo, se señala la poca accesibilidad, que implica un precio elevado para toda la familia o tiempos muy largos (para distancias relativamente cortas); con particular fastidio se plantea la problemática de las medidas tomadas por las empresas ante situaciones de inseguridad, que eliminan de su recorrido algunos destinos.

Fines y objetivos de la movilidad cotidiana

Los motivos por los que las personas se desplazan son variados, en cada caso, evidentemente, distintos y únicos. Pero por ejemplo, de los más de dos millones y medio de movimientos un 40% tienen por destino el hogar, son movimientos de “retorno”. Si excluimos éstos, los objetivos mentados del movimiento se agrupan en siete conjuntos, como se muestra en la Tabla 10: un 40% tiene por destino el trabajo, un 9% el estudio, un 12% compras y un 16% espacios de salud o cuidados personales.

Tabla 10. Objetivo mentado del movimiento, Montevideo, 2007

	OBJETIVO	TOTAL	PROP
ESTUDIOS	Centro de estudios regular, Centro puntual (academia), reuniones de estudio.	143238	9%
TRABAJO	Lugar de trabajo, Trabajo móvil, Lugar al que fue por motivos laborales, Buscar trabajo	597589	40%
COMPRAS	Comercio/centro comercial/Shopping, Feria de frutas y verduras, Feria de ropa, de pulgas, Mercados	175626	12%
OCIO	Bar/restaurante/lugar para comer, Boliches/pubs/discotecas/centro cultural, Cine/teatro/evento cultural, Espacio abierto (parque, playa, esquina), Cibercafé, Casino, Fiesta, Maquinitas, Espectáculos deportivos, Casa afuera, Cumpleaños/casamientos, Salas de ensayo	133422	9%
SALUD Y CUIDADOS PERSONALES	Gimnasia, Peluquería/salón de belleza/masajes/spa, Centro de salud, Club deportivo o social, Caminar/correr/andar en bicicleta	249056	16%
CERCANOS	Cuidados. Lugar de trabajo de familiares, Escuela de hijos o nietos, Casa de familiares/pareja/amigos	86302	6%
OTROS	Trámites, Iglesia, Velorio/Cementerio, Centro Sindical/ de Militancia/ Asociación de fomento, Comisaría, Aeropuerto, Trabajo de amigo, Cooperativa vivienda, Fuera del depto, Otro país, Comedores/ CAIF, ...	126163	8%

Fuente: Elaboración propia en base a encuesta “El uso de Montevideo”

Considerando solamente las personas que se desplazan durante un día promedio, aparece una relación importante entre los “fines” u objetivos de los movimientos y las variables posicionales.

1) La proporción de desplazamientos a espacios de ocio es significativamente mayor en las posiciones económicas superiores. Asimismo es menor la importancia relativa entre las posiciones inferiores de los que tienen como fin la educación, y mayor la de los vinculados a personas cercanas (amigos o familiares).

2) Los movimientos que tienen como objetivo la realización de compras son el doble de veces realizados por mujeres, que presentan también una mayor proporción en todos los fines excepto el laboral: un 47% de los movimientos de los hombres tienen como destino el trabajo, contra un 33% de las mujeres.

3) En correspondencia con las posiciones económicas, en las geográficas la proporción de desplazamientos destinados al ocio es mayor en las zonas superiores, y menor la visita a cercanos (la suma de ambos fines se mantiene constante en las zonas). La proporción de movimientos con fines educativos es mayor en las zonas alta y media que en la media baja y la baja, y lo inverso sucede en los movimientos que tienen como fin el trabajo.

4) Considerando la edad, los movimientos con objetivos relacionados con el sistema educativo representan un 22% del total en las posiciones inferiores y sólo un 0,3% en las personas mayores de 45 años. Por su parte, los que tienen fines laborales son más del 50% del total en las posiciones etáreas medias y sólo un 30% en los menores de 30 años y un 20% en los mayores de 60. Las posiciones “extremas” también comparten la importancia relativa de la proporción con fines de ocio y de visitas a cercanos, en conjunto un 30% del total, pero se diferencian con claridad en el peso de los movimientos con fines de salud y de compras, que suman casi un 40% en las posiciones etáreas superiores y sólo un 14% en las menores.

Cada uno de los “fines” u objetivos es tematizado en varias oportunidades en los grupos de discusión. Por ejemplo, el trabajo y las actividades que determina se han convertido para muchos adultos en un motivo de conocimiento de la ciudad. Algunos trabajos tienen por característica la movilidad frecuente; en otros casos es mencionado como un

fijador de los movimientos: cuando uno trabaja no suele desplazarse por la ciudad y después busca descansar, estar tranquilo; así, el recorrido predominante es “de la casa al trabajo”.

Entre los jóvenes, en particular de posición económica alta y media, el estudio determina en gran medida la rutina de movilidad. En los jóvenes de posición económica baja que estudian o trabajan, éstos son también motivos por los que conocen nuevos espacios de la ciudad.

“- Mi hermana pudo terminar sexto de liceo en el barrio, y recién ahí fue cuando, como quien dice, salió de la burbuja”. (NSE medio, jóvenes mixto).

Entre los más mayores, las visitas al médico se cuentan entre los destinos más tematizados. En un sentido más amplio, vinculado a los cuidados personales, en las posiciones económicas superiores y con mayor énfasis entre las mujeres aparecen el gimnasio o el club como destino relativamente frecuente de los movimientos.

Las referencias a los movimientos de aprovisionamiento presentan bastantes especificidades en las distintas posiciones: por poner algunos ejemplos, entre los jóvenes las compras son más concretas, en las posiciones económicas medias o altas se realizan con frecuencia en el centro o los shoppings, o muchos entre los más mayores de posición económica baja hacen “los mandados” de mañana para no tener que salir de noche.

“- Yo hago todos los mandados temprano y de noche no salgo a ningún lado”. (NSE bajo, mayores, mujeres).

Pero la variable más determinante en este sentido es con claridad el género: las mujeres, en particular de posición económica media y media baja, cuentan en forma importante entre sus tareas cotidianas movimientos vinculados a las compras.

Los movimientos más tematizados en el discurso de los jóvenes son “las salidas”, y su formato varía considerablemente en función de la posición económica. Entre los de posición económica inferior el movimiento rotacional, “en la vuelta”, es el más frecuente y sólo algunos fines de semana “salen”. Al aparecer nuevas responsabilidades las salidas lúdicas suelen ser las primeras que se dejan de lado: por ejemplo, cuando se

forma una familia o se empieza a trabajar se comienza a salir menos. Por su parte, los adultos y los más mayores de posición económica baja son, como se señaló, quienes realizan menos movimientos con fines de ocio. Los más mayores van a espacios públicos, aunque como “no tienen ni para el boleto” y les “queda lejos”, si salen lo hacen mayormente los domingos³².

Circuitos y recorridos. Mapas cognitivos

En base a las relaciones económicas, geográficas, de edad y de sexo, los medios de transporte, los horarios, las dinámicas y los fines del movimiento presentan claras especificidades. Y esto indica un fenómeno de suma importancia: al acercarse a la movilidad cotidiana aparece una clara y relevante delimitación de circuitos diferenciales en Montevideo. Por ejemplo, la proporción de movimientos que tienen lugar dentro del propio barrio es un 50% superior en las mujeres que en los hombres, y entre la población de 60 y más años supone un 34% de los movimientos realizados.

Estos circuitos están claramente asociados a las posiciones económicas y geográficas: en las posiciones superiores, aunque se salga del barrio, sólo pocas veces abandonan “la” ciudad, “su círculo”, circunscrito a determinada zona.

“ -A mí me gusta ir al club, jugar al tenis al aire libre, o al golf. - Ir al puertito del Buceo o Punta Carretas, la punta punta”. (NSE alto, adultos, mixto).

Los adultos describen los circuitos en la ciudad como herméticos y segmentados. Si uno sale de sus círculos y va a un circuito “de ellos”, para lo que no suele tener motivos, corre riesgos. Pero la distancia aparece como aún más aguda para los jóvenes: del otro lado quedan los “lugares marginales desconocidos”, no inscritos en el circuito de la movilidad, situados “fuera de la ciudad”. Y ellos por su parte se mueven siempre “en los

³² Otro tipo de movimientos que puede delimitarse con facilidad, ya en el límite entre la movilidad cotidiana y la residencial, son algunos “esporádicos”, por ejemplo los realizados durante el verano. Más de un 50% de las personas se quedan en la ciudad durante enero y febrero; cerca de un 45% visitan otros departamentos y un 2% viajan a otros países. Es 7 años mayor el promedio de quienes se quedaron en el departamento, y las relaciones de género no marcan distinciones importantes, pero las posiciones económicas y sobre todo las geográficas muestran grandes diferencias: es el doble la proporción de personas que se queda en Montevideo en las posiciones geográficas inferiores que en las medias y superiores. En consecuencia, la gente que usualmente vive en la rambla sureste en verano no está, y los que usan esas playas en enero o febrero son personas que vienen desde las posiciones geográficas inferiores. Cuando esas poblaciones se encuentran se provocan situaciones incómodas: como se señalaba para la “Noche de las luces”, percepciones de una “invasión”, por una parte, y de “discriminación”, de otra.

mismos círculos”; detectan lo restringido de sus circuitos: tienen de todo en la zona y no necesitan sobrepasarla, aunque asumen que, con el paso del tiempo, comienzan a conocer más zonas de la ciudad. Por otra parte, se sienten amenazados y tienen miedos, que en ocasiones asumen prejuiciosos.

“- Carrasco, Punta Gorda, acá (Punta Carretas), Pocitos, Parque Rodó, Centro y Ciudad Vieja, de ahí no salgo. El Prado también... - A La Teja vos si querés podés ir, con toda la buena intención, viene un chorro y le chupa un huevo que vos tengas intención... ”. (NSE alto, jóvenes, hombres).

Las posiciones económicas y geográficas “medias” proponen su circuito distinto del de abajo y del de arriba; si bien es similar a los de las personas de posición económica superior implica nuevos nodos, puntos no mencionados en otras posiciones, y no toman en consideración algunos que sí son parte de las posiciones más altas: así, destacan como nodos de la movilidad El Prado, Punta Carretas, Centro, Ciudad Vieja, la zona costera, Pocitos, Punta Gorda... el sur de la ciudad (además de los barrios en los que viven si no es alguno de éstos). El circuito que implica “toda la parte norte” es ajeno, no hay comunicación: “esa gente fluctúa por lugares bien diferentes a los que circulamos nosotros”, no llegan, viven en “otro mundo”.

“- Me muevo un poco en El Prado, en Punta Carretas, en el Parque Rodó, donde tengo a mi familia digamos distribuida. Digamos la Ciudad Vieja, el Centro... - Yo trabajo en la Ciudad Vieja, vivo en Buceo, y bueno, mis amigos están repartidos en Punta Carretas, Pocitos, Malvín y cuando salgo, a los lugares que salgo son en la Ciudad Vieja, o los cines del shopping, algún boliche de Pocitos. -El que vive en Pocitos no atraviesa El Prado”. (NSE medio, adultos, mixto).

Como se señaló, el principal motivo que lleva a salir de su “mundo” o sus “circuitos”, a “abrirse a otros barrios”, es el trabajo.

“- Por lo menos en mi experiencia, el abrirme a otros barrios, ir caminando por otras zonas que no sean mi mundo, mi circuito, han sido dadas por trabajo, por actividades determinadas”. (NSE medio, adultos, mixto).

Entre los jóvenes de posición económica media aparecen también lugares a los que no se iría “por arriba”, propios de las posiciones superiores, de los que se sienten lejanos y a los que en ocasiones califican también en forma despectiva. Se distinguen especialmente, de cualquier modo, de las posiciones más bajas, en circuitos relativamente estancos (aunque a veces sienten que se invade “su” espacio desde la periferia). Ellos mismos han ido a la periferia en contadas ocasiones, se asume un límite más allá del cual empieza lo desconocido: el “otro lado de Montevideo”, que queda “fuera de tu vida”.

“- El Cerro, ponele, yo no lo conocía hasta el año pasado. Y dije no, nunca voy a ir al Cerro porque queda del otro lado de Montevideo, toda esa zona de Montevideo no la voy a conocer nunca porque queda... - Fuera de tu vida”.
(NSE medio, jóvenes, mixto).

Desde las posiciones económicas y geográficas inferiores, por su parte, se declaran “lejos de todo”, van sólo a veces “al Centro” a trabajar, a hacer trámites o de paseo.

“- Estamos alejados de todo, querés ir a la playa y ¿cómo haces? Jodete, no podés ir. Se te va más el rato que estás en el viaje que el rato que estás en la playa”. (NSE bajo, mayores, mujeres).

Se denuncian serias dificultades para acceder a las zonas céntricas y observan en las posiciones económicas superiores una posibilidad de movimiento muy superior, salidas frecuentes, hábitos de moverse porque tienen recursos para permitírselo, “la plata y la locomoción”. Se asume que su propio circuito implica lugares claramente diferentes.

“- La gente de plata no entra a ciertos barrios porque no... - Zona roja - Zona roja, ‘ahí no me meto’. - Nos tienen marcados en el mapa (...) - La clase más pudiente tiene más a la vuelta de la esquina, todos los servicios. - Todas las oportunidades, donde poder salir, donde poder, yo que sé... - Y a poca distancia - Tenés más oportunidades, tenés facilidades. - Van a ir a instalarse en los lugares donde puedan comprar cosas y nosotros no podemos consumir nada”.
(NSE bajo, adultos, mixto).

Entre los más jóvenes se distinguen a su vez dos circuitos: algunos van al centro con muy poca frecuencia y por contados motivos, pero otros, por estudios, ocio o trabajo,

conocen más la ciudad. De cualquier modo, en general “andan en la vuelta” de sus barrios. Entre los adultos en ocasiones van a las zonas mejor situadas, aprovechan y pasean, aunque aún allí usan lugares diferentes. Y los más mayores apuntan con insistencia que los movimientos “a cualquier lado” implican largos trayectos y pagar ómnibus, y eso determina sus circuitos.

“-¿La gente pasea por el barrio y disfruta de los espacios del barrio? - Y sí, de última es el paseo más económico que tenemos. - Salís a caminar, salís con el mate... si no tenés la plaza, los banquitos mismo”. (NSE bajo, jóvenes, mixto).

La noción de “mapas cognitivos”, que marca un hito relevante en la sociología urbana contemporánea, fue introducida por K. Lynch (1960); refiere a la percepción de la ciudad desde la perspectiva del habitante, partiendo de la constatación de que sobre el mapa administrativo, cada persona tiene su propio mapa que enfatiza más unas zonas que otras, en función de sus lugares de residencia, los espacios de trabajo o más visitados y fundamentalmente de sus circuitos, su movilidad. Lynch distingue así hitos urbanos, bordes, sendas, que suelen estudiarse en base a cartografías hechas por los propios habitantes. Esta línea de trabajo es cada vez más frecuente, y se distinguen dos líneas principales de interpretación. De una parte, las investigaciones que apuntan a estudiar mapas cognitivos de grupos específicos, mostrando cómo se contraponen con la perspectiva administrativa. De otra parte, habilita estudios sobre la segregación a partir de mapas superpuestos. En los grupos de discusión, al principio, se solicitaba a los participantes que, sobre la base de un mapa de “bordes” de la ciudad, sin relleno, marcaran los puntos principales. Varios resultados fueron notorios. El Centro se colocaba muchas veces en la mitad del mapa, pese a estar en el sureste. Las posiciones geográfico-económicas superiores y medias coincidían en un mayor conocimiento de la franja de la rambla desde el centro hacia el este. Las más altas presentaban en general mapas con menos detalles; en las medias a veces se incluían otros barrios fuera de ese eje. Las posiciones económicas inferiores presentaban mapas más heterogéneos, diversos, en general limitados a uno o dos barrios, el centro y algunos puntos aislados.

Los mapas compartidos indican una mayor integración, y mayor predisposición al “encuentro con el otro”. Una ciudad será más segregada cuanto más distintos sean los mapas de las personas y más determinados estén por su posición social. Los circuitos más limitados de las posiciones económicas y geográficas inferiores no sólo implican

menos oportunidades de acceso; también, la riqueza de los mapas cognitivos otorga oportunidades específicas y una valiosa sensación de aprehensión de la ciudad.

Los movimientos y los circuitos juegan un papel muy relevante en la segregación urbana; hay una escisión notoria entre ellos en base a las posiciones geográficas y económicas, y las posiciones de edad y de sexo generan importantes matices. De este modo se consolida una frontera invisible pero operante: la segregación residencial y la de la perspectiva del habitante se complementan, como un tercer nivel específico, con procesos de movilidad segregados, con circuitos que separan y escinden los mapas cognitivos de los montevideanos, aumentando la distancia social entre ellos.

Desde una perspectiva fenomenológica, la movilidad es una condición esencial para el aparecer del otro, para el encuentro y la interacción. La estructuración de los movimientos en la ciudad y su delimitación en circuitos en función de la posición social dificultan el encuentro entre diferentes, y aumentan la densidad de la frontera, la extrañeza ante lo que se cierne tras ella. Porque las fronteras sociales no sólo son definidas burocráticamente: fundamentalmente, operan en la distancia social, donde se percibe una separación y se tipifica a los demás con generalidad y muchas veces anonimía. En contextos de distancia social creciente, estas fronteras son cada vez, aunque siempre intangibles, más nítidas.

El miedo como freno al movimiento. Cronotopos: la invasión y el cerco

En el capítulo anterior se apuntaba desde la perspectiva del habitante la extendida percepción de un proceso de deterioro urbano, asociado con la apreciación de crecientes diferencias culturales y en particular con la sensación de inseguridad, señalada como el principal factor de cambio en el uso del espacio en el eje constituido por los deícticos “antes” y “ahora”. La construcción social de la ciudad sufre con intensidad la aparición de lugares “peligrosos”, que interfieren y modifican el tránsito y la circulación, y que se manifiestan como un claro diferencial a la ciudad “antes” habitada.

“- La inseguridad va en aumento, va en aumento... -¡pfffff!.. -Va para arriba. - Si ha aumentado, es horrible. - Yo vivo en La Teja, ahí aún no me toca nadie, será porque me crié ahí. Pero yo voy al Cerro, o sea voy caminando si tengo que ir, los veo y me da miedo.” (NSE bajo, adultos, mixto, 2014)

Este proceso se plasma en un “freno urbano”: el miedo y la inseguridad son referidas como la causa principal para limitar el movimiento y segregar espacialmente: los montevideanos se rehúsan a ir a determinados lugares peligrosos, algunos barrios, ciertos espacios públicos (Estadio, Carnaval, Llamadas, algunos parques) e incluso temen moverse en zonas de sus propios entornos.

“-¿Por qué no irían a los lugares que no irían? - Por segurid... - Yo por seguridad. - Para mí, porque es un bajón”. (NSE alto, adultos, mujeres).

“- Yo no iría al Cerro y La Teja, al barrio Borro también. - Yo a esos barrios no iría. - No, yo tampoco. - Por todos los delitos, por todo lo que han mostrado, ¿no?”. (NSE medio, mayores, mixto).

Así, los más jóvenes de posición económica alta van “cagados hasta los pelos” a las “zonas marginales desconocidas”, fuera de su circuito: les dan miedo, “por los prejuicios”, dicen, porque les puede pasar algo y son lugares peligrosos: La Teja, el Cerro, Casavalle, Colón, los asentamientos, o espacios públicos a los que no se va por la violencia: “Yo no iría a los lugares peligrosos para ahorrarme problemas”, apuntan.

Algo similar, con intensidad algo menor, sucede entre los jóvenes de posiciones económicas medias: la inseguridad es el principal argumento por el que no irían a determinadas zonas de la ciudad, sin atractivos, algunas realmente peligrosas. Las mujeres jóvenes señalan que sus hábitos han cambiado y “ahora no se arriesgan”. También los adultos afirman con naturalidad y contundencia que la inseguridad es el principal motivo para no ir a lugares, por ejemplo “toda la costa oeste” o las “zonas rojas”: una “cuestión de seguridad” rompe los ojos, con intensidad creciente.

En la posición económica y geográfica inferior, el miedo también es esgrimido como el principal motivo para no ir a muchos espacios públicos y a zonas de la ciudad: sería “tonto”. Pero el efecto del miedo como freno en la movilidad de las posiciones económicas bajas se aplica, más que a otras zonas, al entorno donde viven. Se sienten más inseguros en sus barrios que en el resto de Montevideo, especialmente de unos años a esta parte: allí tienen miedo, representa un problema cotidiano. Por ejemplo, en los adultos que tienen hijos es el principal motivo para no dejarlos salir. Varios señalan que no reciben visitas porque es peligroso. Los más mayores enfatizan dramáticamente la

inseguridad que sienten: no se animan a dejar la casa sola; muchos tienen miedo a andar en la calle, a que los lastimen. Se describen encerrados por miedo: en particular, de noche no salen.

En base al análisis de discurso de los grupos de discusión, y aplicando el esquema interpretativo de J. Ibáñez, continuando en la línea del capítulo anterior, tras la consideración de las principales referencias, los argumentos, las retóricas, los supuestos, al pluralizar el discurso sobre la movilidad y el miedo se montan en el nivel del “synomo” dos alegorías básicas, dos tipos ideales, conjuntos de correspondencias sostenidas de imágenes y razonamientos que asocian miedo urbano y movimientos en la ciudad (S. Aguiar 2008): la “invasión” y el “cerco”.

La alegoría de la “invasión”, localizada privilegiadamente en las posiciones económicas y geográficas superiores, parte de la premisa de que hay zonas o lugares “marginales”, a los que no se iría nunca, y la gente allí es descrita con altos ingredientes figurativos: lo “marginal” es un concepto difuso, generalista y flexible que refiere al conjunto de los que quedan afuera. Vagamente se supone que en esos lugares cambian las normas que rigen las relaciones familiares o laborales, el ambiente malcría a los niños, los jóvenes no tienen nada que hacer. Desde esa distancia social, esa intencionalidad, esa posición económico geográfica, se insiste en que cuando los marginales salen de su lugar, se mueven, y llegan al espacio propio de los circuitos de las posiciones económicas superiores son amenazantes, “andan en la vuelta” buscando oportunidades, vienen de afuera salteándose el enorme abismo social que los separa, cada vez más grande, y pueden querer aprovecharse de la situación. Funcionan como extranjeros, que portan en su cuerpo una brecha social, una frontera que se plasma en distancia espacial, por un reparto de lugares en la ciudad. En la calle, en los semáforos, “acechan”. Así, “el espectro económico bajo” penetra a veces en su territorio, y cuando lo hace “se impone y se adueña”; ven esta invasión todos los días en la calle o en la televisión, extranjeros que parecerían no pertenecer a Montevideo en espacios públicos, “por ejemplo en la Playa Ramírez”, pero sobre todo de noche es cuando aparecen y rondan amenazantes.

Una segunda alegoría típico-ideal, contrapuesta a la anterior, es la “del cerco”, “del rodeo”, situada privilegiadamente en las posiciones económicas inferiores: el “otro atemorizante” habita al lado, el conflicto es cotidiano y lleva a recurrir al encierro y la interpretación de la ciudad que éste encarna. No se puede salir de lo total que es el

cercos. Esta alegoría del cerco se remonta sobre una distinción básica entre “sacrificados” y “malvivientes”, buenos y malos pobres: en forma muy cercana, en los mismos lugares, pegados, coexisten extranjeros culturales, de casa por medio. La incertidumbre es permanente, cotidiana y arbitraria y “te jodes, cuidás tus cosas como podés”. El espacio de movilidad cercano se estrecha: se llena de “malandros” que ocupan las plazas, que afectan los servicios públicos, que se apropian de los lugares (expropiándoselos a otros), en particular de noche. La frontera con lo ajeno y peligroso se retrae hasta ser colocada en la puerta del hogar.

Estas dos alegorías son en importante medida antagónicas, y cada una imprime de totalidad su relato de mundo. La existencia de estos dos tipos de miedo con base en formaciones sociales distintas, cada una articulando argumentos e imágenes retóricas de maneras diferentes, se clausura bajo la imagen única de “la” inseguridad ciudadana. Y el cimiento fundamental de estas dos formas de miedo son los movimientos urbanos y los regímenes de visibilidad que se derivan de ellos. En un contexto de intensa distancia social, en la movilidad cotidiana de las posiciones económicas y geográficas superiores, en sus circuitos, la esporádica presencia de personas de posiciones geográficas, económicas y etáreas inferiores es percibida como una invasión amenazante. En cambio, en las posiciones económicas y geográficas inferiores, y en particular en las edades superiores, la movilidad se restringe al encontrar un cerco formado por personas también de posiciones económicas inferiores, “con otra cultura” y más bien jóvenes, que tienen una movilidad acotada, se mueven en sus barrios y los ocupan. Se conforma así una suerte de círculo vicioso, que retroalimenta la segregación urbana.

En literatura, en el marco del abordaje “dialógico”, “polifónico”, el cronotopo representa géneros basados en articulaciones temporales y espaciales específicas (Bajtín 1989). Para el análisis de la ciudad, este dispositivo ha sido aplicado por varios autores, desde P. Safa (1997) hasta Agote et. al. (2012). Es particularmente pertinente en el marco de abordajes del habitar como el de De Certeau y Mayol (1999), centrados en las prácticas y los usos; en este marco, por ejemplo Safa analiza modos de uso temporal del espacio y focaliza en los “cronotopos doméstico-comunitarios”, y Agote et. al. ordenan las “narrativas” o “versiones” en torno al barrio San Francisco construidas en la articulación del vector espacio/temporal. Así proponen varios cronotopos en base a

formaciones discursivas en esta dirección: “nostálgico-alarmista”, el “cívico-integrador”, el “comunitarista”, el “aventurero emprendedor”.

Las alegorías que se establecen en torno a la inseguridad y el miedo urbano pueden comprenderse claramente como cronotopos, articulaciones espacio/temporales basadas en la segregación urbana, que aparecen más allá de la perspectiva de la población, en la consideración conjunta de las posiciones geográfico-económicas, de edad y de género en la ciudad, considerando la movilidad urbana: una lógica de presencias y distancias, que establece regímenes de visibilidad e intencionalidades.

Síntesis del apartado

En términos metodológicos, la articulación entre elementos cuantitativos y cualitativos demuestra ser un camino interesante: los grupos de discusión permiten dar sentido a las distribuciones, se ensamblan bien sobre ellas, y les aportan estructuralidad. Al considerar diferentes aspectos de la movilidad urbana, los números hablan por sí mismos, pero escuchar a las personas permite comprenderlas mejor, localizar la segregación desde la perspectiva del habitante, reconocer diferentes circuitos, mapas cognitivos, alegorías que pueden presentarse como cronotopos, en los juegos de lenguaje situados en las relaciones geográficas, económicas, de edad y de sexo.

La perspectiva de la población considera determinante el entorno local de residencia de la persona. En sociología urbana ha contribuido a demostrar la existencia de entornos de oportunidades claramente diferenciales en la ciudad, al mapear las desigualdades sociales y demostrarlas localizadas definitivamente en Montevideo. Es que, como señala por ejemplo P. De la Rosa (2007) -en esta línea de análisis que ya es clásica en la disciplina, la sociología ambiental-, el "espacio de vida" determina toda una gama de factores clave que inciden el bienestar de un individuo: la calidad de la educación y los servicios públicos, el valor de la vivienda o las amistades de los niños.

Pero en el acceso a oportunidades también es indiscutible la importancia de la movilidad cotidiana: los límites al acceso y las barreras que se forman en torno a las posiciones privilegiadas configuran un cercenamiento de las capacidades de las personas; su posibilidad de obtener resultados valiosos, de acceder a otros espacios de vida. Si con A. Sen (2000) conceptualizamos el bienestar en términos de capacidades y funciones, donde las primeras representan la libertad de una persona para elegir entre

vidas alternativas, entre combinaciones de “funciones” que representan las cosas que se pueden hacer y las diversas formas de ser, no cabe duda de que el derecho circulatorio deviene clave. Las personas deberían poder, con el legítimo objetivo de aumentar su nivel de bienestar, acceder al aumento de esas capacidades mediante el simple desplazamiento.

En una sociedad caracterizada por los flujos y el incremento de la movilidad, la libertad de movimiento humano en busca del acceso al bienestar está severamente restringida. Desde una atención a la movilidad urbana en Montevideo se aprecia con claridad que está estructurada por los desiguales puntos de partida geográficos y por las posiciones sociales en las relaciones económicas, de edad y de género.

En las posiciones geográficas y económicas inferiores se dispone de peores medios, se dedica más tiempo al transporte y hay menos movimientos orientados por ocio o estudio. Las posiciones en las relaciones de género también inciden en el acceso a medios de transporte, en los motivos del movimiento, asociados en las mujeres mayormente a compras y en los hombres a trabajo, y en los circuitos, más rotacionales en mujeres y de mayor distancia entre los hombres.

Las posiciones de edad determinan en gran medida los fines de la movilidad, y muestran que las personas más mayores se mueven menos y con fines más acotados. El acceso a medios de transporte es peor entre jóvenes y ancianos. Además, las cuatro variables en su interrelación se retroalimentan: los jóvenes, los ancianos y las mujeres de nivel económico bajo están especialmente limitados en sus movimientos.

Pero por otra parte, desde este soporte pautado por las desigualdades, se demarcan circuitos diferenciales, y de ellos se desprende la existencia de mapas cognitivos también distintos. De un lado de la frontera es difícil acceder al otro. Las posiciones económicas y geográficas superiores alegan falta de motivos y sensación de inseguridad; las inferiores, por su parte, carecen de medios para desplazarse a espacios de mayores oportunidades. Sin duda lo hacen, es lógico ir en busca de acceso a bienes. Muchas veces, en particular los hombres jóvenes, causan miedo en el punto de destino: son “marginales”, figuras acechantes en la ciudad, que están donde aparentemente no tendrían motivo para estar, cazadores (D. Merklen, 2000) fuera de su selva. Estas formaciones discursivas muestran otro nivel de retroalimentación de la segregación

social derivado de los movimientos en la ciudad: unos quedan encerrados, otros cada vez más atrincherados.

Pese a la gran diferencia existente entre los mapas cognitivos, es decir, sobre el conocimiento vivencial que se tiene de las diversas zonas de la ciudad, parece haber un mecanismo común, relacionado con la segregación. Tanto quienes pertenecen a las posiciones económico geográficas superiores, y sitúan lo marginal afuera de su “mundo”, amenazando con invadirlo y cada vez más haciéndolo, como quienes pertenecen a posiciones geográfico-económicas inferiores, y deben hacer un esfuerzo de distinción para, sabiéndose parte de lo rechazado, desviar el señalamiento, ajustarlo hacia los modos de vida, hacia lo ajeno normativo (aunque cercano espacialmente), tanto unos como otros realizan la operación de considerar un límite, colocarse de un lado a sí mismos y colocar del otro lado a lo causante del miedo, lo segregado, a quien, paradójicamente, se representa como un potencial victimario.

6.

EL LÍMITE

Acuden los sencillos vecinos y cantan tus alabanzas, santo Término: “tú marcas los límites de los pueblos ciudades y reinos: sin ti todos los campos serían motivo de conflicto”. Ovidio, Fastos, 2, 639

La segregación urbana implica la construcción de fronteras sociales en la ciudad, separar grupos, delimitar espacios en torno a un borde que demarca desigualdades y antagonismos.

Desde la perspectiva de la población, en el nivel de análisis residencial, concentrada en las distribuciones normales o anormales de variables en agregados sociales, en general unidades territoriales, las fronteras que se delimitan y los grupos que se contrastan corren por cuenta del investigador, del pensamiento experto o de la administración. Como se mostraba en el primer capítulo del análisis de seguro es una aproximación valiosa: se construyen indicadores que buscan dar cuenta de problemáticas sociales y se demuestra cómo las posiciones geográficas son determinantes en las oportunidades y las condiciones de vida y retroalimentan las condiciones de partida diferenciales.

Desde la perspectiva del habitante, que enfoca en un nivel de análisis subjetivo de la segregación, las personas, situadas en el espacio social, establecen fronteras y sobre ellas intencionalidades respecto a diversos lugares y sujetos “otros” que tipifican, en ocasiones con hostilidad. Como se mostraba en el segundo capítulo del análisis esta aproximación evidencia con claridad que junto a las posiciones geográficas, las relaciones económicas, de edad y de sexo también son fundamentales estructurando el habitar. Así, se avanza hacia una comprensión del sentido atribuido a la segregación urbana y los elementos que las personas consideran relevantes.

De un lado fronteras administrativas, fijas, exteriores, propuestas por el investigador o experto; así segmentos, secciones, plasmadas en mapas oficiales. Del otro lado fronteras móviles, variables según la posición de las personas pero también claramente espaciales, ordenadas en cartografías sociales. Son dos maneras muy distintas aunque ambas válidas y pertinentes, de dar cuenta de la segregación urbana. Y coexisten, relativamente escindidas, en la ciudad.

Es posible considerar ambos niveles en paralelo, en una perspectiva del habitar que tenga en cuenta la construcción, la configuración urbana, y la cultura, las percepciones y significaciones. Los dos refieren a realidades pertinentes, se complementan y permiten avanzar, dar un paso adelante, abordar con otro nivel de la segregación, la movilidad cotidiana, como se hacía en el capítulo anterior, mostrando que las desigualdades sociales en la ciudad se asocian con circulaciones diferenciales, cronotopos, posibilidades de encuentro, regímenes de visibilidad, miedos ante el aparecer del otro y, como se apuntaba al final, miradas antagónicas.

Para comprender la puesta en escena de esos antagonismos se propone en este capítulo dar un paso atrás hacia el origen de la segregación urbana, retroceder y problematizar situaciones concretas de construcción de fronteras entre grupos de habitantes en las ciudades. Porque la segregación urbana además, claramente, es una relación social, una configuración producto de un entramado que presenta, más allá de cada caso, una serie de interrogantes específicos relativos a toda vez que aparecen límites.

Este capítulo es distinto a los anteriores, en su tono y su apuesta. Es un ensayo teórico basado en estudios de caso sobre la construcción de fronteras y antagonismos, que postula otro nivel de la segregación, formal, independiente de los contextos. Se remonta

sobre el trabajo de G. Simmel, que proponía como objeto de la sociología el estudio de las formas de la interacción social, relaciones que presentaban características que aparecían más allá de los contenidos como la subordinación, la lucha, el intercambio, la tríada o las propias fronteras (Simmel 2002). Se recurre también como referencia el estudio de G. Allport (1962) sobre el prejuicio, que interpreta como una relación que implica procesos que trascienden a cada caso, y la noción de J. Elster (1993, 2005) de mecanismo, padrones de la interacción que ocurren frecuentemente, que permiten operativizar el abordaje a las causas y consecuencias de los procesos de interacción. Pero fundamentalmente, la estructura del capítulo se sostiene, casi a modo de homenaje, sobre los cimientos del conocido trabajo de N. Elías “Establecidos y outsiders”, que buscaba abstraer de un estudio de caso en una pequeña localidad algunas dinámicas “paradigmáticas” de la segregación urbana. En lo que sigue, comentando su trabajo y la situación que describe en la ciudad de Winston Parva, se retoman estas dinámicas, que se contrastan en otros dos estudios de caso realizados en las ciudades de Montevideo y Manaos.

Se apunta así a cuatro objetivos, cada uno abordado en un apartado del capítulo. De una parte, a describir situaciones, entramados, dilemas humanos que en Montevideo como en otras ciudades separan a las personas, encarnan los procesos de marginación y muestran las distintas racionalidades en juego. En segundo lugar, a profundizar en los procesos de establecimiento de fronteras entre grupos con diferenciales de poder, más allá de los contextos, entendiéndolos como un mecanismo general, basado en relaciones que aunque siempre concretas, presentan también características generales, estructurales. En tercer término se busca situar algunas cuestiones ético-políticas que se desprenden del análisis, dando un “paso adelante” que se apoya fundamentalmente en J. Derrida (2008). Finalmente en las conclusiones se recapitulan los principales elementos de este nuevo nivel de la segregación que se agrega a los anteriores, formal, un juego de víctimas derivado de la configuración de interacciones sociales que tiene lugar en la puesta de límites urbanos.

Establecidos y marginales

Hace 50 años que N. Elías y J. Scotson publicaron “Establecidos y outsiders” (1965). El breve libro, al que en sucesivas ediciones Elías fue agregando prefacios e introducciones, no fue exitoso en el momento de su primera edición; sería valorado

recién unas décadas más tarde cuando el sociólogo alemán ya había adquirido el renombre que hoy lo envuelve, por materiales bastante distintos a este, sin su componente etnográfico, de trabajo de campo directo e inmersión en la situación. En la actualidad es de seguro un clásico disciplinar, aunque aún se dispone de contadas ediciones en español³³, que traducen el título como “Ensayo teórico sobre las relaciones entre establecidos y marginales”.

Escrito lentamente, fue elaborado a lo largo de cinco años durante los que J. Scotson residió en la pequeña localidad inglesa que es objeto del estudio: Winston Parva (WP). Los vecinos les solicitaron una investigación alarmados ante un incremento de la inseguridad y la presencia de jóvenes peligrosos en una de las zonas de la ciudad, poblada por habitantes que habían llegado en décadas más recientes. Posiblemente en la delicada descripción, densa pero organizada e intensiva, y en la atención a detalles que casi permiten trasladarse allí como los rumores o los líderes locales, radica uno de sus principales encantos. Y en su pretensión “paradigmática”, su microsociología intensiva que alcanza lo general desde lo particular, buscando aislar los elementos formales, estriba otro de los hitos del libro. Es probablemente una de las mejores y más ambiciosas fundamentaciones de los estudios de caso como herramienta de investigación en sociología, comparable a la “Presentación de la persona en la vida cotidiana” de E. Goffman (1989). En la localidad Elías examina un problema general, busca “estudiar una figuración universal en una comunidad pequeña, lo que implica la posibilidad de explorar esos problemas con una minucia considerable, microscópicamente, y construir un paradigma empírico” (1994:21).

Es un estudio seminal, también, por su posición teórica a medio camino entre Durkheim, Simmel y Weber. Sería entonces un ejemplo de esos trabajos de síntesis que caracterizaron las tres décadas que siguieron a la mitad de siglo pasado, que buscaban amalgamar a los autores clásicos y armar esquemas conceptuales sintéticos de la herencia sociológica. Elías lo logra mejor que casi todos, y sin ninguna grandilocuencia, sino con una aplicación ejemplar, comparable a la *Ética protestante y el espíritu del capitalismo* (Weber 2004), breve y conciso pero absolutamente original y de enorme potencial interpretativo para dinámicas fundamentales de la vida social contemporánea.

³³ Se incluye como un capítulo en Elias, Norbert (1998) “La sociedad de los padres y otros ensayos”, Grupo Editorial Norma, Bogotá. Aquí se acude, excepto cuando se indica específicamente que se utiliza el texto original, a la edición en portugués de 1994, la más difundida en nuestra región.

El paralelismo entre esos trabajos se sostiene también en el cómodo diálogo que ambos sostienen con la herencia de Marx. Pero las reminiscencias weberianas solo comienzan allí; aparecen también en su apuesta comprensiva, que parte del sentido mentado, y se cimenta en mecanismos interpretativos relativamente similares, en particular en cuanto a los efectos “maquínicos”, en cierto sentido estructurales. Además, Elías tiene su centro de atención en el poder, y lo aborda, más tácita que explícitamente, centrado en la acción social *a la* Weber.

También es evidente la presencia de Durkheim, en el foco en la anomia, en las normas sociales, en las consecuencias de su cumplimiento, en la solidaridad, en el modo de argumentar en ocasiones, con tablas de frecuencias y mostrando comparaciones de tasas y frecuencias medias. Pero más allá de esta articulación, no cabe duda de que el objeto, el problema, es típicamente simmeliano, centrado en la interacción social, en un análisis “formal” del establecimiento de fronteras y la “incomparable firmeza” de los procesos de limitación. En WP, Elías se acerca a la relación espacial entre establecidos y outsiders o marginales: la erección de fronteras, la segregación urbana en el sentido más formal del término.

La noción de “frontera” es colocada en el espacio del análisis sociológico por Simmel, con quien trasciende el nivel meramente geográfico; es conocido también el enfoque en antropología de L. Barth (1976), o los desarrollos hacia la teoría de sistemas, en particular de N. Luhmann (1998). Todos ellos coincidirían con G. Allport (1962), en su célebre reflexión sobre el prejuicio, en que “toda línea, valla o límite separa una interioridad de una exterioridad”, y con Elías en que “el problema es saber cómo y por qué los individuos se perciben unos a otros como pertenecientes a un mismo grupo y se incluyen mutuamente dentro de las fronteras grupales que establecen al decir ‘nosotros’, mientras que, al mismo tiempo, excluyen a otros seres humanos a quienes perciben como pertenecientes a otro grupo y a quien se refieren colectivamente como “ellos” (1994:38).

La palabra “establecidos” se utiliza en inglés para grupos o individuos que tienen una posición de prestigio y poder, en una identidad social construida a partir de una combinación singular de tradición, autoridad e influencia: los establecidos fundan su poder en el hecho de ser un modelo moral para los otros. Por su parte, los outsiders son quienes quedan fuera de ese “nosotros”, al margen: son ciertos “ellos”, que quedan

fuera de los códigos “establecidos”. En este marco, Elías destaca “la semejanza del patrón de estigmatización usado por los grupos de poder elevado en relación a sus grupos outsiders en el mundo entero a despecho de todas las diferencias culturales” (1994:128).

En ese ánimo se inscribe lo que sigue. Se presentarán otros dos estudios de caso de dinámicas de segregación, en las localidades de Magdalena, en la ciudad de Manaus, y de Parque Lisboa, en Montevideo³⁴. Presentan similitudes y ciertas diferencias con WP que invitan a acumular en la dirección de ese “carácter paradigmático” de la puesta en escena en el territorio urbano de las disputas de poder en el territorio, de responder al contacto con otros “que vienen de fuera” y que no “cumplen las normas” ni tienen “códigos”.

Es que el problema que aborda Elías es de plena vigencia, si cabe aún más radical, en la actualidad. Son innumerables los ejemplos, variados en sus contenidos pero análogos en sus formas, de segregación localizada que asocia personas y lugares y establece un mecanismo de distinción a costa de una exclusión de un “otro”, próximo, cercano físicamente. Esos procesos de limitación pueden tener menor o mayor trascendencia, pero suelen ser situaciones intensas para los participantes. Y los mecanismos localizados en WP, de efectivamente haber sido paradigmáticos, deberían aportar a la comprensión de lo que pueda hallarse de similar y también invitar a la interpretación de las diferencias que aparezcan.

Los estudios de caso que se incorporan, además de un homenaje y de testear cómo efectivamente iluminan las figuras encontradas en WP las situaciones actuales de segregación urbana, enfatizan algunos matices específicos de particular interés para el establecimiento de límites en sociedades poscomunitarias. El detonante en los dos escenarios es la construcción de un impedimento al acceso; un portón en uno y un muro en el otro. Son entonces situaciones extremas, típico-ideales, de relaciones de prejuicio y de segregación espacial entre “ellos” y “nosotros”, en los que tiene lugar un suplemento: en los dos casos la diferencia se pone en acto y vecinos organizados construyen un límite físico que divide materialmente los dos grupos. Esta radicalización lleva al límite, extrema también, una pregunta por así decirle “ético-política” que

³⁴ Como en el trabajo de Elías y Scotson, los nombres de las localidades son ficticios.

subyace al trabajo de Elías, acerca de la justicia en estas situaciones y las causas y consecuencias de la segregación con diferenciales de poder. En este espacio liminar se vuelve pertinente un paso adelante; se consideran en el último apartado del capítulo las reflexiones de J. Derrida en “Fuerza de ley” (2008) sobre la indecidibilidad final de la justicia y el fundamento místico de la autoridad en la toma de decisiones ante esa indecidibilidad. Así se evidencian las víctimas (Lyotard 1999) de este mecanismo de segregación, sus rehenes. Esas conclusiones se retoman en el próximo capítulo del análisis.

A continuación se presentan las tres situaciones, los estudios de caso, que conforman la base empírica del capítulo. Primero, brevemente se introduce a la situación en WP y la investigación que realizaron Elías y Scotson. El primer trabajo de campo fue realizado en Magdalena, en Manaos. Residí en esa localidad durante cinco meses en 2012. El Dr. J. Basini, director del Laboratorio de estudios panamazónicos en el instituto de antropología también vivía en el barrio, éramos vecinos y me comentó la situación; en el período realicé varias entrevistas en la zona y participé del grupo de correos de los vecinos, que se analiza en el trabajo³⁵. El tercer caso tiene lugar en Parque Lisboa, donde en el marco de una investigación coordinada por la Dra. Verónica Filardo nos encontramos en 2007 con un problema entre vecinos, en un territorio donde además la Intendencia Municipal de Montevideo estaba proyectando una intervención de regularización urbana. Realizamos allí dos grupos de discusión y varias entrevistas.

Winston Parva

Winston Parva es una pequeña ciudad en el sureste de Inglaterra, en las afueras de Leicester, donde en los años 50 residían alrededor de 5000 habitantes. De economía mayormente fabril, se componía en ese momento por tres “zonas”: una central (la “aldea”), otra residencial, donde residían los más poderosos entre los aldeanos, y una tercera compuesta por un conjunto más heterogéneo de loteamientos recientes. J. Scotson fue profesor allí durante varios años, y el consejo vecinal le solicitó un análisis sobre la concentración de la delincuencia en esa tercera zona; junto a Elías, por cinco años realizaron una investigación cuyo objeto central fue variando desde la inseguridad a las figuraciones articuladas en torno a las relaciones formales de segregación.

³⁵ Fueron cerca de 400 correos, en el período febrero 2010 - abril 2011. El grupo incluía 180 direcciones.

En la zona 3, de vecinos más nuevos, señalada como el foco del problema, algunas grandes familias tenían un comportamiento más problemático, pero aunque la situación fue mejorando en términos objetivos a lo largo del desarrollo de la investigación, con una equiparación de las tasas de participación en crímenes en las tres áreas, los vecinos de la zona 3 seguían siendo “estigmatizados por la delincuencia, la violencia y la desintegración”.

Los habitantes de esta zona, por su parte, no percibían a los antiguos moradores como distintos de ellos. “Intentaron establecer contacto con algunos pero fueron rechazados. Fue así que se concientizaron de que los antiguos residentes se percibían como un grupo cerrado, al que se referían como “nosotros” y percibían a los nuevos como un grupo de intrusos, a quien se referían como “ellos” y que pretendían mantener a distancia” (1994:38).

La población establecida en WP, de las zonas 1 y 2, “se conocía hace más de una generación y habían establecido un estilo de vida común y un conjunto de normas que observaban. El flujo de recién llegados a su barrio era sentido como una amenaza a su estilo de vida establecido” (1994:25). En WP no había fuertes diferencias desde el punto de vista laboral o de los indicadores sociológicos corrientes (ingresos, diferencias raciales o educación); más bien “los establecidos fundaban su autoridad en un principio de antigüedad: vivían allí mucho antes que los otros”. En este marco tenían una fuerte unidad vecinal, organizaciones y agrupaciones, redes de jerarquías y roles establecidos y una serie de normas informales (de trato, maneras, respeto) cuya transgresión explicaba la acusación de anomia a la población de la zona 3, consolidada más recientemente tras varias oleadas inmigratorias, algunas debidas a la segunda guerra mundial y otras a reloteamientos.

En términos metodológicos Elías y Scotson recopilaron datos estadísticos y fundamentalmente realizaron numerosas entrevistas, a lo que se agrega que Scotson trabajaba en el lugar y conocía la situación: su inmersión en la localidad vuelve la investigación, como se señalaba arriba, un estudio de caso ejemplar.

Magdalena

El conjunto residencial Magdalena, dentro de Coroado, en la zona este de Manaos, fue fundado en 1981 como una cooperativa de vivienda para los funcionarios de la

Universidad Nacional del Amazonas. Es un barrio reciente pero tampoco nuevo en la lógica manauara: la capital de Amazonas ha multiplicado su número de habitantes desde entonces y crece con velocidad. En ese momento se encontraba en el borde de la mancha urbana, que hoy sobrepasa Coroado ampliamente y se extiende por kilómetros.

En su inauguración, el diario de la asociación de funcionarios señalaba que era “un sueño hecho realidad”. Se trata de un gran predio lindero a la Universidad, muy cuidado y con enormes áreas verdes, de 226 viviendas extendidas en 500 mil metros cuadrados. Las construcciones han cambiado mucho en estos 35 años, algunas son claramente lujosas, otras mantienen los diseños originales, pero la mayoría de los dueños han cambiado y en la actualidad quedan ya pocos funcionarios de la Universidad. El estatuto legal del conjunto está a medio camino entre un barrio normal y un condominio: se encuentra rodeado por un perímetro y cuenta con casetas con guardas de seguridad privados, pero los servicios de limpieza y policía son municipales. La aspiración de muchos de los habitantes actuales sería convertirse en un barrio cerrado, pero lo impiden un conjunto de deudas acumuladas y otros obstáculos, desde el monto de los pagos necesarios hasta la necesidad de lograr una adhesión unánime entre los vecinos.

En los años 90 se consolidó el asentamiento de Vila Argento en Coroado, lindero al este de Magdalena, tras la invasión y el loteamiento informal de una gran propiedad. Sus habitantes provienen en general de posiciones geográfico-económicas inferiores: de los estados del empobrecido norte brasileño o de poblados en el Amazonas. Como todas esas apropiaciones que multiplicaron el tamaño de la ciudad en el período, pronto fue legitimada oficialmente, logrando un relativamente rápido aumento de la prosperidad, aun manteniendo algunos bolsones marginales.

En los años siguientes se incrementó la sensación de inseguridad en Magdalena, y se organizó una agrupación informal de vecinos. Tras su fundación el barrio había intentado mantener el espíritu cooperativo y cierta organización; la venta de propiedades durante los años 90 –no exenta de polémica- debilitó la comunidad, y denuncias respecto al pago de prestaciones sociales por parte de los guardias de seguridad que vigilaban las dos rutas de acceso al condominio liquidaron financieramente la asociación, que hubo de disolverse en términos formales al no poder –más bien no querer- asumir la deuda.

En la conversación entre los vecinos aparecen numerosos diagnósticos de una fuerte sensación de inseguridad. Como en WP, esa será la plataforma de la inquietud también en este caso.

A situacao de segurança no conjunto é lamentável. A segurança no Magdalena está periclitante. Já faz um tempo que vem ocorrendo assaltos nos dois conjuntos. A situação é pior para quem mora próximo ao lago, como nós que não temos muro ao redor da casa.

Parque Lisboa

El barrio Parque Lisboa, en el noreste de Montevideo, es uno de los más pobres de la ciudad. Su urbanización comienza en 1909 y desde los años 70 se consolida su posición periférica en el primer cinturón urbano. En la actualidad es un territorio relativamente heterogéneo, con varios asentamientos irregulares, bolsones constituidos en su mayoría en la década del 80 y tras la crisis de 2002, cuando algunas zonas son invadidas y en otras se construyen soluciones habitacionales precarias.

En el barrio se han formado varias zonas, vecindarios con sus propios nombres, que las personas sienten y utilizan como sus barrios, aunque no coincidan con límites administrativos. Una de ellas es Valderas, en torno a la calle de ese nombre, de construcciones humildes pero consolidadas y con vecinos que en su mayoría viven allí hace varias décadas. Hacia los fondos de las casas, tras la Calle 7, paralela a Valderas, había un descampado inundable al que se podía cruzar por un callejón que cortaba las largas manzanas del barrio. En los años 80 allí sólo residían algunas familias; progresivamente esa zona se fue habitando en forma irregular y en la década pasada la Calle 7 pasó a ser densamente poblada. Se consolidaron dos zonas separadas, barrios en sí mismos: “- *Cómo que Valderas es un barrio y Calle 7 es otro*”, dicen ellos; “*es otro mundo de acá para abajo*”.

Desde que a finales de los años 80 comenzara a construirse el asentamiento irregular en el descampado, los habitantes de Valderas reconocen que hubo barreras entre ambas zonas: “los chiquilines de arriba y de abajo no se juntaban”. Esta distancia se incrementó cuando en el año 2002 se edificó un conjunto de viviendas donde se realojó a familias que ocupaban un hipódromo abandonado, que fue refaccionado. Se consolida entonces la zona de la Calle 7, con vecinos más heterogéneos y muy humildes, desde el

punto de vista de los habitantes de Valderas un espacio inseguro, fuente de robos e inseguridad. Se estableció así una diferencia de “los arriba y los de abajo”, y los nuevos vecinos son vistos con hostilidad: “*se puede vivir en un ranchito y ser gente bien*”, pero es una cuestión de ambiente: “conventillo” le dicen los más mayores, “cante”, los adultos y jóvenes.

Las diferencias entre los vecinos de Valderas y los pobladores del asentamiento irregular lindero de Calle 7 no son económicas, sino que a la vez que en clave de antigüedad, se dan en clave de integración social: aquí la línea divisoria tiene lugar entre “humildes integrados” y “excluidos o marginales”, que no necesariamente son más pobres en términos de ingresos. La intensidad con que se ha internalizado la violencia es alta: los robos son frecuentes, se percibe invasión y apropiación de espacios y el uso de las armas adquiere una generalización alarmante, “los conflictos se arreglan a los tiros”. A falta de “policía” no hay recursos a los que acudir. Los conflictos, los enfrentamientos deben resolverse entre los protagonistas, y comienza a reunirse una comisión de vecinos de Valderas, con este problema como uno de sus temas fundamentales.

Configuraciones y mecanismos

Los tres casos presentan varios aspectos en común, que pueden ordenarse en los principales tópicos que aborda Elías. En los tres, el detonante es la sensación de inseguridad y la hostilidad en la mirada de los establecidos –recordemos, en un sentido amplio, antecedentes en el lugar pero también en general aquellos poderosos, situados en una posición superior- respecto a los outsiders, quienes llegaron después –pero también los marginales o que presentan un estatus inferior. Existe una cohesión interna entre los establecidos, organización vecinal y una serie de normas y formas de comportamiento que se sienten violentadas con los nuevos vecinos de loteamientos más recientes, que a su vez son más heterogéneos.

Que el potencial interpretativo del texto permaneciera, que nos hablara con pertinencia y sus dimensiones tuvieran rendimiento heurístico era precisamente la pretensión de Elías: un estudio de caso microsociológico, en profundidad, que permitiera establecer un modelo general, paradigmático para estos procesos de establecimiento de fronteras.

“Concentrada en la forma de un modelo, la configuración encontrada en miniatura en WP muestra con claridad sus implicaciones para un campo más

amplio. No se trata de elogiar ni de censurar, sino de contribuir para una mejor comprensión y explicación de las interdependencias que, en esa comunidad, atraparon a dos grupos en la trampa de una configuración que no crearon pero que produjo tensiones y conflictos específicos entre ellas” (Elías 1994:172, ver también 168 y siguientes).

La noción de configuración, “entramados de la remisión mutua entre los seres humanos y sus interdependencias”, reiterada en la cita, es central a lo largo de la obra de Elías. En sus trabajos más conocidos, en torno al proceso civilizatorio occidental, es utilizada en un sentido amplio, como cuando analiza la sociedad cortesana (1989), refiriéndose a amplios conjuntos sociales y a formaciones epocales, macrosociológicas. Pero la definición también habilita a un abordaje microsociológico, formal, que aparece con claridad en *Establecidos y Outsiders*, como puede verse con claridad en esta conocida definición:

“Procesos sociales que implican complejos vínculos de interdependencia entre las personas, que no son estructuras externas o coercitivas que accionan sobre las personas, sino una serie de lazos largos y diferenciados, que se desarrollan a través del tiempo, que superan la perspectiva del individuo “clausus” y de la sociedad como una entidad independiente que se impone a los individuos” (1989, p.45).

En esta línea interpretativa, más concreta, el concepto de configuración presenta un aire de familia con el análisis de modelos o mecanismos sociales. La noción de mecanismo remite a J. Elster (1999, 2005, también Stinchcombe 1998, Hedstrom y Swedberg 1998, incluso a Merton 2003), que los define como patrones de interacción que ocurren frecuentemente, basados en causas generalmente desconocidas y con consecuencias indeterminadas. Como las configuraciones, son encadenamientos más generales que los fenómenos y que permiten explicarlos, que superan la descripción concreta, y que sin llegar tampoco a proponerse como aplicaciones universales pueden ser encontrados en contextos variados y servir de modelo a otros casos aún no encontrados.

Es claro entonces el paralelismo con la noción de configuración en su vertiente microsociológica: en el marco del énfasis de Elster en los procesos en el plano individual, que producen resultados sociales, las personas persiguen objetivos actuando

racionalmente, o impulsadas por sus emociones o siguiendo las normas. Esto es posible porque tienen "intencionalidad"³⁶ y actúan en base a ella formando creencias y eligiendo acciones tomando en cuenta sus objetivos. Para explicar el funcionamiento, el por qué, de la vida en sociedad, Elster propone los "mecanismos" como unidades explicativas, como artificios centrales: los arreglos sociales resultantes de las interacciones de los individuos son, aunque su producto, cualitativamente diferentes a éstas: propiamente configuraciones.

Posiblemente Elías no coincidiese con Elster en su basamento en el individuo metodológico ni el énfasis en la acción racional³⁷, y utilizó solo ocasionalmente la noción de mecanismo. Pero efectivamente busca desmontar una caja negra, encontrar "tuercas y tornillos" que componen y explican un funcionamiento. Y claramente, su investigación en WP es propuesta por Elías como un modelo, un estudio paradigmático: "un modelo explicativo, que permite comprender las características estructurales y las razones por las que en condiciones diferentes, funcionan y se desarrollan siguiendo diferentes líneas" (1994:21). Cuatro factores, engranajes, correspondientes a los capítulos de Establecidos y outsiders aparecen como fundamentales en la relación de segregación; se presentan a continuación y se muestra cómo también aparecen en Magdalena y Valderas.

Espacios de poder/cohesión interna

En primer lugar, como elemento central para la interpretación del entramado de interacción, Elías apunta que "los grados de cohesión interna y de control comunitario desempeñan un papel decisivo en la relación de fuerzas entre un grupo y otro (...) Por su mayor grado de cohesión, así como la activación de éste por el control social, los antiguos residentes conseguían reservar para las personas de su tipo los cargos importantes de las organizaciones sociales" (1994:22).

³⁶ En un sentido distinto al concepto fenomenológico, más abarcativo y completo, que se presentaba en el segundo capítulo del análisis; aquí se apunta más bien a la intención en cuanto fin, en cuanto objetivo.

³⁷ "El ideal de la racionalidad en la conducción de las cuestiones continúa a barrar el acceso a la estructura y la dinámica de las figuraciones establecidos/outsideers, como también las fantasías grupales de grandeza que suscitan, y que son datos sociales sui generis, ni irracionales ni irracionales. Hasta el momento, las fantasías grupales continúan escapando por las mallas de nuestra red conceptual. Surgen como fantasmas proto-históricos que parecen ir y venir arbitrariamente. En el estado actual del conocimiento (...) aún estamos por elaborar un arsenal teórico pasible de verificación para ordenar las observaciones sobre las fantasías colectivas relacionadas con el desarrollo de los grupos". (Elster 1994:37).

En los tres casos, por una relación de antecedencia hay una fuerte vinculación interna entre los establecidos, quienes establecen el límite, un “nosotros”, al que se atribuyen buenos principios y seguimiento de las normas acordadas (bañarse en el lago o respeto por las áreas verdes de Magdalena; el uso del cine en WP; el tránsito por los corredores en Valderas). Y en los tres casos, en este marco, hay organizaciones específicas, legítimas, que agrupan a los establecidos y defienden sus intereses; una compleja red de jerarquías internas. Frente a ellos, los vecinos “outsiders” son claramente más heterogéneos y desorganizados.

En Magdalena el grupo de correo se considera un espacio de administración comunitaria cotidiana legítimo; es también el principal lugar de convocatoria de las reuniones presenciales, las asambleas, que a su vez serían el espacio decisor en el “conjunto”, como llaman a su barrio. A lo largo del período de análisis llegan a escribir en el foro en torno a 40 personas. Algunas de ellas, en torno a diez, son las más activas, una suerte de “líderes comunitarios”, el “núcleo duro barrial”; otras aparecen con menos frecuencia, y un importante número son intervenciones puntuales. Por su parte, los vecinos de Valderas están organizados en una comisión que agrupa a la mayoría de los habitantes antiguos, que comenzó a reunirse por los problemas de inseguridad en el barrio. A su vez, en el barrio existe un concejo local, donde los vecinos tienen un representante.

En WP Elías y Scotson describen expresivamente al principal referente local, el consejero Drew, un próspero empresario de la construcción, representante del condado y miembro del consejo distrital urbano. Independiente políticamente, aunque cercano al partido conservador, mayoritario en la aldea y minoritario en la zona 3, se postulaba en forma autónoma y elección tras elección obtenía un amplio apoyo, particularmente en las zonas 1 y 2.

En Magdalena, una bióloga, Érika, fungía a la vez como principal moderadora en el foro de correos, realizaba los resúmenes y órdenes del día de las asambleas y contaba con el apoyo del núcleo de vecinos más activos, incluso con cierta autonomía operativa. Por su parte, el más ilustre habitante de Magdalena, el pintor y artista Claudio Andrade, operaba como un líder informal, casi simbólico. Es tras un mediático asalto a su casa cuando se cataliza la discusión sobre la inseguridad en el barrio, los vecinos participan más masivamente en las asambleas y se refuerza el sentimiento local.

Por su parte, en Parque Lisboa, aunque la comisión es más horizontal, Luis Jorge es claramente el representante político, con una clara trayectoria militante, contactos en la Intendencia municipal y electo como delegado al concejo municipal. Por su parte, Washington es un líder por así llamarlo “moral”. Pastor evangelista, de indudable bonhomía, lleva adelante en su casa un merendero para niños del barrio, mayormente de la Calle 7, donde también realizan actividades de apoyo escolar.

En WP, como señala Elías, cuando aparecen discrepancias internas en el seno del “nosotros” en la aldea y en sus organizaciones, cuando se pone en duda su legitimidad desde dentro, son severamente sancionadas, mediante un ostracismo organizado que consolida la cohesión. En Magdalena y Parque Lisboa también aparecen algunas disidencias, y en particular en el primer caso, los planteos críticos son severamente silenciados (en este sentido, Elías 1994:128).

Imaginario/ Identificaciones

En segundo lugar, “no es fácil entender la mecánica de la estigmatización sin un examen más riguroso del papel desempeñado por la imagen que cada persona hace de la posición de su grupo entre otros” (1994:25). Por una parte, los grupos más poderosos, en todos los casos, se ven a sí mismos como personas mejores, dotadas de una virtud específica, compartida por todos sus miembros y que falta a los otros (1994:20). En WP, Parque Lisboa o Magdalena los superiores se sienten y enorgullecen por ejemplo de ser “más limpios” (también en Elías 1994:28).

“En miniatura, un tema humano universal: representarse como humanamente superiores es la auto-imagen de los grupos que en términos de diferencial de poder, son seguramente superiores a otros grupos interdependientes. Así señores feudales en relación a los villanos, blancos en relación a negros, protestantes a católicos o viceversa, hombres en relación a las mujeres, estados poderosos en relación a homólogos pequeños...”

La propia capacidad de organizarse y el respeto a ciertos códigos aparecen como características definitorias de la identidad autoatribuida como “moralmente superior” en los tres casos. En Valderas el merendero regentado por Washington y varias anécdotas de ayuda a vecinos de Calle 7, en ocasión de inundaciones por ejemplo, muestran una moral que caracteriza a los establecidos, y que falta en los demás, que “no se ayudan

entre ellos” y ni siquiera agradecen o corresponden adecuadamente la disposición casi natural, propia del modo de ser, en Valderas. En Magdalena, el respeto a la naturaleza y la solidaridad interna ante robos o accidentes, caracteriza al “nosotros”.

Por oposición, los outsiders son, en los tres casos, calificados como desordenados, sucios, peligrosos e incluso, en las tres ciudades, como “feos”. En WP Elías lista una serie de frases expresivas de las calificaciones de “ellos” que realizan los establecidos. La enumeración no busca ser exhaustiva o sentar una tipología, pero todas ellas se repiten en forma casi textual en Valderas y Magdalena, lo que no deja de ser expresivo (1994:112-113).

Códigos. “Ellos simplemente no tienen los mismos códigos que nosotros”

Lugar “distinto”. “Este lugar no es como ese”

Gente “distinta”. “Ellos son gente de otra clase”.

Conflictivos. “Siempre están peleando”.

Orígenes. “Salidos de las favelas/cantes/cokneys”.

Generacional. “No tienen autoridad sobre los hijos”.

Elías sintetiza estas referencias denominándolas argumentos “*pars por toto*”, simultáneamente defensivos y agresivos: la formación de la imagen de los grupos outsiders en términos de su minoría anómica y la formación de la imagen de los establecidos en base a la conducta y el modo de ser de sus mejores miembros.

“Un ejemplo de las constantes estructurales en las relaciones entre establecidos y outsiders: el grupo establecido tiende a atribuir al conjunto del grupo outsiders las características “ruines” de su porción “peor”. En contraste, la auto-imagen del grupo establecido tiende a modelarse en su sector ejemplar, la minoría de sus “mejores” miembros. Esa distorsión faculta al grupo establecido probar sus afirmaciones a sí mismos y a los otros” (1994:22).

Estos argumentos “*pars por todo*” aparecen en forma recurrente tanto en Magdalena como en Valderas. Cuando la situación se tematiza, la explicación es casi idéntica:

“Certamente existem pessoas de bem do outro lado, mas não são essas pessoas quem estão destruindo”, señalan por ejemplo los primeros. Y en Parque Lisboa también se reconoce que en Valderas la mayoría de las personas no son delincuentes: “- No miro con malos ojos al 80% de los vecinos buenos, miro con un poco de resabio al 20% que me parecen malos, y tiene más peso el 20% o el 5% de los malos que el 95% que es bueno, tiene mucho más peso”.

En Valderas se da además el agregado de que sus habitantes padecen ese mismo tipo de estigmatización, y la reproducen. Denuncian que son señalados en forma generalizada en la ciudad, que desconsidera y estigmatiza todo Parque Lisboa. Pero a su vez repiten el mismo mecanismo generalizador:

- Hablan de Parque Lisboa como... Todo así... Como si fuera todo lo mismo... Todo un cante gigante. - Aparte también nosotros encerramos al cante como si toda la gente fuera mala y en el cante tampoco son toda gente mala - Hay gente buena, pero lo que pasa que ta... Hay de todo... - Es gente marginada - Gente humilde, gente mala - ¿Gente que? - Gente fea, casi todos... (risas)

Rumor /Historias y anécdotas

Elías presta también particular atención a las palabras despreciativas, imágenes con las que son investidos los grupos segregados, que inflan retóricamente la segregación: “Con frecuencia los propios nombres de los grupos que están en una situación de outsiders traen en sí, hasta incluso para los oídos de sus miembros, implicancias de inferioridad y deshonor” (1994:27). Así sucede con “el cante”, calificativo que, asociado con una actitud, se dirige a los habitantes de Calle 7, para quienes también tiene implicancias; de hecho, ellos usan esa misma palabra para referirse a quienes en el asentamiento presentan actitudes más conflictivas.

“La mayoría de las personas dispone de una gama de términos que estigmatizan a otros grupos, y que sólo hacen sentido en el contexto de relaciones específicas entre establecidos y outsiders. (...) Todos esos términos simbolizan el hecho de que es posible avergonzar al miembro de un grupo outsider por no estar a la altura de las normas del grupo superior” (Elías 1994:27).

Como vehículo de estas imágenes y sinécdoques Elías destaca la importancia del rumor depreciativo (blame gossip), indisociable del elogioso (pride gossip), que suele referirse al propio individuo o al grupo con el que se identifica. Así, en WP, “El nivel organizacional relativamente alto de la aldea facilitaba la transmisión de los rumores boca a boca y permitía que las noticias se esparcieran por la comunidad con una velocidad considerable”. La situación es similar, aunque con algunas variaciones, en las otras dos localidades.

En Magdalena el foro grupal es un espacio de tipo distinto, virtual, pero actualiza los mismos contenidos: allí se narran numerosas anécdotas que contribuyen a consolidar el señalamiento hostil a Vila Argentó, en particular historias de robos, pero también otras, como cuando se menciona la basura que dejan en los lugares donde se reúnen (condones, botellas, ropa interior, suciedad). En el período de debate en el grupo de correos que se analiza, 14 meses, se relatan en torno a una decena de asaltos a casas. La mayoría requiere un despliegue organizativo importante, pero en varios de los correos se apunta a grupos de jóvenes y adolescentes del barrio de al lado como los probables responsables.

Tenho visto um grupo de 5 ou 6 meninos, adolescente e crianças que não são moradores "passeando" pela rua guariubas, utilizando a trilha do final da rua que sai no campo de futebol e minha secretária me informou que esse mesmos meninos tem costume de visitar moradores proximos ao lago, parece que ainda há uma passagem próximo ao lago por onde os mesmos atravessam. Não estou querendo dizer que são eles, mas pelas circunstâncias é bem provável.

En Parque Lisboa también opera el rumor, y predomina la circulación de experiencias propias y ajenas de inseguridad en el barrio causadas por los vecinos de Calle 7. Las anécdotas son cercanas, todos han sido tocados por pequeños robos y conocen los robos de los que han sido objeto los demás; en los grupos de discusión era recurrente la enumeración, realizada para el investigador, de una serie de casos que todos conocían.

- A mí me han tirado piedras arriba de mi casa cuando me iba a trabajar... -A mí me robaron un banco, la puerta, después me entraron por el fondo y me robaron como tres o cuatro cosas más.

Sujetos/Jóvenes

Elías dedica el último capítulo de *Establecidos y outsiders* a los principales causantes de la sensación de inseguridad, los señalados como la fuente del problema: los jóvenes de la zona 3. Primero muestra que efectivamente hay una diferencia en la delincuencia juvenil entre las zonas, y que la mayoría de los que tuvieron problemas con la policía en el período provenían del loteamiento. Luego, en el ánimo comprensivo que caracteriza el texto, con naturalidad evidencia varias explicaciones de la situación. Primero, algunas derivadas de la mayor consolidación comunitaria de la aldea: por ejemplo, apunta que las oportunidades de crianza satisfactoria fueron muy diferentes; así, mientras en la aldea los niños podían quedarse con sus vecinos cuando los padres debían salir, en la zona 3, donde convivían criterios diferenciales de crianza, no tenían dónde dejar a los niños. O también, en el mismo sentido, que en la aldea los jóvenes integran colectivos más sólidos que operan como un “refuerzo de la comunidad” y dificultaban la trasgresión. También apunta a la transmisión intergeneracional de incentivos:

“Un abismo separaba a los jóvenes de las familias trabajadoras del loteamiento que procuraban dar una buena educación a sus hijos, incentivándolos a progresar (...) y otras familias que dejaban que sus hijos se las arreglaran más o menos solos y que tenían menos disposición, o posibilidades, de mejorar su propio destino y el de sus niños. Muchas de ellas no sabían qué hacer para progresar” (1994:135).

Estos procesos redundan en un modo distinto de vivir, de proyectarse:

“Los jóvenes en otros medios sociales, pronto aprenden a pensar en términos de futuro. Para la mayoría de los jóvenes indisciplinados del loteamiento, por el contrario, era difícil tener cualquier visión de sí mismos a largo plazo. Ellos vivían en el presente y para el presente. Esa era otra diferencia, que contribuía para erigir barreras entre ellos y los demás” (1994:144).

En este marco, Elías describe varias situaciones concretas, como la pandilla “Os garotos”, un conjunto de jóvenes con varias entradas y salidas de la comisaría, que se movían en la noche por la zona 2, con conductas transgresoras, violentas, y objeto de leyendas y rumores. En Magdalena, entre los sujetos causantes de inseguridad, también predominan las referencias a jóvenes, niños y adolescentes.

Sempre vejo grupos de crianças e/ou adolescentes que não são moradores andando pelo conjunto. Na sexta-feira passada vi dois garotos bem jovens, um deles com o braço engessado, andando pela Guariúbas e subindo pelo corredor ao lado da casa da Dona Nerine. Eu avisei o segurança e pedi que ele entrevistasse junto a esses meninos.

Aunque la mayoría de los asaltos obedecen a bandas más organizadas, por la preparación que requieren: “*O assalto ao Claudio foi feito por três homens num carro e não à pé. Eles entraram pela nossa Portaria*”, la principal referencia para los sujetos que causan miedo son los jóvenes “marginales”; que vienen de fuera, de otro lado, salteándose fronteras simbólicas. Es una nomenclatura que genera discusiones en el foro, pero que, tras el debate, se acepta como “adecuada”: “*Infelizmente, ‘guerra’ e ‘marginais’ são os termos adequados ao caso*”.

En Parque Lisboa, los que ya eran de allí se conocen entre ellos, y los que llegan no respetan eso.

- Como que hay una diferencia entre la gente que ya era de acá ponele... - Quizás los que ya eran de acá saben que no da para andar robando en el barrio y... capaz que los que vienen de otro lado, como no conocen a la gente - No saben quién sos -Para ellos sos una persona más.

Se cuentan historias tremendas, de jóvenes descarriados e incorregibles, de enorme violencia, marcadas por la droga³⁸. Varios han sido detenidos por la policía, pero salen rápido y vuelven al barrio: “*- Hay mucho agarrado - Si también, hay muchos que están presos - Los que se destacan más están todos presos. (Silencio). - Ahora cuando salgan, vas a ver lo que es eso... - Ahora cuando salgan, sabés qué... - Caen todos los días (risas). - En realidad entran y salen*”.

³⁸ -Tenemos un botija que le dicen el Gato, que desde los once años que se droga, desde los diez que empezó a robar todo lo que encontró porque empezó a drogarse. Te lleva, si te descuidás, hasta los cordones. Vendió todo lo de la casa, al padre, las frazadas, los platos...no tienen nada. Ellos son los que han hecho perder todos los códigos de la demás gente, está por cumplir 18 años. -A mí me tiró un muro... - A tanta gente le ha robado y vos lo ves caminar y viene con un fierro en la mano para robar en algún lado. En las estaciones de servicio. Millones de cosas tengo para decir. Tienen cuatrocientas mil entradas en una comisaría, ahora hace no sé cuánto que estaba en la Berro, se quedó un par de meses y vino fortalecido, comió bastante, se mejoró un poco..., hasta hace un tiempo lo estaban buscando porque se escapó... -Tienen muertes arriba. -Sí, hace una semana andaba acá en la vuelta buscando para drogarse y ahí lo agarraron y se lo llevaron de nuevo. -Estamos esperando que aparezca de nuevo en algún momento.

Lo interpretan como una cuestión de principios, de mentalidad: es “gente que se cría en ese ambiente”.

- Hay principios - Otra mentalidad - Hay otra mentalidad - Claro, si a vos te crían entre todos los malandros y toda la droga vas a salir... - No importa nada... Si hay que robar hay que robar y ya está – Claro. - Aparte muchos usan la teoría de que “no, robo porque no me queda otra”, porque no hay trabajo. Pero en realidad si vos buscas siempre hay algo para hacer. - Si - Igual, limpias la zanja.

El modelo

En los tres casos entonces la relación de antecedencia detona un imaginario atribuido a “ellos”, donde también en forma relacional se define un “nosotros”, con la aplicación de argumentos “pars pro toto”, que generaliza para unos los aspectos de la minoría mejor y para otros los de la minoría peor. Circulan, en soportes diversos y que han variado en las últimas décadas, anécdotas y rumores, muy parecidas en los tres casos, que consolidan esas calificaciones. Son historias ciertas, importantes, que de cualquier modo apuntan a sólo unas pocas familias. En este marco, el señalamiento, que se dirige en todos los casos a determinados “jóvenes marginales”, hipostasía la comprensión de sus procesos, se apoya en biografías ejemplares y olvida la escasez de oportunidades que motiva la aparición de esas trayectorias.

Pero el análisis del carácter paradigmático de estas situaciones, comprenderlas como una configuración o un modelo no solo permite aplicar dispositivos y constatar parámetros generales producto de la equivalencia formal. También invita a interpretar las variables que modifican algún u otro elemento del modelo. Entre los casos existen varias diferencias. En una analogía cuasi experimental, se controla el elemento central de la antecedencia, con procesos casi idénticos. Pero es preciso apreciar que se introducen algunas modificaciones, cuatro de ellas particularmente relevantes, lo que permite ver su efecto, estimar cómo afectan las dinámicas propuestas por Elías y reflexionar sobre ellas.

En orden de importancia creciente para lo que sigue, en primer lugar, es preciso señalar una diferencia temporal, en el sentido de que entre el análisis de Elías de WP y los eventos en Magdalena y Parque Lisboa transcurrieron casi 50 años. Numerosos aspectos

concretos muestran esta distancia: el uso del grupo de correos para transmitir anécdotas y generar organización es el más claro.

En segundo término, otra diferencia central es el incremento de los niveles de violencia. En WP había peleas, grupos de jóvenes que molestaban a otros, algunos robos y problemas con la policía, que alimentaban un malestar genuino pero diferente al que puede encontrarse en Magdalena y fundamentalmente en Valderas, donde la violencia alcanza otra intensidad: en el primer caso se denuncian copamientos y asaltos a casas; en el segundo robos permanentes, tiroteos y trayectorias criminales.

En tercer lugar, también tiene lugar una diferencia en las situaciones económicas en cada uno de los casos; en grandes rasgos en Winston Parva clase media trabajadora se enfrenta a personas de una posición económica inferior; en Acaricquara, posiciones medias superiores con medias inferiores; en Parque Lisboa, las cosas suceden entre posiciones económicas bajas y muy bajas. Elías insiste en su trabajo en que en Winston Parva la diferencia económica no es fundamental: las tres zonas tienen composiciones parecidas, sólo levemente más precarias las ocupaciones en la zona 3 y más acomodada la residencial y pequeña zona 1. En Parque Lisboa tampoco hay grandes disparidades, Valderas sólo es levemente más precaria que Calle 7; las viviendas a las que fueron realojados los recién llegados son hasta superiores en calidad a las de los vecinos que ya vivían allí; la diferencia se presenta más bien como una cuestión de actitud:

-Acá hay toda gente bien, pero ahí atrás...- Vos decís “paaa, tremendas casitas” pero los que están adentro son todos... - No tiene nada que ver la casa. Porque capaz que la gente humilde vive como uno más - Claro, vive en un ranchito pero es gente bien. -Ahora en los cante es todo vivienda. Porque a los cante ahora, corte que los disfrazan ¿me entendés? - Es todo de material pero sigue siendo un cante, porque la gente es la misma. - Hay gente que sí, otra que no”.

En Magdalena la distancia económica es algo mayor, pero en un contexto urbano de mucha más intensa movilidad social: Vila Argentó es un loteamiento reciente, heterogéneo, pero en la década que pasó desde su instalación ha prosperado rápidamente y en la actualidad es un barrio más diverso, con sólo algunos bolsones de pobreza extrema.

Estas tres primeras variaciones, todas ellas relevantes, por otra parte también muestran la resistencia del modelo: se mantiene invariable, constante en sus atributos centrales, pese al lapso transcurrido, el incremento de los niveles de violencia y los cambios en las relaciones económicas entre las partes. Puede darse mayor énfasis a los elementos constantes, permanentes, de hecho aún más sólidos, más probados, y cabe poner entre paréntesis los efectos de estas diferencias.

Pero en particular, en cuarto lugar, otra variación entre los casos presenta un interesante potencial heurístico: la materialización del límite, el establecimiento de una división, la cristalización de la frontera social en una física. Con unos portones que se cierran durante la noche los vecinos de Valderas decidieron obstruir el acceso directo a Calle 7; los vecinos de Magdalena deciden en su foro virtual erigir un muro que los aisle de Vila Argento y lo construyen. La radicalización de la situación, esa variable introducida, permite profundizar en una pregunta central pero subyacente en el análisis de WP: ¿es la situación justa?

Elías apunta, como se citaba arriba, que “no se trata de elogiar ni de censurar, sino de contribuir para una mejor comprensión”, en una evidente referencia a Simmel, que cierra su trabajo sobre la ciudad más conocido concluyendo que “no es nuestra tarea la de acusar o perdonar, sino sólo la de entender”. Es que la lógica analítica de los mecanismos, formal, implica que la toma de postura suele ser suplementaria: la puesta en marcha de la máquina, la articulación de los engranajes, implica un enfrentamiento de intencionalidades que los actores suelen poder explicar: en los micromotivos es particularmente difícil detectar las causas finales.

Justicia y víctimas

En las disputas entre grupos es extremadamente difícil distinguir entre el “conflicto real” y “simple prejuicio”. Como señala Allport: “el conflicto real es como una nota en un órgano. Provoca la vibración simultánea de todos los prejuicios armónicos. Al oyente le resulta difícil distinguir la nota pura entre la espesura de sonidos” (1962:260).

El propio Allport permite profundizar en este terreno: su estudio señero sobre el prejuicio otorga un carácter central a esta pregunta sobre la justicia en la segregación, que define como “una forma de discriminación que coloca límites espaciales de algún

tipo, que acentúan la situación de desventaja de los miembros de un exogrupo” (1962:71).

Quienes segregan, los establecidos, “generalmente pueden ofrecer una razón que consideran respetable: explican de modo casi invariable su actitud negativa en función de alguna cualidad objetable que distingue al grupo despreciado”. Pero este juicio, en lo que tiene de generalización, supone una "Curva J de conducta", de masiva adhesión en el grupo outsider a algunas características, en estos casos analizados una mayor violencia y anomia.

“No es fácil decir cuántos hechos se necesitan para justificar un juicio. Un grupo puede estar en efecto planeando atacar a otro, restringir su libertad o infligirle daño. Además es concebible que un grupo posea una preponderancia tal de rasgos ofensivos o peligrosos tal que solo un santo podría considerar que es infundado el deseo de evitar o criticar a ese grupo (y) que exista un alto grado de probabilidad de que un miembro cualquiera de ese grupo posea esos rasgos” (Allport 1962:105).

El asunto es que “una persona prejuiciosa dirá casi seguramente que tiene apoyo suficiente para sus opiniones. Contará las amargas experiencias que ha tenido, pero, en la mayoría de los casos recurre a una escogida selección de unos pocos recuerdos personales, los mezcla con rumores y generaliza en exceso”. (1962:21) Desde el punto de vista de los habitantes establecidos, se sostiene la teoría de la “reputación bien merecida” (Allport 1962:106). Pero la distinción entre una generalización bien fundada y una generalización errónea es muy difícil de marcar (1962:39)³⁹.

Elías toma partido y propone que “los síntomas de inferioridad humana con que los grupos establecidos suelen identificar a los outsiders de bajo poder, y que sirven a sus miembros como prueba de su valor superior, acostumbran a ser generados por las propias condiciones de la posición de outsiders” (1994:28). Esto es, la responsabilidad final está del lado de los que segregan, y los segregados están expuestos a una situación más bien injusta.

³⁹ Allport realiza aquí algunas consideraciones casi fenomenológicas, análogas a las presentadas en el segundo capítulo del análisis, sobre la formación de categorías y las tipificaciones, a la vez necesarias pero muchas veces, en particular cuando hay mayor grado de anonimia o prejuicio, demasiado generales o directamente infundadas.

Esta decisión es adecuada. Pero puede mantenerse por unas páginas en suspenso, porque no se puede “objetivizar la justicia, decir ‘esto es justo’ y mucho menos ‘yo soy justo’, sin que se traicione inmediatamente la justicia” (Derrida 2008:25). A modo de cierre, la diferencia que implica ese paso más allá, el suplemento de la imposición de una barrera física poniendo en juego una fuerza de ley que otorga el derecho a separar, invita a un ánimo de algún modo deconstructivo, a reflexionar sobre “la ausencia de regla y de criterio seguro para distinguir de manera no equívoca entre el derecho y la justicia, estos conceptos (normativos o no) de norma, de regla o de criterio. Se trata de juzgar aquello que permite juzgar, aquello que autoriza el juicio” (Derrida 2008:13).

El Muro de Magdalena. Fundamento místico de la autoridad

Frente a la violencia, los asaltos y el deterioro de los espacios verdes, los vecinos organizados de Magdalena definieron en 2012 levantar un muro que cerrara el complejo en el límite de Vila Argentó. La posibilidad ya había estado presente en las discusiones durante los años anteriores, pero una sucesión de robos vuelve a colocar la propuesta en el tapete. Impacta particularmente el asalto violento a la residencia del artista Claudio Andrade, que fue objeto de una importante cobertura en la televisión y la prensa. Dos de los cuatro responsables fueron asesinados durante la larga persecución policial y los otros dos atrapados a las pocas semanas. El asalto se ha vuelto una suerte de leyenda urbana de Magdalena, muy referido durante las conversaciones.

En ese marco, se convocó a una reunión extraordinaria en el frente de la casa de Andrade. *“A reunião foi um sucesso! Estiveram presentes mais de 40 moradores dos dois lados do Conjunto”*. Con este empuje empieza la construcción y una colecta. *“São um total de 120 metros de muro. Começaremos com os 50 metros que estão na terra firme e por onde os acessos por pessoas estranhas tem predominado. A outra parte está em local alagável e será uma outra etapa. O muro, terá 3 metros de altura, duas cintas de concreto e pedras, e um metro de fundação”*.

Algún vecino imagina la Magdalena ideal como una “fortaleza”: *“A violência está se alastrando pelos conjuntos ao redor e o Magdalena precisa entender que tem uma configuração geográfica extremamente vantajosa. Podemos nos isolar como uma fortaleza”*. Otra habitante del complejo coloca en la realización del muro el símbolo de una acción colectiva, de buena vecindad. *“O Muro não é só um ‘muro’ que divide o*

Magdalena com o limite de outras propriedades vizinhas. Este muro tem muitos significados. Este é o ponta-pé inicial para medidas mais extremas de segurança como vigilância, ciclovias e a tão sonhada prática da boa vizinhança!". Al surgir de una instancia colectiva, de una inquietud compartida, el muro también parece recoger una tradición de acción colectiva de los habitantes del complejo. *"O histórico deste Conjunto tem sido de muitas tentativas coletivas em busca soluções para melhoria da nossa segurança e qualidade de vida"*.

En julio y agosto comienza la construcción, y con ella los problemas. En particular, se paraliza la colecta a medio camino. *"Somos mais de 200 casas e apenas 41 pagaram..."*. Por otro lado, se constata que la construcción no impide el paso. Irónicamente, se convierte en un lugar de reunión y desde Vila Argento continúan cruzando al lago. El muro entonces requiere de sucesivas reformas para mejorarlo, que tampoco logran el objetivo deseado, y en noviembre es quebrado. Y aunque se incrementan las medidas, colocando vidrios sobre el muro y arreglando el orificio, "los marginales" continúan entrando, agrandando el agujero. *"O buraco no muro foi fechado semana passada, depois o portão de alumínio foi arrombado e o buraco foi reaberto pelos marginais. Esta semana o buraco foi mais quebrado e aumentado, e uma casa em construção foi roubada na rua de cima (Jatobás). Estamos em guerra"*.

Aún hoy es frecuente ver grupos de adolescentes o familias bañándose en el lago, aunque el muro continúa erguido, mantenido por grupos concretos de vecinos, entre ellos quienes más participan en el foro.

No es discutible la ilegalidad formal del asunto. La pretensión de los vecindarios de transformarse en "condominios cerrados" es una situación extendida en Brasil y en Manaus en particular. Técnicamente es un trámite complicado, que implica un consenso entre todos los habitantes y hacerse cargo del pago de impuestos y de ciertos servicios; entonces los propios vecinos, algunos de ellos, toman sus decisiones particulares. Y su razón instrumental no necesita de legitimidad burocrática. Se vuelve fuerza de ley. ¿Dónde descansa su legitimidad, el fundamento de su autoridad? En particular, en Magdalena, un caso llevado al límite, el espacio de la decisión se trata de un chat, un foro de debate virtual, donde participan centralmente 12 personas, aunque lo reciben 180 direcciones. Desde allí se convoca a asambleas. Sólo una de ellas supera la docena

de personas. Pero se arrogan el derecho. Y no son impugnados desde la ley, la legalidad oficiosa no importa.

Queda así particularmente en evidencia el “fundamento místico de la autoridad”. En su conocido libro *Fuerza de ley*⁴⁰, que recoge conferencias dictadas en Estados Unidos, J. Derrida presenta algunos ejemplos de aporías entre derecho y justicia, como uno de los espacios privilegiados para la puesta en práctica de una estrategia deconstructiva; parte de una cita de Montaigne:

“Uno dice que la esencia de la justicia es la autoridad del legislador; otro, la conveniencia del soberano, otro, la costumbre presente; y es esto lo más seguro: nada, siguiendo la sola razón, es justo por sí mismo: todo vacila con el tiempo (...) es el fundamento místico de la autoridad. Quien la devuelve a su principio la aniquila”. (Montaigne, en Derrida 2008:28-9).

En Magdalena la distancia entre las partes es más notoria, la anonimidad mayor, la medida también más drástica y el carácter arbitrario del enforzamiento de la ley es más evidente que en WP y Parque Lisboa. La estructura violenta del acto fundador del mecanismo es flagrante. Obtenemos así una primera pista en la dirección de la justicia. Hay un límite ético que aparece cuando el fundamento místico de la autoridad se muestra como un abuso, producto descarnado del diferencial de fuerza.

“Se trata siempre de la fuerza diferencial, de la diferencia como diferencia de fuerza, de la fuerza como diferencia, o fuerza de diferencia (la diferencia es fuerza diferida/difiriente); se trata siempre de la relación entre la fuerza y la forma, entre la fuerza y la significación; se trata siempre de fuerza ‘performativa’, fuerza ilocucionaria y perlocucionaria, de fuerza persuasiva y de retórica”. (Derrida 2008:19-20)

Así, sobre la diferencia entre los vecinos, la frontera, se establece un mecanismo y se aplica una fuerza que pone en marcha los engranajes y que queda en evidencia con la decisión, la radicalización del límite con un suplemento físico, un muro. Es una fuerza

⁴⁰ “La expresión en inglés ‘enforce the law’ viene a recordarnos que el derecho es siempre una fuente autorizada, una fuerza que se justifica o que está justificada al aplicarse, incluso si esta justificación puede ser juzgada, desde otro lugar, como injusta o injustificable.” (Derrida 2008:15).

performativa que aúna lo retórico con lo perlocucionario, y que aparece en forma más flagrante cuanto mayor es la distancia social entre las partes.

Indecidible. El portón de Parque Lisboa

A medida que la zona crecía en población, el pasaje que comunica las calles paralelas de Valderas y Calle 7, que antes funcionaba como salida al descampado, comenzó a ser transitado en sentido inverso. “- *Cuando los policías los seguían se metían por el pasaje. No entran autos, entonces ellos pasaban y salían para donde querían. Terminaban acá con las cosas robadas, robaban acá y se las llevaban por ahí...*”. Los vecinos de Valderas consideran ese pasaje el principal foco de inseguridad del barrio: “- *Ahí habían muchachotes tomando vino y lío todas las noches. No podías salir de tu casa. - De un lado están ellos y del otro lado estamos nosotros*”.

Organizados en una comisión vecinal, deciden primero establecer un patrullaje, haciendo guardias en grupos, en dos turnos, todas las noches. Rápidamente se desgastan, cansados, y deciden contratar un guardia privado. Pero el guardia resulta insuficiente y se construyen unos portones que cierran el pasaje.

- Con el tiempo se habló de los portones porque ¿qué pasaba? Había una guardia pero tampoco podía cubrir toda esa... Porque estaba el pobre hombre allá arriba y acá abajo... Entonces teniendo la pasada cerrada era más fácil, poniendo los portones.

Desde su punto de vista es una protección justa. Los portones, uno de cada lado del pasaje, se cierran a las 10.00 pm de la noche y se vuelven a abrir a las 7.00 am, por parte de un vecino de Calle 7, que vive en el terreno lindero y a quien el barrio contrata para que cumpla esta función. Defienden que así focalizaron en una zona claramente conflictiva y se sostiene que está dando resultado. “*San Cono ahora está tranquilo. - Hace tiempo que no roban ni casas ni nada*”.

Los habitantes de la zona no lo consideran una solución definitiva (“*si tienen que saltar el muro de mi casa lo van a saltar*”). Saben que se trata de un límite permeable, que permite cierto tipo de comunicación, y no aspiran a bloquear totalmente el paso: los portones están abiertos durante el día y hay servicios de importancia de uno y otro lado (almacén, escuela, líneas de ómnibus). Pero, sobre todo, hay conocimiento acerca de

quiénes viven en el otro lado, cuáles son sus historias de vida y situaciones. Pese a poder acotar las trayectorias problemáticas a familias excepcionales, el diagnóstico continúa operando con esa dinámica de “pars por toto” o un desplazamiento “pauci/nullus”: *“-es que de acá para abajo son todos... -Es lo que estamos tratando de cortar nosotros”*. Su intención es despiadadamente buena: *“purificar ese espacio, limpiarlo, transformarlo, hermostrarlo, por decirlo de alguna forma”*.

La llegada a Calle 7 del programa de regulación de vivienda PIAI, un plan de erradicación de los asentamientos irregulares llevado adelante por la Intendencia Municipal de Montevideo (IMM), detectó la división existente y propuso transformar el espacio en sentido contrario, abriendo vías para la integración entre los vecindarios, lo que generó fuertes resistencias en la comisión vecinal de Valderas: *“- ¿Cómo a mí me pueden venir a hacer una integración con ese tipo de gente? Cómo yo me puedo integrar a esos botijas que la han pasado mal, que no han tenido padres, que... un montón de carencias. Porque no hay forma. Yo no creo que a esa gente la puedas recuperar”*, se expresa en una de las intervenciones más descarnadas en los grupos de discusión.

Pese a sus objeciones, se están dando los primeros pasos en un largo proceso por el cual en torno al portón se abrirá una avenida y otra atravesará el territorio en perpendicular, se realizará algunas construcciones, se reformará las viviendas y se regularizará la situación habitacional. Se avecina inexorable un cambio. Los integrantes de la comisión barrial de Valderas han tenido varias reuniones con los trabajadores sociales que implementan la primera etapa del PIAI y que buscaban “construir un consenso”. Pero su consenso implica dar también la palabra a los vecinos de Calle 7, hasta ese momento outsiders, desagregados, sin cohesión interna ni voz pública, que apenas fueron organizados impugnaron la decisión de los portones.

Evidentemente los vecinos no tienen derecho legal para administrar el pasaje. Pero consideran su decisión justa, y así apelarán al concejo municipal, difundirán el caso públicamente, buscan una excepción, creen que tienen derecho. Objetan que “cada caso es otro, cada decisión es diferente y requiere una interpretación absolutamente única que ninguna regla existente y codificada podría ni debería garantizar absolutamente” (Derrida 2008:53). No tendrán éxito. Los trabajadores sociales no los comprenden.

Es que, ¿cuál de las posturas es más justa? ¿Cuál tiene el derecho de hacer, aplicar la forma de la frontera sobre los demás? En las dos direcciones aparece un diferencial de fuerza: de una parte en la misma dirección que en Magdalena, la comisión de Valderas atribuyéndose el derecho a poner un límite; de otra parte, el PIAI aboga que en Calle 7 la situación es idéntica a la de la zona 3 en WP, donde “había sectores que, a pesar de pobres, procuraban llevar una vida ordenada dentro de sus recursos y posibilidades y que convivían con otros sectores del vecindario cuya vida doméstica estaba más desorganizada” (1994:146)⁴¹.

En Valderas los vecinos efectivamente estaban desamparados, sufrían violencia. La policía es un recurso lejano y consiguen alternativas precarias, patrullan, contratan colectivamente a un guardia privado. No tienen recursos a los que acudir. Los conflictos, los enfrentamientos habían tenido que resolverse entre los propios vecinos. Cuando el diferencial de fuerza es menor, cuando la distancia social es más cercana, aparecen momentos de indecidibilidad en la puesta de límites (Derrida 2008:57), violencias que se consideran injustas y lo son, de víctimas enfrentadas entre sí en contextos de fuerte exclusión:

“¿Cómo distinguir entre la violencia que se juzga siempre injusta? ¿Qué diferencia existe entre, de una parte, la fuerza que puede ser justa, en todo caso legítima (no solamente el instrumento al servicio del derecho, sino el ejercicio y el cumplimiento mismos, la esencia del derecho) y de otra parte, la violencia que se juzga siempre injusta? ¿Qué es una fuerza justa o una fuerza no violenta?” (2008:17)

El portón violenta a unos y los somete a cierta injusticia. Y el plan oficial violenta a otros, que arguyen sin derecho.

“Hay un silencio encerrado en la estructura violenta del acto fundador. Encerrado, emparedado, porque este silencio no es exterior al lenguaje. He ahí

⁴¹ La cita continúa y merece la pena reseñarla por completo: “Las relaciones tensas, como las que existían entre las familias trabajadoras de la aldea y la mayoría de las familias trabajadoras del loteamiento, por una parte, y la minoría de familias trabajadoras de mala fama por otro, no constituyen un caso aislado, ni siquiera en nuestra época. (...) Si consideramos desarrollos de más largo plazo, es probable que se constate que parte de las familias proletarias desestructuradas, las familias problema de hoy, constituyen el remanente progresivamente menor de generaciones enteras de familias de ese tipo (...) que no consiguen escapar del círculo vicioso que tiende a producir, en los hijos de las familias mal estructuradas, una propensión a formar, en su generación, familias mal estructuradas”. (1994:146-147)

el sentido de lo que yo me atrevería a interpretar de lo que Montaigne y Pascal llaman el fundamento místico de la autoridad”. (Derrida 2008:33)

Síntesis del apartado

En los tres casos, en contextos bien distintos, en torno a la frontera se presenta la misma estructura de relaciones, el mismo entretrejo de interacciones a nivel formal en la segregación urbana, más allá de los contenidos concretos de cada situación.

Se pone en juego un entramado, un mecanismo, una configuración microsociológica pautada por cuatro engranajes fundamentales: el carácter diferencialmente distribuido de la cohesión interna y en consecuencia de los espacios de poder; identificaciones cruzadas, historias, anécdotas y rumores amplificadas elogiosos o degradantes; y la focalización en algunos sujetos anómicos, en todos los casos jóvenes.

“La estigmatización de los outsiders exhibe algunos trazos comunes en una vasta gama de configuraciones de establecidos/outsideers. La anomia tal vez sea la censura más frecuente: repetidamente se constata que los outsiders son vistos por el grupo establecido como indignos de confianza, indisciplinados y desordenados” (1994:27).

La mayor homogeneidad y organización de los establecidos, que se identifican a sí mismos con su minoría mejor, se opone a los outsiders, los llegados luego y marginales en general en cualquier disputa con diferencial de poder, caracterizándolos como a su minoría peor, generalizando algunas de sus características en forma infundada (pars pro toto, presentando como “curvas J” diferencias en distribuciones normales). Se sienten víctimas en el cambio de las cosas, antes estaban mejor, y establecen una fuerza performativa, retórica y perlocucionaria, que impone un límite con el fundamento místico de su autoridad, que expulsa, segrega y pone fuera de la ciudad.

De su lado, muestran sus víctimas, ejemplos, y toman medidas. ¿Qué hay del otro lado, fuera del borde, para mostrar? Más bien poco, porque no tienen voz. Están desorganizados y son heterogéneos; la anomia no implica que no sigan reglas o que no tengan normas; más bien que desconocen las preexistentes, que no hablan o no pueden hablar el idioma exigido. Si tuvieran palabras dirían que también están fatigados, que son algunas personas las que provocan allí todavía mayores problemas a las numerosas

familias de bien; se opondrían a ese límite y lo consideran injusto. Cuando se les pregunta responden con la alegoría del cerco: las personas conflictivas están al lado, rodean. Si se les da voz piden acceso y cuentan que no son diferentes.

Así quedan de manifiesto otras víctimas, puramente producto de la segregación. En el momento de la decisión se aplica una fuerza ley, basada en una autoridad, con un límite indecible al que ésta se sobrepone. Y del otro lado hay rehenes silenciosos, escondidos bajo el paraguas amplificante de la identificación. Elías estaba en lo cierto. La misión es comprender, pero aparece con claridad que en el establecimiento de fronteras genera nuevas víctimas, el resultado, no visible, no dicho, de la puesta en práctica del mecanismo, señalados y separados injustamente. Se establece así un cierto tipo de diferencia hostil que Lyotard (1999) denomina diferendo, que se caracteriza porque las víctimas no comparten el reglamento, el idioma en que se establece la querrela.

“Me gustaría llamar diferendo el caso en que el querellante se ve despojado de los medios de argumentar y se convierte por eso es una víctima. Un caso de diferendo entre dos partes se produce cuando el “reglamento” del conflicto que lo opone se desarrolla en el idioma de una de las partes, en tanto que la sinrazón de que sufre la otra no se significa en ese idioma (Lyotard 1999:12)

Se apuntaba que la violencia parecía mayor en Magdalena, menos dudable que el evidente hecho ilegal de la clausura espacial se acompañaba de una injusticia, de prejuicios, en gran medida por la mayor anonimidad y distancia social. En Lisboa es más difícil discernir. Tanto los portones como la política urbana que da voz a los vecinos de Calle 7 presentan argumentos, y la decisión, aunque algunos tengan más derecho que otros, siempre se remonta sobre una injusticia, sobre una distribución diferencial de la fuerza. Son muchas veces situaciones indecibles cuando se llevan al límite.

Un nuevo nivel de la segregación urbana aparece al considerarla en términos formales como un mecanismo, una configuración producto de un entramado, que sólo conoce víctimas. ¿Qué hay de los victimarios, los señalados?

7.

IDENTIFICACIÓN HOSTIL

“Los establecidos fundaban su autoridad en un principio de antigüedad: vivían allí mucho antes que los otros” N.

Elias

Se definía al principio la segregación urbana como el establecimiento de fronteras en la ciudad, tras las que se eleva un segundo componente de antagonismo y hostilidad. Este enunciado se enmarca en una concepción que hemos dado en llamar del habitar, que opera en el espacio entre lo construido, lo material, y lo cultural: cada capítulo del análisis ha ido progresivamente en tránsito en ese espacio, desde el primer hacia el segundo eje.

Desde la perspectiva de la población, los límites y el antagonismo los dispone el investigador, en base a variables propias de la gestión y del conocimiento experto. Así, se distingue entre barrios, segmentos o manzanas y se comparan indicadores socioeconómicos a nivel residencial. Como puede verse, aquí se prioriza el componente espacial respecto al social, la construcción de la ciudad y sus fronteras administrativas respecto a la hostilidad, que se transforma en una comparación relacional entre áreas naturales.

Desde la perspectiva del habitante, en cambio, los límites son móviles. Y esto en varios sentidos. De una parte porque varían según el lugar de enunciación, articulándose en

formaciones discursivas asociadas a las posiciones económicas, geográficas, de edad y de sexo, que conforman complejas cartografías sociales de mundos propios y de otros. Aquí el antagonismo y el conflicto aparecen asociados a la intencionalidad, en un sentido fenomenológico, con la que se tipifica a otros.

De otra parte, esas fronteras son móviles porque las personas se desplazan. En la movilidad cotidiana aparece nuevamente el carácter dinámico y polivalente de las fronteras, que se plasma en circuitos y mapas cognitivos escindidos, segregados. De estos cauces se derivan regímenes de visibilidad, que se expresan en alegorías que invocan la distancia social y la hostilidad en, por ejemplo, los miedos urbanos.

Pero más allá de este carácter móvil, en toda oportunidad en que se establece un límite en el que hay un diferencial de poder, de fuerza, tiene lugar una configuración formal que se apoya en un entramado de interacciones, un mecanismo. Éste se soporta en varios engranajes, que determinan la relación hostil entre establecidos y outsiders, los de dentro y los de fuera, y que evidencia víctimas en ambas partes.

En este capítulo se profundiza en esta relación hostil en la segregación urbana. Para ello se focaliza en el señalamiento más recurrente en Montevideo: como se ha mostrado en los capítulos anteriores, en todos los niveles de la segregación las relaciones de edad, y en concreto la posición de edad joven, estarían particularmente asociada a un conjunto de problemáticas en la ciudad.

Desde los abordajes centrados en el nivel residencial, en muchos trabajos las variables que se utilizan para mostrar las consecuencias “perversas” de las desigualdades en el territorio son los jóvenes que no estudian, trabajan ni buscan trabajo y las madres adolescentes (así Katzman 1999, Rodríguez 2001 y 2003, Aliaga y Álvarez 2010). También sucede lo mismo en los principales malestares urbanos que aparecen desde la perspectiva de los habitantes, la percepción de abismales distancias sociales, la nostalgia de un pasado mejor o el crecimiento de la inseguridad: los sujetos considerados conflictivos son jóvenes. Igualmente, en los estudios de caso presentados en el capítulo anterior, en Winston Parva como en Lisboa o Magdalena, el detonante del mecanismo de limitación eran jóvenes “anómicos” que no cumplían los consensos sociales de los establecidos.

¿Cómo comprender el papel que juega la segregación urbana en esta frecuente asociación de los jóvenes con problemáticas en la ciudad, a partir del caso de Montevideo? Y, ¿qué elementos pueden abstraerse sobre la identificación hostil a grupos de personas en general, a partir de este caso particular?

En torno a esas preguntas este capítulo se compone de siete apartados, que pueden dividirse en dos momentos. En los primeros cuatro apartados se aplican, para las relaciones de edad y en particular la juventud, en la ciudad de Montevideo, elementos metodológicos presentados en las secciones anteriores y se muestra cómo diferentes niveles de la segregación coexisten en paralelo, pero operando en simultáneo y articulados.

La secuencia es análoga a la seguida en la introducción del trabajo y en la tesis: primero un abordaje desde la perspectiva de la población, luego se agregan las relaciones sociales y la perspectiva del habitante que surgen de la crítica al enfoque ecológico, para en tercer término dar un paso adelante y abordar nuevas temáticas como la movilidad urbana e incorporar conceptos más recientes. Al final de este primer momento, dando un paso atrás, se retoman los engranajes formales del mecanismo de segregación que caracterizan a los jóvenes como “outsiders” desde la perspectiva establecida adulta.

Los últimos tres apartados del capítulo profundizan fenomenológicamente en las tipificaciones y las relaciones “nosotros / ellos” en torno a los jóvenes “marginales”, que son señalados como los sujetos problemáticos en todos los niveles de la segregación urbana en Montevideo. Se posicionan como extranjeros, fuera de cierto borde del “nosotros” y en ciertos contextos como enemigos, bárbaros amenazantes, hostiles.

Al final, mediante una historia de vida, se muestra como los jóvenes marginales, caracterizados por los demás como los victimarios, se presentan también como víctimas, como resultado de la segregación en una ciudad que afirman que les es también hostil. Se decanta así la relevancia en la segregación de la hostilidad, que ya etimológicamente aún la extranjería con la enemistad, la puesta de fronteras, el establecimiento de antagonismos y los rehenes desde su raíz, *hostis*.

Ambos momentos buscan interpretar los motivos y formas que adquiere la asociación de la segregación urbana con la posición de edad joven, por su importancia sustantiva

en Montevideo pero además como un estudio de caso, con pretensiones “paradigmáticas” para otros contextos. La primera parte es también un sintético ejemplo del posible abordaje “multinivel” de la segregación con las herramientas presentadas a lo largo del análisis; podría aplicarse a otras poblaciones o localidades en forma análoga. En cuanto a la segunda parte, y fundamentalmente, en distintas ciudades los sujetos que causan problemas y disparan el mecanismo de la segregación son diferentes: inmigrantes, minorías raciales o religiosas por ejemplo. Pero en todos los casos segregar implica distinguir, separar entre “ellos” y “nosotros” y también siempre un ejercicio de hostilidad, como un nivel específico en que la segregación urbana tiene lugar, en términos muy similares a los aquí presentados: un juego entre víctimas donde se barajan la extranjería y la barbarie.

Segregación residencial y grupos de edad en Montevideo

En términos generales, si mediante los índices de segregación residencial más conocidos (Massey y Denton 1988), presentados en el primer capítulo del análisis, nos acercamos a la situación de los grupos de edad en Montevideo, las personas mayores, adultas y las jóvenes presentan una distribución en la ciudad, en cada barrio, conforme a la esperable: los promedios urbanos son muy similares a los barriales. Sólo las personas más mayores se distribuyen en forma levemente más disimilar, y más centralizada⁴².

La superficie ocupada tampoco presenta variaciones respecto a lo previsible dada la proporción de personas de cada grupo de edad, aunque indica una mayor concentración en el espacio de las personas mayores, y luego de los jóvenes, respecto a los adultos. A primera vista parece pasar poco en cuanto a la segregación residencial de los jóvenes, y la situación más notoria es una cierta segregación geográfica de las personas mayores de 65 años.

¿Es quizá esta incapacidad de encontrar una relación entre la segregación residencial y la situación de los jóvenes un problema derivado de las escalas geográficas utilizadas? Si consideramos una unidad de menor tamaño, las manzanas, la disimilaridad de cada población se duplica; los adultos se mantienen en rangos muy bajos, la de mayores se incrementa, pero en particular la de jóvenes comienza a ser relevante. Esto es, a nivel

⁴² En la primera parte de este apartado no se considera la dimensión de aglomeración o clusterización espacial con los índices absolutos, solo al final con los índices relativos.

barrial no aparece disimilaridad en la distribución residencial de este grupo de edad: puede proponerse la hipótesis de que se comienza a poner de manifiesto al acercarse a escalas más pequeñas.

Tabla 11. Dimensiones de la segregación según grupos de edad, barrios y manzanas, Montevideo

	Disimilaridad (IS)		Exposición (xPx)		Concentración (ACO)		Centralización (ACE)	
	Barrios	Manz	Barrios	Manz	Barrios	Manz	Barrios	Manz
Mayores (65 y más)	0.14	0.22	0.18	0.20	0.85	0.77	0.71	0.43
Adultos (30-64)	0.05	0.09	0.42	0.43	0.63	0.56	0.66	0.35
Jóvenes (15-29)	0.06	0.13	0.23	0.25	0.73	0.69	0.65	0.34

Fuente: Elaboración propia en base a INE 2011

De cualquier modo, gran parte de este aumento estriba en un efecto en el índice propio del cambio de escala; algunos autores recomiendan iterar entre los valores, otros sostienen que son de algún modo inconmensurables; también este argumento es utilizado para preferir otros índices menos sensibles y criticar el ID (White 1983, Sabatini 2003). En el Anexo se propone considerar los índices de concentración y centralización junto al de disimilaridad, agrupados en un factor único, para dar cuenta más cabal de la “segregación geográfica”. No es posible confirmar entonces una particular tendencia de los grupos de edad, y en particular los jóvenes, de concentrarse en algunas áreas de la ciudad⁴³.

Por su parte, el índice de "aislamiento", que expresa la dimensión de exposición, la probabilidad de compartir unidades residenciales con personas similares, tampoco se diferencia en forma significativa de lo esperable dada la proporción de las personas de cada grupo de edad que conforman la ciudad, ni se modifica al variar la escala. No habría grupos de edad que se encontraran particularmente aislados ni unidades geográficas, en este caso barrios, particularmente homogéneas.

⁴³ La situación es diferente si se considera las jefaturas de hogar jóvenes respecto a las adultas o mayores. Por motivos de espacio no se incluye esta disquisición. Presentan una mayor proporción de NBI y se distribuyen con una estructura más periférica y heterogénea, avanzando así elementos para la interpretación que se desarrolla a lo largo del capítulo.

Tabla 12. Dimensiones de la segregación según barrios y grupos de edad/económicos, Montevideo

	Disimilaridad (IS)	Exposición (xPx)	Concentración (ACO)	Centralización (ACE)
Mayores con NBS	0.19	0.14	0.88	0.73
Adultos con NBS	0.17	0.33	0.76	0.70
Jóvenes con NBS	0.14	0.15	0.85	0.70
Mayores con NBI	0.12	0.03	0.91	0.66
Adultos con NBI	0.20	0.10	0.83	0.59
Jóvenes con NBI	0.21	0.08	0.85	0.59

Fuente: Elaboración propia en base a INE 2011

Relaciones geográficas, económicas y de edad en la segregación residencial

Es necesario considerar a la vez las relaciones de edad, las geográficas y las económicas, y entonces la situación se modifica: aparece la segregación residencial.

La disimilaridad en la distribución en la ciudad de las personas de mayor edad con Necesidades Básicas Satisfechas (NBS), que no son pobres, es superior a la de todos los otros grupos de edad y económicos. Lo mismo sucede en su concentración en el espacio y su centralización. Por el contrario, las personas adultas y en particular jóvenes con Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI) presentan también alta disimilaridad, se distribuyen en forma heterogénea y con una disposición más periférica. En todos esos indicadores de segregación residencial superan a los demás grupos de edad. Esto indica que las tendencias hacia una segregación “incluyente” o “excluyente”, apuntadas en el primer capítulo del análisis, se acentúan al considerar en conjunto las relaciones económicas y de edad. Los más jóvenes entre los pobres se inscriben con mayor radicalidad que otros grupos de edad en la segunda, y los más mayores con NBS presentan por su parte un énfasis inverso.

Considerando las manzanas como unidad geográfica, cambiando la escala a una mucho menor, nuevamente se incrementa el valor de los índices que expresan las distintas dimensiones de la segregación. Más allá del aumento propio del ID al enfocar en unidades geográficas menores, se evidencia aun con más claridad la relación entre la edad y la pobreza apuntada: en las personas que residen en hogares con NBS la

disimilaridad es en todos los grupos de edad inferior a la de las personas con NBI, pero en las primeras aumenta en relación directa con la edad, y con las personas pobres sucede lo inverso, son los más jóvenes quienes se distribuyen en forma menos homogénea en la ciudad.

Las personas de mayor edad presentan entonces el patrón de segregación integrada en forma más definida que los adultos y que los jóvenes con NBS. Esta pauta se corrobora también en cuanto a la centralización: las personas sin NBI residen más cerca del centro urbano, y en particular las de mayor edad. En forma inversa, las personas con NBI representan el modelo de segregación excluyente, disimilarmente distribuido y periferizado, y la pauta se radicaliza en las personas de menor edad.

El índice de aislamiento, que muestra la probabilidad de que la persona de un grupo comparta la unidad geográfica con otra del mismo grupo, apunta en el mismo sentido: aunque se encuentra sesgado por el tamaño de la población que se considere –por ejemplo, menos de un 2% de los habitantes son personas mayores con NBI y entonces es baja la probabilidad de que compartan una manzana-, el aislamiento de los jóvenes pobres y el de los mayores con necesidades básicas satisfechas es algo superior al que cabría esperar dada su cantidad.

Tabla 13. Dimensiones de la segregación según manzanas y grupos de edad/económicos, Montevideo

	Disimilaridad (IS)	Exposición (xPx)	Concentración (ACO)	Centralización (ACE)
Mayores con NBS	0.27	0.17	0.81	0.46
Adultos con NBS	0.22	0.36	0.68	0.41
Jóvenes con NBS	0.20	0.17	0.79	0.42
Mayores con NBI	0.33	0.05	0.91	0.35
Adultos con NBI	0.33	0.14	0.80	0.22
Jóvenes con NBI	0.37	0.12	0.83	0.23

Fuente: Elaboración propia en base a INE 2011

Si se consideran los índices que contrastan dos grupos, uno contra otro, que es más usual en la disciplina que tomarlos en forma aislada, queda aún más expuesta la retroalimentación entre las distancias geográficas, económicas y de edad. La mayor

disimilaridad aparece entre los jóvenes con NBI y los mayores con NBS, las poblaciones distribuidas en forma más diferencial. En la lectura porcentual que suele usarse para interpretar el ID, habría que movilizar a la mitad de ellos para que se distribuyeran en forma homogénea. También la centralización relativa confirma que las relaciones entre la segregación “integrada” y la “excluyente” se incrementan cuando se introducen en conjunto las relaciones económicas y de edad junto a las geográficas: es mucho mayor entre jóvenes pobres y mayores no pobres.

Esta distribución sigue el patrón de la configuración urbana montevideana. Los índices permiten visualizarla con claridad y formular el papel que juega la edad como una radicalización de las dos dinámicas que aparecen en la segregación residencial, una integradora, concentrada y centralizada, y otra excluyente, más disimilarmente distribuida y periférica; las relaciones de edad intensifican estas pautas geográficas entre las posiciones económicas⁴⁴.

Tabla 14. Dimensiones de la segregación, índices relativos entre grupos de edad según NBI y entre jóvenes con NBI y grupos de edad con NBS, Montevideo 2011

	Disimilaridad (ID)	Exposición (XpY)	Exposición (YpX)	Concentración (RCO)	Centralización (RCE)	Aglomeración (Moran)
Mayores con/sin NBI	0.3933	0.1261	0.0266	-0.1470	0.1376	0.114758
Adultos con/sin NBI	0.4055	0.2600	0.0744	-0.1816	0.2255	0.149184
Jóvenes con/sin NBI	0.4321	0.1213	0.0589	-0.1852	0.2125	0.21111
Jóvenes con NBI/ Mayores con NBS	0.5066	0.0899	0.0496	-0.2305	0.2562	0.175914
Jóvenes con NBI/ Adultos con NBS	0.4490	0.2478	0.0552	-0.1655	0.2032	0.135203

Fuente: Elaboración propia en base a INE 2011

⁴⁴ Los índices también permiten realizar aproximaciones a las consecuencias perversas de esta pauta urbana, mencionadas en el primer capítulo del análisis y en el Anexo, y se evidencia cómo los jóvenes de posiciones económicas inferiores están particularmente expuestos a estas consecuencias perversas. No es un diagnóstico tampoco novedoso, ya fueron señaladas por R. Katzman (1999, 2005, 2006) ni propio únicamente de Montevideo. Por ejemplo, Sierralta (2008) localiza un patrón similar en Santiago de Chile. Considerando el retraso escolar entre jóvenes de 15 a 19 años, la maternidad adolescente y los jóvenes que no estudian, trabajan ni buscan trabajo, apunta que “los problemas sociales afectan más a los jóvenes que viven en áreas de alta concentración de pobres que a aquellos que viven en áreas en las cuales otros grupos sociales también habitan” (2008:33).

De la consideración de los índices relativos se desprende además otro señalamiento de particular relevancia, éste en relación a la dimensión de exposición, que suele ser interpretada como la posibilidad de encuentro, de interacción, entre dos grupos sociales.

Como se apuntaba en el primer capítulo del análisis y se desarrolla en el Anexo, para F. Sabatini y varios autores de referencia en la región la exposición es la dimensión más relevante y explicativa en el análisis de las consecuencias perversas de la segregación, expresiva de la homogeneidad de las unidades geográficas. Efectivamente, desde este ángulo aparece con particular nitidez la segregación residencial en base a las posiciones económicas, geográficas y de edad: la probabilidad de que, dada una persona mayor con NBS en la manzana o el barrio, si se encuentra con otra persona, ésta sea un joven que reside en un hogar pobre, que se interpreta como la “probabilidad de encuentro” es del 5%. Y la posibilidad, que no es simétrica, de que una persona joven con NBI se “encuentre” en su misma unidad geográfica con una persona mayor sin NBI es del 8%, con un joven del 12% y con un adulto del 25%.

En el sistema de visibilidades que tiene lugar bajo el indicador de “interacción”, “exposición” o “encuentro” gravita entonces gran parte del asunto. Las bajísimas probabilidades de interacción en la misma unidad parecen factores muy relevantes para comprender los efectos de la segregación residencial.

Si a esto se agrega, como se señalaba en el tercer capítulo del análisis, la existencia de circuitos urbanos, de movilidades altamente diferenciales en estas posiciones económicas, geográficas y de edad, el sistema de visibilidades, más bien una cierta invisibilidad, se demuestra clave. Pero estudiarlo únicamente como la probabilidad de corresidir con una persona del otro grupo en la misma unidad geográfica sólo permite un acercamiento superficial. Para profundizar, para comprender, es necesario considerar la dimensión subjetiva de la segregación, donde se encuentra su sentido.

La perspectiva del habitante: los jóvenes como problema

En la percepción subjetiva de los habitantes estriba la posibilidad de comprender la asociación entre la segregación urbana y las personas jóvenes, y la mayor parte del problema. Es aquí también donde se puede profundizar en las implicancias de las bajas probabilidades de encuentro en Montevideo. Como se ha señalado ya en forma recurrente (Lefebvre 1972, Harvey 2013, De Certeau 1999), la perspectiva de la

población, tanto en su concepción de la ciudad como de la juventud, no solo soslaya relaciones estructurales que la atraviesan sino que también y fundamentalmente permanece separada, por encima, disociada, de la vida cotidiana de las personas y sus percepciones, que es al fin y al cabo el espacio donde la segregación adquiere sentido y donde tiene lugar la interacción.

Desde la perspectiva de los habitantes, la importancia de las relaciones de edad en la ciudad y la asociación entre la juventud y el malestar urbano se plantea en forma inmediata. Así, cuando en los grupos de discusión realizados en 2014 en Montevideo se pregunta por los principales problemas del país, en todos se apunta en un único sentido, que rápidamente recoge consensos: hacia los jóvenes pobres, sin códigos ni educación, que se asocian con la inseguridad y una mirada decadentista de la ciudad:

“-Para mí uno de los problemas principales, que todo el mundo se está quejando, que es vox populi, es el tema de la pobreza que cada vez agarra más generaciones sociales que no trabajan, ni estudian, los "nini" eso me parece que hoy en día es muy latente sobre todo por cómo lo tenemos que soportar todo el resto de la clase activa económicamente. Después otra cosa que yo siempre me quedo bastante asombrada es la basura, es una ciudad sumamente sucia, y bueno la tercera obviamente que no puede faltar es la delincuencia que viene todo a raíz de lo primero de lo que dije. – Sí, yo estoy de acuerdo con todo eso.”(NSE medio, jóvenes, mixto, 2014)

La percepción de la juventud actual como problemática también era notoria en 2007: según datos del Latinobarómetro (2008) el 43% de los uruguayos pensaba que los jóvenes actuales eran “violentos” o muy “violentos”. Desde la perspectiva de los habitantes, en las conversaciones en los grupos de discusión sobre la ciudad de ese año, también aparecían señalados en forma recurrente como los principales vehículos del malestar urbano, del cambio de los tiempos.

“- Más sueltos los veo ahora. - Son más independientes. - Son irresponsables. Yo creo que en un tiempo eran tus padres que te decían “esto lo tenés que hacer” ¿o no? - Ves que hacen cualquier cosa, hacen lo que quieren, como quieren. - Como que no hay más respeto. - No, no, el respeto no existe, para

nada. - Pero ya desde la escuela... - Sin nombrar la droga que anda así a full, con todo. - Mucha diferencia” (NSE bajo, adultos, mujeres, 2007)

De los grupos de discusión surgen numerosas historias y rumores basados en experiencias y anécdotas vividas en carne propia pero fundamentalmente por otros, que soportan este diagnóstico. Se apunta por ejemplo entre los adultos *“es difícil, es muy difícil, los jóvenes de ahora...”*, y la evaluación se transmite con expresionismo, apelando a imágenes y retóricas inflacionadas (*“no disfrutan de la vida, no aprovechan la juventud que tienen”*), con hipérbolos y figuras del lenguaje, o con argumentos: *“(en la ciudad) ingresaron otro montón de cosas, jóvenes, droga... y que les mueve la cabeza y ya no razonan”*.

Un vehículo privilegiado para estas anécdotas y rumores son los medios de comunicación, que generalizan y señalan a los jóvenes en forma desproporcionada (Bayce 2010, Viscardi 2010, Viscardi y Barbero 2011)⁴⁵.

Con fines ilustrativos, y considerando el año 2011 (Aguiar 2012), en el periódico uruguayo de mayor tiraje aparecieron 424 noticias que mencionaban las palabras "joven", "juventud" y sus derivados: 220 mencionan las palabras joven o jóvenes en el título. Algo más de una de cada tres noticias, el 38%, contiene en el título referencias a asuntos policiales: crímenes, muertes violentas, baleado, asesinado, detenido..., y una de cada 6, referencias a problemas de tráfico, choques o accidentes (al fin y al cabo también una “amenaza urbana”). De modo que más de la mitad de las noticias que mencionan a los jóvenes y la juventud se concentran en estas dos temáticas -en las que, por otra parte, los jóvenes nunca fungen como “fuentes”, como agentes en la interpretación, sino como actores pasivos, en la amplia mayoría de los casos como victimarios.

⁴⁵ En un contexto donde la baja coresidencia no propicia la interacción, la visibilidad mediada de los mundos otros es fundamental. El análisis crítico de discurso (ACD), una de las escuelas más relevantes de análisis de discurso en la actualidad, organizada en torno al trabajo de T. van Dijk (1992, 2001, 2006) y de la revista *Discurso y Sociedad*, se concentra específicamente en la representación positiva del endogrupo y la representación negativa del exogrupo, buscando demostrar el conflicto mediante la caracterización de cómo hablamos de “Nosotros” y de los “Otros”. Y como en el terreno discursivo no sólo importa lo que se dice sino también lo que no se dice, también analizan cómo no se habla de nuestros aspectos negativos y tampoco de los aspectos positivos de los segregados. El análisis de prensa es una de las estrategias más utilizadas en el ACD para profundizar en el proceso de señalamiento de la minoría peor de los segregados y el destaque de los aspectos de la minoría mejor propios (así Bastida (2006) Zapata (2007) o A. Bañón (2003)).

Varios estudios sobre juventud han señalado entonces el sesgo de su asociación en los medios de comunicación con la delincuencia. Sin duda, cuando los adolescentes cometen el 6% de los delitos y dos de cada tres personas piensan que son responsables de más de la mitad, existe una escisión entre las representaciones y la situación real⁴⁶.

La proporción de delitos cometidos por jóvenes es por supuesto relevante, pero el asunto es que a su vez aparece con claridad una intensa inflación imaginaria: la sensación de inseguridad ha crecido 600 veces más que los homicidios intencionales entre 2006 y 2012 (Caetano 2015). Así, aparecen en el discurso de las personas en los grupos de discusión asociaciones demasiado automáticas entre juventud y delito (Chouhy et. al. 2010); por ejemplo en la siguiente cita, donde una conversación sobre una chica joven deriva rápidamente hacia la inseguridad:

“- Mi hija que tiene 17 años me dice "mamá como vos me criaste a lo que son los chiquilines". Y es verdad yo la crié a la manera que me criaron a mí. Y ella ahora está criando distinto a sus hijos y está perfecto. Y el nieto, yo tengo un nieto ahora de 5 años ¡te hace cada pregunta! Yo me siento a veces avergonzada y no sé qué decirle. ¡Es que está preguntando realidad de cosas! – Pero, ¿vos viste cómo ahora te agarran la cartera y viste como tiran a las personas de edad para sacarle un peso? La lastiman y todo. ¡Da miedo andar en la calle! –Claro, también ha cambiado mucho.” (NSE bajo, mayores, mujeres, 2006)

Nos encontramos ante lo que Allport (1962) podría denominar como prejuicio, donde la justificación de la “reputación bien merecida” parece infundada. En demasiadas oportunidades, en el discurso sobre los jóvenes se generaliza las características de su “minoría peor”; se ponen en juego argumentos “pars por toto”. Por parte del mundo adulto, el proceso mediante el que la autoimagen se refleja en su minoría mejor puede detectarse por ejemplo en la relevancia del eje “antes-ahora”: la mirada nostálgica que selecciona lo mejor del pasado para contraponerlo a lo peor del presente.

⁴⁶ Es un hecho extendido que la población que se interpreta como problemática y que causa miedo sea de algún modo hiperbolizada, exagerada. Un informe de The Guardian en 2014 (Nardelli y Arnet 2014) mostraba cómo los británicos creen que la cantidad de musulmanes viviendo en el Reino Unido es cuatro veces mayor al número real, la misma desproporción que en Francia. Los estadounidenses, 15 veces mayor. Los alemanes consideran que el embarazo adolescente, atribuido a los inmigrantes, es 35 veces peor que lo que realmente es.

Establecidos y marginales

De algún modo estamos nuevamente ante un proceso de limitación entre establecidos y outsiders, grupos que estaban antes y otros que llegaron después, como señalaba Elías (1994) y se mostraba en el cuarto capítulo del análisis. El sociólogo alemán planteaba varios engranajes centrales en la configuración de esas relaciones en lo que tienen de trama de interacciones urbanas. Ya se mostró arriba la circulación de “anécdotas y rumores” y de argumentos “pars por toto”. Pero en primer lugar, con particular énfasis, Elías planteaba que el espacio de los establecidos suele concentrar los espacios de poder legítimos y presentar una mayor cohesión. ¿Tiene sentido esta afirmación para las relaciones entre jóvenes y adultos y mayores en Montevideo?

Efectivamente, Uruguay es un país con una pirámide poblacional particularmente envejecida, pero además existe una muy desigual distribución de recursos en las relaciones de edad. La relación entre la proporción de pobreza en edades jóvenes y en edades adultas o mayores es récord en América Latina: la tasa de pobreza entre quienes tienen entre 15 y 24 años es cinco veces superior a la de los mayores de 55 años (Cepal 2014), y la de los adolescentes entre 13 y 17 ocho veces superior a la de los mayores de 65 (INE 2015). Uruguay ocupa el peor lugar – alejado de los países de la región- en materia de sesgo generacional (Rossel 2013).

Esta posición desfavorable de la juventud aparece en numerosos otros aspectos: Uruguay se encuentra entre los países del continente con más proporción de suicidios juveniles (MSP-ODM-Mides 2013) o de personas jóvenes presas, o con una mayor brecha en cuanto a desempleo y empleo informal entre jóvenes y adultos (OIT 2007).

No es una situación novedosa: ya en 1990 Katzman y Filgueira constataban una desigual distribución de activos por edad. Y la situación se agudiza en el período; así, en la crisis de 2002 se llegó a una situación donde la mitad de los niños nacían en situación de pobreza y las políticas sociales posteriores, si bien mejoraron fuertemente la situación, incidieron menos en lo que se ha dado en llamar, en la línea de C. Rossel (2013), el “desbalance etéreo del bienestar”. Además, los partidos políticos, los legisladores, son también envejecidos (Serna 2012): los últimos cuatro presidentes, por ejemplo, tenían más de 65 años.

Los jóvenes son también más heterogéneos. Tiene lugar una creciente distancia en términos socioeconómicos al interior de este grupo de edad. Por ejemplo, si se distingue entre ellos en función del clima educativo del hogar en el que residen, concluyen estudios secundarios menos del 20% de los jóvenes en hogares de clima bajo, algo menos del 25% en clima medio, y casi el 80% de los que residen en hogares con clima educativo alto (Filardo 2010). No sólo las tasas de egreso de secundaria son las más bajas de la región, sino también es mayor la diferencia de resultados entre estudiantes de quintiles económicos inferiores y superiores. La desigualdad económica al interior de los jóvenes se muestra en numerosos resultados que también pautan una tendencia al crecimiento de las diferencias. Por ejemplo, el promedio de América Latina es que las mujeres pobres tengan casi 4 veces más hijos que las que no lo son. Esta distribución diferencial se multiplica para el caso uruguayo, donde la proporción ronda las 15 veces (Rossel 2013).

Por otra parte, desde hace décadas varios autores han puesto de manifiesto la enorme y creciente diversidad cultural juvenil: por ejemplo la existencia de subculturas y tribus urbanas (Hall 2014, Maffesoli 2004), también en Montevideo (Filardo 2002 y 2004). En este marco, se señala la necesidad de pasar de un discurso centrado en “la” juventud, a otro que tome como base “los jóvenes”, y se insiste en la necesidad de considerar en conjunto los elementos estructurales, las fracturas socio-económicas, con las culturales. Planchas o “menores infractores” en Uruguay, Flytes en Chile, pibes chorro o villeros en Argentina, concentran los señalamientos y la polarización social, económica y cultural entre los jóvenes.

En términos socio-económicos entonces puede sostenerse la existencia de una desigualdad importante entre adultos y mayores y jóvenes en Uruguay, y una mayor heterogeneidad de estos últimos, que aparece también en el nivel cultural. Esta situación además se mantiene hace varias décadas: está diagnosticada desde los años 90. Pero por otra parte, evidentemente, cada grupo de edad es demasiado variado como para que no resulte superficial postular algo más que una dinámica general, poco esclarecedora aunque sin duda relevante.

N. Elías planteaba en el mecanismo de distinción entre establecidos y outsiders otro último componente, junto a la circulación de anécdotas y rumores y el acceso diferencial a los espacios de poder y la mayor homogeneidad de los establecidos: las

relaciones Nosotros/Ellos que se establecen sobre las fronteras, que implican procesos de identificación intencional de las posiciones.

Y en este momento ya cabe ser más preciso, porque no solo desde una perspectiva poblacional o desde la investigación especializada se aprecia la heterogeneidad entre los jóvenes, modulada en términos económicos, educativos, culturales, también para la mayoría de los habitantes es evidente la generalización, que no todos los jóvenes son iguales.

Cuando en los grupos de discusión, tanto en 2006/2007 como en 2014, se tematiza el malestar urbano y en particular la inseguridad, se coincide en señalar a los jóvenes. Pero también suele aparecer en el debate el matiz que insiste en que los hay valiosos y esforzados, se valora su ánimo, se enfatiza la responsabilidad de las familias, se menciona que tienen pocas oportunidades en este país envejecido y en estos tiempos que corren.

“- La forma de vida de hoy, a pesar de que pueda haber un contexto de familia sano, muchas veces las tentaciones están ahí, es más fácil fumarse un porro o tomar un vino, o yo que sé, o tirarse al... - O sea, hay jóvenes que son más vulnerables que otros ¿no?” (NSE bajo, adultos, mixto, 2006)

Así, una vez puesto sobre la mesa explícitamente, las personas acuerdan que el proceso de señalamiento a la juventud es demasiado general. Todos conocemos a jóvenes, y además la imagen negativa coexiste con una exaltación como momento vital; en los periódicos aparecen junto a las noticias que asocian a la juventud predominantemente con ciertos temas, en particular la inseguridad, fotografías que muestran a jóvenes deportistas o figuras del espectáculo. Son ciertos jóvenes los que desencadenan el mecanismo “establecidos/outsideers”, su minoría peor.

La identificación, la relación nosotros/ellos, entonces, se especifica. Presenta dos niveles, dos momentos de establecimiento de fronteras. En primer lugar, se señala a los jóvenes en general, más heterogéneos y recién llegados, desde un mundo adulto más cohesionado, establecido. Rumores mediados, anécdotas, experiencias concretas, afirman una generalización que aparece en retóricas o desplazamientos basados en la minoría peor de los jóvenes. Aparecen argumentos pars por toto, prejuicios, anécdotas

que tienden a enfatizar aspectos negativos. Pero este señalamiento es demasiado general, y las personas lo perciben. Todos conocen a jóvenes que son buenas personas. Así, en un segundo momento, y esta vez sí en forma consensual, indiscutida, el señalamiento apunta más en concreto hacia algunos de ellos: los “*marginales*”. La palabra dice a quienes se segrega efectivamente, distingue a ciertos jóvenes: los pobres, varones, que viven en barrios periféricos, en una gramática de la extranjería que articula las posiciones económicas, geográficas, de sexo y de edad.

Ellos y nosotros I. Extranjeros

La recurrente imagen de lo marginal es especialmente sugerente: reúne y sitúa en un tipo humano las acepciones a las que, como se señalaba al principio de la tesis, remite la segregación: "1. Separar o apartar algo de otra u otras cosas; 2. Separar a una persona o a un grupo de personas por motivos sociales, políticos o culturales. 3. Secretar, excretar, expeler", apunta la Real Academia Española. Un primer componente de distinción, uno segundo de hostilidad, y un tercero geográfico. Todos ellos presentes en la figura de los marginales, respecto de los que se establece una frontera, se identifican “nosotros” y “ellos”, se califica a los segundos, más anómicos, con antipatía, un pathos diferente, opuesto al nuestro, y se los pone fuera.

El adjetivo es una de las denominaciones más recurrentes para las zonas consideradas “interdictas” (Bauman 2010), áreas de fuera que están prohibidas desde las posiciones superiores, tanto entre los más jóvenes (“- *¿A qué lugares de la ciudad no irían? - A los lugares marginales, a las zonas marginales*”) como en los adultos y personas de mayor edad (“- *¿A qué lugares de la ciudad no irían? - Y bueno a los barrios marginales*”).

Pero la marginalidad no está solamente fuera geográficamente. Como se señalaba, la traducción al español de “Establecidos y outsiders” opta por traducir este último concepto como “marginales”. Son personas las que la portan y representan, más incluso que los lugares periféricos: es un apelativo reiterado en las posiciones geográficas superiores y medias para denominar a quienes residen en esas zonas y por parte de quienes perciben un comportamiento hostil: “- *Gente marginal, que ya nomás te ven y te vienen a molestar*”. Y en Montevideo el marginal tiene un rostro definido, en simultáneo geográfico, económico, de edad y de sexo.

Por su parte, los jóvenes de posiciones geográficas y económicas medias y superiores, que comparten la posición de edad con los principales acusados del malestar, acompañan este “desplazamiento del estigma”. Cuando se apunta a la juventud señalan que no son todos ellos en general los causantes del malestar urbano, sino algunos: nuevamente los marginales. Lo mismo sucede entre quienes viven en barrios periféricos y son señalados por otros como marginales: ellos se desprenden de la etiqueta, que resulta móvil, y distinguen otros muy cerca, casi al lado, a los que también ponen por fuera, como extranjeros o extraños, en un proceso casi fractal.

Los acercamientos fenomenológicos permiten profundizar en el funcionamiento de esta dinámica. La aparición del otro en tanto objeto intencional⁴⁷ tiene lugar a partir de una representación en la conciencia de cada uno, se forma a partir de un conjunto de relaciones “precaracterizadas”: como se mostró en el segundo capítulo no se interactúa solamente con “otros” sino con “tipificaciones de otros” desde un “uno mismo” posicionado, localizado en el espacio social.

La variante más importante para la tipificación es la distancia social: “el mundo de los contemporáneos está estratificado según niveles de anonimia. Cuanto más anónimo es el tipo (mediante el cual se experimenta a un contemporáneo), tanto más vigorosamente objetivado está el contexto de sentido que se introduce subrepticamente en el Otro” (Schutz 2008:92).

El grado de anonimia de un tipo social individualizado depende de la facilidad con que la relación pueda convertirse en una relación Nosotros. “Cuanto antes pueda experimentarse inmediatamente las características típicas de ‘alguien’ como propiedades de un semejante, como componente de su vida consciente, tanto menos anónima es la tipificación aludida” (Schutz 2008:99). Así la extrañeza, la distancia social de una tipificación, es entonces inversamente proporcional a la plenitud de su contenido.

⁴⁷ Como se señalaba en el segundo capítulo del análisis, el gran descubrimiento de Husserl en sus Investigaciones lógicas fue la noción de intencionalidad. Husserl comprendía la conciencia como el conjunto de vivencias definidas por el hecho de ser intencionales, que reaccionaban al “aparecer”, presenciar o pensado de un objeto. La orientación de la intención es teleológica, la conciencia proyecta la relación del signo hacia el objeto: “Hacer presente al objeto en la conciencia significa representar u objetivar. No podemos juzgar, desear, etc., sin que el objeto juzgado, deseado, etc., no nos sea presente” (Husserl cfr. Herrera 1986:139). La intencionalidad es un acto de donación de sentido ante el aparecer en cualquiera de sus formas la idea de cierto objeto, en este caso ciertos jóvenes, más allá de sus características objetivas del objeto.

“La unidad del contemporáneo se constituye originalmente en la síntesis de mi explicación del acervo de conocimiento referente al mundo social. En esta síntesis, puedo coordinar procesos conscientes típicos dentro de una sola conciencia; formo un tipo individualizado. Cuanto más fácilmente puedo asociar este tipo a mis experiencias de un anterior semejante, tanto más simple se hace esto” (2008:89)”.

Montevideo es una ciudad con una configuración consolidada, con dinámicas incluyentes y excluyentes de segregación residencial, con circuitos de movilidad diferenciales, donde la desigualdad entre jóvenes y adultos y mayores que desfavorece a los primeros también se sostiene en el tiempo, y con una bajísima posibilidad de que personas sin NBI, en particular las más mayores, residan en las mismas unidades que los pobres de posiciones de edad inferiores, estén “expuestos” a ellos.

Así, se configura un sistema de visibilidad dominante, establecido, desde el que la anonimidad, la distancia social respecto a los jóvenes que efectivamente vienen de afuera es intensa, y donde las experiencias de anteriores semejantes se encuentran teñidas de anécdotas vividas o narradas, rumores, y pocas posibilidades de encuentro. Desde esta posición las personas marginales, que representan el mayor malestar urbano, son jóvenes que saltan una distancia económica y geográfica, una frontera tácita, y son presentados como extranjeros.

Tanto Simmel como Schutz dedicaron sendos ensayos a esa figura del “extranjero” (también “extraño” en alemán), en tanto caso extremo de distancia social. En Simmel, es analizado como un tipo humano, una figura forastera en el paisaje urbano que viene de afuera, está cerca y contiene diversas posibilidades “peligrosas” -por ejemplo, con frecuencia fuente de “disturbios”. Como resume A. Penchaszadeh (2008), “el extranjero (para Simmel) es el ‘afuera’ por definición. Convoca una serie de imágenes vagas y ambiguas, pero a la vez concretas y estructurantes del espacio social y político. Permite dar forma a la frontera de lo social: para que exista un nosotros tiene que haber un límite de extensión, esto es una distancia de lo otro, de lo que no somos. La pregunta del extranjero nos retrotrae a las condiciones no-incluyentes de toda inclusión, de todo (no)ser-con-otros”.

Schutz, por su parte, remitiendo a Simmel, también analiza la extranjería desde el punto de vista de la integración en el endogrupo y la existencia de pautas culturales. Puntualiza que las narraciones referidas a extranjeros implican un nivel de generalización particularmente alto, porque la distancia social que nos separa del que viene de fuera es máxima, la anonimidad es mayor y en consecuencia las tipificaciones en torno a la identidad cultural se vuelven más generales, más abstractas. La clausura en torno al rostro del otro en el terreno del ideario ha de traspasar una densa brecha.

Las maneras de caracterizar y dirigirse intencionalmente al Otro extranjero permiten entonces acercarse en forma abstracta (de algún modo en tanto tipo ideal), a la consideración del afuera, de la frontera social. El extranjero, como muestra Benveniste, es “aquel en el que confluyen las figuras del *hospes* —aquel que puede ser recibido por el dueño ‘maître’ de casa, con toda la filiación que encierra este ‘recibimiento’, con la cuestión de la potestad, de la autoridad y de la soberanía— y del *hostis* —el enemigo que pone en marcha los mecanismos de compensación por los cuales se establece la noción de ‘comunidad’ como conjunto de hombres unidos por ciertos lazos de reciprocidad.” (Montadon, 2011). Más actualmente, Bauman (2010) se ocupa de esta invasión y la percepción de desconfianza y miedo que provocan los extranjeros, en una acepción amplia del término: no sólo quienes vienen de otros países, sino quienes representan otro radicalmente distinto dentro de una misma nacionalidad: el extranjero implica siempre la violación, el salteo, de la estrategia básica de higienización social que describe Foucault (2000).

La segregación a los “marginales” en Montevideo desde el punto de vista de los establecidos, quienes estaban antes y con mayor cohesión y homogeneidad presentan una consolidada distancia social respecto a las posiciones económicas, geográficas y de edad inferiores, aparece como una “gramática de la extranjería”. ¿Qué sucede con quienes portan en sí lo extraño, lo ajeno?

Ellos y nosotros II. Bárbaros

En las posiciones económicas y geográficas inferiores los sujetos señalados como causantes del malestar también son “marginales”, que se ponen por fuera: “- *Es gente marginada. -Es gente marginada. - Gente humilde, gente mala. - Gente fea, casi todos... (risas)*”. Son extraños, adjetivados casi en los mismos términos, quizá con una retórica

aún más intensa y cargada figurativamente que en las posiciones superiores: “- *Se creen los reyes, porque son planchas, andan de vivos. - Los malandros... - Los rastrillos, porque no son malandros, son rastrillos*”.

Pero, como se señalaba en el tercer capítulo del análisis, a diferencia de las relaciones “ellos” con alto nivel de anonimidad, los señalamientos en las posiciones económicas inferiores están apoyados en un más profundo conocimiento de la comunidad (“*todos sabemos quiénes son, están acá al lado*”), y se remontan a situaciones vividas que forman parte del acervo de conocimiento con mayor intimidad y cotidianeidad. En este marco, tienen lugar dos movimientos en simultáneo.

De una parte, se resiente el señalamiento, se acusa recibo. Desde las posiciones económicas y geográficas superiores se presentaba con enorme evidencia y generalidad a los marginales como extranjeros: “*Es como que la gente más marginada se maneja dentro de su ámbito, ¿no?*”. Y desde las posiciones inferiores esto se percibe y se denuncia como una injusta generalización “pars por toto”, un prejuicio: “*al ser un barrio marginado la gente piensa que hay mucho puterío en las esquinas*”, apuntan por ejemplo. Encuentran que desde las posiciones económicas y geográficas superiores se “*discrimina a gente que vive en asentamientos y barrios marginados*”.

Pero por otra parte, y fundamentalmente, se desplaza el señalamiento del que son objeto, en forma “horizontal”, hacia otros cercanos, éstos sí culpables. Como se apuntaba en el tercer capítulo del análisis nos encontramos ante la alegoría, el cronotopo, del cerco, donde los extranjeros culturales viven casa por medio: “- *A mí no me gustaba que vinieran compañeros a mi casa porque escúchame, los tengo al lado, la boca, hasta el día de hoy*”.

Los sujetos a los que se apunta son también mayormente jóvenes pobres, se los califica como marginales, pero ahora son personas, familias, lugares más específicos y próximos: la percepción de violencia cotidiana es mucho mayor:

“-*Diferentes grupitos de jóvenes que se juntan y se adueñan de lugares, que después no podés ir porque sabés que es para tener quilombo. -Eso pasa en todos lados... -Ta pero acá pasa mucho más... Acá igual te matan.*” (NSE bajo, adultos, mujeres, 2007)

¿En torno a qué frontera se establece la segregación en la ciudad en las posiciones económicas y geográficas inferiores?: se apunta a maneras de pensar, de razonar; son violentos, agresivos, incomprensibles.

“- Son distinta clase de vida, distinta clase social son. Donde ellos tienen otra manera de ver la vida, otra manera de razonar, otra manera de pensar, y son la manera de ellos. Yo no sé cómo tratar de hablarles porque vos llegas a pasar por delante de una barra y no sabés qué te va a pasar: te quedás callada y seguís de largo. Seguís de largo. (NSE bajo, jóvenes, mixto 2006).”

Con claridad, se plantea como un asunto de “códigos”. Es una noción que aparece con frecuencia, en particular en los grupos de edad superiores para referirse a los jóvenes en general; pero se señala insistentemente en todos los grupos de discusión de las posiciones económicas y geográficas inferiores: “*se han perdido los códigos elementales de educación*” o “*en el barrio se perdieron los códigos*”. Son menciones reiteradas entre los adultos; también los más jóvenes distinguen entre ellos apuntando que son algunos los que tienen “otros códigos”. A medida que la distancia física es menor, y más frecuente la presencia y el aparecer del otro, la extranjería se especifica, se define. Y la noción de códigos, que implica formas de pensar, de actuar, de hablar, demarca cierto tipo de extranjería: aquella del bárbaro, que no atiende a razones, amenazante, hostil.

En fragmentos bien conocidos de la *Política*, Aristóteles defiende la superioridad griega argumentando que los extranjeros no tienen un dominio del logos racional, y explicando de ese modo sus costumbres, la falta de control de sus apetitos animales por no poseer plenamente desarrollada la inteligencia intelectual ni la razón gobernante. Se refiere tácitamente a sus vecinos persas, y tanto él como Platón (en el *Sofista* y pese al extraordinario razonamiento sobre la alteridad de ese trabajo) justificaron en las bárbaras costumbres las “guerras preventivas” contra ellos.

La palabra castellana bárbaro deriva de la latina *barbarus-a-um, barbaria* o *barbar(ic)us*, que significa, en primer lugar, el extranjero. La voz latina, por su parte, deriva de la griega *barbaros*, que designa al no griego, pero en particular cierto tipo de foráneos: aquellos salvajes, rudos, que solo parecen balbucear cuando hablan. La noción de barbarie, asociando extranjería con salvajismo, con el idioma, con la razón, con

hábitos crueles e incapacidad de un gobierno adecuado no sólo la heredan los romanos, que la aplican a galos, godos, visigodos, celtas o cartagineses en todos los casos con los mismos atributos. Con idénticas connotaciones a las de Aristóteles, aparece también en la región ya en la polémica del s. XVI sobre la humanidad de los nativos latinoamericanos entre B. de las Casas y J. G. de Sepúlveda (Arguedas 1995) y en los diagnósticos de la región como los de J. L. Leclerc Buffon o C. de Paw en el s. XVII, que señalan “el olvido de todo que significa ser animal racional” (Juncosa 1991:17), o en el conocido trabajo “Facundo” de Sarmiento (2005) en el s. XIX. Asimismo, desde el norte ha sido usual este “tipo bárbaro” para referirse a los países sudamericanos. F. Arocena (1996) muestra cómo las imágenes norteamericanas sobre América Latina oscilan entre un estereotipo bárbaro “ilustrado” y otro “romántico”.

También en Uruguay, J. Barrán detecta hacia el 1900 la presencia de sentimientos conductas y valores distintos a los que habían modelado la vida de los hombres en Uruguay hasta 1860. A esta nueva forma de ser la llama "civilizada". Son las décadas en que Uruguay se "moderniza", acompaña "su evolución demográfica, tecnológica, económica, política, social y cultural a la de Europa capitalista, entrando a formar parte de su círculo de influencia" (1990:15). Se reprime así “en sustancia una desobediencia, la del salvaje, a los dictados de la civilización (...): el bárbaro era un alzado contra dios y contra la ciencia” (1990:23). Pero como bien señala Barrán, como también sucedía en el “Facundo”, aquí los bárbaros no son extranjeros, no tienen por qué serlo; es más bien un asunto de sensibilidades diferentes entre coterráneos.

La barbarie se mantiene en su estructura retórica, aunque su objeto se desdibuja: ya no está fuera, sino que se imbrica en el espacio del “nosotros” (Bauman 2010). En el marco de la identidad formal, sempiterna, de la tipificación bárbara, se produce una modificación, un desplazamiento de los bárbaros hacia adentro. Las fronteras respecto a ellos ya no son sólo externas, si alguna vez lo fueron.

Los argumentos para caracterizar a los bárbaros son de cualquier modo en todos los casos idénticos: la lengua primitiva, la imposibilidad de educación moral e intelectual, la falta de contención, de razón intelectual o elevada y de razón gobernante. Bárbaro en su procedencia como onomatopeya del "balbuceo de la verdad, del logos que no se posee" (L. Zea 1988:2), que implica o asocia una cuestión de códigos, de razón y lenguaje que se proponen como inadecuados y ajenos, hacia los que propone o justifica

el conflicto, siempre con fines defensivos. En los hechos, también en todos los casos, la identificación de bárbaros “se trataría de una operación defensiva destinada a defender lo político, a salvarlo, a asegurar su supervivencia frente a otro que ni siquiera sería ya un enemigo político, sino un enemigo de lo político, un ser radicalmente extraño a lo político como tal” (Derrida 1995:109)⁴⁸.

Con los “jóvenes marginales” en Montevideo, provocadores de inseguridad, la formación discursiva más frecuente en las posiciones económicas inferiores también apela a los elementos recién reseñados: el logos, la actitud agresiva, el ocio, la falta de hábitos civilizados. No son de afuera. Tampoco es que sean vecinos con puntos de vista diferentes, que cabe argumentar y articular políticamente. Más bien ellos, su minoría peor, están fuera de los códigos de lo político.

Es evidente que hay algo de estructural en este proceso de rechazo a lo bárbaro. En términos de Levi Strauss:

“La actitud más antigua, y que probablemente reposa sobre fundamentos psicológicos sólidos, dado que tiende a reaparecer en cada uno de nosotros cuando somos colocados en una situación inesperada, consiste en repudiar pura y simplemente las formas culturales, morales, religiosas, sociales, estéticas, que están más distanciadas de aquellas con las cuales nos identificamos (...) La humanidad cesa en las fronteras de la tribu, del grupo lingüístico, a veces mismo en los límites de la aldea”. (L. Strauss, cfr. Bessone 2011:1102).

⁴⁸ El más conocido ejemplo teórico de esta asociación entre la afirmación del nosotros, la construcción del ellos y el conflicto al que invita la fundamentalización de esta distinción se encuentra en C. Schmitt, el teórico alemán del “realismo político” a mediados de siglo. En su trabajo más relevante, “El concepto de lo político”, Schmitt pretende aislar el predicado determinante, la diferencia específica de lo político, aquella a la que pueden reconducir todas las acciones y motivos políticos, y la localiza en “la distinción entre amigo y enemigo” (donde enemigo es aquel que de acuerdo con una posibilidad real, se opone combativamente a otro conjunto análogo: el enemigo es aquel considerado hostil). Si esta oposición desaparece, sostiene, y con ella la posibilidad de la guerra, la región llamada política pierde sus fronteras o su especificidad. Que la guerra tenga lugar o no, que esté decidida o no, que se haya declarado o no, es una alternativa empírica con respecto a una necesidad de esencia: la guerra tiene lugar, ha empezado ya antes de empezar, desde el momento en que se la considera eventual, y es eventual desde el momento en que es posible (Derrida 1995:106). En esta línea se profundiza en las conclusiones.

Quizá incluso sea un recurso demasiado humano, arquetípico, propio de la psicología social de los grupos, como plantea por ejemplo R. Girard explicando la exclusión de personas o grupos⁴⁹:

“El excluido está fuera de la norma. Él no es el testimonio de otro nomos, sino una anomalía, confunde las verdaderas distinciones que mantienen el sistema ordenado: él confunde el policía, el magistrado, el profesor y el padre. Él no sabe a quién debe tratar de Ud. o de tú. Más grave aún, él no adora los mismos dioses y no comprende las señales jerárquicas (...) Si en tiempos normales el grupo de incluidos adquiere naturalmente para sí una buena conciencia al aceptar, y hasta incluso ayudar, al grupo de excluidos tan manifiestamente diferente de él, y tan bien circunscripto por el lenguaje cotidiano, en tiempos de crisis es más fácil identificar en el excluido aquel que es responsable por la crisis. Las señales de exclusión se vuelven, entonces, señales victimarias.”
(1986, cfr. Bessone 2011:1091).

Constatar esa estructura invariable, que el discurso sobre la barbarie se mantiene idéntico pese a las circunstancias, pese a los contextos, pese al transcurso del tiempo, invita a sostener, como T. Luckmann, que hay un campo definido de tipos y figuras sociales que se ofrecen a la persona como posibilidades vinculantes u opcionales: "mientras los contenidos pueden ser similares o bastante diferentes según la época, la sociedad y el medio social en cuestión, la estructura de los procesos por los cuales el campo semántico es transmitido a cada uno y las figuras típicas se funden con individuos específicos no se modifica en lo esencial" (2007:26).

En sintonía con esto, para orientarse en el campo de tipos y figuras sociales Baumann y Gingrich (2004) proponen una noción débil (filosóficamente hablando) de la relación

⁴⁹ Posiblemente, esa figura expiatoria de algún modo exorcice el antagonismo de clase, capitalista, en un recurso ideológico donde el excluido, víctima sacrificial, representa el complemento espectral, el suplemento, que permite la clausura ideológica, como señala S. Žižek, quien con mayor influencia ha conceptualizado la conexión entre el antagonismo fundacional de la identidad y el funcionamiento del ideario: "La ideología en su dimensión básica es una construcción de la fantasía que sirve de soporte a nuestra realidad: una ilusión que estructura nuestras relaciones sociales efectivas, reales y por ello encubre un núcleo insoportable, real, imposible (conceptualizado por E. Laclau y C. Mouffe como 'antagonismo', una división traumática que no puede simbolizarse (...) la simbolización siempre fracasa, nunca logra "cubrir" por completo lo real, siempre supone alguna deuda pendiente, irredenta. Este real (la parte de la realidad que permanece sin simbolizar) vuelve bajo la forma de apariciones espectrales, que emergen en la misma brecha que separa para siempre la realidad de lo real, y a causa de la cual la realidad tiene el carácter de una ficción simbólica: el espectro le da cuerpo a lo que escapa de la realidad". (Žižek 2005:363).

entre identidad y diferencia, consistente en “formas” de otrificación”, que denomina “gramáticas” y define como “estructuras o esquemas clasificatorios que pueden ser reconocidos en una vasta variedad de procesos relacionados con definiciones de identidad y alteridad”. La “extranjería” y la “barbarie” son las gramáticas identitarias de la marginalidad.

Victimarios y víctimas

¿Y qué sucede, nuevamente, del otro lado? ¿Qué opinan los propios bárbaros, los unánimemente señalados como victimarios, culpables del malestar urbano? Es difícil conocer su voz, escucharlos⁵⁰. En 2015 realicé una serie de entrevistas y a partir de ellas una narrativa biográfica de “Pedro”, de 22 años. Nació en un asentamiento, en Maracaná sur, su madre tenía problemas psiquiátricos y su padre, ciego, murió cuando tenía cinco años. Fue a vivir entonces al Cerro con un padrastro que los golpeaba y abusaba de ellos. Luego los echó al Iname (Instituto del menor en aquel momento), pasaron por varios centros, a veces los venía a buscar el padrastro, a veces una hermana de la madre: “éramos niños y no entendíamos nada”, dice. “Fue un momento difícil, un calvario”. Cursó hasta 5º de escuela, le iba bien pero al comenzar esa circulación entre hogares perdió un año y quedó sin nada que hacer. Esa fue la primera vez, a los 11 años, que fue al Centro, a 18 de Julio. Le pareció lo más bonito que había visto en su vida: “las luces, los edificios enormes”.

“- Llegué y no podía creer, vi autos, la gente, pantallas gigantes, eso era el paraíso. Y me quedé aquí. Me quería quedar para siempre. De noche pasó un patrullero, y me vieron tan niño que me llevaron a la comisaría. Yo lloraba, me quería quedar ahí, dormir en la calle (...) Y así empecé, me encantaba el centro, hablábamos con la gente, nos cagábamos de risa todo el día, mirábamos todo. No conocía la ciudad, imagínate, todo eso me encantaba. Así que me empecé a escapar del hogar, me quedaba unos días en el centro, en la calle, hasta que me agarraba la policía. Primero me trataban bien, porque era un niño. Luego entré a la delincuencia y empezó a ser diferente. Éramos muchos, una barra. Nos habíamos juntado niños, una banda, como catorce pibes que estábamos en la calle, sin padres ni madres, que andábamos juntos, nos

⁵⁰ En Montevideo, cabe destacar el antecedente de R. Fraiman y M. Rossal (2009), que estudian las voces de los jóvenes de los “tres Malvín”.

cuidábamos entre nosotros, éramos nuestros padres y madres. Andábamos como unos gurises. Ahí arranqué a fumar, y con la delincuencia. Éramos unos fatales bárbaros”.

Se reconoce bárbaro sí, pero más tácita que explícitamente. Sin duda es un delincuente, con una profusa carrera.

“- Dormíamos en la AUF (Asociación Uruguaya de Fútbol, en el Centro), empezamos a robar. Agarrábamos de tres o cuatro a alguien y le sacábamos los championes. Tomábamos pasta base. También rapiñas. Andábamos con unos pibes que ya estaban zarpados. Y así empecé. Con 14 años tuve mi primer entrada, robamos un supermercado. Unas cuantas veces robamos también super y panaderías. Así tengo, como ocho entradas sólo de menor, a la Colonia Berro. Como 350 antecedentes, tengo en total. Nos metíamos con la gente, a veces con las mujeres. Estábamos en la plaza fumando porro, a veces en la Intendencia, viví años en la AUF. Los policías estaban podridos, llegó un momento en que solo nos veían ahí y nos agarraban a los palazos”.

Asume su trayectoria, pero no está de acuerdo en que sea una persona sin códigos. Aunque aún continúa robando, siempre dice haber tenido “límites”, una diferencia respecto a otros, parecidos pero peores, que por eso terminaron mal.

“- A la gente bien la respetábamos, gracias a dios tengo un corazón bueno. Siempre tenía un freno, tenía límites. Eso fue lo que me mantuvo vivo. Varios amigos murieron, otros se suicidaron, otros la quedaron en la cárcel. A todos les fue mal. No conozco uno que esté medianamente bien”.

Entiende que es señalado como “marginal”, pero denuncia la generalización, y en particular que se los juzga sin conocerlos, desde la distancia, sin derecho. Es necesario acercarse.

“- A veces me siento un marginal. Ahora no soy, vivo más bien en una pensión, ya no más en la calle. Estoy intentando salir de la droga aunque es difícil. Yo te puedo decir que los marginales son estos muchachos que viven en la calle, que andan vestidos de nike, los que andan robando. Pero a veces la gente pone en la misma bolsa a todos, por uno pagan todos y miran a todos igual. Una persona porque viva en la calle no quiere decir que sea un delincuente. No todos los que

viven en la calle o porque sean jóvenes son marginales. Para conocer a las personas tenés que acercarte y conocerla. Sin conocerlas ni acercarte no podés juzgar a las personas. El que habla y no se acerca a las personas y no las conoce, ese, es un antisocial”.

El mapa cognitivo urbano de Pedro es similar al de las posiciones económicas, geográficas y de edad inferiores, que se mencionaba en el segundo capítulo del análisis, pero aún más radicalizado. Conoce muy poco los barrios prósperos, aunque los ha recorrido. Allí es sin duda percibido como un marginal y atemoriza, con cierta justicia; por su parte, él percibe desprecio injusto, que no se lo trata como un ser humano.

“- Pocitos conozco de ir a hacer macanas, nomás. Antes cuando era niño iba con los carros a requechar con mi padrastro, a Pocitos, a Carrasco. Recorríamos todo. Pasaba por ahí por necesidad. La gente anda en la vida de ellos. Los veo así. Hay gente que te ve y agarra la cartera, que tiene miedo, pero hay de todo, y también gente bien, de buen corazón que te responde y trata bien. Pero a mí no me gusta Pocitos. Sentís el desprecio en la mirada, en cómo te hablan, he ido muchas veces a pedirle una moneda a una persona y te mira así como con asco y ni te habla. Y eso es feo. Te da rabia. Somos todos seres humanos. Me gusta más la gente normal, gente humilde, las casitas, que saludás y te saludan”.

Entiende a la gente que vive en los cantes: puede identificarse con ellos:

“- La gente que vive en los cantegriles es gente muy pobre, ¿no? Que no tiene recursos. Y no es lindo. Y debe ser difícil, viviendo en un rancho de lata, sin nada para comer. Y claro, algunos salen a robar, y corre mucha droga, pasta, que es la droga barata, en los cantes. Como también podés encontrar gente muy buena, humilde. No todo el mundo sale a robar. Mucha gente sale a requechar en un carro y van a la feria, y pienso que eso debe ser indignante para una persona. Laburar todo el día juntando basura, y no tener para comer, para darle cosas a tus hijos”.

Conoce otros jóvenes como él en “los barrios”, los “cante”. Dice que ahí son todavía peores, porque están más aislados. Son sin duda también los señalados como bárbaros en las posiciones geográficas inferiores:

“- En 18 de julio no podés estar fumando de día, todo el tiempo. Ahí, por ejemplo en el cante de Malvín Norte, que es donde más voy porque vive mi hermano, están una barrita de veinte, todo el día, día y noche. No tenés límite, perdés el control. Una cosa es drogarse en 18 de julio, y otra drogarse en Malvín Norte. Están perdidos, no tienen otra cosa que hacer”.

Pero también los entiende, puede explicar su situación. Son pobres, excluidos, como él, que no tienen chances, quedan afuera al carecer de los códigos necesarios.

“- Algunas veces pienso eso, pa, hay gente que gana miles de pesos, mucha plata, y gente que no tiene un pedazo de pan. No te da muchas oportunidades la sociedad esta, bo. Yo por ejemplo muchas veces estuve buscando trabajo, fui a muchos lugares, al Mides, a empresas, a varios lugares. Y no me llamaban de ningún lado. Y no es fácil si no tenés un estudio. Una vez me llamaron, pero yo dormía en la calle, y se me hacía difícil. No hay chances. Quedás afuera. Es complicada la mano. Porque vos viste cómo es, el presidente, ¿cuánta plata cobra? A mí me gusta la matemática, me gustaría llegar a ser arquitecto, primero tendría que terminar la escuela.”

Desde su punto de vista, y con justicia, él también, se siente una víctima.

“- Es duro vivir en la calle. Me pongo a pensar en mis padres, mi madre, me pegaban mucho cuando era niño, todo eso me angustia. Estuve en la cárcel. A veces me amargo mucho, me pongo triste, lloro cuando estoy solo. Me pongo a pensar en mis cosas. Entonces me angustio y me drogo y salgo por ahí y me mando macanas. Pero no voy a bajar los brazos. Me siento que no me supieron cuidar desde niño. Por eso terminé como terminé. Porque infunde mucho un padre en un niño. A veces querés un abrazo de una madre y no lo tenés, es bravo eso. Y eso aprendés. Fui una víctima de lo que me hicieron las personas, mi familia, la gente”.

Síntesis del apartado: hostilidad y víctimas de la segregación

Hay un conflicto en Montevideo. Un malestar en la ciudad, una serie de problemáticas, que apuntan principalmente a las personas jóvenes. En este marco, se planteaba la pregunta de cómo se puede profundizar, describir, interpretar y comprender el modo en que incide la segregación urbana en esta dinámica.

Para acercarse a esta situación se utilizaron las dos formas de abordaje presentadas en los capítulos anteriores: primero el nivel residencial mediante las dimensiones y los índices de la segregación propuestos por Massey y Denton (1988), incorporando las consideraciones realizadas en el primer capítulo y el Anexo del análisis. En segundo término, se analizan los grupos de discusión realizados en 2007 y 2014, tomando los resultados y el esquema desarrollado en el segundo capítulo del análisis.

Desde el punto de vista residencial no aparecen fuertes diferencias entre las posiciones de edad en cuanto a su disposición en la ciudad. Si se incorporan las relaciones económicas, la situación se clarifica: se detecta que las relaciones de edad intensifican la configuración urbana de Montevideo. La segregación “integrada” y la “excluyente” que se presentaban en apartados anteriores se incrementan, la primera en las edades mayores que no presentan NBI -el indicador multidimensional de carencias más utilizado en Uruguay-, y las más jóvenes con NBI radicalizan la estructura periferizada, disimilar y distribuida en la ciudad que aparece en la formación excluyente.

Pero en particular es relevante la dimensión de “exposición”, que se interpreta como las posibilidades de “encuentro” o “interacción” y se mide a partir de la probabilidad de que dada una persona con determinadas características, otra persona elegida al azar de la misma unidad residencial también tenga esas características (u otras que se quiera relevar). Por ejemplo, la probabilidad de que, dada una persona adulta o mayor con NBS, si se elige otra la azar de la misma unidad residencial sea otra persona joven con NBI, es del 5%.

En el Anexo del análisis se profundiza en las implicancias de esta medida, la “exposición”. De una parte, es claramente relevante. Junto a la segregación residencial “geográfica”, expresada por los índices de concentración, aglomeración, centralización y disimilaridad, la “social” se asocia fuertemente a la dimensión de exposición medida mediante los índices de interacción, y tiene un fuerte peso explicativo al estudiar las consecuencias negativas de la segregación residencial. De otra parte, es evidentemente superficial: hay mucho más en el encuentro, en el aparecer del otro, tras la interacción, que las posibilidades de corresidir. Por ejemplo como se señaló en el tercer capítulo del análisis las personas se mueven, en circuitos asociados a sus posiciones en las relaciones económicas, geográficas, de sexo y de edad, y esto implica niveles de visibilidad y exposición.

Desde el punto de vista del habitante el señalamiento a la juventud y su asociación con la inseguridad y los problemas urbanos es recurrente. Tiene lugar un mecanismo de segregación entre establecidos y outsiders, donde se evidencia una cohesión diferencial entre los mayores y los jóvenes, con diferenciales de poder y una mayor heterogeneidad, cultural y socioeconómica entre los segundos. Impera una relación donde desde un “nosotros” tácito se identifica al “otro” joven como problemático, que se generaliza fuertemente y se retroalimenta mediante los medios de comunicación, en particular en cuanto a la inseguridad ciudadana y otros problemas derivados del cambio de los tiempos, como el deterioro urbano, el tráfico, la tecnología o las drogas.

Pero los especialistas insisten, del mismo modo que las personas al problematizarse explícitamente, en que este señalamiento es demasiado general; alterna con una imagen de la juventud también deseada y valorable y todos conocen jóvenes que no son violentos o problemáticos. La identificación se conforma según una gramática hostil pero benevolente, del orientalismo (Baumann y Gingrich, 2004⁵¹): los jóvenes son personas extrañas, a las que les falta algo para formar parte del “nosotros”, pero que mantienen cosas que el resto ha perdido. Así, en la discusión, al pensar sobre ello, se coincide en erigir una frontera más específica que la que distingue a los jóvenes en general, y que también articula las posiciones de edad, geográficas y económicas: los “marginales”. Son jóvenes, viven en la periferia y son pobres. También son, aunque no únicamente, varones. Ellos causan el malestar urbano.

En una mirada fenomenológica, centrada en el “aparecer intencional” del otro, desde las posiciones sociales superiores, mayores y adultos con necesidades básicas satisfechas, generalmente envueltos en la dinámica “incluyente” de la segregación, que tienen escasas posibilidades de corresidir cerca de “jóvenes marginales” y circuitos de circulación muy diferentes, el señalamiento a los marginales se presenta con un alto grado de generalidad y anonimia: es una tipificación, una identificación que los pone fuera de la ciudad, en una gramática de la extranjería.

En cambio, en las posiciones sociales más cercanas a los señalados, personas adultas pobres, que viven en la periferia o jóvenes en general, menos distantes de los “marginales” y que los miran con una anonimia menor, se produce un doble

⁵¹ Aunque evidentemente Gingrich y Baumann toman la noción de E. Said (2015) lo hacen en un sentido “débil”, como una gramática identitaria típica.

movimiento: de un lado se acusa recibo, se percibe una discriminación que rechazan, se reniega de la generalización, la sinécdoque “pars por toto”; y de otra parte el señalamiento se desplaza, en forma horizontal: la figura del marginal se especifica en una gramática más definida, de la barbarie, que apunta a la falta de códigos, a ciertas personas concretas que carecen de “logos”.

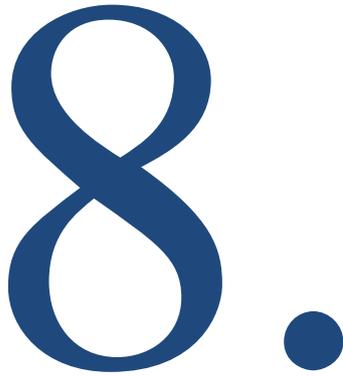
Más allá del caso puntual, puede abstraerse que los establecidos separan y se separan de los marginales porque se sienten víctimas de cierta hostilidad, que propiamente quiere decir desde su raíz *hostis* “enemigo” y “extranjero”. Es una lógica estructural. El sujeto puede variar, y en ocasiones quizá ser muy problemático, pero por otra parte, más allá de la justicia, funciona una “fuerza de ley” desde los establecidos. Ellos tienen el “fundamento místico de la autoridad”, de ejercer el derecho (Derrida 2008), de realizar la hostilidad en lo que tiene de determinación del hostil, de aquel que es a la vez extranjero y enemigo en tanto bárbaro y debería cambiar, adaptarse (“-Es como un problema de códigos también, que habría que inculcar... no quiero decir que ellos vivan mal, pero me parece que es así”).

Y en ese proceso, aparecen nuevas víctimas, si como se hacía en el capítulo anterior con Lyotard las entendemos como aquellos que no disponen de un lenguaje audible, de un derecho a la lengua, al habla, a expresar su posición. Los señalados por unos como culpables, marginales extranjeros, pero que no se sienten tales, que de hecho no lo son y que desplazan el señalamiento a otros, “realmente” marginales, “bárbaros”, son víctimas doblemente, porque además de percibir la hostilidad, son sus rehenes (del latín *hostage*, compartiendo el mismo genitivo, el *hostis*). La hostilidad urbana es percibida, de una parte, como una amenaza, con inseguridad. Se demandan y establecen fronteras porque las personas sienten un deterioro vehiculizado en personas “marginales” o “sin códigos”, en este caso jóvenes pobres. De otra parte, también se percibe hostilidad como discriminación, como una generalización injusta que retroalimenta las desigualdades y las tiñe con desprecio y segregación.

En este interjuego, todos se sienten víctimas. Incluso los propios “bárbaros”. El apartado final del capítulo, mediante una historia de vida, muestra cómo ellos pueden explicar, basados en sus trayectorias vitales, siempre extraordinariamente complejas y dolorosas, la falta de herramientas y oportunidades de actuar de otro modo. Son segregados, al carecer de los códigos necesarios no pueden entrar. Como muchos otros.

Y ellos, bajo el nombre propio de “bárbaro”, encuentran diferencias, reproducen el estigma, continúan el señalamiento más abajo, hacia aquellos que no tienen realmente ningún límite.

Más allá de la razón de una u otra posición, todos los puntos de vista defienden ser justos, tienen cierta justicia. La situación es indecible, las vidas están afectadas, se sienten con derecho a demandar y señalar. Son todos en efecto víctimas de la hostilidad.



CONCLUSIONES

Es el momento de dar un paso atrás, de recopilar lo dicho. Tres preguntas, una descriptiva, otra teórica y una tercera metodológica orientaron este trabajo. Cabe recordarlas, así como traer nuevamente a escena el objetivo general de la tesis, para presentar la estructura de este capítulo final.

Se comenzaba con una pregunta práctica para el caso de Montevideo. La ciudad ha sufrido importantes modificaciones en las últimas décadas. Muchas de ellas fueron constatadas ya en los años ochenta y noventa, por ejemplo la consolidación de los asentamientos irregulares donde reside una de cada seis personas en la capital, o el establecimiento de tres franjas: una próspera que se extiende en torno a dos columnas, la mayor por el este hasta el barrio Carrasco y otra hacia el norte, hasta El Prado; una segunda mixta, deteriorada y con un proceso de vaciamiento poblacional que polariza la trama urbana; y la tercera, periférica, en el oeste y el noreste de la ciudad donde se concentra la pobreza.

Varios trabajos muestran que estas modificaciones ya son parte de la estructura urbana, se mantienen en las últimas décadas, como Katzman y Retamoso (2005) que focalizan en los efectos asociados a residir en vecindarios empobrecidos, o Veiga y Rivoir (2003) con investigaciones sobre la desigualdad en la ciudad. La configuración es entonces definida, de algún modo estable, pero a la vez es evidente que desde el punto de vista de

las personas la capital ha cambiado en forma radical, y predomina una visión pesimista y conflictiva de la vida urbana. ¿Qué puede decirse entonces de nuevo sobre la segregación en Montevideo? ¿Cómo superar estas constataciones relativamente reiteradas y dar cuenta de las problemáticas que perciben los habitantes?

Una segunda pregunta es más bien de corte teórico. El trabajo se enmarca en una discusión por así decirle disciplinar en sociología urbana, en el análisis de una trayectoria ya secular, donde los primeros acercamientos fueron subsumidos rápidamente en un predominio de la perspectiva de la población, ecológica, que se remonta sobre la noción de “áreas naturales”. Son investigaciones valiosas, que han acumulado en el período desarrollando enfoques multidimensionales de la segregación, pero cuyos diagnósticos parecen repetirse y desde sus propias tiendas se diagnostican insuficientes, y que además han sido fuertemente criticadas en particular desde miradas crítico-estructuralistas a partir de los años 70 del siglo pasado.

Es necesario superarlos, dando un paso adelante, incorporando nuevas categorías producto de las transformaciones urbanas y la perspectiva del habitante, de la vida cotidiana en la ciudad, pero también dar un paso atrás, en busca del momento anterior a la escisión entre la perspectiva de la población y la del habitante. ¿Cómo integrar estos elementos distintos, en un abordaje complejo de la segregación que incorpore las distintas herencias y corrientes?

La tercera pregunta, de corte metodológico, se basa en la dificultad de desarrollar acercamientos cualitativos a la percepción subjetiva de la segregación, que sean compatibles con los acercamientos distributivos, más prácticos y eficientes pero que fallan en dar cuenta de su relación con el punto de vista del habitante.

Hay sin duda numerosos estudios sobre zonas segregadas, por ejemplo en Montevideo Álvarez (2005) sobre la gentrificación de las personas mejor situadas en términos económicos y geográficos, o Filardo concentrada en el sentimiento de miedo (2010) o las relaciones de edad (et. al. 2007); también Pedrosian (2013) y Rossal y Fraiman (2012) con investigaciones etnográficas, el primero sobre el barrio Casavalle y el segundo sobre jóvenes en situación de calle. Pero estos trabajos sobre zonas o aristas específicas permiten sólo parcialmente dar cuenta de la dinámica urbana general, y suelen, precisamente al ser acercamientos “por debajo”, también ser más opacos y

complejos. Pese a que se reitera la importancia de dar cuenta de la dimensión subjetiva de la segregación, para las investigaciones de ciudades completas las técnicas continúan limitadas al análisis de datos secundarios cuantitativos. ¿Cómo articular metodológicamente entonces distintas técnicas y estrategias de análisis cuantitativas y cualitativas?

De los principales trabajos recientes sobre sociología urbana en el marco teórico no sólo se extraían un conjunto de categorías novedosas u otras dimensiones a considerar: también se proponía un abordaje pluralista, que respete esa constitución abierta, de dialéctica no clausurada, que es propia del habitar en la ciudad y que se plasma en la segregación urbana. Es que las ciudades no son una única cosa, global, que pueda abordarse en su complejidad en la “forma-todo”. Más bien operan como “concatenamientos continuos”, que sólo pueden abordarse con un “conocimiento concatenado” de los conceptos o niveles de análisis (Lazzarato, 2006: 26).

De este modo, a nivel metodológico se apuesta a integrar estrategias cuantitativas y cualitativas y diferentes formas y técnicas de análisis; a nivel teórico se propone la superposición de cartografías o estructuras, acumulativas pero no clausuradas en una unidad coherente, y a nivel descriptivo se busca una comprensión de la ciudad y de la segregación urbana en los últimos años mediante una exposición sucesiva y concatenada de niveles donde tiene lugar.

El trabajo se planteaba como objetivo general “presentar varios abordajes a la segregación urbana en Montevideo, que permitan acercarse al nivel residencial y a la perspectiva del habitante, y analizar la situación en los últimos años y en la actualidad”. En particular, se apuntaba a “aportar elementos metodológicos y teóricos para una mejor comprensión de la segregación urbana, que trasciendan el estudio de caso y permitan una reflexión más general sobre el establecimiento de fronteras connotadas con hostilidad”.

Se establecía entonces como estrategia para el análisis la presentación de un conjunto de investigaciones, cada una respondiendo a un objetivo específico pero a su vez acumulando en desarrollos metodológicos y la discusión teórica acerca de la pertinencia del nivel del habitar como espacio del problema. Se define la segregación urbana como el establecimiento de fronteras en la distancia social en la ciudad, con un componente de

hostilidad donde la diferencia se convierte en diferendo. Cada capítulo fue avanzando en un recorrido desde el componente espacial de la segregación urbana, hacia el de la hostilidad y el diferendo.

En lo que sigue se ordenan los principales resultados del análisis, buscando responder los objetivos específicos del trabajo. Cada breve sección se dedica a uno de ellos y se divide a su vez en tres: se desarrollan los principales elementos metodológicos, se presenta la información obtenida para Montevideo y en tercer lugar se busca trascender el estudio de caso aportando elementos a la discusión teórica de la segregación urbana.

Finalmente, a modo de epílogo y en un ánimo sintético pero sin clausura, pluralista, se encuentra en el espacio del habitar una respuesta a la segregación urbana en el sentido ético-político, en la noción de hospitalidad.

Segregación residencial

En términos metodológicos se presentan diferentes dimensiones e índices, la relación entre ellos, la pertinencia de cada uno. En términos descriptivos se confirma la configuración urbana de Montevideo, que se mantiene en lo fundamental pese a algunas diferencias desde 1996, se compara con otras ciudades y se examinan consecuencias perversas de la segregación. En términos teóricos, se muestra cómo desde el interior de este abordaje se postula la necesidad de su superación y acercarse al nivel del habitar. También se incorpora en la reflexión el capítulo Anexo del análisis, sobre 25 ciudades uruguayas.

Las investigaciones tradicionales sobre la segregación residencial, centradas en la cartografía de variables socioeconómicas y la comparación entre unidades geográficas, pueden ampliarse considerando varias dimensiones como la posición respecto al centro urbano, la cantidad de espacio ocupada, la aglomeración en el territorio, o el aislamiento y la exposición de las poblaciones que se tengan en cuenta. En los últimos años un considerable desarrollo de índices e indicadores avanza en este sentido, en particular en la línea de Massey y Denton (1988).

Teniendo en cuenta diversos grupos poblacionales, en Montevideo aparecen dos grandes formas de segregación: de una parte la “privilegiada” o “próspera”, con un alto aislamiento, una relativa concentración en términos de superficie y una definida

centralización; de otra parte, la “postergada” o “excluida”, también disimilar, pero más periférica y ocupando una mayor proporción del territorio.

Se utiliza en específico como indicador las Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI), una medición multidimensional de carencias en el hogar, idóneo para profundizar en estas dos formas de segregación, según el cual una de cada cuatro personas residía en hogares con condiciones insuficientes⁵² en 2011. Las dimensiones y los índices aparecen como una herramienta sintética y adecuada para analizar la configuración urbana: por una parte porque corroboran la estructura que caracteriza a la ciudad en todas las investigaciones antecedentes, pero además porque permiten proyectar varias problemáticas y abordar asuntos específicos.

En primer lugar, los índices y las dimensiones son muy útiles para realizar análisis comparativos. Por ejemplo, con datos anteriores. Se contrasta entonces la situación con 1996, estableciendo un lapso de 15 años, que implica un ciclo económico con tres momentos. La enorme mejora en términos socioeconómicos -las personas que residen en hogares con NBI disminuyen del 36 al 25%-, se asocia con un descenso muy menor de la segregación urbana a nivel de barrios, y mínima en unidades residenciales más pequeñas como los segmentos, lo que aparece en los índices de disimilaridad, aglomeración y centralización. La concentración de la población con carencias es mayor, lo que muestra la pauta general del cambio: la generación de nichos de pobreza, más pequeños pero aglomerados, en una ciudad que mantiene su estructura general en el período.

Además, los índices habilitan la comparación con otras ciudades. Al interior de Uruguay, en contraste con las demás localidades urbanas de más de 20 mil habitantes – todas más pequeñas y con proporciones algo mayores de personas con NBI-, se muestra que la capital es en la actualidad más desigual y aglomerada, menos uniforme y con clusters.

De cualquier modo la proporción de espacio relativo ocupado y la estructura centralizada, así como la probabilidad de interacción entre personas con y sin NBI, indican también que pese a la evidente diferencia de dinamismo y cantidad de

⁵² Las dimensiones, sus umbrales y las ponderaciones fueron elaboradas mediante grupos de discusión entre expertos y son presentados en varios documentos oficiales del Instituto nacional de estadísticas (INE) y el Calvo (2014).

habitantes, la configuración urbana no es muy diferente de la del resto de las ciudades del país, en particular de aquellas más tradicionales, capitales departamentales, centralizadas y que radian la pobreza a la periferia. Contrastando con antecedentes respecto a otras ciudades latinoamericanas, Montevideo muestra una estructura “clásica”, similar a las intermedias y más pequeñas de la región, sin que aún tenga lugar una transición a estructuras urbanas “posmodernas”, multicéntricas, globales, frecuentes en los países centrales y característica de las grandes urbes en la región.

En segundo lugar, además de comparar, el abordaje mediante las dimensiones es valioso porque coloca con facilidad algunas discusiones centrales en cuanto a la segregación residencial. Por ejemplo la cuestión de la escala de medición de las unidades geográficas: la variación de los resultados según se consideren manzanas, segmentos censales, barrios o unidades mayores es notoria y esto permite a la vez describir y analizar los distintos niveles, buscando medidas promediales (Sabatini y Sierralta 2006), pero también constatar que en cada caso se miden asuntos distintos.

En cuanto al análisis de las consecuencias perversas de la segregación, en forma similar a otros abordajes en sociología urbana centrados en las desigualdades y la pobreza, los índices permiten dar cuenta del “efecto vecindario” y la asociación entre el lugar donde se vive y ciertas dinámicas sociales, en particular en contextos de exclusión. Al ser medidas continuas, pueden utilizarse como variables explicativas o asociadas con otras. Pueden por ejemplo agruparse los barrios en cuatro grandes conjuntos: los más disimilares y con alta exposición de personas con NBI concentran la mayor proporción de jóvenes que no estudian, trabajan ni buscan trabajo, las madres adolescentes, los homicidios, típicas medidas de esta clase de estudios.

Es preciso profundizar en estos últimos elementos, y en el Anexo se aportan un conjunto de reflexiones en este sentido. El capítulo tiene interés propio, porque describe las 25 ciudades de Uruguay con más de 20 mil habitantes. En ese recorrido se confirma el potencial de los índices con fines clasificatorios, de aplicación sencilla y con gran capacidad sintética, y más allá de la descripción la comparación entre ciudades permite examinar en mayor detalle la relación entre las dimensiones.

Efectivamente, si se realiza un análisis factorial tomando como unidades las ciudades y como variables los distintos índices así como el número de habitantes y la población de

personas con NBI, se agrupan con claridad dos componentes de la segregación residencial: uno que conjuga el índice de exposición con la proporción de personas pobres, que podemos llamar “segregación residencial social” en la ciudad, y otro que incluye las dimensiones de disimilaridad, aglomeración, concentración y centralización, también relacionado con el número de habitantes y que puede denominarse “segregación residencial geográfica”.

Puede discutirse la pertinencia de tomar la disimilaridad y la exposición como indicadores expresivos de cada una, o considerarse el factor que resulta de la combinación de variables en el componente; la primera opción es más simple y estándar, la segunda más completa y esquiva algunos problemas del ID (de validez, del tablero de ajedrez, de la grilla, el carácter espacial), pero exige cálculos ad hoc para cada conjunto de ciudades.

La cuestión de cualquier modo central, tanto en este caso como en los debates especializados, estriba en la relevancia atribuida a cada uno de los componentes. Desde el punto de vista más acudido en la bibliografía, la segregación residencial “social”, que se asocia particularmente al hecho de que personas de distintas poblaciones compartan unidades residenciales sería la más relevante, en tanto por un lado se asociaría en mayor medida con las consecuencias negativas o perversas de la segregación, y por otro implicaría además una noción más ajustada de lo que efectivamente es la segregación urbana.

El primer asunto puede discutirse: si se consideran ambos componentes como variables predictoras de algunos otros fenómenos, como la tasa de homicidios, los dos son fuertemente explicativos. El componente “social” de la segregación residencial es el único significativo en la correlación con variables como la proporción de jóvenes que no estudian, trabajan ni buscan trabajo o de madres adolescentes. Pero es opinable que sea “la faceta objetiva del fenómeno que más claramente se asocia con problemas de desintegración social” (Sabatini 2006:10): el desempleo o la variación de la proporción de personas con NBI entre 1996 y 2011, se asocian más a la dimensión “geográfica” que a la “social” de la segregación residencial.

Ambos componentes son pertinentes entonces. La configuración residencial, la “construcción” de la ciudad, explica cosas. Pero sólo en parte. ¿Qué hay del

componente “social”? Sabatini es contundente en su defensa: permitiría entender la fragmentación urbana, el aislamiento de los grupos poblacionales en las unidades residenciales que se consideran. ¿Pero qué es al fin y al cabo el índice de exposición, ampulosamente denominado de “interacción”, “aislamiento” o “encuentro”, expresivo de la “dimensión social”? Una medida de la proporción relativa de habitantes de cada grupo poblacional al interior de una unidad residencial, considerando el promedio urbano. La solución propuesta es muy precaria. Aunque relevante, el índice de interacción detecta que algo pasa pero también hipostasia lo que sucede en la unidad residencial, la interacción en sí. La incapacidad descansa en el supuesto mismo de este abordaje: el efecto vecindario, las áreas naturales, la perspectiva de la población. Gran parte de la esencia del asunto se le escapa. En particular su sentido.

Es que la segregación urbana va más allá de promedios y proporciones a nivel residencial. Implica la vida cotidiana y las relaciones sociales entre personas y grupos. Y las soluciones propuestas que se mantengan en ese terreno tendrán que apuntar a alternativas de algún modo ortopédicas: iteración entre escalas, combinaciones de índices. Para avanzar más allá es preciso trascender la perspectiva de la población; considerar cabalmente la importancia de la construcción de la ciudad pero no agotar allí las respuestas sino partir de ella. De este modo, el primer objetivo específico del trabajo parece cubierto⁵³, y se establece un puente con lo que sigue.

Perspectiva del habitante

En términos metodológicos se propone una investigación mediante grupos de discusión que consideren las posiciones de edad, geográficas, económicas y de sexo, y se presentan distintas estrategias de análisis de discurso. En términos teóricos se da cuenta de cuatro momentos de la segregación urbana y se presentan una serie de conceptos centrales: juegos de lenguaje urbanos, intencionalidad, tipificaciones. En términos prácticos se describen imágenes de barrios, formaciones discursivas sobre espacios públicos y mundos urbanos expresivos de la fragmentación social, en el marco del predominio de una sensación de deterioro y malestar en la ciudad.

⁵³ El primer objetivo específico proponía: “Desde una perspectiva centrada en el estudio de las ‘poblaciones’, se apunta a presentar distintas dimensiones de la segregación residencial en la ciudad: la disimilaridad, la centralización y la periferización, la concentración, el aislamiento y el intercambio, la aglomeración. Se analiza la evolución de estos índices, el efecto escala y su relación con otros fenómenos sociales”.

La definición más acudida a nivel regional de la segregación urbana distingue tres tópicos: “1) la tendencia de los grupos sociales a concentrarse en algunas áreas de la ciudad; 2) la conformación de áreas o barrios socialmente homogéneos; y 3) la percepción subjetiva que los residentes tienen de la segregación ‘objetiva’ (las dos primeras dimensiones)” (Sabatini 2001). A las dimensiones de disimilaridad y exposición, entonces, se le agrega un suplemento, cualitativo. Sin embargo, son muy pocos los estudios que cabalmente consideran los tres niveles. La mayoría se recuestan en los dos primeros para desde allí hipotetizar sobre el tercero, en desplazamientos en general poco explícitos y que tácitamente asocian la segregación urbana con la segregación residencial.

Probablemente este solapamiento estribe en la relativa opacidad, la dificultad de desarrollar estudios cualitativos que converjan y dialoguen con los anteriores. ¿Cómo obtener información? ¿Cómo analizarla? ¿Qué tópicos son los más relevantes para acercarse a la percepción subjetiva de la segregación urbana?

En el capítulo se propone una posibilidad metodológica: la realización de grupos de discusión homogéneos en su composición según la posición geográfica, la económica y de edad, considerando el sexo, de los participantes. Esto permite acercarse a los supuestos tácitos, las problematizaciones, los consensos y disensos en cada contexto, y compararlos. Varios elementos fortalecen esta decisión: el carácter “natural” de la conversación, una comprensión más directa y completa de los puntos de vista que en las entrevistas, entre otros.

Pero claro, esto es sólo una parte del asunto. Gran parte del carácter opaco de esta perspectiva “desde abajo” estriba en la escasa formalización de las estrategias de análisis de los datos: a diferencia de los enfoques poblacionales hay poca acumulación y la investigaciones corren el riesgo de ser distintos en cada caso, muy supeditados a las preferencias interpretativas de cada autor. En este marco existen varias alternativas relativamente estandarizables: análisis de contenido cuantitativo, que permite acercarse a las principales referencias y correferencias; análisis de contenido cualitativos, que codifican y reordenan la información en torno a asuntos específicos; análisis de discurso ordenando en “geografías sociales” las formaciones discursivas partiendo de deícticos; análisis del discurso en la línea propuesta por J. Ibáñez, que ordenando y recopilando gran parte de la literatura anterior considera distintos niveles de “verosimilitud”.

Los esbozos acerca de qué elementos tener en cuenta en este nivel de la “segregación subjetiva” aún se encuentran también poco desarrollados. Puede comenzarse, como proponen Sabatini et. al., con las imágenes de barrios. Rápidamente, en un análisis de contenido cuantitativo aparecen connotaciones, sentidos atribuidos, zonas que condensan imágenes y situaciones que muestran un primer momento de la segregación subjetiva. Tal o cual barrio atestatan la situación periférica, la inseguridad, la prosperidad, u otros asuntos más específicos como el ocio, los trámites, el descanso, en lo que configura un primer momento de la segregación subjetiva.

En sintonía con esto, una segunda estrategia de análisis, de contenido cualitativo, permite profundizar en las imágenes y puede aplicarse a numerosos tópicos, además de los barrios. Cualquier hito urbano opera como un condensador, un “significante vacío”, en el cual aparecen discursos hegemónicos, otros marginales, consensos y en particular diferencias en función de las posiciones de edad y de sexo de las personas.

Analizando por ejemplo los espacios públicos, como las plazas, la rambla o los shoppings, en las formaciones discursivas en torno a cada lugar está lejos de predominar el acuerdo: aparecen juegos de lenguaje diferenciales, relativamente paralelos e independientes, que muestran la fragmentación social y usos y perspectivas diferentes, estructurados en base a las relaciones geográfico-económicas, de edad y sexo, en lo que viene a ser un segundo momento de la segregación desde el punto de vista subjetivo.

Sabatini et. al. (2006, 2010) proponen otro tópico para el estudio de la dimensión subjetiva de la segregación: la percepción de la gente de formar parte de un grupo social, con una particular forma de ocupar el espacio. Esta idea puede ampliarse temática, teórica y empíricamente; debería agregarse, en tanto el objeto de estudio es la segregación, la delimitación de otros grupos y formas, de lo que se desprende una cartografía, una serie de ellas, más propiamente una “geografía social”, como proponía Simmel.

Para su estudio aparece como una herramienta de definido potencial un análisis centrado en la localización de deícticos (ellos, nosotros, otros, aquí, allí, arriba, abajo, al costado, cerca, lejos, etc.). Desde estos se balizan distintos juegos de lenguaje, formaciones discursivas ordenadas en las relaciones geográficas, económicas, de sexo y de edad; se segrega, se establecen fronteras respecto a mundos y prácticas urbanos propios y de

otros, situados en relaciones verticales y horizontales, presentados como más o menos cercanos, connotados más positiva o negativamente.

Un tercer momento del nivel subjetivo de la segregación urbana funciona entonces en el terreno de la intencionalidad: las personas se autositúan, se caracterizan a sí mismos y quienes son como ellos, y también, cuando perciben al otro en la ciudad, éste se les aparece sea en forma presencial o imaginaria desde un conjunto de tipificaciones, con mayor generalidad cuanto mayor es la distancia social y el grado de anonimia.

En numerosas ocasiones, las tipificaciones que se establecen ante las diferencias se connotan de antagonismo. Se pueden detectar numerosas referencias hostiles, despectivas a sujetos y sus mundos urbanos: a los viejos, a los jóvenes, a los más ricos; también a lugares “chetos” o “marginales”, a usos del espacio y apropiaciones, que se sustentan retóricamente (así las “zonas rojas”, lugares de los “que no salís”, metáforas, hipérboles) y también se argumentan, en razonamientos que intentan explicar esas calificaciones. Surgen anécdotas, ejemplos, sobreentendidos, diferentes en los distintos juegos de lenguaje, ordenados en las relaciones económicas, geográficas, de edad y de sexo.

En estos casos aparece plenamente la segregación urbana desde la perspectiva del habitar, como un cuarto momento: cuando tras el establecimiento de fronteras sociales en la tipificación se incluye la hostilidad. El estudio del malestar urbano en Montevideo, que se sostiene en una percepción de deterioro, la sensación de inseguridad y de crecientes distancias sociales, permite profundizar en este sentido.

Utilizando con cierta libertad la definición de Heidegger (1994), dos orillas se implican en el habitar: la dimensión de lo construido y de lo cultural. Desde los grupos de discusión que consideran en su conformación y su temática la configuración y la estructura de la ciudad, la segregación urbana desarrolla su dimensión subjetiva, adquiere sentido y se proyecta, como cabía esperar al superar las distribuciones cuantitativas, a nuevos tópicos: el aparecer del otro, las fronteras y las tipificaciones, la inseguridad, la hostilidad y el malestar urbano.

Se considera cabalmente cubierto el segundo objetivo específico propuesto⁵⁴, y a su vez establecido el camino (el método) y los principales asuntos a profundizar en lo sucesivo.

Movilidad urbana

En términos metodológicos se apunta a considerar en paralelo elementos poblacionales y el análisis de grupos de discusión. En términos teóricos se continúa complejizando la noción de áreas naturales: deja de lado la movilidad urbana, que devela con particular evidencia las desigualdades y muestra un nivel específico de la segregación. En el nivel descriptivo se presenta información sobre la movilidad en Montevideo en las distintas posiciones geográficas, económicas, de edad y de sexo y los mapas cognitivos que se despliegan; desde este ángulo se aborda la inseguridad ciudadana, el principal malestar que acecha en el discurso sobre la ciudad, en el que la movilidad, como condición de posibilidad para la aparición del otro, juega un rol fundamental.

La segregación urbana no puede comprenderse únicamente como un asunto estático. La perspectiva de las áreas naturales no sólo es atravesada por dinámicas estructurales y oblitera el nivel de la vida cotidiana. También fija a las personas, las asocia al lugar donde viven. Y en la ciudad las personas se mueven permanentemente.

Porque así como el establecimiento de fronteras no es algo sólo físico o administrativo, sino que además y aún con mayor relevancia aparece en el terreno de la intencionalidad, con las tipificaciones y la atribución de “mundos urbanos” propios y de otros, así como las fronteras tampoco son unívocas ni recíprocas desde los distintos juegos de lenguaje, tampoco son o tienen por qué ser estáticas: las personas se mueven y en ello reproducen y modulan la segregación. En forma análoga a otros abordajes desde la sociología urbana pero con propios y relevantes matices, el estudio de los movimientos en la ciudad por una parte muestra cómo las desigualdades sociales se plasman en el uso del espacio y entonces se develan con particular evidencia, y por otra parte permite acercarse a nuevas y específicas formas que modulan las desigualdades sociales.

⁵⁴ Buscando aportar elementos para una comprensión de la segregación urbana desde la “perspectiva del habitante”, se apuesta a mostrar diferentes estrategias de análisis del discurso producido mediante grupos de discusión, que se considera una herramienta óptima para establecer un diálogo con las perspectivas residenciales y acercarse a la segregación urbana considerando el nivel de la “edificación” y el de la “cultura”.

Por ejemplo, el encierro: el 20% de las personas no se mueven en un día cualquiera entre semana elegido al azar; son mayormente mujeres, ancianos, personas que viven en la periferia. Y éstos últimos cuando lo hacen, cuando se mueven, además deben dedicar mucho más tiempo al transporte: en un día promedio, las personas que se desplazan y residen en áreas periféricas dedican a ello un 50% más de tiempo que quienes residen en áreas centrales o medias de la ciudad.

A su vez, las distintas cantidades de movimientos, que retroalimentan las posibilidades de acceso a bienes y servicios, y las exigencias de tiempo, mayores para las posiciones menos favorecidas, se consolidan con el uso diferencial de medios de transporte. Por su parte, los “fines” y motivos expuestos para cada movimiento en la ciudad varían sustantivamente según la edad y el sexo: en los jóvenes predominan los educativos y de ocio; en las mujeres los laborales se acompañan de una alta proporción dedicada a abastecimiento y cuidados; en los hombres la motivación fundamental es el trabajo.

Pero más allá de estas consideraciones poblacionales, distributivas, la movilidad es una cuestión central en la vida de las personas. Se asocia por ejemplo con el tránsito entre clases de edad: el pasaje a la juventud es el de apertura a la ciudad, el “fervor de salir”; la vida adulta de los varones parece implicar el automóvil, el uso “normal” de la ciudad; las personas más mayores insisten en la disminución de su movilidad y los cambios en el eje antes/ahora; las mujeres sufren problemas específicos en el espacio público urbano.

Una vez situados en el terreno del habitar cabe aplicar el método propuesto para el estudio de la segregación urbana: mediante el análisis de grupos de discusión complementar, dar estructura y sentido a las distribuciones que se localizan desde la perspectiva de la población.

Es que la ciudad se usa y recorre en forma muy diferencial según las posiciones económico-geográficas, de sexo y de edad. El análisis mediante grupos de discusión de los distintos juegos de lenguaje y formaciones discursivas evidencia la formación de “mapas cognitivos” diferenciales en cada posición. La noción, propuesta por Lynch (1960), habilita un estudio más detallado de los circuitos y las significaciones de áreas más o menos conocidas, los hitos urbanos, las áreas liminares... Cada posición, con sus mapas cognitivos específicos, establece circuitos urbanos, maneras de circulación que

pautan el encuentro o el aparecer de otros. En cada circuito los medios de transporte, los horarios, las dinámicas, son claramente distintos; en todos los casos lo que queda fuera, del otro lado, es descrito con ajenidad, con anonimia.

Los circuitos están claramente asociados a las posiciones económicas y la edad. En las superiores, aunque se salga del barrio, sólo pocas veces abandonan “la” ciudad, “su círculo” y van a lugares que quedan fuera de sus fronteras cotidianas, en general por motivos vinculados al trabajo. Las posiciones económicas “medias” proponen su circuito distinto del de abajo y del de arriba; implica nuevos nodos, puntos no mencionados en otras posiciones, aunque comparten con las posiciones superiores que “toda la parte norte” les es ajena, no hay comunicación: “esa gente fluctúa por lugares bien diferentes a los que circulamos nosotros”, viven en “otro mundo”, el “otro lado de Montevideo”, que queda “fuera de tu vida”. Desde las posiciones económicas inferiores, por su parte, se declaran “lejos de todo”, van sólo a veces “al centro” a trabajar, a hacer trámites o de paseo. Denuncian serias dificultades económicas para acceder a las zonas prósperas, y observan en las posiciones económicas superiores una posibilidad de movimiento mucho mayor, salidas frecuentes, hábitos de moverse porque tienen recursos para permitirse, “la plata y la locomoción”. Entre los más jóvenes de posición económica inferior se distinguen a su vez dos circuitos: algunos van al centro con muy poca asiduidad y por contados motivos, “andan en la vuelta” de sus barrios, pero otros, por estudios, ocio o trabajo circulan más por la ciudad.

Desde el punto de vista del habitante, a la hora de interpretar, de tematizar, la movilidad, el principal tema emergente es, nuevamente, la sensación de inseguridad: ahora como freno al movimiento, como factor de encierro y determinante en las estrategias de circulación, estableciendo lugares a los que es mejor no acercarse. Pero el miedo en la ciudad tampoco es fijo: se desplaza, se mueve. Insiste como el principal factor en la explicación mentada de la hostilidad urbana. Si se utiliza la estrategia de análisis de Ibáñez, aparecen con claridad referencias destacadas, como sujetos y lugares que causan miedo, retóricas y argumentos que presentan y sostienen, dan verosimilitud, a este temor, y que se presentan como juegos de lenguaje estructurados según las relaciones geográficas, económicas, de sexo y de edad. Se conforman así alegorías, cronotopos, del miedo, esa hostilidad radicalizada, que conforman nuevas fronteras en el habitar: el acecho de los que vienen de fuera, el cerco de los que están adentro.

Se considera así cabalmente cubierto el tercer objetivo específico del trabajo⁵⁵ y están los elementos, los pasos dados para avanzar hacia el siguiente punto: ¿Qué características formales, paradigmáticas, de las relaciones que se establecen sobre las fronteras, permiten tender puentes entre espaciamentos tan distintos?

Mecanismos de limitación

En términos teóricos se profundiza a partir de “Establecidos y outsiders” de N. Elías en procesos concretos de limitación. Se llega así a preguntas liminares, en torno a la justicia. En términos metodológicos se desarrollan dos estudios de caso, que se comparan con una tercera localidad que estudia Elías, prestando atención a cómo aparece la misma configuración, pero también a diferencias que implican su radicalización. En términos descriptivos, se profundiza en la importancia de los argumentos pars por toto, la concentración en la minoría anómica de los outsiders, la mayor cohesión de los establecidos y los procesos de identificación urbanos, y también en el dramatismo de cada situación de segregación.

La noción de frontera, el establecimiento de límites, es central para comprender la segregación urbana. Es uno de sus componentes fundamentales. Sin ellas no hay segregación.

Cuando las fronteras, los límites, se establecen desde la perspectiva de la población, se delimitan áreas naturales pero rápidamente aparece el problema de la escala, y que las relaciones sociales se escapan por debajo, en la cotidianeidad, y por encima, en las estructuras urbanas; del mismo modo los movimientos cotidianos indican que las fronteras no son estáticas, como tampoco eran necesariamente geográficas.

Para avanzar en la comprensión de las dinámicas del habitar, su primer teórico, Heidegger, proponía la estrategia del paso atrás, para mirar las cosas frente a frente. Lo mismo indicaba G. Simmel, precursor del análisis de la vida en la ciudad: dirigirse hacia el origen filo-genético. El primero se basaba en un acercamiento mediante el lenguaje, en base a étimos y deconstrucciones; el segundo en un enfoque formal, que se

⁵⁵ Combinando los abordajes anteriores, se estudia la movilidad urbana en Montevideo. Este ejemplo de análisis por una parte permite profundizar en su importancia intrínseca, pero además es una puesta en práctica del enfoque de la perspectiva del habitante, que trasciende el enfoque poblacional, y que pone de manifiesto, nuevamente, la inseguridad como elemento central en la percepción de hostilidad en los mapas cognitivos de los montevidEOS.

desprendiese de los contenidos puntuales y abstrajera por así decirle la gramática que pone en juego (con independencia del contenido, del habla en cada caso). Simmel pone por ejemplo de relieve el carácter central de las fronteras, y la fundación social de su emergencia y funcionamiento, que independientemente de los contextos implicaba ciertas relaciones entre personas.

Hace 50 años N. Elías –junto a J. Scotson-, publicó un trabajo ejemplar, que en esa tesitura formal propuesta por Simmel, apostando a la independencia respecto a los contenidos en cada caso, se acercaba a la relación entre establecidos y outsiders en una pequeña localidad, Winston Parva. Elías insistía en el “carácter paradigmático” de estos procesos de limitación entre dos zonas, “un tema humano universal”.

Elegir este camino tiene algo de homenaje, de continuar su ánimo en ese aniversario. Pero también permite realizar una investigación relevante: ¿permanece vigente aún el mecanismo? Si esto fuera así además podría estudiarse las variaciones, propias de cada caso o situación específica, que desnudarían sus consecuencias, sus implicancias. Además el estudio de casos, de situaciones concretas para comprenderlas en su densidad, habilita encarnar la complejidad de la segregación urbana y situarla como una relación social concreta y a la vez abstracta.

Se contrasta entonces Winston Parva con dos situaciones a la vez similares y diferentes: Magdalena en Manaus, Brasil, y Parque Lisboa en Montevideo. Similares porque en ellos tiene lugar un debate análogo: la sensación de inseguridad y en concreto algunos jóvenes de barrios más recientes activan un mecanismo de segregación urbana entre establecidos y outsiders en el que operan espacios de poder, apoyados en la mayor cohesión interna de los establecidos; imaginarios e identificaciones elogiosas y despreciativas; rumores, historias y anécdotas, y se enfatiza en el papel de una minoría anómica como síntoma del problema.

El esquema de análisis de Elías y Scotson es evidentemente aplicable a otros contextos, como pretendían los autores. En el próspero barrio de Magdalena son los vecinos del asentamiento de Vila Argento los señalados como outsiders; son efectivamente más pobres y existe menos vínculo entre ellos. Además algunos jóvenes son violentos y provocan problemas, mayormente pequeños robos y vagabundeo, pero también asaltos a casas. Varias asambleas, lideradas por algunos referentes locales acumulan anécdotas y

plantean alternativas, que mediante un argumento *pars por toto* afectan a toda Vila Argento, y no logran mejorar la situación.

En Parque Lisboa, un barrio periférico y empobrecido, los “nuevos” se sitúan en un asentamiento lindero, también pobres pero menos integrados y cohesionados. Algunos jóvenes de allí comienzan a robar y agredir a los primeros, por lo que éstos se organizan y toman varias medidas que logran disminuir los delitos pero en el marco de una retórica también generalizadora. Además, en este marco, se prevé una intervención municipal que abrirá calles entre los vecindarios apostando a una integración que en Lisboa resisten.

Los casos son parecidos y el mecanismo funciona en forma análoga. Esto permite estudiar las consecuencias de algunas diferencias en los contextos que llevan a resultados distintos, en una estrategia casi experimental para el estudio del efecto de variables. En particular los casos comportan una diferencia central respecto a W. Parva: la frontera entre establecidos y outsiders se materializa, unos construyen una barrera material, un muro en Magdalena y portones en Lisboa, que los separa de los segundos.

Esta radicalización permite llevar la pregunta al límite, invita a pensar sobre la justicia en la segregación urbana. ¿En qué momento el prejuicio sobre habitantes de otras zonas es fundado, a partir de qué eventos problemáticos puede comprenderse una respuesta excluyente? En Lisboa, donde los dos barrios se encuentran en un contexto económico bajo, aparece con particular nitidez esta pregunta sobre la decidibilidad y las víctimas (Lyotard 1999). Y también en el caso de la intervención municipal en Lisboa, pero sobre todo atendiendo al proceso de decisión de establecer un límite, una barrera, un muro, en Magdalena, cabe preguntarse: ¿dónde reside el fundamento de la autoridad que decide lo que es justo? (Derrida 2008) Así, cada uno de los casos tiene a su vez una especificidad que orienta las reflexiones.

Se aplica un conjunto heterogéneo de técnicas de investigación. Información proveniente de grupos de discusión realizados en Parque Lisboa; observación participante, entrevistas y análisis de dos años de debate del grupo virtual de vecinos de Magdalena. Con esto se busca dar cuenta cabalmente de lo dramático de la situación y comprender los mecanismos que se ponen en juego. El establecimiento de fronteras se

relaciona con procesos de identificación y limitación propia y de otros. En ellos nacen los diferendos urbanos.

Se considera abordado así el cuarto objetivo específico propuesto⁵⁶, y presentada la necesidad de continuar avanzando hacia comprender cómo funciona el componente de hostilidad en la segregación en la ciudad, sobre las fronteras que separan a los “establecidos” de los “outsiders”.

Identificación hostil

En términos metodológicos se consideran distintos niveles de la segregación articulando técnicas de investigación: distribuciones cuantitativas, grupos de discusión, entrevistas, análisis de caso. El capítulo es ejemplo de la propuesta analítica de la tesis, pluralista y aplicable a distintas poblaciones o localidades. En términos descriptivos se presenta la situación de los jóvenes y en particular de los “marginales” (jóvenes pobres de áreas periféricas), relegados en las posiciones económicas, geográficas y de edad en Montevideo. En términos teóricos, más allá del estudio de caso, se presenta un nuevo nivel de la segregación, la identificación hostil en la ciudad, que se sostiene en las gramáticas de la extranjería y la barbarie.

Las relaciones de edad demuestran ser determinantes en la vida urbana, como fue señalado repetidamente en los capítulos anteriores. Tanto en la percepción y uso de la ciudad y los espacios públicos, como en la sujeción de las formaciones discursivas sobre las ciudades propias y de los otros, o en la movilidad cotidiana, en el uso de los medios de transporte, para la construcción de mapas cognitivos o en la elaboración de los cronotopos.

En Montevideo, además, adquieren una importancia singular. En todos los niveles de la segregación, desde la perspectiva de los expertos y desde la de los habitantes, los jóvenes son señalados como los “sujetos problema”. Es la más recurrente entre las identificaciones hostiles que aparecen en el discurso: son los principales responsables y vehículos del deterioro y el malestar urbano, asociados con la inseguridad y el miedo;

⁵⁶ Entendiendo la segregación urbana como el establecimiento de fronteras en la distancia social connotadas por cierto antagonismo, se estudia ese proceso en términos “paradigmáticos” o “formales”, apuntando a elementos comunes, independientes del contenido, en distintos casos y llevando la pregunta a cierto límite ético-político de indecidibilidad y ausencia de fundamentación final de la autoridad.

en ellos se plasman las consecuencias perversas de la segregación residencial; en las situaciones concretas suelen ser algunos “jóvenes anómicos” los detonantes de los procesos de limitación.

En la primera parte del capítulo se profundiza en este diagnóstico. En el nivel residencial, se muestra cómo las relaciones de edad agudizan las dinámicas “incluyentes” y “excluyentes” de la segregación. Considerando las diferentes dimensiones, las personas mayores de posiciones económicas y geográficas superiores se encuentran distribuidas de un modo particularmente más disimilar en la ciudad, en espacios más pequeños de los que cabría esperar dada su proporción, fuertemente centralizados, aglomerados. En cambio, las personas jóvenes presentan características más problemáticas, y en particular en las posiciones económicas y geográficas inferiores se presenta con mayor agudeza una situación periférica, dispersa, heterogénea en la ciudad, que se asocia con las principales “patologías sociales” que se consideran en este tipo de estudios. En este marco, como expresa la dimensión de “exposición” a través del índice de “interacción”, en términos estadísticos es muy baja la posibilidad de encuentro entre jóvenes pobres y adultos o mayores no pobres.

Por su parte, en el nivel del habitante, la asociación entre la juventud y el malestar urbano se plantea de forma inmediata. Los jóvenes son presentados como problemáticos, desorientados, difíciles. A ello contribuyen los medios de comunicación, que suelen asociar a éstos últimos con la delincuencia y otros problemas urbanos. En este marco, son los principales vehículos de la sensación de inseguridad, en una mirada nostálgica y generalizadora, que presenta elementos de prejuicio en tanto asocia a los jóvenes con su minoría menor y pone en práctica un prejuicio con argumentos “pars por toto”.

Nuevamente se presenta un proceso de limitación, tiene lugar la configuración entre establecidos y outsiders. Varias investigaciones muestran cómo existe un “desbalance etéreo”, un “sesgo generacional” en Uruguay, donde los jóvenes, como población, presentan en grandes rasgos una posición desventajosa en relación a los adultos y los mayores en varios indicadores. Además, son más heterogéneos en términos socioeconómicos y culturales, y tienen menos acceso a los espacios de poder.

Pero tanto los expertos como las personas coinciden en el carácter demasiado general de esta afirmación. Es necesario “hacer tajos” (Foucault 1979): incorporar las relaciones económicas y geográficas, y desde la perspectiva del habitante atender a los señalamientos y las cartografías que se establecen desde los distintos juegos de lenguaje. En este marco los procesos se vuelven más complejos y la coincidencia se desplazan hasta una figura que sí es investida consensualmente como hostil: los “marginales”, una tipificación que aúna las posiciones inferiores en términos de edad, económicos y geográficos, y que es predominantemente de sexo masculino.

En la segunda parte del capítulo se muestra cómo desde el sistema de visibilidad dominante, establecido, en sus juegos de lenguaje urbano, la identificación como marginal se envuelve en la gramática identitaria de la extranjería. La “exposición” desde esta posición superior a jóvenes, pobres y de zonas periféricas es muy baja, lo que se retroalimenta con circuitos y mapas cognitivos escindidos, en cronotopos diferenciales. Así, ante la percepción de hostilidad por parte de “ellos”, los marginales que acechan, se los califica con anonimidad desde una máxima distancia social, con generalismo. Son a la vez extranjeros y enemigos: *hostis*.

En este marco aparece un segundo juego de lenguaje, que comparte el señalamiento a los marginales en dos sentidos. De una parte también identifica como hostiles a ciertos jóvenes, pobres, de zonas periféricas. Pero de otra parte también comparte la posición relegada, ya sea en las posiciones de edad, económicas o geográficas. Son jóvenes, viven lejos, son pobres, pero quizá no las tres cosas a la vez o quizá se esfuerzan para no ser hostiles. Están de algún modo de este y del otro lado de la frontera. Son rehenes, *hostages*. Serán extranjeros, pero no enemigos⁵⁷. En estas formaciones discursivas se señala por un lado la hostilidad desde abajo, al lado, como amenaza. Las principales referencias se asocian con claridad a la gramática de la barbarie, tan recurrida a lo largo de los siglos: la violencia cotidiana es mayor, son incomprensibles, no atienden a razones, no tienen códigos. Pero también se acusa recibo, por otro lado, de la hostilidad que proviene desde arriba, como segregación.

⁵⁷ En Grecia se distinguía entre el extranjero político (metoiko) y el extranjero cultural (barbaro), que no habla la lengua y se halla fuera de los límites del logos: “los esclavos eran de origen bárbaro, los metecos residían en las ciudades, sin disponer de derechos políticos” (Manzi y Toudoire 2011:797).

Desde el punto de vista de los unánimemente señalados como bárbaros tiene lugar un nuevo juego de lenguaje. Hablan otro idioma, sus mapas cognitivos son claramente distintos e incluyen una violencia mucho mayor, pero dicen tener códigos, sus propios límites. Se sienten víctimas de la exclusión y denuncian la generalización, que tampoco tienen voz ni lugar. Son efectivamente hostiles pero aducen también con cierta justicia que desde afuera no se entiende, que hay que acercarse para comprender la hostilidad de la que ellos son objeto.

Queda así configurada una serie de narrativas típicas, gramáticas de la identificación hostil, que trascienden el caso de los jóvenes marginales en Montevideo. Se podría aplicar a inmigrantes, minorías religiosas, étnicas o sexuales, grupos que son puestos por fuera, excluidos, objeto de hostilidad porque a su vez son vistos como hostiles desde la posición establecida: “la exclusión es una categoría natural intrasponible, su única variación es encontrada en la designación de la categoría” (Bessone 2001:1090)⁵⁸.

Como apuntaba Simmel en su análisis de la pobreza, estos grupos “no permanecen unificados por la interacción entre sus miembros, sino por la actitud colectiva que la sociedad como una totalidad adopta en relación a ese grupo” (2005). Y en ellos, en esas poblaciones, tras el nombre propio que la identifica con hostilidad se establece un nuevo conjunto de distinciones y de coordenadas que propone otros nombres apropiados, respecto a los que se reproduce el estigma del que todos son objeto, incluso con mayor intensidad.

En el caso de Montevideo, los establecidos se sienten víctimas de la hostilidad de los jóvenes y en particular de los jóvenes marginales, y actúan hacia ellos con anonimía, poniendo un límite. La segregación urbana siempre implica poner por fuera, y en ello se pone en juego el “estatus del extranjero”: “alguien desconocido, desprovisto de identidad confiable, que podría tornarse vector de las representaciones absolutas de los bárbaros” (Manzi y Toudoire 2011:797).

⁵⁸ En este sentido S. Karsz propone un carácter “especular” para la exclusión, que puede aplicarse también para la segregación urbana: actúa como un discurso espejado, donde los incluidos no llegan a ver más que su propio reflejo del asunto al observar la situación de los excluidos, su propia interpretación, y en el que los segundos “son incapaces de dar cuenta de su situación, con frecuencia no tienen acceso a los medios de expresión necesarios para dar formular esa definición (...) un pobre dominio de la lengua de los incluidos. (Cfr. Ho 1090).

En las posiciones inferiores, la mayoría son rehenes, objeto de una doble hostilidad, desde arriba y desde abajo, extranjeros para los primeros, se arguye que son excluidos sin justicia, que no se atiende una cuestión de códigos, y se envuelve los jóvenes marginales, los a su juicio realmente culpables, en la gramática de identidad de la barbarie.

Abajo del todo, en ciertos jóvenes con trayectorias típicas sumamente problemáticas, bárbaros como Pedro, cae todo el peso del señalamiento: son unánimemente señalados como hostiles. Y ellos dicen que es injusto, que no se comprende y se los excluye: muestran lo complejo del sistema de diferencias en el que están insertos.

“No se trata de que los humanos sean malos ni de que sus intereses o pasiones sean antagónicos. Como los seres humanos están situados (lo mismo que lo que no es humano) en regímenes de enunciaciones heterogéneas y atrapados por fines vinculados con géneros de discurso heterogéneos, el juicio que se formula sobre la naturaleza del ser social sólo puede realizarse según uno de esos regímenes o por lo menos según uno de esos géneros de discurso, de suerte que el tribunal hace prevalecer ese régimen y/o ese género sobre los demás y al transcribir en su propio idioma la heterogeneidad de las enunciaciones que entran en juego y en su comentario, el tribunal infiere necesariamente una sinrazón a los demás.” (Lyotard 1999:196.)

Tres posiciones entonces, todas justas en sus propios términos y donde la aplicación del derecho, del tribunal, provoca una sinrazón. En este último nivel de la segregación urbana tiene lugar el diferendo: todas las partes son víctimas de la hostilidad y la ejercen a su manera. Se considera así abordado el quinto objetivo específico⁵⁹, y solo resta enhebrar los hilos hacia una cierta síntesis de la segregación urbana.

La segregación urbana

Se estiman respondidas las tres preguntas que orientaron el trabajo: una descriptiva, otra metodológica y una tercera teórica, y en este marco también el objetivo general: “aplicar

⁵⁹ Teniendo en cuenta que los jóvenes son señalados como los principales causantes del malestar urbano en Montevideo, se toman como ejemplo para combinar las herramientas cuantitativas y cualitativas y los conceptos desarrollados en los apartados anteriores, y comprender la puesta en juego de la identificación hostil en la segregación urbana.

varios abordajes sucesivos a la segregación urbana en Montevideo, que permitan acercarse al nivel residencial y a la perspectiva del habitante, y analizar la situación en los últimos años y en la actualidad. Se busca aportar herramientas metodológicas y teóricas para una mejor comprensión del establecimiento de fronteras y relaciones de antagonismo y hostilidad urbanas, que trasciendan el estudio de caso y permitan una reflexión más abarcativa”.

Es el momento entonces de una síntesis, aunque la propia noción de síntesis debe precisarse. El repaso de antecedentes en el marco teórico culminaba con la propuesta de un abordaje pluralista, en el sentido de W. James. La ciudad no es concebida, desde este punto de vista, como un universo cerrado, una “forma-todo”, acabada, sintética en ese sentido, clausurada, sino como un mundo coherente pero con un tipo de unión “diferente del tipo monista de la unidad. Es lo que yo llamo el tipo enlazado, el tipo de la continuidad, de la contigüidad, o la concatenación” (James 2009:202). La segregación urbana tiene lugar entonces desde una perspectiva pluralista en distintos niveles, que operan concatenados pero en cada caso con relativa autonomía y especificidad⁶⁰.

En Montevideo, en el nivel residencial de la segregación, en base a las áreas naturales que delimitan las fronteras administrativas, se determinan poblaciones con situaciones diferentes. En este marco se aprecia cómo el lugar donde se vive importa y cómo la configuración urbana de la ciudad, ya consolidada, se retroalimenta con tendencias “incluyentes” y “excluyentes”.

La perspectiva de la población imperante en sociología urbana, el enfoque ecológico inaugurado por la Escuela de Chicago basado en las áreas naturales, de la mano de un tratamiento estadístico de información cuantitativa y de índices estandarizados, muestra situaciones normales y anormales y cómo una serie de problemáticas sociales se asocian a los lugares de residencia más perimidos. Este enfoque puede actualizarse considerando distintas dimensiones e índices estandarizados y efectivamente permite

⁶⁰ “Tienen aquí, entonces, tan claramente como puedo plantearlo en esta ocasión, la alternativa llana y todo el misterio de la diferencia entre pluralismo y monismo. Cabe en una cáscara de nuez: ¿Es la multiplicidad en unicidad que caracteriza indudablemente al mundo que habitamos solamente una propiedad de la totalidad absoluta de las cosas, de modo que ustedes deben postular esa única-enorme totalidad indivisible como el prius de que haya muchos –en otras palabras, comenzar con el universo-bloque? ¿O los elementos finitos pueden tener sus propias formas autóctonas de multiplicidad en unicidad y allí donde tienen unicidad inmediata serán continuados aún unos en otros por términos intermedios, y aun así no completándose nunca de modo absoluto la unicidad total?” (James, 2009:203)

comparar, visualizar dinámicas generales, visibilizar los efectos perversos de la segregación.

Pero por otro lado, pese a su interés, este diagnóstico vela la perspectiva del habitante. Las fronteras que distinguen los montevideanos en la ciudad no son necesariamente administrativas: aparecen en el discurso acerca de los barrios, de cada espacio público, de los distintos grupos de personas, como juegos de lenguaje diferenciales. Es en este segundo nivel, subjetivo, donde la segregación urbana adquiere sentido y se asocia con el malestar urbano.

Los acercamientos críticos en sociología urbana, que desde los años setenta aún abordan abordajes marxistas, fenomenológicos, basados en la filosofía del lenguaje y su uso habitual, muestran la importancia de las relaciones sociales, de la intencionalidad y las tipificaciones, del discurso y de la vida cotidiana, y evidencian una geografía social, una serie de cartografías connotada con señalamientos y caracterizaciones propias y de los otros en Montevideo que asocian las posiciones geográficas, económicas, de edad y de género y expresan una nítida fragmentación social en el habitar urbano.

Esta crítica permite dar un paso adelante, avanzar hacia nuevas problemáticas como la movilidad en la ciudad, que en tanto un nivel específico expresa nuevamente la segregación urbana y evidencia los circuitos diferenciales, el malestar y los miedos, y fundamentalmente la importancia del encuentro con el otro.

En Montevideo la cantidad de movimientos, las personas que no se mueven, el destino de los desplazamientos, los medios de transporte, reproducen y amplifican las distancias sociales. Pero además, categorías y conceptos consolidados en las últimas décadas en sociología urbana, como los de mapas cognitivos o cronotopos, permiten dar cuenta a raíz de la circulación en la ciudad de un antagonismo social en la segregación, de grandes visiones parciales y situadas, pero con pretensiones de totalidad.

Ante este antagonismo, cabe dar un paso atrás y abordar la segregación urbana como una relación social que tiene lugar con el establecimiento de límites en la ciudad. Captarla en “status nascendi”, en un nivel formal, más allá de los contenidos en cada caso. En numerosas situaciones y localidades concretas de Montevideo, así como en otras ciudades, aparecen fronteras entre grupos de personas en la ciudad, que como apuntaba Simmel en sus trabajos fundacionales de la sociología urbana, se vuelven particularmente evidentes al plasmarse geográficamente.

En este marco, cuando aparecen diferenciales de poder o de fuerza tiene lugar en torno a los límites la configuración entre establecidos y outsiders que detectaba N. Elías. Cada situación es dramática, pero siempre aparecen distintos grados de cohesión, organizaciones representativas, señalamientos, rumores y anécdotas, identificaciones, que conducen a una pregunta liminar sobre la justicia y el derecho a separar.

Se pone de relieve finalmente un último nivel de la segregación urbana, la identificación hostil de otros grupos. La segregación urbana implica en todos los casos ciertas gramáticas de la identificación hostil, la de la extranjería y la barbarie, imágenes recurrentes que ponen fuera de la ciudad a otros y los caracterizan como amenazantes.

En Montevideo, el señalamiento dominante apunta hacia los marginales, jóvenes pobres, que viven en la periferia, generalmente varones. Esto tiene lugar ya sea a nivel residencial o subjetivo, también en la movilidad cotidiana, y en tanto son los más recurrentes outsiders desde el punto de vista de los establecidos.

El recorrido implicó un buen número de técnicas de investigación, de herramientas metodológicas y de estrategias de análisis, presentadas en forma acumulativa y crecientemente concreta: desde el análisis de datos secundarios generales, como el censo nacional, pasando por datos de encuestas y fundamentalmente grupos de discusión, hasta entrevistas, observaciones y estudios de caso o historias de vida. El trayecto teórico implicó profundizar en los abordajes más frecuentes, poblacionales, derivados de la Escuela de Chicago, para luego considerar elementos críticos del paradigma de la economía política, y avanzar hacia las derivas conceptuales más recientes; tras ello se propone un paso atrás, hacia autores fundacionales, que permite reorientar y dar un paso delante de algún modo posestructuralista. El recorrido sustantivo, en cuanto al habitar en Montevideo, avanzó en un arco desde el eje o componente espacial, donde las fronteras y los antagonismos los establece el investigador, hacia el cultural, donde también importa el punto de vista de los habitantes y aparece la hostilidad que da sentido a la segregación urbana; se muestra una estructura residencial que ampara cartografías sociales escindidas y crecientes distancias sociales, en un malestar en la ciudad que la movilidad cotidiana retroalimenta y que se plasma en situaciones concretas de puesta de límites y en procesos de identificación hostil.

En Aguiar (2009) se proponía la metáfora del juego urbano como dispositivo para comprender las (socio)lógicas del habitar en la ciudad. Cabe rescatarla ahora, como una

posibilidad de articulación de la dinámica de la segregación urbana. En el nivel de las casillas, residencial, se presenta una configuración urbana con dinámicas incluyentes y excluyentes. En el nivel de las posiciones, aparecen formaciones discursivas segregadas y cartografías sociales. En los movimientos, surgen circuitos y cronotopos de la segregación. En el nivel de la interacción entre los jugadores, se establece la configuración del límite. En el nivel de las piezas tiene lugar la identificación hostil. Cada nivel muestra algunas cosas y deja de lado otras. La segregación urbana desde la perspectiva del habitar es producto de la relación entre ellos.

Y su resultado, desde el punto de vista del habitante, transforma a todos los jugadores en víctimas: tres tipos de ellas, cada una ocupando un lugar distinto que da sentidos diferentes, antagónicos, a los procesos de limitación sociales en el espacio urbano.

De un lado los establecidos, insertos en la dinámica incluyente de la segregación, que se sienten amenazados, invadidos, detectan figuras hostiles de algún modo extranjeras, que vienen de fuera, con otro idioma. Su respuesta es la exclusión: poner fuera, intentar mantener esa distancia respecto a esas figuras hostiles.

De otra parte los rehenes. Ellos son situados fuera por los establecidos, efectivamente inscriptos en la dinámica de segregación excluyente y considerados como extranjeros urbanos. Pero desde su lugar, perciben que el límite debería quedar más allá de ellos. Les molesta ser tratados de igual forma que los realmente hostiles, a los que se refieren muchas veces con particular crudeza. Además, son rehenes porque están particularmente cercanos a ellos: comparten la misma posición, los conocen, aunque apuntan que tienen otros códigos, que son los que hablan un idioma incomprensible, bárbaros.

En tercer término, los unánimemente apuntados como hostiles: extranjeros, extraños, amenazantes. Desde su lugar, ellos también son víctimas y los “asociales” (por usar las palabras de Pedro) son los otros, que no se acercan a ellos. Se les exige un idioma que no dominan, por circunstancias que pueden explicar.

Los tres lugares tienen sentido, pero lo imprimen en el espacio en forma antagónica, conflictiva. Y la situación es de algún modo indecible, en tanto emergen pretensiones de justicia encontradas.

La segregación puede entenderse como un diferendo (Lyotard 1999), en el que se establece una frontera, un límite, y sobre ella se despliega la hostilidad, como un juego de víctimas, “espejado”, donde cada uno ve la situación desde su propio reflejo o idioma.

En la detección formal de los diferendos no se toma partido. Más allá del juicio, porque como señala Simmel “no es nuestra tarea la de acusar o perdonar, sino sólo la de entender”, la segregación urbana es una configuración donde todos tienen sus razones. Sin embargo, es preciso recordar que se observaba que sobre lo indecible siempre prima uno de los géneros de discurso, con un fundamento místico de la autoridad, que se arroga el derecho e infiere una sinrazón que reproduce la hostilidad y causa nuevas víctimas.

Desde los frecuentes abordajes de la población, como en la propia Escuela de Chicago, predomina un afán reformista: se describen desigualdades para intentar solucionarlas, apelando a políticas sociales sobre las poblaciones desviadas. Desde la perspectiva del habitar, que integra también el punto de vista del habitante y se aleja de la perspectiva administrativa, gubernamental, la búsqueda de soluciones o la propuesta de reformas se complejizan. Pero el ánimo de disminuir el sufrimiento de las víctimas debería mantenerse: el habitar opera en el espacio que distinguen las dimensiones de la construcción y la cultura, y en este marco, su “rasgo fundamental es el cuidar” (Heidegger, 1994). Es necesario enfrentarse a la hostilidad, albergar a las víctimas. Una vez concluida la tesis, en el epílogo, cabe discutir este suplemento ético-político. Como señala James, “la incompletitud del universo pluralista es también representada por la filosofía pluralista como siendo auto-reparativa a través nuestro; como consiguiendo remediar sus desconexiones en parte por nuestra conducta (2009:203-4).

Epílogo. La hospitalidad

El establecimiento de fronteras es un componente constitutivo de la apropiación de un espacio, si con Heidegger aceptamos que “un espacio es algo ‘espaciado’, que se han dispuesto límites que le hacen lugar”. El filósofo alemán asocia también esta apropiación necesariamente con un antagonismo, en tanto los espacios no tienen una esencia, sino que ésta siempre es atribuida desde lugares, situada.

“El límite no es sencillamente el fin de algo sino que es primariamente su comienzo, a partir de donde algo comienza a ser lo que es, su esencia. Para esto está el concepto orimos, es decir, frontera. Espacio es esencialmente lo que se ha dejado entrar en sus fronteras. De ahí que los espacios reciban su esencia desde lugares y no desde ‘el’ espacio”. (Heidegger, 1994)

Estos límites entre lugares son necesarios y a su vez contingentes, y sólo se vuelven plenamente segregación urbana cuando se invisten de antagonismo. La hostilidad contiene la llave para comprender lo que sucede tras las fronteras en contextos de segregación: los dueños de casa se sienten desafiados por quienes vienen de fuera, que son para ellos extranjeros y enemigos (*hostis*), disponen un límite, reglas para la recepción, se posicionan como anfitriones (*hospes*) hostigados, y en este proceso se generan rehenes (*hostages*) y nuevas víctimas (*hostias*). En la noción de hostilidad la segregación urbana aún las dos acepciones que enmarcan la perspectiva del habitar, la construida, la espacial, con la delimitación de un adentro y un afuera, y la actitudinal, cultural, de discriminación a grupos.

Por su parte, la perspectiva del habitar implica albergar, recibir, la hospitalidad. Y la hospitalidad es opuesta a lo que no es más que la propia oposición, o sea, la hostilidad (Derrida, 2007, cfr. Michaud 2011:1005). Hospitalidad y hostilidad están imbricadas en su raíz, y la hospitalidad se torna el remedio contra la hostilidad en el habitar (Montadon 2011:15). Las líneas que siguen avanzan entonces en esta oposición, en ese potencial antídoto.

“La auténtica penuria del habitar reside en el hecho de que los mortales tienen que aprender primero a habitar. ¿De qué otro modo pueden corresponder a esta exhortación si no es intentando por su parte, desde ellos mismos, llevar el habitar a la plenitud de su esencia? El verdadero cuidar es algo positivo, y acontece cuando de antemano dejamos a algo en su esencia, cuando propiamente realbergamos algo en su esencia; cuando lo rodeamos de una protección.” (Heidegger 1994)

En este marco, el filósofo alemán pone como ejemplo privilegiado de construcción para el habitar la figura del puente, que permite unir espaciamentos diferentes y da paso a los extranjeros:

“La consumación de la esencia del construir es erigir lugares por medio del ensamblamiento de sus espacios (...) El puente no junta solo dos orillas existentes. El puente coliga la tierra. El puente deja a la corriente seguir su curso y al mismo tiempo garantiza el camino. El puente reúne, como el paso que se lanza al otro lado. Los pilares del puente, que descansan en el lecho del río, aguantan la presión de los arcos.” (Heidegger 1994)

También G. Simmel, el otro teórico del habitar al que se recurre en la tesis para dar sentido a este espacio, propone que el puente es la figura privilegiada de la ligazón:

“Sólo al hombre le es dado, frente a la naturaleza, el ligar (...) En la construcción del puente alcanza esta realización su punto álgido. Aquí parece oponerse a la voluntad humana de ligazón no sólo la resistencia pasiva de la distancia espacial, sino la activa de una configuración específica. Superando este obstáculo, el puente simboliza la extensión de nuestra esfera de la voluntad sobre el espacio. Sólo para nosotros las orillas del río no están meramente la una enfrente de la otra, sino ‘separadas’” (Simmel 2015)

Ni Simmel ni Heidegger desatienden que pese a unir lugares, a ligar el espacio, el puente oculta sus cimientos bajo tierra. El que aparece en el puente lo hace desde ciertas bases materiales, pilares subterráneos e imperceptibles desde el otro lado. Como juego opuesto a la hostilidad entonces, como respuesta al diferendo de la segregación urbana, uniendo espaciamentos bajo la misma imagen rectora, “la hospitalidad se presenta como un puente frágil y peligroso establecido ente dos mundos: el exterior y el interior, el afuera y el adentro” (Montadon 2011:45). Un puente que *host*, alberga, cuida, permite habitar.

En francés, tanto quien recibe como el que llega de afuera se denominan con el mismo nombre: *hoté*. En español aparece una distinción subyacente: se distingue con claridad entre el huésped y el hospedero. Quien tiene un lugar y quién llega a él desde afuera, desde cierto límite. En el interjuego de la hostilidad, éste aparece como *hostis*, extranjero o enemigo, frente al *hospes*, que recibe; y como vimos se producen *hostages*, rehenes de esta situación.

La hospitalidad también lidia siempre con el extranjero (el término griego extranjero que designa al extranjero, *xenos*, también tiene la misma raíz que el verbo *xeinízo*, que designa el comportamiento de hospitalidad). Pero lo que sucede es que “la

territorialización del extranjero por la hospitalidad aparece como positivación de ese negativo etnocentrista que es el bárbaro, si nos fuera autorizada esa metáfora fotográfica” (Manzi y Toudoire 2011:795). Y esa territorialización, el dar lugar, albergar, sucede en la hospitalidad con un funcionamiento específico, pluralista:

“La hospitalidad, en la esencia de su funcionamiento, tiene la necesidad de mantener al extraño como tal, esto es, preservar la distancia. No tiene como vocación primera la integración, que en cierto sentido es la apropiación del otro para transformarlo en lo mismo. Integrar es someter el otro a mi ley, exigir su metamorfosis, su transformación, esto es, ejercer, de cierta manera, una violencia. La hospitalidad se distingue de esa acogida integradora por el respeto de la alteridad como tal, sin voluntad de sumisión a mi ley. La hospitalidad cesa donde comienza la integración. Así, la hospitalidad queda entre dos límites: el rechazo y la absorción.” (Montadon, 2011:34)

Antes de completar este paso adelante, cabe nuevamente dar un breve paso atrás, rastrear las implicancias del concepto que estamos proponiendo.

El análisis de las instituciones indo europeas, realizado por E. Benveniste (1969) otorga a esta noción un lugar central entre las interacciones humanas: divide la segunda sección, “Dar y recibir”, en tres partes “don e intercambio”, “dar, tomar y recibir” y “la hospitalidad”. En ese estudio de las lenguas comparadas históricamente, muestra que la aproximación hecha por el griego entre el “extranjero” y el “huésped”, ambos como se vio, designados por la misma palabra (*xénos*), y la correspondencia latina donde el mismo radical *host* da por derivación los términos *hospes*, huésped, y *hostis*, enemigo “se explica por la ambigüedad fundamental del extranjero, un potencial enemigo, que es necesario transferir para el estatus de amigo por medio de los rituales de la hospitalidad.” (Benveniste 1969 cfr. Montadon 2011:353-354)

Desde un punto de vista antropológico existen y adquieren centralidad rituales de acogida en todas las civilizaciones⁶¹: es “una organización ritual inalterable en el

⁶¹ En Occidente por ejemplo en la epopeya homérica de Ulises la trascendencia de la hospitalidad, expresada en el *khairé*, la acogida del otro, aparece recurrentemente, así como los rituales de pasaje para reducir la alteridad fundamental del extranjero: palabras, gestos de exhortación, una serie de etapas que seguían fórmulas y un orden bien establecido (Citar cap- Grecia arcaica). Asimismo, la hospitalidad es central en mitos como el de Filemón y Baucis o el de Anfitrón (que termina por dar nombre a la figura de quien recibe), se festeja en las recepciones de los dioses olímpicos y también en Roma, como la *lecsiterna*, el culto a Hestia, o a Hermes como dios que se encuentra en las puertas, del límite y la recepción, o la recurrente caracterización en la literatura antigua de Júpiter y Zeus como “dioses

sentido antropológico poderoso” (Lardellier, 2011); aún hoy en nuestras instituciones se codifica la recepción del otro en la escuela, el trabajo, los organismos oficiales (Binet 2011). En esta recurrencia, la noción adquiere estatus por así decirle trascendente a raíz de la reflexión de I. Kant (2005), en dos trabajos centrales en su filosofía política (“Ideas para una historia universal en clave cosmopolita” y “Sobre la paz perpetua”), donde atribuye a ésta un papel clave en su proyecto de paz escala mundial: “aquí no se trata de filantropía, sino de derecho; la hospitalidad significa el derecho para el extranjero, en su llegada al territorio de otro, de no ser tratado como enemigo” (Kant, 2005:93-94).

De cualquier modo, es con I. Levinas cuando “se atribuye a la hospitalidad el papel de concepto operatorio nuevo y único en la filosofía europea moderna” (Manzi 2011:1160). La noción de hospitalidad, en cuanto apertura y sujeción al otro, se encuentra en el centro de su reflexión filosófica dedicada a la subjetividad, pues insiste en que la acogida permite pensar la relación con el otro pero igualmente la relación con uno mismo, en un movimiento que lleva la ética al lugar de filosofía primera. Y donde la ética, en lo que tiene de *ethos* remite a la hospitalidad desde su etimología: la habitación, la propia casa (Montadon 2011:997)

En esta perspectiva metafísica, o para retomar los términos de Levinas, según una “ética de la hospitalidad”, la apertura al otro como acogida del rostro es una experiencia de la alteridad de una discontinuidad radical, la capacidad de infinito. Paradojalmente, la acogida responsable de otro contiene un amor “de extranjero a extranjero, mejor que la fraternidad” (2006:301)

Este salto adelante, hacia “el infinito del rostro del otro”, es quizá demasiado apresurado. Por una parte exige demasiado, más de lo posible, y por otra parte, quizá en sentido opuesto, desde lugares distintos pero en el mismo espacio, esconde aún la permanencia de la hostilidad en la recepción del otro. Cabe detenerse en estos asuntos, siguiendo en ello a J. Derrida, que posiblemente fuera el más importante teórico del habitar en las últimas décadas del siglo pasado.

Derrida sostiene que la hospitalidad absoluta o incondicional, en el sentido de Levinas, “supone una ruptura con la hospitalidad en el sentido corriente, con la hospitalidad

hospitalarios”. También en la literatura medieval, por ejemplo en torno al personaje del caballero errante, en los cantos populares y nórdicos y en los principales mitos (así Arturo) (Citar art) aparecen ceremoniales por veces pintorescos que testimonian un imaginario de la hospitalidad.

condicional, con el derecho o pacto de hospitalidad. Todo pasa como si la hospitalidad fuese imposible: como si la ley de la hospitalidad definiese esa imposibilidad misma, como si no pudiera sino transgredírsela.” (Montadon, 2011:59).

“La ley de la hospitalidad ordena romper con la hospitalidad del derecho, con la ley o la justicia en cuanto derecho. La hospitalidad justa rompe con la hospitalidad de derecho: no es que la condene o se oponga a ella, y puede, al contrario, colocarla y mantenerla en un movimiento incesante de progreso; más ella le es tan extrañamente heterogénea al derecho como la justicia es heterogénea al derecho del cual es con todo, tan próxima y en la verdad indisociable” (Derrida y Dufourmantelle 2000:29, cfr. Michaud 2011:1008)

Existe entonces un hiato, una separación radical, entre la hospitalidad infinita o incondicional y el derecho. Derrida profundiza en este extremo, afirmando la posibilidad de que ese mismo hiato libere el espacio en el que se pueda dar lugar a una sutil pero necesaria disociación analítica ético-política, con la que concluye esta tesis.

“La hospitalidad absoluta puede también abrir siempre un espacio salvaje de violencia pura que haría perder hasta su sentido, su aparecer, su fenomenalidad de aparecer. No debemos ignorar ese riesgo, ni desdeñar a los que quieren establecer barreras o parapetos del derecho contra esa locura de la hospitalidad absoluta. Pero lo que creo es que no debemos de dejar de intentar pensar, de pensar y vivir, es que la posibilidad de la inversión, por tanto de la perversión, debe quedar abierta para que una hospitalidad sea posible.” (Michaud 2011:1001)

Kant, en la Paz perpetua, plantea que el derecho cosmopolítico se debe restringir a las condiciones de la hospitalidad universal y establece una serie de condiciones que limitan la hospitalidad absoluta, restringiéndola a sus dimensiones política y jurídica. De este modo, señala Derrida, la acogida inmediata, infinita, sin medida ni reglas ni cálculos, debida al otro en la hospitalidad pura, se encuentra indefinidamente en suspenso. Propone así un neologismo que da nombre a un conocido seminario en 1995, “Hostipitalidad”, que incluye la hostilidad en el propio cimiento de la hospitalidad, en las reglas, el idioma que se exige al extranjero que hable y acepte para ser recibido. *Hospes* proviene de *hospitem*, donde se halla la raíz indoeuropea *pet* o *pot*, correspondiente a la idea de amo, señor; déspota es el dueño de casa primero y solo luego señal de poder.

“¿Puede entonces tratarse, de hecho, al huésped de otra forma que no sea ‘soberanamente’?” se pregunta F. Raviez (2011:417). Al menos, puede pensarse, debe pensarse si la hospitalidad se considera “inseparable, indisociable, de una experiencia, de un pensamiento efectivo de lo político y de la experimentación de un derecho y una democracia por venir” (Derrida 1996:58).

Este pensamiento político implica colocar el problema, al responsabilidad o más bien la posibilidad de una solución del lado de los establecidos, los que reciben. Por dos motivos.

Ellos también son víctimas, pero tienen el lugar dominante, que da sentido al espacio, propone el idioma que se exige hablar pero que el extranjero no logra sino articular penosamente, siempre más o menos separado de los dueños del espacio. En palabras de Derrida (1997): “El mal de hospitalidad como el mal de los límites es siempre también un mal de lengua”. Éstos son los únicos que pueden dar la palabra, recibir al otro, acusarlo con cierta razón de falta de códigos. Ellos no quieren salir, no desean ir afuera, pero son quienes pueden dejar entrar. En su decisión, al aplicar el fundamento místico de la autoridad que da derecho a su justicia, imponen la lengua, y en ello generan extranjería: rehenes y bárbaros.

En segundo lugar, en términos por así decirle formales, la hostilidad en la segregación urbana, como se apuntó, sólo genera víctimas. Y estas son tres, y establecen relaciones entre ellas.

De una parte, quienes podemos llamar establecidos, que sufren una violencia, el hostigamiento, desde los bárbaros (aunque se adjudique a todos los marginales, los extranjeros, quienes están fuera), generan otra violencia, segregación, hacia rehenes y bárbaros. De otra parte, los rehenes, sufren esta segregación desde los establecidos y además el hostigamiento de los bárbaros. Y a su vez, ellos también segregan, ponen fuera, a estos últimos, de los que se diferencian con radicalidad discursiva pero desde un lugar parecido. En tercer término, los unánimemente considerados bárbaros, ejercen violencia sobre establecidos y rehenes, los hostigan. Pero reciben hostilidad, en tanto segregación, de establecidos y rehenes.

El juego de víctimas tiene resultados diferenciales sobre los jugadores. Los rehenes son los más afectados; reciben hostilidad de los otros dos y sólo ejercen hacia uno de ellos. En segundo lugar, los bárbaros reciben segregación de las otras dos posiciones, y

hostigan a ambas. En tercer lugar, los establecidos, como única víctima con saldo positivo, hostigada por un jugador pero que segrega a los otros dos. Estos últimos, aunque son víctimas y piden justicia, son “menos” víctimas que los otros dos.

La verdadera hospitalidad debería permitir superar la violencia inherente a la hospitalidad. Y esto sólo puede hacerlo quien recibe. Él determina el espacio desde su lugar, y además tiene una cierta responsabilidad, pues es víctima pero al ejercer su derecho como tal pone en práctica una sinrazón, dos injusticias.

Como en el mito, Anfitrión espera de su huésped, Júpiter disfrazado, que se atenga a las reglas que el primero establece. Es el *hau*, la “fuerza de las cosas” (Mauss 2006), que impulsa la necesidad de retribuir en la reciprocidad. Pero éste a veces no lo hace. Y en el mito, la deidad evidencia, pone de relieve, que el establecimiento de la propiedad puede ser pensado como una condición necesaria de la hospitalidad: solo podemos ofrecer aquello que nos pertenece, que es lo que el anfitrión también sacrifica para su convidado. Y al límite, no hay un dueño final de la tierra.

Así pues, la hospitalidad lleva la política a cierto límite. Vuelve impropios los límites de la propiedad. En el origen de la familia *hospes*, *hostis*, *hostage*, se encuentra un verbo: *hostire*, igualar, tratar de igual a igual, retribuir. Frente a la hostilidad, que asocia extranjero con enemigo, la hospitalidad es un gesto de compensación, de igualación, de protección, en un mundo en que el extranjero originalmente no tiene lugar.

Como señalaba Marcel Mauss, la alternativa es de hecho muy simple: “o confiar enteramente o desconfiar enteramente”, en resumen, hacer la guerra u ofrecer un don (Manzi y Toudoire 2011:796).

9.

ANEXO 1. SEGREGACIÓN RESIDENCIAL, 25 CIUDADES DE URUGUAY

La peculiar conformación “macrocefálica” de Uruguay, con el 36% de su población concentrada en su capital y principal ciudad, Montevideo, explica la escasa atención prestada a un amplio conjunto de localidades urbanas, la mayoría de ellas capitales departamentales, que cuentan con entre 20.000 y 100.000 habitantes y suman en torno a otro tercio de la población del país.

Los procesos históricos de estas “ciudades medias” son muy variables, aunque presentan varios patrones: algunas son anteriores a la propia formación nacional y otras tienen menos de 50 años, pero la mayoría se funda en el siglo XIX. Algunas ganaderas, otras agrícolas, otras turísticas, e incluso con más peso industrial o de servicios, casi todas presentan una estructura productiva con dominancia del sector primario. Buena parte de ellas orbita en torno a Montevideo, algunas con mayor autonomía y distancia. Y sin duda, estos procesos diferenciales se plasman en el espacio e inciden en cada constitución urbana.

En lo que sigue se describe la segregación residencial y la espacialización de algunas desigualdades sociales para las 25 ciudades más habitadas del “interior” de Uruguay. Elementos puntuales y concretos hacen historia en cada situación, pero las dinámicas sociales se asocian con las formas urbanas, son configuradas por éstas y las configuran,

permitiendo avanzar hacia la localización de similitudes, diferencias y “tipos” de ciudades.

El desarrollo de índices sociológicos sintéticos de la segregación urbana, que se acercan a la distribución de las desigualdades sociales entre grupos poblacionales, se ha consolidado en los últimos 25 años desde el seminal artículo de Massey y Denton (1989) que distinguía algunas dimensiones teóricamente independientes de la segregación residencial: la disimilaridad, la exposición, la concentración, la centralización y la agrupación. Un grupo puede estar segregado en una variedad de formas no necesariamente relacionadas entre sí:

“Los miembros (de un grupo) pueden estar distribuidos de tal forma que están sobrerrepresentados en unas áreas y subrepresentados en otras, variando la uniformidad (de las zonas). Pueden estar distribuidos de manera que su exposición a (personas de otros grupos) está limitada en virtud de raramente compartir zonas con ellos. Pueden estar espacialmente concentrados dentro de un área pequeña, ocupando menos espacio físico que (personas de otros grupos, o por la inversa, ocupar mayor superficie geográfica). Pueden estar espacialmente centralizados, congregándose alrededor de los centros urbanos (o en las periferias). Finalmente, las áreas de asentamiento pueden estar agrupadas y llegar a formar un enorme enclave, o estar muy dispersas (en zonas no conectadas entre sí de) todo el área urbana.” (Massey y Denton 1988. p.283)

El trabajo de Massey y Denton representa un hito porque condensa la fecunda discusión sobre las medidas más adecuadas de las décadas anteriores y compara las propuestas alternativas, agrupándolas con un análisis factorial en esos cinco conjuntos o dimensiones, eligiendo índices de cada una y comprobando en diversas ciudades su pertinencia. En los años siguientes numerosas investigaciones ratificaron su esquema de análisis, como las de Glaeser (2001), que estudia la correlación entre los índices en 291 áreas metropolitanas, o Woo (2012), que en torno a las dimensiones compara y agrupa mediante análisis de clases latentes 380 ciudades medias de EEUU.

En particular en América Latina ha tenido lugar una relevante deriva del debate. Desde la década del 90 varios autores, en particular Sabatini (1996, 1999, 2001, 2006) sostienen la necesidad de una adaptación local de las dimensiones y muestran la

centralidad de dos de ellas, la homogeneidad y la exposición. En Uruguay, por su parte, también existen importantes antecedentes en torno a las consecuencias negativas de la segregación, en particular alrededor del trabajo de Katzman (1996, 2003, 2006), aunque centrados en la ciudad de Montevideo.

En lo que sigue, tras una breve presentación de las ciudades consideradas, el análisis que se desarrolla en este capítulo se divide en tres partes, considerando esos tópicos antecedentes. El primer apartado presenta las dimensiones y aplica los índices, utilizando datos del Censo nacional de 2011, a las 25 ciudades consideradas. Se pretende aportar a la generación de información para el análisis, y a la discusión teórica en torno a los patrones de combinación de dimensiones.

En el segundo apartado se ensaya la relación entre los índices y las dimensiones y se contrasta con discusiones antecedentes. Se construyen factores y se agrupa a las ciudades, arribando a una clasificación tipológica que permite distinguir diferentes tipos de ciudades y diferencia entre la “segregación espacial” y la “segregación social”. Se busca terciar en el debate respecto a las especificidades regionales de la segregación urbana y proponer algunas alternativas en ese marco.

La última sección profundiza en algunos análisis de la segregación residencial: se compara la evolución de la segregación en las ciudades respecto al último censo anterior, de 1996, y en segundo término se delinean algunas aplicaciones de los índices y del cálculo de factores para el estudio de los efectos negativos de la segregación. En este marco, las discusiones finales se concentran en la importancia de profundizar en la dimensión de la “interacción” y el encuentro.

Como variable fundamental para el análisis de las distintas dimensiones de la segregación urbana se considerará las personas residiendo en hogares con al menos una “necesidad básica insatisfecha” (NBI). El uso de las NBI tiene tres grandes argumentos a favor: en primer lugar, que existen numerosos antecedentes nacionales e internacionales: representan hace décadas el intento más estándar de medición multidimensional y estructural de las carencias (así, DGEC 1990, INDEC 1985). En segundo término, es una variable que permite fácil replicación y entroncamiento con futuros análisis, por su disponibilidad en los microdatos oficiales accesibles

públicamente⁶². Asimismo, en tercer lugar, como se mostró en el primer capítulo del análisis, las NBI y las “necesidades básicas satisfechas” (NBS) representan adecuadamente dos dinámicas opuestas en la segregación, la “excluida” y la “próspera”.

Como unidad geográfica, se consideran los segmentos censales delimitados por el Instituto Nacional de Estadística (INE), que agrupan varias “manzanas”. Esta decisión tiene varias implicancias. Por una parte, es recurrente y relevante la discusión sobre el “efecto escala”: ésta influye en los resultados, que varían sustantivamente en función de que se consideren, por ejemplo, barrios, segmentos o manzanas. Asimismo, el carácter administrativo de la determinación de las fronteras de los segmentos implica arbitrariedades, decisiones no exentas de consecuencias; por ejemplo en todas las ciudades los segmentos periféricos son de mayor superficie que los centrales. Por último, se incurre en la “falacia ambiental”, propia de la “perspectiva de la población” o “gubernamental” (Foucault 2006), que se discute en varios capítulos de la tesis y se propone superar complementándola con la perspectiva del habitante.

Todos los mapas, gráficos y tablas que se presentan a continuación utilizan datos del Censo de Población, Viviendas y Hogares de 2011, realizado por el INE.

Algunas explicaciones iniciales

Las 25 localidades más pobladas del país, sin contar Montevideo, totalizan entre todas poco más de un millón de habitantes. Se incluyen las 19 capitales departamentales, cinco ciudades más de Canelones y una más en San José y Maldonado, los tres departamentos más cercanos a la capital. Por otra parte, Salto, Paysandú, Las Piedras, Rivera y Maldonado superan las 50 mil personas. Delta del Tigre, Artigas, y Salto son las ciudades que presentan una mayor proporción de personas con NBI. En la situación opuesta El Pinar, Colonia del Sacramento, Canelones, Trinidad y Minas son las ciudades donde una menor proporción personas residen en hogares sin NBI.

⁶² Las necesidades básicas consideradas por el INE son seis y se vinculan al acceso a: vivienda decorosa; abastecimiento de agua potable; servicio sanitario; energía eléctrica; artefactos básicos de confort y educación. Para cada dimensión se calculan varios indicadores. Por un mayor detalle, Calvo et. al. 2013, pp 10 y ss. Se trabaja sobre las personas residiendo en hogares con o sin NBI como unidad de análisis porque los hogares más empobrecidos tienen un mayor número de habitantes promedio, segmentos con una proporción de hogares pobres suelen tener una mayor proporción de habitantes pobres, lo que cabe considerar para analizar unidades territoriales. Se excluyen del total de residencias los casos perdidos para el cálculo de NBI por no ser propiamente hogares.

Tabla 1. Las 25 ciudades estudiadas, número de habitantes y porcentaje de personas residiendo en hogares con al menos una NBI.

CIUDAD	HABITANTES	PROPORCIÓN DE HABITANTES EN HOGARES CON AL MENOS 1 NBI
<i>Salto</i>	104.011	42%
<i>Paysandú</i>	76.412	35%
<i>Las Piedras</i>	71.258	41%
<i>Rivera</i>	64.465	38%
<i>Maldonado</i>	62.590	33%
<i>Tacuarembó</i>	54.755	38%
<i>Melo</i>	51.830	36%
<i>Mercedes</i>	41.974	34%
<i>Artigas</i>	40.657	42%
<i>Minas</i>	38.446	26%
<i>San José de Mayo</i>	36.743	29%
<i>Durazno</i>	34.368	35%
<i>Florida</i>	33.639	28%
<i>Barros Blancos</i>	31.650	46%
<i>San Carlos</i>	27.471	34%
<i>Colonia del Sacramento</i>	26.231	23%
<i>Pando</i>	25.947	31%
<i>Treinta y Tres</i>	25.477	34%
<i>Rocha</i>	25.422	33%
<i>Fray Bentos</i>	24.406	31%
<i>Trinidad</i>	21.429	26%
<i>El Pinar</i>	21.091	18%
<i>La Paz</i>	20.524	33%
<i>Delta del Tigre y Villas</i>	20.239	49%
<i>Canelones</i>	19.865	26%

Fuente: Instituto Nacional de Estadística (INE) - Censos 2011.

Nota: El cuadro no incluye las personas en situación de calle.

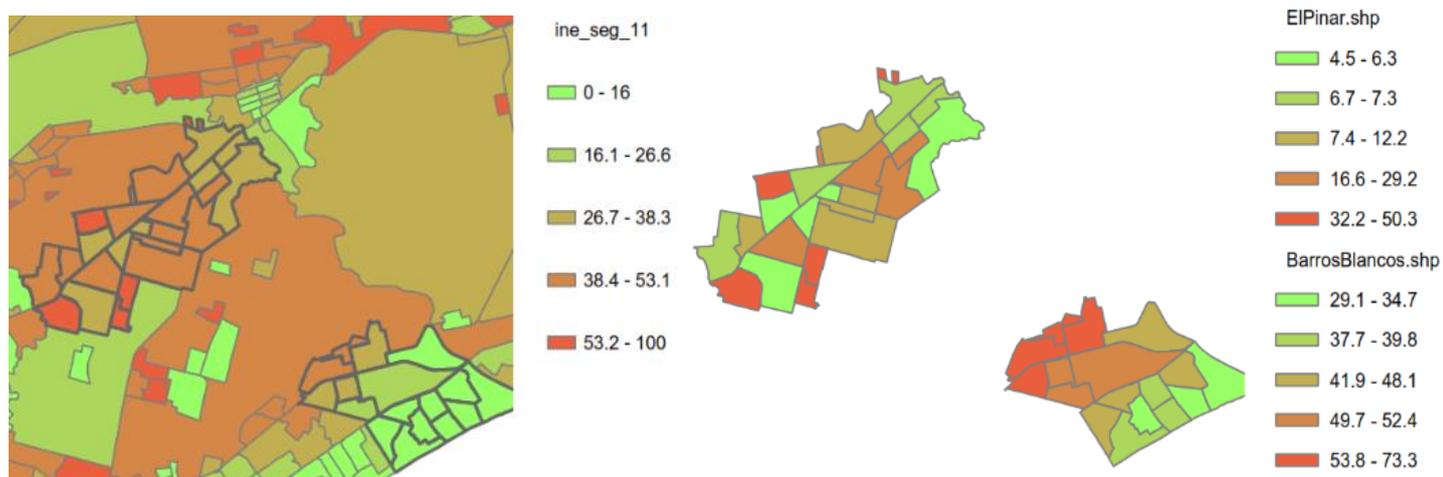
Antes de comenzar, una notación técnica: más allá de los promedios generales, para el estudio de la segregación es relevante la variación de los segmentos al interior de cada

ciudad: la radicalidad de sus diferencias internas. Por ejemplo, en Durazno la proporción de personas con NBI en los segmentos varía entre 7 y 82%; en El Pinar entre 5 y 50%: el rango es mucho menor. En Barros Blancos la variación entre los promedios de los segmentos es aún más baja, entre el 39% y el 58%.

Comparando por ejemplo, como se hace en el Mapa 1, entre las últimas dos ciudades, El Pinar y Barros Blancos, ambas cercanas geográficamente entre sí, en el mismo departamento de Canelones, se evidencia con claridad que la primera es mucho más próspera que la segunda. Cuando se georreferencian las NBI a nivel nacional ordenadas en quintiles (como en la figura a del mapa) se aprecian las diferencias generales entre ambas ciudades, la primera con mayor proporción de personas en los quintiles más bajos de la distribución nacional.

Sin embargo, el cálculo de los índices se realiza de acuerdo a la composición interna de cada ciudad. Ello permite comparar la formación de cada una, la distribución de personas con NBI al interior de la ciudad, como se muestra en la figura b del Mapa 1, porque de esta forma se observan en mayor detalle las diferencias en las configuraciones urbanas.

Mapa 1. Segmentos de Barros Blancos y El Pinar. Coloreados según quintiles en la proporción de personas con NBI a nivel (a) nacional; (b) de cada ciudad

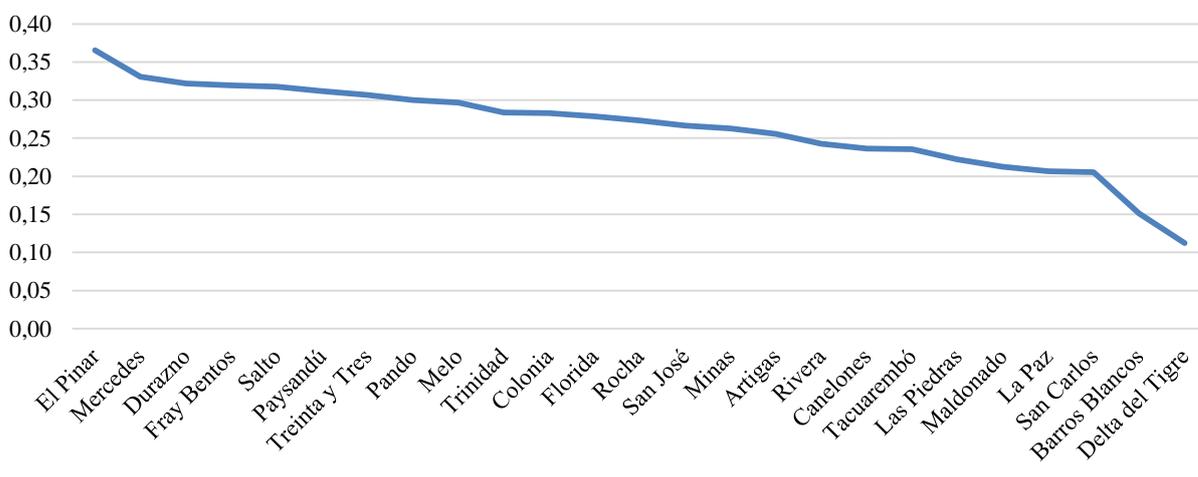


Índices y dimensiones de la segregación

El índice más estándar para medir la distribución desigual de grupos sociales en un área urbana es el índice de disimilaridad (ID)⁶³ (Duncan y Duncan 1955), que se acerca a la primera dimensión de la segregación: la uniformidad de las ciudades, la homogeneidad de las unidades geográficas. Suele interpretarse como la proporción de la población de un grupo que habría que desplazar de uno a otro para lograr segmentos iguales. Pese a que ha sido criticado y mejorado en relación a varios déficits (así por ejemplo White 1983), particularmente su carácter aspatial y su limitación a la consideración de dos grupos en la población, continúa siendo una medida difundida y bastante estándar.

En términos relativos, en las principales ciudades uruguayas varía entre algo más de 0,1 en ciudades nuevas de la periferia del área metropolitana, más homogéneas, como Delta del Tigre y Barros Blancos, y en ciudades más disimilares supera el 0,3 como El Pinar, Mercedes, Durazno, Fray Bentos y Salto. En los primeros casos se trata de ciudades recientes, cercanas a Montevideo, relativamente pobres; por su parte, las otras ciudades particularmente disimilares son capitales departamentales importantes, ciudades más clásicas, con la excepción de El Pinar, una ciudad gentrificada, satélite de la capital.

Gráfico 1. Índice de Disimilaridad entre personas con NBI y con NBS en las ciudades consideradas



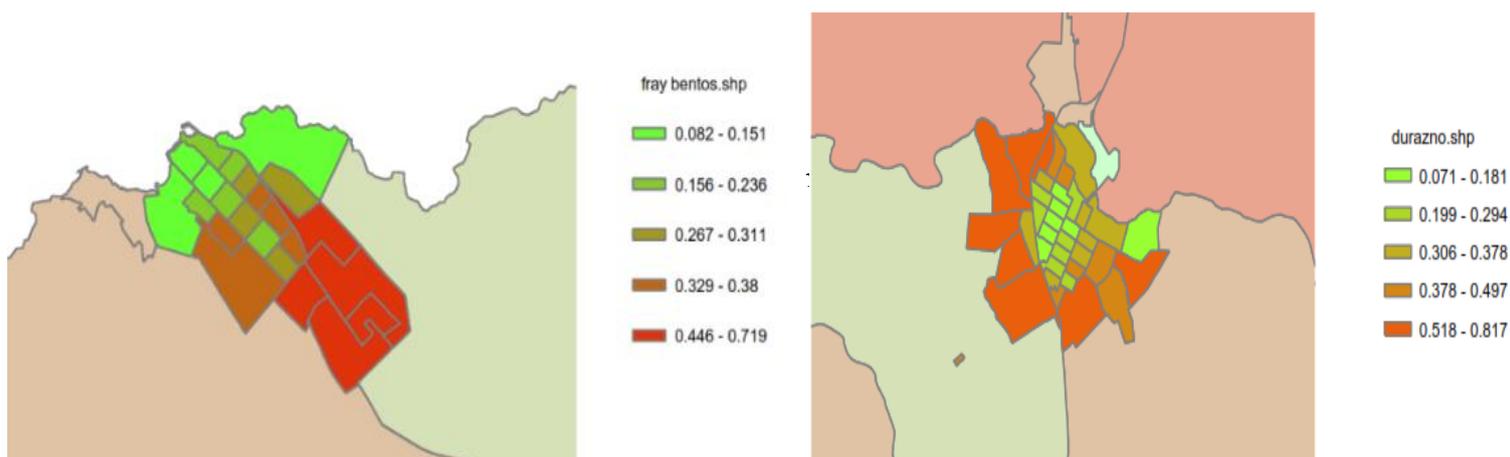
$$D = \frac{1}{2} \sum_{i=1}^n \left| \frac{X_i}{X} - \frac{Y_i}{Y} \right|$$

⁶³

Donde: X_i es la población minoritaria en la zona i , X es la población minoritaria total, Y_i es la población mayoritaria en la zona i e Y es la población mayoritaria total.

El ID permite comparar entre ciudades, abstrayendo una medida global. No obstante comparando en el Mapa 2 las ciudades Fray Bentos y Durazno, por ejemplo, con parecidos ID (también puede observarse en el Mapa 1 El Pinar, con cifras similares, de alto ID) presentan pese a ello formas urbanas muy diferentes. Es pertinente afinar la descripción para dar cuenta de estas situaciones.

Mapa 2. Segmentos de Fray Bentos y Durazno, ordenados por quintiles según su proporción de personas con NBI



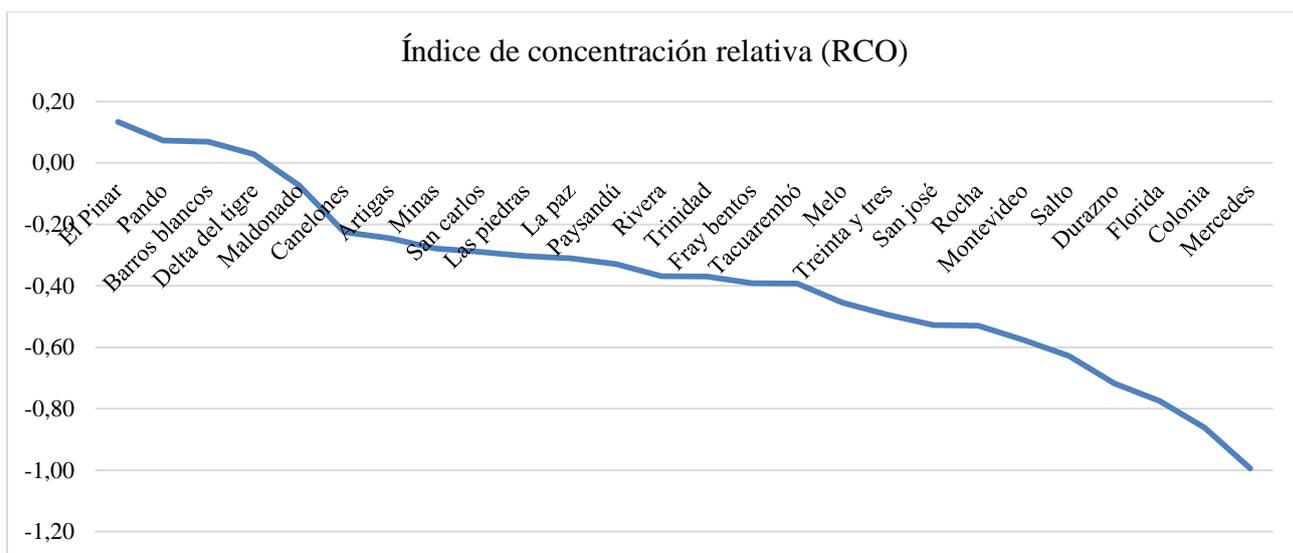
Fuente. Elaboración propia en base a datos del Censo, INE 2011

Otra dimensión que aíslan Massey y Denton es la concentración, “la cantidad relativa de espacio físico ocupado por un grupo minoritario en el entorno urbano” (Massey 1989:289). Dos ciudades con la misma uniformidad podrían mostrar diferentes niveles de concentración en función de los tamaños de las unidades territoriales y de la superficie total ocupada. Massey y Denton eligen para la medición de la concentración el Índice de Concentración Relativa (RCO), que varía entre -1 y 1, con el valor 0 indicando una concentración igual entre los dos grupos, -1 indica el máximo posible en que la concentración del grupo mayoritario Y (no pobres) excede la del grupo minoritario X, y viceversa. El índice "mide el porcentaje de espacio urbano ocupado por grupo X En comparación con el grupo Y "(Massey y Denton 1988:291)⁶⁴.

$$RCO = \frac{\left[\frac{\sum_{i=1}^n (x_i a_i / X)}{\sum_{i=1}^n (y_i a_i / Y)} - 1 \right]}{\left[\frac{\sum_{i=1}^{n_1} (t_i a_i / T_1)}{\sum_{i=1}^{n_2} (t_i a_i / T_2)} - 1 \right]}$$

Así, en ciudades como Pando, Barrios Blancos y Delta del Tigre, la proporción de espacio físico ocupada por las personas sin NBI es superior a la ocupada por personas con NBI. Por su parte, localidades como Mercedes, Colonia, Florida, Durazno y Salto en general con amplias periferias, aun con muy diferente proporción de personas con NBI, presentan una mayor proporción de espacio ocupado por éstas.

Gráfico 2. Índice de Concentración entre personas con NBI y con NBS en las ciudades consideradas



Fuente. Elaboración propia en base a datos del Censo, INE 2011

A diferencia de la disimilaridad, la concentración es una medida espacial porque su valor es relativo a la superficie de las unidades de área. Así, por ejemplo, se evidencia en el Mapa 3 que la ciudad de Pando presenta una mayor superficie ocupada por los quintiles con menos proporción de población con NBI, mientras que la situación en Salto, con amplios segmentos periféricos ocupados por los quintiles con más NBI.

Mapa 3. Segmentos de las ciudades de Pando y Salto, según proporción de personas con NBI, en quintiles



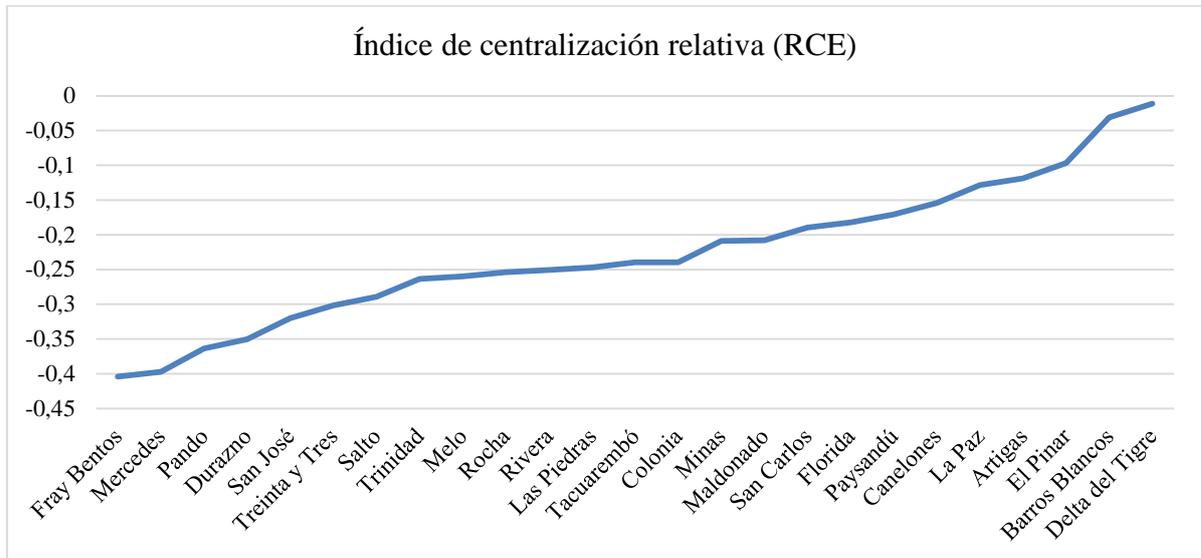
Fuente. Elaboración propia en base a datos del Censo, INE 2011

Una tercera dimensión también espacial, es la distancia respecto al centro de la ciudad, la centralización. Massey y Denton la definen como "el grado en que un grupo está espacialmente situado cerca del centro de una zona urbana" (1988:291). Dos ciudades pueden tener los mismos niveles de concentración, aunque si la concentración de la ciudad de A es más cercana del centro de la ciudad que la de B, entonces la centralización de la ciudad de A sería más alta que el de B. El índice de centralización relativa⁶⁵ varía de -1 a 1 y representa la probabilidad de que el miembro de grupo minoritario X viva más cerca del centro de la ciudad. Asimismo muestra la proporción de personas que habría que modificar para igualar, con valores positivos indicando la proporción en que el grupo X se encuentra más cerca del centro que el grupo Y, y valores negativos la proporción en que Y están más cerca del centro.

$$RCE = \left(\sum_{i=1}^n X_{i-1} Y_i \right) - \left(\sum_{i=1}^n X_i Y_{i-1} \right)$$

65

Gráfico 3 Índice de Centralización entre personas con NBI y con NBS en las ciudades consideradas



Fuente. Elaboración propia en base a datos del Censo, INE 2011

Así, las ciudades de Mercedes y de Delta del Tigre muestran formas urbanas claramente diferentes en cuanto a la situación en torno al centro de la ciudad: en la primera los segmentos más prósperos se sitúan en torno al centro; representa una ciudad “clásica” del Interior, con una zona central en torno a la que se establece la ciudad consolidada y

Mapa 4. Centros urbanos de las ciudades de Mercedes y Delta del Tigre, sobre mapas de segmentos de las ciudades ordenados según su proporción de personas con NBI, en quintiles



Fuente. Elaboración propia en base a datos del Censo, INE 2011

próspera, y en torno a ella una periferia empobrecida. En Delta del Tigre, más reciente,

con un poblamiento más irregular, el centro se encuentra entre segmentos claramente desiguales.

Por otra parte, dos ciudades con la misma concentración y centralización teóricamente podrían diferenciarse en función de si las unidades territoriales se sitúan de tal manera que las residencias de, en este caso las personas residiendo en hogares con NBI, fueran más o menos contiguas. Massey y Denton definen la clusterización como "el grado en que áreas habitadas por los miembros de las minorías colindan entre sí, o se clusterizan, en el espacio" (1988:293). Al igual que la concentración y la centralización, la agrupación es una medida espacial, cuyo valor depende directamente de patrones geográficos. A diferencia de éstas, sin embargo, la agrupación se refiere a los patrones globales de unidades de área en lugar de los patrones de la unidad dentro del área.

La elección de Massey y Denton para la medición de la agrupación fue el índice de proximidad espacial (SP). El índice es mayor que 1 si los miembros tanto de la minoría y la mayoría viven más cerca de otros parecidos que de los demás, mientras que es menor que 1 es el caso contrario. El valor 1 indica que el nivel de agrupación es el mismo para ambos grupos. Pero los resultados no muestran variaciones importantes entre las ciudades. Aparece el caso de Delta del Tigre como única ciudad donde tiene lugar una clara dispersión. Los valores son, en el resto de los casos, iguales o levemente superiores a 1, con Salto, El Pinar y Fray Bentos como extremos superiores.

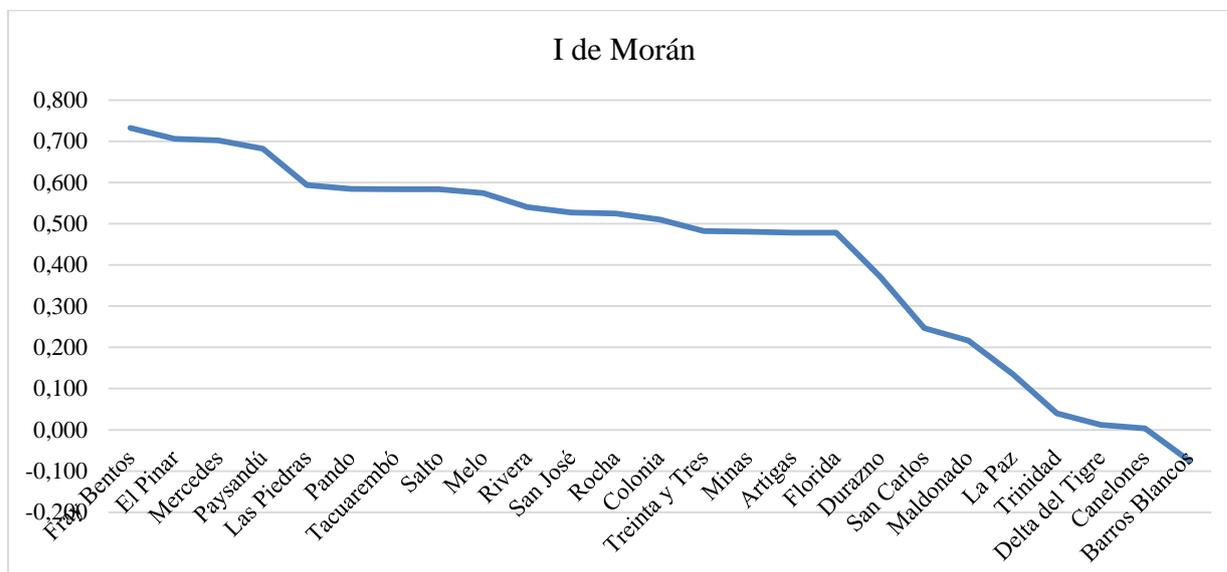
Otro índice apropiado para medir clusterización espacial, con creciente utilización en el área en particular por su posibilidad de representarse cartográficamente es el I de Moran⁶⁶, utilizado para estimar el grado en que un indicador de referencia se asemeja en valor a otra unidad espacial. El índice calcula el promedio ponderado de las desviaciones del valor medio de la variable en las unidades vecinas. Cuando no existen pruebas de una autocorrelación espacial, el I de Moran tiende al valor cero. Los Indicadores Locales de Autocorrelación Espacial (LISA) se desarrollaron en base al I de

$$I = \frac{(x_i - \bar{x}) \sum_j w_{ij} (x_j - \bar{x})}{\sum_j w_{ij}}$$

⁶⁶ Donde: n es la cantidad de unidades de área dentro del área de estudio, x es el valor del indicador de referencia en la unidad I y x_j es su valor dentro de la unidad j, y W_{ij} corresponde a la ponderación aplicada a una unidad según una matriz ponderada seleccionada para el área de estudio.

Moran y permiten visualizar las áreas en las que la autocorrelación espacial es significativa desde el punto de vista estadístico.

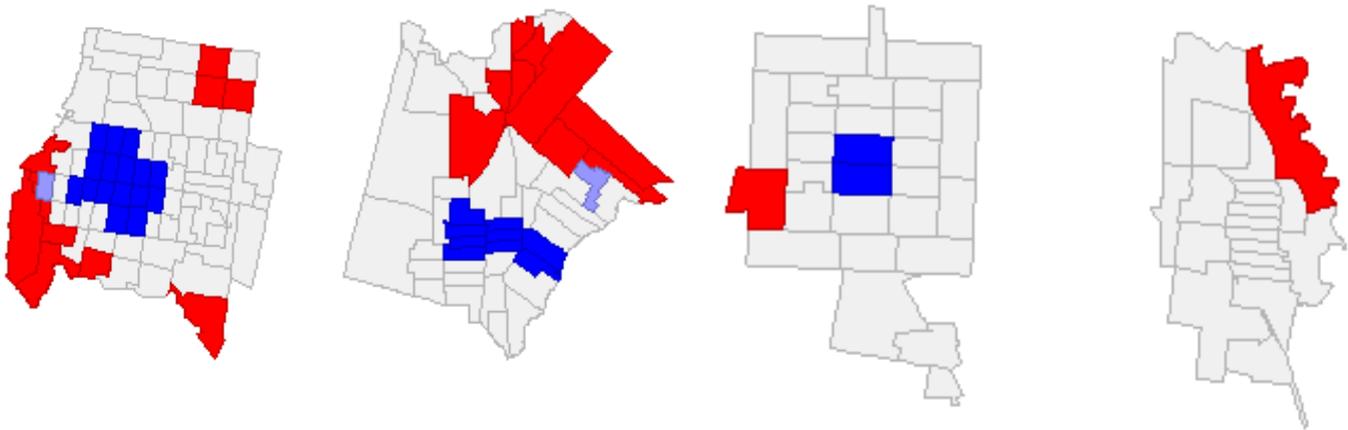
Gráfico 4. Índice de Aglomeración de personas con NBI en las ciudades consideradas



Fuente. Elaboración propia en base a datos del Censo, INE 2011

Las ciudades se ordenan en forma muy similar al SP, pero las variaciones son más expresivas. Así, ciudades como Fray Bentos, El Pinar, Mercedes o Paysandú presentan una clara aglomeración espacial: zonas donde se concentran segmentos prósperos, en general en torno a los centros urbanos, con extremos periféricos donde se aglutinan segmentos contiguos con bajas proporciones de NBI. Se encuentran, con bajo I de Morán, extremos opuestos en Trinidad, Delta del Tigre, Canelones o Barros Blancos, sin aglomeraciones significativas.

Mapa 5. Segmentos de las ciudades de Paysandú y Las Piedras, con alta aglomeración de la población con NBI, y de Trinidad y Canelones, con menor clusterización



Otra de las críticas al ID es que “realmente no mide lo que quiere medir”, en tanto solo muestra la relación entre segmentos o unidades geográficas. En este marco la segunda dimensión más recurrida en la literatura es la de Exposición, que mide el grado de contacto potencial entre los miembros de los grupos según hasta qué punto comparten áreas residenciales comunes. Massey y Denton (1988) señalan que los índices de uniformidad y exposición están correlacionados pero miden diferentes aspectos: las medidas de exposición dependen del tamaño relativo de los dos grupos que se comparan, mientras que las medidas de uniformidad no lo hacen. Esa correlación es sin embargo muy superior en Estados Unidos que en Latinoamérica (Sabatini et. al. 2010:23).

Cuando se trabaja con dos grupos poblacionales la exposición suele medirse con el índice de “interacción” (xPy)⁶⁷, que refiere a la probabilidad de que una persona de uno de los grupos de referencia “pueda interactuar con una persona del otro grupo”. Así, esta medida refleja la probabilidad de que una persona en este caso con NBI comparta el área de una unidad con una persona del otro grupo. Suele interpretarse la variación entre 0 y 1 en términos de probabilidad o porcentaje de encuentros. No es un índice simétrico:

$$xP * y = \sum_{i=1}^n [x_i / X] \times [y_i / t_i]$$

⁶⁷

Donde x_i es la cantidad de miembros X , y_i es la cantidad de miembros Y, t es la población total de la unidad i y X es la cantidad de miembros X dentro del área de estudio total.

las posibilidades de que uno encuentre al otro no son las mismas que a la inversa. Se incrementa cuando los grupos tienen tamaños parecidos y se encuentran dispersos entre los segmentos (Sabatini y Sierralta 2006:10).

Así Salto, Artigas, Delta del Tigre y también Mercedes son ciudades donde es relativamente poco probable que una persona con NBI comparta el segmento con otra sin NBI; en El Pinar, Canelones o Trinidad –todas ciudades más prósperas-, es más probable que una persona con NBI comparta el segmento con otra sin. Así, la proporción de personas del grupo de referencia, en este caso personas con NBI, es central para la probabilidad de exposición. De cualquier modo, por ejemplo en Mercedes, pese a que la proporción de personas pobres no es tan alta, las posibilidades de residir en el mismo segmento son comparativamente bajas.

Segregación residencial “espacial” y “social”.

Se distinguen entonces distintas dimensiones de la segregación residencial; cada una apunta a fenómenos específicos. Las ciudades pueden ordenarse, clasificarse en esos ejes no sólo con el fin de comparar el carácter más o menos agudo de la segregación urbana en cada caso; también para comprender dinámicas, configuraciones y procesos. Puede suponerse que las formas urbanas, los “patrones de combinación de dimensiones”, son estructurados en la historia y a su vez estructuran el habitar. En la tabla se presentan los valores de los índices de cada ciudad. En lo que sigue se presentan algunos avances en esa línea de localización y análisis de patrones urbanos.

Tabla 2. Índices representativos de las distintas dimensiones en las 25 ciudades estudiadas, número de habitantes y proporción de personas residiendo en hogares con al menos una NBI en 2011.

CIUDAD	Disimilaridad (ID)	Exposición (xPy)	Concentración (RCO)	Centralización (RCE)	Aglomeración (L de Morán)	Habitantes	Proporción NBI
Artigas	0,26	0,47	-0,23	0,12	0,48	40657	48%
B. Blancos	0,15	0,53	0,06	0,03	-0,08	31650	45%
Canelones	0,24	0,69	-0,20	0,15	0,00	19865	24%
Colonia	0,28	0,61	-0,86	0,24	0,51	26927	30%
D. del Tigre	0,11	0,49	-0,03	0,01	0,01	20239	50%
Durazno	0,32	0,52	-0,71	0,35	0,37	34368	39%
El Pinar	0,37	0,69	0,13	0,10	0,71	21091	21%
Florida	0,28	0,61	-0,77	0,18	0,48	33639	31%

<i>Fray Bentos</i>	0,32	0,54	-0,39	0,40	0,73	24406	37%
<i>La Paz</i>	0,21	0,61	-0,31	0,13	0,14	21127	35%
<i>Las Piedras</i>	0,22	0,52	-0,30	0,25	0,59	74030	44%
<i>Maldonado</i>	0,21	0,57	-0,08	0,21	0,22	62590	36%
<i>Melo</i>	0,30	0,52	-0,45	0,26	0,58	51830	41%
<i>Mercedes</i>	0,33	0,50	-0,97	0,40	0,70	41974	39%
<i>Minas</i>	0,26	0,65	-0,29	0,21	0,48	38446	29%
<i>Pando</i>	0,30	0,56	0,08	0,36	0,58	25947	35%
<i>Paysandú</i>	0,31	0,55	-0,34	0,17	0,68	76412	36%
<i>Rivera</i>	0,24	0,54	-0,37	0,25	0,54	64465	40%
<i>Rocha</i>	0,27	0,57	-0,55	0,25	0,53	25422	32%
<i>Salto</i>	0,32	0,44	-0,65	0,29	0,58	104011	48%
<i>San Carlos</i>	0,21	0,62	-0,28	0,19	0,25	27471	34%
<i>San José</i>	0,27	0,63	-0,51	0,32	0,53	36743	30%
<i>T. y Tres</i>	0,31	0,58	-0,48	0,30	0,48	25477	34%
<i>Tacuarembó</i>	0,24	0,54	-0,39	0,24	0,58	54755	41%
<i>Trinidad</i>	0,28	0,66	-0,35	0,26	0,04	21429	27%

Fuente: Elaboración propia en base a datos del Censo, INE 2011

Varios trabajos en la región han acumulado en esta consideración de las dimensiones de la segregación; por ejemplo, desde estos índices y agregando otros similares Linares (2007) calcula diferentes fenómenos urbanos para la ciudad de Tandil, desde la convicción de que refieren a procesos relativamente independientes. Pero en mayor medida, la discusión local se ha concentrado en dos de las cinco dimensiones: la homogeneidad y la exposición. Varios autores (Sabatini et al, 2001 y 2010; Sabatini y Sierralta, 2006) insisten en que si bien el enfoque multidimensional de Massey ha servido a los investigadores para comprender mejor el fenómeno de la segregación residencial, peca de una clara especificidad norteamericana. Así, elementos como residir en un pequeño espacio, guetizados, o cerca del centro, o sea con alta concentración y centralización, parecen más propios de la situación racial estadounidense, campo predominante de aplicación de los estudios de segregación en ese país.

De cualquier modo, parece plausible sostener que en las ciudades consideradas estas dimensiones podrían ser relevantes, en sentido inverso al previsto: la ocupación por las posiciones económicas más relegadas de amplias zonas periféricas lejanas al centro. En ciudades de formato tradicional, no diversificadas funcionalmente, sucede un fenómeno

inverso de centralización y concentración de las posiciones privilegiadas que estos índices también captan. Pueden haber sido pensado para ciudades donde el centro pauperizado está ocupado por minorías y para dar cuenta de guettos de alta concentración, pero como se muestra en el Gráfico 1, clasifican claramente también ciudades donde los más pobres se encuentran relegados a grandes superficies en la periferia, situación típica de las ciudades medias consolidadas del país, respecto a ciudades más heterogéneas y dispersas.

Por su parte, la aglomeración también es descartada por Sabatini en tanto sería más bien “un efecto de escala de la segregación”, un cálculo de ésta última en unidades geográficas mayores. Este extremo no es compartido por ejemplo por Aliaga y Álvarez (2010), que defienden, fundamentalmente por su carácter espacial, representable en el mapa, la relevancia de la autocorrelación del I de Morán. Podría incluso sostenerse que la flexibilidad en cuanto a las unidades residenciales consideradas es precisamente la mayor virtud de esta dimensión.

En cambio, las dimensiones de uniformidad y exposición sí son destacadas unánimemente en la mayor parte de la literatura específica centrada en la comparación entre ciudades⁶⁸: varios autores, en particular en la línea de Sabatini (2001) y Sabatini y Sierralta (2006), proponen que configuran los dos principales componentes que definen la segregación: “la tendencia de ciertos grupos sociales a concentrarse en algunas áreas de la ciudad” y “la conformación de áreas con un alto grado de homogeneidad social”. Mientras que la primera “se ocupa del grado de concentración o dispersión de cada grupo en la ciudad, la segunda examina cada área en términos de la homogeneidad o heterogeneidad social que la caracteriza” (Sabatini y Sierralta 2006:2)⁶⁹.

Las dos dimensiones serían relativamente independientes entre sí, e incluso de signo opuesto: “la dimensión 1 de la segregación, o grado de concentración espacial de un grupo, corresponde a un hecho que suele ser positivo. Lo más destacado en este sentido son los enclaves étnicos. Son barrios que ayudan a la persistencia o fortalecimiento de una minoría. Incluso la formación de los conos de alta renta en las ciudades de América

⁶⁸ Otros trabajos, como Rodríguez 2010¹ y Katman 1999, más concentrados en la descripción de una única ciudad, desarrollan medidas ad-hoc, centradas en la varianza, útiles para la descripción y la asociación con otras variables no residenciales pero menos versátiles para ser aplicados en distintos casos con fines comparativos.

⁶⁹ Apuntan también una tercera dimensión: la percepción subjetiva que se forman sobre la segregación objetiva tanto quienes pertenecen a barrios o grupos segregados como quienes son externos a ellos.

Latina, una expresión de la segregación de la dimensión 1, ha exhibido muchas de las ventajas de los enclaves. Se han constituido como espacios de diversidad e integración social” (2006:10). En cambio, la dimensión 2, “frecuentemente pasada por alto” se trata “de la faceta objetiva del fenómeno que más claramente se asocia con problemas de desintegración social y con la formación de guetos. La homogeneidad social del espacio ayuda a aislar a un grupo social de los restantes” (2006:10). Varias investigaciones (Sabatini et. al. 2010; Lissete y Álvarez 2010), abundan en el planteo de que los indicadores de exposición dan cuenta con mayor agudeza del fenómeno negativo de la segregación, y ensayan esta afirmación correlacionándolos con “dinámicas perversas de la segregación”.

En forma consistente con esta hipótesis de dos dimensiones fundamentales, si se analizan las relaciones entre los índices, el de disimilaridad se encuentra altamente correlacionado con el índice de Morán y el de centralización, y asociado con el de concentración.

Tabla 3. Correlaciones entre los índices de segregación entre personas con y sin NBI, número de habitantes y proporción de personas con NBI en las 25 ciudades consideradas.

	(ID)	(xPy)	(RCO)	(RCE)	Morán	Habitantes	NBI	
Correlación	(ID)		,110	-,416	,636**	,728**	,113	-,410
	(xPy)	,110		,180	-,127	-,210	-,547**	-,939**
	(RCO)	-,416	,180		-,553**	-,364*	-,181	,012
	(RCE)	,636**	-,127	-,553**		,570**	,151	-,114
	Morán	,728**	-,210	-,364	,570**		,378	-,040
	Habitantes	,113	-,547**	-,181	,151	,378		,483*
	NBI	-,410	-,939**	,012	-,114	-,040	,483*	

** Sig. (unilateral) menor de 0,05 * Sig. (unilateral) menor de 0,1

El índice de interacción, en cambio, no presenta correlaciones significativas con los demás. Si se introducen al modelo las variables “número de habitantes” y “proporción de la población con NBI”, se observan sí fuertes correlaciones con este índice: como se había anticipado, a medida que disminuye la proporción de personas con NBI (y también, en menor medida, cuando el número de habitantes es menor), las posibilidades de encuentro con personas sin NBI son superiores.

El conjunto de correlaciones entre los índices parece apto para un análisis factorial: es claramente significativo en la prueba de esfericidad de Bartlett, el KMO es aceptable y las comunalidades son en todos los casos superiores a 0,6, lo que asegura el ajuste del modelo independientemente del método utilizado e indica una relevante varianza común.

Tabla 4. Prueba de KMO y Bartlett del análisis factorial entre los índices

Medida Kaiser-Meyer-Olkin de adecuación de muestreo		,621
Prueba de esfericidad de Bartlett	Aprox. Chi-cuadrado	146,275
	Gl	28
	Sig.	,000

Dos componentes explican el 70% de la varianza del modelo. El primer factor contiene la mayor parte del efecto de la “*segregación geográfica*”, esto es, la disimilaridad entre segmentos, la centralización urbana de los más prósperos y la formación de clústeres y agregados en la ciudad que se plasman en amplias superficies de terreno periféricas. El segundo componente, por su parte, opone la proporción de NBI y el número de habitantes al índice de interacción (expresivo de la dimensión de exposición), refiriéndose en mayor medida a la desigualdad o “*segregación social*”.

Tabla 5. Matriz de componentes

	Componente	
	1 (segregación urbana)	2 (segregación social)
Index of dissimilarity (ID)	,886	-,182
Interaction index (xPy)	-,019	-,965
Relative concentration index (RCO)	-,626	-,185
Relative centralization index (RCE)	,817	,080
Spatial proximity index (SP)	,713	-,238
Morán	,809	,212
Habitantes	,310	,700
Proporción de personas con NBI (2011)	-,273	,939

Método de extracción: análisis de componentes principales.

Esta solución corrobora los acercamientos de Sabatini ya mencionados, con dos grandes dimensiones de la segregación. A su vez, el primer componente podría representar aún mejor que la mera disimilaridad las formaciones de la segregación en las ciudades medias uruguayas, incluyendo elementos de la forma urbana como la centralización de la riqueza y la periferización de la pobreza. Por su parte, el índice de exposición se asocia fuertemente a la distribución de las desigualdades de NBI.

Así, como ciudades con mayor segregación residencial “geográfica”, Mercedes, Fray Bentos y Salto se distancian del resto, y las siguen Durazno, Colonia, Paysandú y San José. Todas antiguas, capitales de departamento. En el extremo opuesto, Delta del Tigre y Barros Blancos serían ciudades sin mayor disimilaridad y a cierta distancia, como ciudades con escasa segregación interna aparecen La Paz y Canelones y luego San Carlos y Maldonado, todas ellas ciudades cercanas a la capital.

Particularmente Salto pero también Delta del Tigre, Las Piedras y Artigas se posicionan en el extremo de la dimensión de segregación residencial “social”, y como ciudades más prósperas donde es más fácil que las personas con alguna NBI se encuentren residiendo cerca de personas sin NBI, se cuentan El Pinar, Canelones y Trinidad, seguidos a cierta distancia por Minas.

Si se grafican las ciudades en el espacio que delimita el entrecruzamiento de los factores, aparecen los casos extremos de El Pinar, con segregación media y particularmente próspera, un ejemplo de cierta gentrificación; Mercedes, con segregación alta y prosperidad medio-baja, caso polar de ciudad centralizada y desigual; Salto, con baja prosperidad y alta segregación, de grandes periferias pobres; y Delta del Tigre, con baja segregación y medio/baja prosperidad, una ciudad dispersa y sin centralidades fuertes.

En el espacio así delimitado, se establecen agrupaciones en los cuatro cuadrantes. En el superior izquierdo, un conjunto de ciudades segregadas y relativamente prósperas: Colonia, San José, 33, Florida, Rocha, la mayoría situadas en la franja media del país, al sur del Río Negro (que divide el país en dos partes, sur y norte). En el segundo cuadrante, inferior izquierdo, se sitúan un segundo conjunto de ciudades menos segregadas, más homogéneas y prósperas: Canelones, Trinidad, La Paz, San Carlos. Minas se encuentra a medio camino entre ambos conjuntos, más cerca de cualquier

modo de las primeras; también El Pinar un caso extremo de segregación media y con proporciones de NBI particularmente bajas, un ejemplo de cierta gentrificación dependiente de la capital, Montevideo, comparte características de ambos conjuntos.

En el cuadrante superior derecho, un tercer conjunto de ciudades segregadas pero menos prósperas lo conforman Fray Bentos, Durazno, Paysandú, Melo, Tacuarembó y Rivera, la mayoría cerca o al norte del Río Negro, a las que cabe agregar a Salto como outlayer, a más de un desvío de distancia, particularmente desigual, con baja prosperidad y alta segregación, de grandes periferias pobres, y Mercedes, también como caso extremo, con alta segregación, caso polar de ciudad de formación tradicional, centralizada y desigual.

Por último, en el cuadrante inferior derecho se sitúan un conjunto de ciudades grandes, tradicionales, algo más homogéneas en cierta pobreza: Artigas, Las Piedras, a las que puede agregarse Rivera, ya más cerca del cuadrante superior derecho. También en este conjunto se sitúa Maldonado, de gran tamaño aunque más próspera y “a medio camino”, por su nivel de segregación a ciudades como San Carlos y La Paz. En este cuadrante, como casos extremos de homogeneidad, aparecen dos ciudades que operan como "nuevas periferias" montevideanas: Barros Blancos y Delta del Tigre, con baja segregación y medio/baja prosperidad, ambas ciudades dispersas y sin centralidades fuertes. Conforman un grupo definido y claramente distante de los demás.

Un análisis de clúster de los factores consolida otros cuatro grupos: uno integrado por ciudades grandes, con medio nivel de segregación y nivel económico medio bajo: Artigas, Las Piedras, Rivera y Tacuarembó. Un segundo grupo contiene a las ciudades de Colonia, Florida, La Paz, Maldonado, Minas, Pando, Rocha, San Carlos, San José y Treinta y Tres, ciudades medianas, del sur del Río Negro. El tercer grupo de ciudades, pequeñas, prósperas y con segregación media, lo integran Canelones, El Pinar y Trinidad, cercanas a Montevideo. Un cuarto grupo, integrado por Durazno, Fray Bentos, Melo, Mercedes, Paysandú y Salto, son capitales departamentales con alta segregación.

Las dimensiones de la segregación y sus índices, por su carácter estándar y ampliamente generalizado, han habilitado el desarrollo de estudios comparativos entre ciudades, que a su vez han derivado en una importante línea de trabajo orientada hacia el estudio de configuraciones urbanas, ya sea en forma inductiva, y así Woo (2012) apunta a clasificar 380 ciudades de los USA en forma similar a esta, o deductiva, en diálogo con

las diferentes propuestas de modelizaciones de mapas urbanos (Buzai, 2014), como se muestra en el primer capítulo del análisis, respecto a Montevideo.

Análisis específicos

Los índices y dimensiones, por su carácter estándar y cuantitativo, permiten en forma sencilla además de caracterizar ciudades y compararlas entre sí, abordar en forma sintética otros dos espacios cubiertos frecuentemente por la literatura especializada en segregación urbana. De una parte, atender a la evolución en el tiempo de las ciudades y sus configuraciones. De otra parte, acercarse a las “consecuencias perversas” de la segregación: sus efectos negativos.

En lo que sigue, en esta tercera y última parte del capítulo, en primer lugar se comparan los datos de 2011 con el último censo inmediato anterior, de 1996, para examinar, en el marco de una fuerte disminución de la cantidad de personas que residen en hogares con NBI, permanencias y las variaciones en las dimensiones y los componentes social y geográfico. En segundo lugar, a modo conclusivo, se analizan las relaciones entre las dimensiones y distintos indicadores, recurrentes en los antecedentes, de problemáticas sociales. Así, el anexo se cierra mostrando la importancia de profundizar en la dimensión de “exposición”, expresiva de las posibilidades de encuentro e interacción entre personas de diferentes características, en la línea de los capítulos 2, 3 y 5 de la tesis.

Comparación con 1996

El período intercensal, de 15 años, incluye 3 momentos económico-políticos: una dominancia del liberalismo hasta el año 2001, la crisis hasta 2004, y la posterior configuración estatista luego de 2005 con foco en las políticas sociales. Por su parte, la evolución del número de habitantes de las ciudades presenta claras disparidades, entre casos como Maldonado, Salto o El Pinar, donde el incremento supera las 10.000 personas, hasta extremos como Rocha o Treinta y Tres, donde la población disminuye en unos cientos de ellas.

En este marco, además, la disminución de la población que reside en hogares con NBI es muy notoria: se pasa de un promedio entre las ciudades consideradas del 52% de los

habitantes en 1996 a un 36% en 2011⁷⁰. En particular, la mejora es notable en Delta del Tigre, que en 1996, fuertemente empobrecido, presentaba un 76% de su población con al menos una NBI, y en la actualidad, aun contándose entre las ciudades más pobres del país, alcanza un 48%. En el Pinar también la disminución es importante, de 27 puntos porcentuales que la transforman en la ciudad con menos población con NBI del interior del país. Las ciudades de Barros Blancos y Rivera, en ambos casos muy empobrecidas en 1996, también presentan fuertes recuperaciones, del entorno de los 20 puntos porcentuales. Las ciudades de Fray Bentos, Mercedes, Paysandú, Durazno y Salto son las que presentan una disminución menor de la población con NBI, de cualquier modo en el orden de los 12 puntos.

Sin embargo, la disimilaridad, la centralización y la proximidad espacial han disminuido mucho más levemente, y el I de Morán, o sea la aglomeración en el espacio de segmentos de composición similar, incluso aumenta mínimamente en el período.

Tabla 6. Índices representativos de las distintas dimensiones en las 25 ciudades estudiadas, número de habitantes y proporción de personas residiendo en hogares con al menos una NBI, en 1996.

<i>Ciudad</i>	Disimilaridad (ID)	Interacción (xPy)	Concentración (RCO)	Centralización (RCE)	Agglomeración (Morán)	Habitantes 96	NBI96
<i>Artigas</i>	0,35	0,27	0,28	0,19	0,4	40244	63%
<i>B.Blancos</i>	0,21	0,25	0,06	0,08	0,1	26813	70%
<i>Canelones</i>	0,24	0,50	-0,43	0,26	0,3	19388	39%
<i>Colonia</i>	0,31	0,46	0,65	0,34	0,4	22200	43%
<i>D. del Tigre</i>	0,18	0,19	-0,19	0,04	0,0	14120	78%
<i>Durazno</i>	0,36	0,37	0,56	0,38	0,5	30607	52%
<i>El Pinar</i>	0,34	0,41	-0,29	-0,01	0,7	10383	48%
<i>Florida</i>	0,32	0,43	-0,88	0,23	0,3	31594	46%
<i>Fray Bentos</i>	0,37	0,38	0,40	0,46	0,7	21959	48%
<i>La Paz</i>	0,21	0,44	0,35	0,18	0,2	20191	50%
<i>Las Piedras</i>	0,27	0,35	0,33	0,32	0,6	68683	58%
<i>Maldonado</i>	0,30	0,39	0,21	0,38	0,2	48936	52%
<i>Melo</i>	0,38	0,32	0,51	0,32	0,5	46883	57%
<i>Mercedes</i>	0,37	0,38	0,43	0,42	0,4	39320	50%
<i>Minas</i>	0,28	0,48	-0,50	0,28	0,4	37146	42%

⁷⁰ Un 33,8% de la población total del país reside en hogares que presentan al menos una NBI.

<i>Pando</i>	0,33	0,38	-0,01	0,39	0,6	23384	51%
<i>Paysandú</i>	0,34	0,39	0,37	0,21	0,6	74568	49%
<i>Rivera</i>	0,32	0,32	0,49	0,38	0,5	63117	60%
<i>Rocha</i>	0,36	0,40	0,51	0,35	0,5	26017	49%
<i>Salto</i>	0,39	0,28	0,55	0,39	0,5	93117	60%
<i>San Carlos</i>	0,25	0,44	0,33	0,27	-0,2	24030	48%
<i>San José</i>	0,33	0,41	-0,79	0,37	0,3	34552	47%
<i>Tacuarembó</i>	0,38	0,33	0,45	0,39	0,2	45891	56%
<i>Treinta y Tres</i>	0,29	0,40	0,44	0,35	0,3	26390	49%
<i>Trinidad</i>	0,38	0,43	-0,58	0,37	0,0	20031	44%

Fuente: Elaboración propia en base a datos del Censo, INE 2011

El índice de disimilaridad se mantiene casi idéntico en La Paz, Canelones, Minas y Colonia, donde disminuye ligeramente, y en Treinta y Tres y El Pinar, donde aumenta en forma leve. La heterogeneidad en otras ciudades como Maldonado, Artigas, Trinidad y Tacuarembó decrece en mayor intensidad. La centralización disminuye, excepto en El Pinar, que consolida su centro urbano; en algunos casos, como en Mercedes, se mantiene alta. Las personas que viven en hogares sin NBI tienden a estar cerca del centro de la ciudad, pero cada vez menos en Maldonado, Tacuarembó o Rivera.

En cuanto al índice de Morán, las ciudades de Tacuarembó, San Carlos, Mercedes y San José presentan un fuerte incremento de la aglomeración espacial, de la constitución de espacios diferenciados: parece lógico, ahora hay menos "pobres" y entonces éstos quedan más delimitados geográficamente. En Canelones, Barros Blancos y Durazno, la aglomeración disminuye y la distribución de las personas con NBI sería menos espacialmente definida.

El índice de interacción, de exposición, varía con mayor intensidad en clara y previsible asociación con la variación en la proporción de personas con NBI: la disminución de personas con carencias disminuye también la proporción que comparten el segmento.

La superficie de espacio ocupada tiene importantes variaciones; en El Pinar, San José, Trinidad, o Canelones se incrementa fuertemente por las posiciones sociales más prósperas. En Colonia, Mercedes, Durazno, Salto y Rocha sucede lo inverso, en procesos de consolidación y ampliación de las periferias.

Si al modelo anterior se le agrega la variación de las NBI en el período 1996-2011, la estructura de los componentes sigue siendo la misma. Puede observarse que la variación de NBI se asocia, más que con la pobreza inicial de la ciudad, con la dimensión “geográfica” de la segregación, su estructura, en el sentido que las ciudades en las que más ha disminuido el número de pobres presentan una mayor disimilaridad y centralización, así como una mayor “periferia”, perímetros empobrecidos. En las ciudades con esa estructura, centros definidos y periferias amplias, es donde más han disminuido las NBI, sin importar cuán pobres fueran o su tamaño. Las ciudades donde ha aumentado la proporción de personas con NBS también presentan una mayor disimilaridad y clusterización. En particular, como se señalaba, la disminución del número de pobres parece aislarlos más, aglomerarlos.

Tabla 7. Matriz de componentes (agregando al modelo de la Tabla 5 la variación de personas con NBI respecto a 1996)

	Componente	
	1 (segregación “geográfica”)	2 (segregación “social”)
Index of dissimilarity (ID)	,821	-,262
Interaction index (xPy)	-,089	-,959
Relative concentration index (RCO)	-,680	-,141
Relative centralization index (RCE)	,835	,017
Spatial proximity index (SP)	,709	-,292
Morán	,762	,135
Habitantes	,360	,672
Proporción de personas con NBI (2011)	-,193	,959
Variación NBI respecto a 1996	,782	,087

Método de extracción: análisis de componentes principales.

Consecuencias perversas y el sentido de la segregación urbana

Los índices son útiles entonces para describir configuraciones y patrones urbanos, y un conjunto creciente de literatura específica invita a reflexionar sobre la relación entre las dimensiones, o al establecimiento de comparaciones entre ciudades. En otro sentido, otra discusión relevante busca maximizar sus características, más que descriptivas, predictivas de otras desigualdades sociales. En esa línea, los índices son adecuados para dar cuenta de situaciones, particularmente, de exclusión socioeconómica, como se indicó en el primer capítulo del análisis; así varios autores (por ejemplo Aliaga y

Alvarez 2010; Sabatini, Cáceres y Cerdá 2001 y muchos otros) buscan mostrar los “efectos perversos” de la segregación: su relación con otras problemáticas sociales, que evidencian y agudizan. Las variables que indican “problemáticas” en esas investigaciones suelen ser la criminalidad, en general medida a través de los homicidios, la proporción de jóvenes que no estudian, trabajan ni buscan trabajo, y la proporción de madres adolescentes.

Otros autores, siguiendo la estela de R. Katzman (1999, 2003) en abordajes de corte más nítidamente sociológico como los de Rodríguez (2001), o predominantemente económicos Arim (2008), también se acercan a la distribución de las desigualdades en el espacio. Así, utilizan estudios basados en varianzas locales o índices ad-hoc (Katzman et. al. 2008, Solis 2011), y demuestran la asociación de la situación geográfica con la pobreza y otras “patologías sociales”, utilizando las mismas variables.

Hay varias maneras más sofisticadas de profundizar en el fenómeno, pero a modo ilustrativo, si se utilizan los dos factores (la segregación “geográfica” y la “social”) para modelizar correlaciones en una regresión lineal, como se resume en la Tabla 8, se encuentran resultados relevantes y significativos.

Tabla 8. Regresiones lineales con los componentes 1 y 2 como predictores de “problemas urbanos”.

Variable dependiente	R2 del modelo	Beta est. del componente 1 (segregación residencial “geográfica”)	Beta est. del componente 2 (segregación residencial “social”)
Tasa homicidios 2011/2012	0,43	- 0,37**	0,53**
% jóvenes 15-19 años que no estudian, trabajan ni buscan.	0,51	X	0,70**
% mujeres 15 a 19 años con hijos	0,72	X	0,83**
Tasa de desempleo	0,22	0,36*	X
% personas que residen hace menos de cinco años en la ciudad	0,40	0,56**	X
% personas mayores de 25 años con estudios universitarios	0,40	X	0,61**

** Sig. (unilateral) menor de 0,05

* Sig. (unilateral) menor de 0,1

X no significativo

Respecto a la tasa de homicidios, si se consideran agregados los correspondientes a 2011 y 2012, el R^2 es de 0,427, y ambos factores aportan sustantivamente a la correlación. Aparece una asociación directa con la segregación residencial “social”: a menor interacción entre personas sin y con NBI, aumenta la tasa de homicidios. Pero también, tiene lugar una asociación inversa con la segregación “geográfica”: a medida que ésta es mayor la tasa de homicidios disminuye; las ciudades más segmentadas, con la prosperidad centralizada y amplias periferias, en general las ciudades más tradicionales, presentan una tasa de homicidios más baja.

Considerando la proporción de jóvenes varones de entre 15 y 24 años que no asisten a centros educativos, se encuentran desocupados y no buscaron trabajo en el período, en cada ciudad, y las “madres adolescentes”, mujeres de entre 15 y 19 años con hijos nacidos vivos, sólo la segregación residencial social (asociada a la proporción de personas con NBI) es relevante. Lo mismo sucede en cuanto a la proporción de personas de más de 20 años con estudios universitarios.

La segregación residencial geográfica sí resulta explicativa en relación a variables como la proporción de personas que no nacieron en el departamento y residen en él o la proporción de personas desempleadas, ambos factores que parecen asociarse a la forma y tipo de ciudad. Se confirma entonces que la forma de la ciudad, su configuración, importa. ¿Pero qué es lo que hay más allá de ella? ¿Qué es propiamente la dimensión “social” de la segregación residencial?

Como se señalaba arriba, Sabatini y Sierralta 2006 distinguen dos dimensiones de la segregación, la concentración espacial de los grupos y la homogeneidad social de las áreas, que proponen “similares a las dimensiones de uniformidad/disimilaridad y exposición/aislamiento que distinguen Massey y Denton en los estudios de segregación”. Son similares también a los dos componentes aquí presentados.

Su trabajo se concentra en una crítica de varias dificultades propias de la medición de la disimilaridad a partir del ID. Apuntan su dependencia de la escala, los problemas de la grilla y del tablero de ajedrez, y crucialmente el hecho de que es imposible determinar su sentido, las implicancias de que una ciudad sea más o menos disimilar. A su juicio, como se indicó arriba, la dimensión 2, social, de la segregación, es la “faceta objetiva del fenómeno que más claramente se asocia con problemas de desintegración social”.

En este terreno, señalan que “se resta énfasis a la dimensión 2, la más problemática, en buena medida porque es más difícil medirla”.

Efectivamente, en los estudios de este tipo, la dimensión es considerada a partir del índice de intercambio, expresivo de la dimensión de “exposición”, que suele ser interpretado como la probabilidad de “encuentro”. Recordando su fórmula, donde x_i es la cantidad de miembros X, y_i es la cantidad de miembros Y, t es la población total de la unidad i y X es la cantidad de miembros X dentro del área de estudio total, se evidencia que el cálculo es una proporción de personas de una población en relación con otra en una unidad geográfica, relativa al promedio total de personas de esa población. Como señala Sabatini:

“En vez de decir, por ejemplo, que en promedio cada residente negro vive en un área en que el 60 por ciento de la población es negra, señala que ese grupo social presenta un índice de aislamiento de 0,5 porque ese 60 por ciento supera en un 50 por ciento (0,5) el 40 por ciento que representan los negros en la población total de la ciudad. En el caso en que los negros fueran sólo un 12 por ciento de la ciudad y, en promedio, cada negro viviera en barrios con un 18 por ciento de gente de ese grupo, entonces el índice de aislamiento también sería de 0,5. Sin embargo, no es lo mismo para un negro, en términos de aislamiento social, vivir en un barrio en que los de su grupo representen un 60 por ciento que vivir en un barrio en que representen tan solo un 18 por ciento”. (Sabatini y Sierralta 2006:11)

Nos encontramos frente a enfoques que funcionan en la “perspectiva de la población” (Foucault 2006), que se concentran en promedios y desvíos de unidades abstractas y que en sociología urbana se han plasmado en el clásico abordaje de las “áreas naturales”. Lo que importa pasa por debajo de la población, de las distribuciones normales o anormales, o de las unidades geográficas.

Los distintos índices y dimensiones de la segregación son herramientas muy útiles para la descripción de las ciudades y la comparación entre ellas en forma sintética y bastante compleja. Pero también muestran las limitaciones desde la segregación residencial para dar cuenta del sentido de la segregación urbana. Gran parte del potencial explicativo de los índices estriba en la dimensión de la “exposición”, que se interpreta como el

intercambio o el encuentro, pero se mantiene casi en relación irónica con esas pretensiones, en el terreno de las distribuciones estandarizadas más sencillas entre unidades geográficas. Es necesario ir más allá, considerar la segregación residencial como solo uno de los niveles de la segregación urbana y acercarse a la comprensión de su “dimensión social”.

BIBLIOGRAFÍA

- Abercrombie, N. Hill, S. Turner, B. (1987) *La tesis de la ideología dominante*. Siglo XXI, Madrid.
- Adorno, T. (1979) "Sobre estática y dinámica como categorías sociológicas." En Horkheimer, M. y Adorno, T.: *Sociológica*. Taurus, Madrid.
- Aguiar, S. (2008) *El juego urbano*. Tesis final de maestría. Disponible en www.geug.edu.uy. FCS, Montevideo.
- Aguiar, S. (2011) "Dinámicas de la segregación urbana. Movilidad cotidiana en Montevideo". *Revista de Ciencias Sociales*, Vol. 28, pp 55 – 76. DS-FCS.UdelaR, Montevideo.
- Aguiar, S. (2015) "Segregación residencial en 25 ciudades de Uruguay". Ponencia presentada a las XIV Jornadas de investigación de la FCS. Montevideo.
- Ajenjo, M. (2005) *Evolució i característiques de la mobilitat habitual per treball a catalunya 1986-2001 i l'accessibilitat com a variable intermèdia*. Departament de geografia. Universitat autònoma de Barcelona, Barcelona.
- Aliaga, L. y Álvarez, M. (2010) *Segregación residencial en Bogotá a través del tiempo y diferentes escalas*. Documento de trabajo del Lincoln Institute of Land Policy. Publicado online.
- Alkire, S. Foster, J. (2007) "Counting and Multidimensional Poverty Measurement". OPHI Working Paper No. 7. Oxford, University of Oxford. http://www.ophi.org.uk/pubs/OPHI_WP7.pdf
- Allport, G. (1962) *La Naturaleza del Prejuicio*. Eudeba, Buenos Aires
- Alonso, L. (1998) *La mirada cualitativa en sociología*. Editorial Fundamentos, Madrid.
- Álvarez Pedrosian, E. (2013) *Casavalle bajo el Sol*. Colección Plural, CSIC-Udelar, Montevideo
- Alvarez, M. (2005) *Golden ghettos. Moving decisions of the affluent from a comparative lens*. IPES, Ucedal, Montevideo
- Anderson, N. (1963) *The Hobo: The Sociology of the Homeless Man*. University of Chicago Press, Chicago.
- Anselin, L. (1995) "Local indicators of spatial association -LISA" *Geographical analysis* 27. , pp 93-115.
- Anselin, L. et. al. (2006). *GeoDa: An introduction to spatial data analysis*. *Geographical Analysis*, No. 38, pp 5-22.
- Apparicio, P. (2000) "Les indices de ségrégation résidentielle: un outil intégré dans un système d'information géographique", *Cybergeo: European Journal of Geography*, No. 134, Disponible en <http://www.cybergeo.presse.fr>.
- Apparicio, P. et. al. (2013) *An Open-Source Software for Calculating Indices of Urban Residential Segregation*. *Social Science Computer Review*. Publicado online.
- Arguedas (1995) *Los ríos profundos*. Cátedra, Madrid
- Arim, R. (2008) "Crisis Económica, segregación residencial y exclusión social. El caso de Montevideo." En: *Procesos de urbanización de la pobreza y nuevas formas de exclusión social. Los retos de las políticas sociales de las ciudades latinoamericanas del siglo XXI*. Siglo del Hombre Editores, Clacso. e-book.
- Arim, R. y Furtado, M. (2000) *Pobreza, crecimiento y desigualdad: Uruguay 1991-1997*. Informe del Instituto de Economía. Universidad de la República, Montevideo.

- Arnold, M. (1999) "Epistemologías sistémico constructivistas y sus efectos en la investigación social." *Revista sociedad hoy*. Vol 1 Nos 2-3. Universidad de Concepción, Chile.
- Arocena, F. (1996) *Muerte y resurrección de Facundo Quiroga*. Trilce, Montevideo.
- Augé, M. (1995) *Los no lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad.*: Gedisa, Barcelona.
- Badiou, A. (1999) *El ser y el acontecimiento*. Manantial, Buenos Aires.
- Bajtín, M. (1989) *Teoría y estética de la novela*. Trabajos de investigación. Taurus, Madrid.
- Barrán, J. (1989) *Historia de la sensibilidad en el Uruguay*. Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo.
- Barrios, S. (2000) "Las metrópolis al principio del nuevo milenio: una agenda para el debate." En *Repensando a experiencia urbana de América Latina*. . Torres, A. (Comp.). CLACSO, Buenos Aires.
- Barth, F. (Comp.) (1976) *Los grupos étnicos y sus fronteras. La organización social de las diferencias culturales*. FEC, México D.F.
- Barthes, R. (1970) *La aventura semiológica*. Paidós, Buenos Aires.
- Bastida, M. (Coord.) (2006) *Medios de comunicación e inmigración*. CAM, Murcia.
- Bauman, Z. (2000) *Liquid Modernity*. Cambridge: Polity Press, Reino Unido.
- Bauman, Z. (2010) *Confianza y temor en la ciudad: vivir con extranjeros*. Arcadia, Barcelona.
- Baumann, G., Gingrich, A. (comps.) (2004) *Grammars of Identity/Alterity. A Structural Approach*, Berghahn Books, Nueva York.
- Bayce, R. (2010), "Creando inseguridad: modelo para la construcción social de la desmesura" En *En Mallo, S. y Viscardi, N. Seguridad y miedos*. CSIC, Montevideo.
- Bell, D. (1982) *Las contradicciones culturales del capitalismo*. Alianza Universidad, Madrid.
- Benjamin, W. (2007) *Libro de los pasajes*. Akal, Madrid.
- Benveniste, E. (1979) *Problemas de lingüística general*. Siglo XXI, México.
- Berger, P. y Luckmann, T. (1968) *La construcción social de la realidad*. Ed. Amorrortu, Buenos Aires.
- Bericat, E. (1994) *Sociología de la movilidad espacial. El sedentarismo nómada*. Centro de investigaciones Sociológicas, Madrid.
- Bessone, M. (2011) "Exclusao. Excluído e marginalizado". En *Montadon, A. (2011) Hospitalidade. Acolhida do estrangeiro na história e nas culturas*. Senac, San Pablo.
- Bhabha H. (2007) *El lugar de la cultura*. Manantial, Buenos Aires.
- Borja, J. y Castells, M. (1997) *La ciudad multicultural*. Revista La Factoría.
- Borja, J. y Castells, M. (1997) *Local y global*. Taurus, España.
- Bottero, W. (2004) *Class identities and the identity of class*. *Sociology*.
- Bourdieu, P. (1990) *Sociología y cultura*. Grijalbo, México.
- Bourdieu, P. (1991) *La distinción*. Taurus, Madrid.
- Bourdieu, P. (1996) *Cosas dichas*. Gedisa, Barcelona.

- Bourgois, P. (2010) *En busca de respecto. Vendiendo crack en Harlem*. Siglo XXI, Buenos Aires.
- Boyer, R. (1992) *La teoría de la regulación*. Edicions Alfons el Magnànim, Valencia.
- Bryant, A. (2003) "A constructive/ist response to glaser." *Forum cualitative social research* Vol. 4, No. 1. Disponible en <http://www.qualitative-research.net/fqs-texte/1-03/1-03bryant-e.htm>.
- Butler, J. (2007) *El género en disputa*. Paidós, Barcelona.
- Buzai, G. (2014) *Mapas sociales urbanos*. Ed. Lugar, Buenos Aires.
- Caetano, G. (2015) "Una decisión crucial y apratada". En *No a la baja. Un triunfo de la juventud uruguaya*. Fin de Siglo, Montevideo.
- Callejo, J. (1998) *Articulación de perspectivas metodológicas: posibilidades del grupo de discusión para una sociedad reflexiva*. Disponible en <http://www.bib.uab.es/pub/papers/02102862n56p31.pdf>.
- Calvo, J. (1999) *Las necesidades Básicas insatisfechas en Montevideo de acuerdo al Censo de 1996*, FCS, Montevideo.
- Calvo, J. et. al. (2013) *Atlas sociodemográfico de la desigualdad del Uruguay. Las Necesidades Básicas Insatisfechas a partir de los Censos 2011*. Programa de Población, UM, FCS, UDELAR, Montevideo.
- Camarero, L., Oliva, J. (2008). "Exploring the social face of urban mobility: daily mobility as part of the social structure in Spain" *International Journal of urban and regional research*. June 2008, v. 32, iss. 2, pp. 344-62.
- Canales, M. (2014) *Escucha de la escucha*. Lom ediciones, Santiago de Chile.
- Canales, M. (2006) *Metodologías de investigación social, introducción a los oficios*. Lom ediciones. Santiago de Chile.
- Capel, H. González, S. (2003) *La política de escalas en Bilbao.: la construcción sociopolítica de un área*. Biblio 3W, No 486. Disponible en <http://www.ub.es/geocrit/b3w-486.htm>
- Cardeillac, J. (2003) *Vejez y sistema político. Una aproximación a la construcción social de la vejez en el parlamento*. Ponencia presentada en *Jornadas de Investigación Científica de la FCS*, Montevideo.
- Cardeillac, J; Farías, E. Iervolino, A, Noboa, L.; Scuro, L. (2001) *La apropiación juvenil del espacio urbano a través de diferentes generaciones*. Ponencia presentada en el *IV Coloquio de transformaciones territoriales*.
- Castel, R. et.al. (1991) *Espacios de poder*. Ediciones de la Piqueta, Madrid.
- Castells, M. (1979) *La cuestión urbana*. Siglo XXI, Madrid.
- Castells, M. (1983) *La ciudad y las masas. Sociología de los movimientos sociales*. Alianza, Madrid.
- Castells, M. (1996) *La era de la información*. Alianza editorial, Madrid.
- Castells, M., Susser, I (ed) (2001) *La sociología urbana de Manuel Castells. Trabajos seleccionados*. Alianza, Madrid
- CEPAL (2014) *Panorama social de América Latina*. CEPAL, Santiago de Chile
- Charadeau, P.; Mangenau, D. (2005) *Diccionario de análisis del discurso*. Amorrortu, Buenos Aires.

- Cressey PG (1932) *The Taxi-Dance Hall: A Sociological Study in Commercialized Recreation and City Life*. Greenwood Press, New York.
- Crow, G., Allan, G., Summers, M. (2002) Neither busybodies nor nobodies: managing proximity and distance in neighbourly relations. *Sociology*; 36; 127. Sage publications, Londres.
- De Certeau, M. (1999) *La invención de lo cotidiano: artes de hacer*. Universidad Iberoamericana, México.
- De la Peña, G. (2003) "Simmel y la escuela de Chicago en torno a los espacios públicos en la ciudad." *Revista sincronía*, No. 28. Universidad de Guadalajara, México.
- De la Rosa, P. (2007) *Transporte colectivo urbano en Montevideo*. Tesis de maestría.
- Debord (2009) *La sociedad del espectáculo*. SLU Doble J. Sevilla
- Deleuze, G. (1991) *Posdata sobre las sociedades de control en Cristian Ferrer, el lenguaje literario*, T. 2. Ed. Nordan, Montevideo.
- Delgado, M. (2000) *El animal público. Hacia una antropología de los espacios urbanos*.
- Derrida, J. (1995) *Espectros de Marx. El estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva internacional*. Trotta, Madrid
- Derrida, J. (1996) *Cosmopolitas de todos los países, ¡un esfuerzo más!* Cuatro Ediciones, Valladolid
- Derrida, J. (1997) *El monolingüismo del otro o la prótesis del origen*. Manantía, Buenos Aires
- Derrida, J. (1998) *Adios - a Emmanuel Lévinas*. Trotta, Madrid.
- Derrida, J. (2008) *Fuerza de Ley. El fundamento místico de la autoridad*. Tecnos, Madrid.
- Derrida, J., Dufourmantelle, A. (2000) *La hospitalidad*. Ediciones de la flor, Buenos Aires.
- DGEC (1990) *Las necesidades básicas en Uruguay*. DGEC, Montevideo.
- Ducrot, O. (1984) *El decir y lo dicho*. Hachette, Buenos Aires.
- Duncan O. y Hauser P. (1975) *El estudio de la población*. Centro Latinoamericano de Demografía, Santiago de Chile.
- Duncan O., Duncan B. (1955) "A methodological analysis of segregation indexes." *American Sociological Review*, 20, 210–217, Washington DC.
- Dupuy, G. (1995) *Les territoires de l'automobile*. Ed. Anthropos, París.
- Eagleton, T. (2005) *Ideología*. Paidós, Barcelona.
- Egan, K., Anderton, D. y Weber, E. (1998) "Relative Spatial Concentration among Minorities: Addressing Errors in Measurement." *Social Forces* No. 76, 1115-1121. Oxford University Press, Reino Unido.
- Elias, N. (1989) *El proceso de la civilización*. Fondo de Cultura, México DF.
- Elías, N. (1994) *Os Establecidos e os outsiders*. Jorge Zahar (Ed.), Rio de Janeiro.
- Elías, N. (1998) *La sociedad de los padres y otros ensayos*. Norma, Bogotá.
- Elster, J. (1993). *Tuercas y tornillos*. Barcelona: Gedisa.
- Elster, J. (1999) *Alchemies of the Mind: Rationality and the Emotions*. Cambridge University Press, Cambridge.

- Elster, J. (2005) "En favor de los mecanismos". En Revista de Sociología, UAM, Año 19, 57, México.
- Engels, F (1981) "Contribución al problema de la vivienda." En Obras Escogidas de C. Marx y F. Engels, Tomo 3, págs. 314-396. Editorial Progreso, Moscú.
- Escobar, A. (2000) "El lugar de la naturaleza y la naturaleza del lugar. ¿Globalización o postdesarrollo?" En La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas. CLACSO, Buenos Aires.
- Fernandez, A. (1998) "La región latinoamericana en la globalización. Crisis del estado y surgimiento de un nuevo escenario para los territorios concretos." Paper presentado en IV Seminario de la red globalización y territorio, Colombia.
- Filardo, V. (2010) Miedos urbanos en Montevideo. RECSO, V.1, N1, pp 10-34. UCUDAL, Montevideo.
- Filardo, V. (Coord.) (2007) "Usos y apropiaciones de espacios públicos de Montevideo y clases de edad" CSIC, Montevideo.
- Filardo, V. et al. (2002) Tribus urbanas en Montevideo. Nuevas formas de sociabilidad juvenil. Trilce, Montevideo.
- Filardo, V. et al. (2002) Juventudes y relaciones intergeneracionales en cooperativas de Fucvam. Informe de investigación del convenio fcs-udelar-fucvam, Montevideo.
- Filardo, V. et al. (2005) La ciudad. Las múltiples ciudades. DT N° 73 del DS de la FCS, Montevideo.
- Filardo, V. et. al. (2007). "Genética de la inseguridad". En libro Uruguay desde la Sociología V, DS-FCS. Udelar, Montevideo.
- Filardo, V. y Aguiar, S. (2008) "Miedos en la ciudad". En libro "Uruguay desde la Sociología VI", DS-FCS. Udelar, Montevideo.
- Filardo, V. y Aguiar, S. (2009) "Segregación espacial en Montevideo, Posiciones sociales en la ciudad". En libro "Uruguay desde la Sociología VII", DS-FCS. Udelar, Montevideo.
- Filardo, V. y Cabrera, M. (2004) "Accesibilidades en Montevideo." Ponencia presentada en el seminario Montevideo 2004, Facultad de Arquitectura- IMM- Facultad de Ciencias Sociales, Montevideo.
- Focus (2014) Informe análisis percepción de la baja de la edad de imputabilidad. Proderechos, Montevideo.
- Foucault, M. (1979) "Nietzsche, la genealogía, la historia". En Microfísica del poder. Ediciones de La Piqueta, Madrid.
- Foucault, M. (1991) La arqueología del saber. Ed. Siglo XXI, Madrid.
- Foucault, M. (2000) Defender la sociedad. Fondo de cultura económica, Buenos Aires.
- Foucault, M. (2000) Los anormales. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Foucault, M. (2006) Seguridad, territorio y población. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires
- Foucault, M. (2007) Nacimiento de la biopolítica. Fondo de cultura económica, Buenos Aires.
- Fraiman, R. y Rossal, M. (2009) Si tocás pito te dan cumbia. Esbozo antropológico de la violencia en Montevideo. Cebra Comunicación, Montevideo.
- Friedmann J., Wolff, G. (1982) "World city formation: an agenda for research and action." International Journal of Urban and Regional Research, Volumen 6, número 3, 309-344.

- Frisby D. (2007) Paisajes urbanos de la modernidad. Exploraciones críticas. Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires.
- Furbank, P. (2005) Un placer inconfesable o la idea de clase social. Paidós, Buenos Aires.
- García, C. (1997) Imaginarios urbanos. Eudeba, Buenos Aires.
- García, M. (1999) "Las transformaciones actuales del espacio público en el centro urbano de Montevideo." Scripta nova revista electrónica de geografía y ciencias sociales. Universidad de Barcelona, No. 45.
- Garland, D. (2005) La cultura del control, crimen y orden social en la sociedad contemporánea. Gedisa, Barcelona.
- Garrocho C., Campos, J. (2013) Réquiem por los indicadores no espaciales de segregación residencial. Papeles de Población, vol. 19, núm. 77, julio-septiembre, 2013, pp. 269-300. Universidad Autónoma del Estado de México, México.
- Gibbs, A. (1997) Social research update; focus groups. Disponible en <http://www.soc.surrey.ac.uk/sru/sru19.html>
- Giddens, A. (1990) Consecuencias de la modernidad. Alianza, Madrid.
- Girard, R. (1986) El chivo expiatorio. Anagrama, Barcelona
- Glaeser, E. (2001) Racial Segregation in the 2000 Census: Promising News. The Brookings Institution. Survey Series, Washington DC.
- Glaser, B. (s/r) More grounded theory methodology: a reader. En <http://www.groundedtheory.com/soc7.html>
- Goffman, E. (1966) Behavior in public places. Notes on the social organization of gatherings. Free Press, New York.
- Goffman, E. (1970) Ritual de la interacción. Tiempo contemporáneo, Buenos Aires.
- Goffman, E. (1989) La presentación de la persona en la vida cotidiana. Amorrortu, Buenos Aires.
- Goldkuhj, G. (s/r) The grounded theory debate. Disponible en <http://www.ida.liu.se/~gorgo/pres/mgtingtdebate.pdf>
- Gómez, Al. (1983) "La geografía humana: ¿de ciencia de los lugares a ciencia social?" Revista Geocrit, Año VIII, No. 48. Universidad de Barcelona, Barcelona.
- Gómez, N., & Rivas, J. (2011). "Diferenciación residencial de los aglomerados mayores de la región centro de Argentina." Cuadernos De Geografía: Revista Colombiana De Geografía, 21(1), 11 - 26.
- Gottdiener, M., Hutchison, R. (2014) The new urban Sociology. West view Press, Colorado.
- Gravano, A. (1995) Miradas urbanas, visiones barriales. Nordan, Montevideo
- Gravano, A. (2003) Antropología de lo barrial. Espacio, Buenos Aires.
- Griffin, E., Ford, L. (1980) A model of Latin American city structure. Geographical review. 70, pp. 397-422
- Guigou, N. (coord.) (2014) Ciudades, perspectivas y miradas: un estudio socioespacial sobre Manaus y Montevideo. Universidad de la República, Montevideo.
- Habermas, J. (1994) Historia y crítica de la opinión pública. Gg mass media.
- Hall, P. (1966) The World Cities. World University Library, Weidenfeld & Nicolson, London.

- Hall, S. (2014) *Rituales de resistencia, subculturas juveniles. Traficantes de sueños*, Madrid.
- Hall, S., Du Gay, P. (1996) *Cuestiones de identidad cultural*. Amorrortu, Buenos Aires.
- Hannertz, U. (1980) *Exploración de la ciudad. Hacia una antropología urbana*. Fondo de Cultura Económica, México.
- Harris, C., Ullman, E. (1945) *The Nature of Cities*. *Annals of the American Academy of Political and Social Science* Vol. 242, pp. 7-17.
- Harvey D. (1976) *Teoría revolucionaria y contrarrevolucionaria en geografía y el problema de la formación del ghetto*. *Revista Geocrit.* Año I, No 4. Universidad de Barcelona, Barcelona.
- Harvey, D. (1977) *Urbanismo y desigualdad social*. Siglo XXI, México.
- Harvey, D. (1990) *Los límites del capitalismo y la teoría marxista*. Fondo de Cultura Económica, México.
- Harvey, D. (2013) *Ciudades rebeldes. Del derecho a la ciudad a la revolución urbana*. Akal, Madrid.
- Hayward, K. (2004) *City limits: crime, consumer culture and the urban experience*. Glasshouse Press, London.
- Heidegger, M. (1994) *Conferencias y artículos*. Serbal, Barcelona.
- Heidegger, M. (2008) *Identidad y diferencia*. Antropos, Barcelona.
- Heinz, H. (2005) "Las metrópolis en el proceso de globalización." *Revista bibliográfica de geografía y ciencias sociales. Serie documental de geo crítica universidad de Barcelona* Vol. X, No. 563, Barcelona.
- Herin, R. (1982) "Herencias y perspectivas en la geografía social francesa." *Cuadernos críticos de geografía humana*, Año VI, No. 41 Universidad de Barcelona, Barcelona.
- Hernandez (2012) "Activos y estructuras de oportunidades de movilidad. Una propuesta analítica para el estudio de la accesibilidad por transporte público, el bienestar y la equidad" *Revista EURE*, Vol. 38, núm. 115
- Hernández, D. y Rossel, C. (2013) *Tiempo urbano, acceso y desarrollo humano*. PNUD, Montevideo
- Hiernaux, D., Lindon, A. (1997) *¿En qué sentido las desigualdades regionales?* *Revista Eure*, No. 68, IEU -PUC, Santiago de Chile.
- Hilal, M., Sencebe, C. (2002) "Mobilities quotidiennes et urbanite suburbaine." *Espaces et societes*. Dijon, Francia.
- Hilal, M., Sencebe, C. (2003) "Travail et territoires. Confrontation d'approches disciplinaires en economie, histoire et sociologie." *Maison des sciences de l'homme de bourgogne*. Dijon, Francia.
- Honneth, A. (1997) *La lucha por el reconocimiento. Por una gramática moral de los conflictos sociales*. Crítica, Barcelona.
- Hoyt, H. (1939) *The structure and growth of residential neighborhoods in American cities*. FHA, Washington DC.
- Hoyt, H. (1963) *The residential and retail patterns of leading Latin American cities*. *Land economics*, No. 39, 449-454.
- Husserl, E. (2006) *Investigaciones lógicas*. Alianza Editorial, Madrid

- Ibáñez, J. (1979) Más allá de la sociología. El grupo de discusión, teoría y crítica. Siglo XXI, México.
- IDES (2000) “Juventud, activos y riesgos sociales en la reorganización espacial de Montevideo.” Resumen ejecutivo para la intendencia municipal de Montevideo.
- IMM (2012) Directrices departamentales de ordenamiento territorial de Montevideo. IMM, Montevideo.
- IMM (2013) Plan de ordenación y recuperación urbana del barrio Goes. IMM, Montevideo.
- INDEC (1985)
- INE (2015) Estimación de la pobreza por el método del ingreso, año 2014. INE, Montevideo
- INE (2015) Principales resultados de la Encuesta Continua de Hogares 2014. INE, Montevideo.
- INTEC-UNICEF (1999) Infancia y adolescencia en los asentamientos irregulares. INTEC-UNICE, Montevideo.
- Jameson, F. (2001) Teoría de la posmodernidad. Trotá, Madrid.
- Jaramillo, A. (2003) Bogotá imaginada. Narraciones urbanas, cultura y política. Alcaldía mayor de Bogotá, Bogotá.
- Joseph, I. (2002) El transeúnte y el espacio urbano. Gedisa, Barcelona.
- Juncosa, J. (1991) Europa y Amerindia: el indio americano en textos del siglo XVIII. Ediciones ABYA-YALA, Quito.
- Kant, I. (2005) Ensayos sobre la paz, el progreso y el ideal cosmopolita. Cátedra, Madrid.
- Katzman, R. (1987) La heterogeneidad de la pobreza en Montevideo. Revista de CEPAL n° 37. CEPAL, Santiago de Chile.
- Katzman, R. (1996) Marginalidad e integración social en Uruguay. CEPAL, Montevideo.
- Katzman, R. (1999) Segregación residencial y mercado de trabajo en Montevideo. CEPAL, Montevideo.
- Katzman, R. (2008) Seducidos y Abandonados el aislamiento social de los pobres urbanos. Revista de la CEPAL No. 75, 171- 188. CEPAL, Santiago de Chile.
- Katzman, R. (Coord.) (1999) Activos y estructuras de oportunidades. Estudios sobre las raíces de la vulnerabilidad en Uruguay. Cepal, Santiago, 1999
- Katzman, R. et. al. (2003) La ciudad fragmentada: mercado, territorio y delincuencia en Montevideo. Working paper No. 2 del Population Research Center de la Universidad de Texas at Austin.
- Katzman, R. et. al. (2004) La ciudad fragmentada: respuesta de los sectores populares urbanos a las transformaciones del mercado y del territorio en Montevideo. Documento de trabajo del IPES, No. 2. UCUDAL, Montevideo
- Katzman, R., Retamoso, A. (2005) Segregación espacial empleo y pobreza en Montevideo. Revista de CEPAL No. 85. CEPAL, Santiago de Chile
- Katzman, R., Retamoso, A. (2006) Segregación residencial en Montevideo: desafíos para la equidad educativa. Monitor social del Uruguay. Documento de trabajo número 7, IPES, Montevideo.
- Klaczko, J., Rial, J. (1981) Uruguay: el país urbano. Ediciones de la banda oriental, Montevideo.
- Kohan, M. (2004) Zona urbana. Ensayo de lectura sobre Walter Benjamin. Vitral, Buenos Aires.

- Krueger, R. (1991) El grupo de discusión. Guía práctica para la investigación aplicada. Pirámide, Madrid.
- Laclau, E., Mouffe C. (2004) Hegemonía y estrategia socialista. FCE, Buenos Aires.
- Lawler, S. (2005) Introduction, dossier on social class. *Sociology*, 39, 797.
- Lazzarato, M. (2006) Políticas del acontecimiento. Tinta Limón, Buenos Aires
- Lee, D. (1994) Class as a Social Fact. *Sociology*, 28, 397.
- Lefebvre, H. (1972) La vida cotidiana en el mundo moderno, Alianza Editorial, Madrid.
- Lefebvre, H. (1972) La revolución urbana, Alianza Editorial, Madrid.
- Lefebvre, H. (1980) Espacio y política, Eds. 62, Barcelona.
- Lefebvre, H. (1981) De lo rural a lo urbano, Eds. 62, Barcelona.
- Lefebvre, H. (1983) El pensamiento marxista y la ciudad, Universidad Politécnica, Madrid.
- Lefebvre, H. (1969) El derecho a la ciudad. Ed. Península, Barcelona.
- Levinas, E. (2006) Totalidad e infinito. Sígueme, Salamanca.
- Lezama, J. (1993) Teoría social, espacio y ciudad. El colegio de México, México DF.
- Linares, S., Lan, D. (2007) Análisis multidimensional de la segregación socioespacial en Tandil (Argentina) aplicando SIG. *Investigaciones Geográficas*, nº 44 pp. 149-166.
- Lombardi M., Veiga, D. (1988) “La urbanización en los años de crisis en Uruguay.” Presentado en el Seminario sobre la urbanización latinoamericana durante la crisis, Florida International University, Miami.
- Lombardi, M. (1987) “Los horizontes de Montevideo.” Centro de informaciones y estudios del Uruguay (CIESU), documento de trabajo No. 136, Montevideo.
- Lombardi, M. (1994) Un estudio georreferenciado: el Área Metropolitana de Montevideo. Entre el ejercicio de nuevas posibilidades tecnológicas y la búsqueda de explicaciones de los procesos locales, Ciesu, Montevideo.
- Lombardi, M., Veiga, D. (Eds.) (1989) Las ciudades en conflicto. Una perspectiva latinoamericana. Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo.
- Lowy, M. (2002) Walter benjamin, aviso de incendio. Fondo de cultura económica, Buenos Aires.
- Luhmann, N. (1998) Sistemas sociales: lineamientos para una teoría general. Anthropos, Barcelona.
- Lynch, K. (1960) The image of the city. MIT press, Boston.
- Lyotard, JF. (1989) La condición posmoderna. Cátedra, Madrid.
- Lyotard, JF. (1999) La diferencia. Gedisa, Barcelona.
- M. Gottdiener, R. Hutchinson (2014). The New Urban Sociology. Westview Press, Berkeley.
- Macadar, D., Calvo JJ, Pellegrino A. y Vigorito, A. (2002) Segregación residencial en Montevideo: ¿Un fenómeno creciente? Informe final Proyecto I+D. Comisión Sectorial de Investigación Científica (CSIC). Universidad de la República, Montevideo.
- Maffesoli, M. (2004) El tiempo de las tribus: el declive del individualismo en las sociedades de masa. Siglo XXI, México.
- Mallor, R. (1989) “Urban sociology, a trend report.” *Sociology*, 23, 241.

- Manzi, J. y Toudoire, F. (2011) "O estrangeiro. O desconhecido que bate a minha porta", en Montadon, A. (2011) *Hospitalidade. Acolhida do estrangeiro na história e nas culturas*. Senac, San Pablo.
- Margel, G. (2001) "Para que el sujeto tenga la palabra", en *Observar, escuchar y comprender. Sobre la tradición cualitativa en la investigación social*. FLACSO, México.
- Martín, P. (2007) *Cambios en la significación del espacio: la identidad del lugar*. Ponencia presentada al Grupo de trabajo de sociología urbana, IX Congreso español de sociología.
- Massey, D., N. Denton (1988). "The dimensions of residential segregation". *Social Forces*, 67, 281-315.
- Massey D., Denton N., Phua V. (1996) "The dimensions of residential segregation revisited", *Sociological Methods & Research*, 25, 172–206.
- Mateos, P., Aguilar, A. (2013) "Socioeconomic segregation in Latin American cities. A geodemographic application in Mexico city." *Journal of settlements and spatial planning*, Vol. 4, No. 1, 11-25.
- Mauss, M. (2007) *Ensayo sobre el don*. Katz editores, Buenos Aires
- May, T., Perry, B. (2005) *The future of urban sociology*. *Sociology*, 39, 343.
- Mazzei E. y Veiga, D. (1985) "Heterogeneidad y diferenciación social en sectores de extrema pobreza", Documento de trabajo No. 108. CIESU, Montevideo.
- Mazzei, E. (1989) "Los sectores tugurizados en las áreas céntricas de Montevideo: representación de sus necesidades y las vías de satisfacción." Documento de trabajo No. 157. CIESU, Montevideo.
- Melgar, A. (1981) *distribución del ingreso en el Uruguay*. Serie investigaciones, No. 18. Centro Latinoamericano de Economía Humana.
- Merklen, D. (2000) "Vivir en los márgenes." *La lógica del cazador*. En Svampa, M. (2000) *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales*. Biblos. Buenos Aires
- Merton, R. (2003) *Teoría y estructuras sociales*. FCE, México
- Merton, R., Fiske, M. y Kendall, P. (1956) *The Focused Interview. A Manual of Problems and Procedures*. The Free Press, Glencoe.
- Michaud, G. (2011) "Jaques Derrida. Um pensamento do incondicional", en Montadon, A. (2011) *Hospitalidade. Acolhida do estrangeiro na história e nas culturas*. Senac, San Pablo.
- Miles, M. Huberman, A. (1994) *And expanded surcebook: cualitative data analysis*. Sage publications, California.
- Miranda, M. (2003) *Pragmatismo, interaccionismo simbólico y trabajo social. de cómo la caridad y la filantropía se hicieron científicas*. capítulo 5. Departament d'antropologia social i filosofia, urv, Tesis doctoral publicada en <http://www.tdx.cesca.es/>.
- Módenes, JA. (2006) *Movilidad espacial: uso temporal del territorio y poblaciones vinculadas*. Ponencia presentada al X Congreso de la población española: migraciones, movilidad y territorio.
- Mongin, O. (2006) *La Condición Urbana*. Paidós, Buenos Aires.
- Montadon, A. (2011) *Hospitalidade. Acolhida do estrangeiro na história e nas culturas*. Senac, San Pablo
- Montaigne, M. (2013) *Ensayos completos*. Cátedra, Madrid

- Montero, A. S. (2012) *Significantes vacíos y disputas por el sentido en el discurso político: un enfoque argumentativo*. En *Revista Identidades*, No. 3, Año 2, Buenos Aires.
- MSP-ODU-Mides (2013) *II Encuesta mundial de salud adolescente*, Montevideo.
- Mumford, L. (1956) *Historia natural de la urbanización*. Instituto Juan de Herrera, Madrid.
- Muñoz, C. et al. (2012) "A través de ti, travesti". En Riella (comp) *El Uruguay desde la Sociología*, Departamento de Sociología, FCS, UdelAR.
- Muñoz, C., Vigorito, A., Goyeneche, J. (2013) *Población trans en Uruguay. Informe final Proyecto I+D. Comisión Sectorial de Investigación Científica (CSIC)*. Universidad de la República, Montevideo.
- Nardelli, A. y Arnet, G. (2014) *Today's key fact: you are probably wrong about almost everything*. En *The Guardian*, Miércoles 29 de octubre de 2015, disponible en <http://www.theguardian.com/news/datablog/2014/oct/29/todays-key-fact-you-are-probably-wrong-about-almost-everything>
- OIT (2007) *Trabajo decente y juventud*. OIT, Lima.
- Ortí, A. (1986) "La apertura y el enfoque cualitativo o estructural. La entrevista abierta semidirectiva y la discusión de grupo." En García Ferrando, M., Ibáñez, J. y Alvira, F.: *El análisis de la realidad social. Métodos y técnicas de investigación*. Alianza Universidad Textos, Madrid.
- Pahl, R. (1975) *Castells and collective consumption*. *Sociology*, 12, 309.
- Panadero, M. (2000) "La dimensión temporal en la conformación del espacio geográfico leyendo a Milton Santos." *Lecturas geográficas. Homenaje a José Estébanez Álvarez*, en la colección homenajes de la Universidad Complutense, Madrid.
- Park, R. (1967) "Human migrations and the marginal man". En *R. Park: On social control and collective behavior*, The university of Chicago press, Chicago.
- Park, R., Burgess, E. y Mckenzie, R. (1967) *The city*. University of Chicago press, Chicago.
- Pêcheux, M. (2005) "El mecanismo del reconocimiento ideológico" en Žižek, S. (Comp.) *Ideología, un mapa de la cuestión*. FCE, Buenos Aires.
- Pedrossian, E. (2013) *Casavalle bajo el sol*. CSIC, Montevideo.
- Peet, R. (1977) *Radical Geography: Alternative Viewpoints on Contemporary Social Issues* edited. Maaroufa Press.
- Penchaszadeh, A. (2008) "La cuestión del extranjero. Una mirada desde la teoría de Simmel". *Revista colombiana de Sociología*, Num 31, pp 31-47
- Pérez-Agote et al. (2010) *Barrios multiculturales*. Trotta, Madrid.
- PIAI-INE (2013) *Relevamiento de asentamientos irregulares. Primeros resultados de población y viviendas a partir del Censo 2011*. INE, Montevideo.
- PNUD (2000) *Informe Desarrollo Humano en Uruguay 1999*. PNUD, Montevideo.
- Prévôt-Schapira, M. (2000) "Fragmentación espacial y social: conceptos y realidades." *Perfiles latinoamericanos*, Vol. 10, No. 19. FLACSO, México D.F.
- Racine, JB. (1976) *Discurso geográfico y discurso ideológico: perspectivas epistemológicas*.
- Rama, A. (1998) *La ciudad letrada*. Arca, Montevideo.
- Rama, A. et al. (1985) *Cultura urbana latinoamericana*. CLACSO, Buenos Aires.

- Ramírez, J.L. (1998) "Los dos significados de la ciudad o la construcción de la ciudad como lógica y como retórica." *Revista Scripta Nova*, No. 27, Barcelona.
- Reñé, M. (1994) *Estructura interna de Rosario: Aplicación de un modelo. Contribuciones Científicas GAEA 226-236*. Sociedad argentina de estudios geográficos, Argentina.
- Ribeiro, AC. (Comp.) (2000) *Repensando la experiencia urbana de América Latina: cuestiones, conceptos y valores*. CLACSO, Buenos Aires.
- Riol, E., Soja, E. (2003) "Postmetropolis. Critical studies of cities and regions." *Biblio 3W, Revista Bibliográfica de geografía y ciencias sociales*, VOL. VIII, No. 431, Universidad de Barcelona, Disponible en <[HTTP://WWW.UB.ES/GEOCRIT/B3W-431.HTM](http://www.ub.es/geocrit/B3W-431.htm)> [ISSN 1138-9796]
- Rodríguez, G. (2005) "La ciudad como sede de la imaginación distópica: literatura, espacio y control." *Scripta Nova. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*. Vol. IX, No. 181, Universidad de Barcelona.
- Rodríguez, J. (2001) *Segregación residencial socioeconómica: ¿qué es?, ¿cómo se mide?, ¿qué está pasando?, ¿importa?* Serie población y desarrollo, 16, CEPAL, Santiago de Chile.
- Rodríguez, J. y Arriagada, C. (2004) "Segregación residencial en la ciudad latinoamericana." *Revista Eure* (Vol. XXIX, N° 89), pp. 5-24, Santiago de Chile.
- Rorty, R. (1983) *La filosofía y el espejo de la naturaleza*. Cátedra, Madrid.
- Rossal, M. y Fraiman, R. (2012) *De Calles, trancas y botones*. CSIC-Udelar, Montevideo
- Rossel, C. (2013) *Desbalance etario del bienestar: El lugar de la infancia en la protección social en América Latina*. Serie políticas sociales, No. 176. CEPAL, Santiago de Chile.
- Ruppert K., Schaffer, F. (1979) "La polémica de la geografía social en Alemania I: sobre la concepción de la geografía social" *Revista Geocrit*, Año IV, No. 21, Universidad de Barcelona.
- Sabatini, F. (1999) *Tendencias de la segregación residencial urbana en Latinoamérica: reflexiones a partir del caso de Santiago de Chile*. Pontificia Universidad Católica De Chile, Instituto de Estudios Urbanos, Santiago de Chile.
- Sabatini, F. (2003) "La segregación social del espacio urbano en las ciudades de América Latina." *Documentos del Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales, Serie Azul*, No. 35. Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile.
- Sabatini, F. (2004) "Medición de la segregación residencial: reflexiones metodológicas desde la ciudad latinoamericana". En G. Cáceres y F. Sabatini *Barrios cerrados en Santiago de Chile*. Santiago, PUC/Lincoln institute of land policy
- Sabatini, F. et. al (2010) *Tendencias de la segregación en las principales ciudades chilenas: Análisis censal 1982-2002*. Pontificia Universidad Católica de Chile/Instituto Nacional de Estadísticas. Santiago de Chile
- Sabatini, F. et. al. (2008) *Tendencias de la segregación en las principales ciudades chilenas*. INE, Santiago de Chile.
- Sabatini, F. y Sierralta, C. (2006) "Medição da segregação residencial: meandros teóricos e metodológicos e especificidade latino-americana" en Pinto da Cunha, José Marcos (Ed.), *Novas Metrôpoles Paulistas; População, Vulnerabilidade e Segregação*. Nepo-Unicamp, Campinas.
- Sabatini, F., G. Cáceres y J. Cerdá (2001). "Segregación residencial en las principales ciudades chilenas: Tendencias de las tres últimas décadas y posibles cursos de acción." *Revista EURE* Vol. 27, N° 82.

- Safa, P. (1997) "De las historias locales al estudio de la diversidad en las grandes ciudades. Una propuesta metodológica." En Bayardo, L. (Comp.) Globalización e identidad cultural. Ciccus, Buenos Aires.
- Said, E. (2015) Orientalismo. Debolsillo, Madrid
- Sarmiento, D. (2005) Facundo. Cátedra, Madrid
- Sassen, S. (1999) La ciudad global. Eudeba, Nueva York; Londres; Tokio; Buenos Aires.
- Sassen, S. (2003) "Una visita guiada a la ciudad global. Dispersión, centralidad, nuevos movimientos políticos, culturas alternativas, y una pregunta: ¿de quién es la ciudad? Revista Café y ciudades. Año 2, No. 10.
- Sastry, N. Pebley, A., Zonta, M. (2002) Neighborhood definitions and the spatial dimension of daily life in Los Angeles. Working paper series, Rand.
- Schmitt, C. (2005) El concepto de lo político. Alianza, Madrid
- Schroder, G., Breuninger, H. (Comp.) (2005) Teoría de la cultura. Un mapa de la cuestión. Fondo de cultura económica, Buenos Aires.
- Schutz, A. (2003) Estudios sobre teoría social. Amorrortu, Buenos Aires.
- Schutz, A. (2008) El problema de la realidad social. Amorrortu, Buenos Aires.
- Schutz, A., Luckmann, T. (2003) Las estructuras del mundo de la vida. Amorrortu, Buenos Aires.
- Sen, A.K. (1984) Sobre ética y economía. Alianza, Madrid.
- Sen, A.K. (2000) Desarrollo y libertad. Planeta, Barcelona.
- Sennet, R. (1994) Carne y piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental. Alianza, Madrid.
- Sennet, R. (2003) El respeto. Anagrama, Barcelona
- Sennet, R. (2004) Las ciudades norteamericanas: planta ortogonal y ética protestante. En bifurcaciones [online]. No. 1. Disponible en <www.bifurcaciones.cl/001/reserva.htm>. [Issn 0718-1132]
- Serna, M. (Coord.) (2012) Giro a la izquierda y nuevas élites en Uruguay. UCUR, Uruguay.
- Serrano, J. (2007) Movilidad cotidiana y desigualdad social en la ciudad dispersa. IX congreso de la Federación española de sociología.
- Silva, V., Browne, R. (2009) Las ciudades invisibles: heterotopias nomadas y postpatriarcado. Revista Estudio Feministas.
- Simmel, G. (2002) Sobre la individualidad y las formas sociales. Universidad nacional de Quilmes, Argentina.
- Simmel, G. (2005) La metrópolis y la vida mental. En Bifurcaciones [online]. No. 4. Disponible en <www.Bifurcaciones.cl/004/reserva.htm>. [Issn 0718-1132]
- Simmel, G. (2007) De la esencia de la cultura. Prometeo, Buenos Aires.
- Simmel, G. (2015) Sociología. Ensayo sobre las formas de socialización. FCE, México
- Soja, E. (1995) "Postmodern urbanization: the six restructurings of Los Angeles." En Watson, S. y Gibson, K. (Ed.) Postmodern cities and spaces. Blackwell, Oxford.
- Soja, E. (2000) W. Postmetropolis. Critical studies of cities and regions. Blackwell, Oxford.

- Solís, P., Puga, I. (2011) "Efectos del nivel socioeconómico de la zona de residencia sobre el proceso de estratificación social en Monterrey". *Estudios demográficos y urbanos*, Vol. 26, No. 2, 233-265. Colegio de México, México.
- Strauss, A., Corbin, J. (1998) *Basics on cualitative research. Techniques and procedures for developing groned theory*. Sage, California.
- Sutcliffe, B. (1998) *Nacido en otra parte. Un ensayo sobre la migración internacional, el desarrollo y la equidad*. Facultad de ciencias económicas. Hegoa, Bilbao.
- Svampa, M. (2000) *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales*. Biblos, Buenos Aires.
- Tapia, V. (2013) "El concepto de barrio y el problema de su delimitación." *Aportes de una aproximación cualitativa y etnográfica*. *Revista Bifurcaciones* 12, Universidad de Maule.
- Taylor, P. (1977) "El debate cuantitativo en la geografía británica." *Revista Geocrit*, Año I, No. 10. Universidad de Barcelona, Barcelona.
- Therborn, G. (1987) *La ideología del poder y el poder de la ideología*. Siglo XXI, Madrid.
- Thompson, I. (2007) *Una respuesta latinoamericana a la pesadilla del tránsito*. Nueva sociedad, No. 212.
- Tocornal, X. (2005) *Análisis conversacional y grupos de discusión*. Disponible en <http://www.congresoaled2005.puc.cl/pdf/tocornal2.pdf>.
- Tonnies, F. (2011) *Comunidad y asociación*. Biblioteca Nueva, Madrid.
- Trasher, F. (1963) *The gang. A study of 1313 gangs in Chicago*. The University of Chicago Press books, Chicago.
- UCM (1994) *Cuaderno de relaciones laborales, Vol 4*. Universidad Complutense de Madrid, Madrid.
- Urry, J. (2002) *Mobility and proximity*. *Sociology*, 36, 255. Sage publications.
- Urry, J. (2007) *Mobilities*. Polity Press, Malden.
- Valles, M., Baer, A. (2005) *Investigación social cualitativa en España: presente, pasado y futuro. Un retrato*. *Forum cualitative social research*, Vol. 6, Disponible en <http://www.qualitative-research.net/fqs-texte/3-05/05-3-18>.
- Veiga, D. (2000) *Sociedades locales y territorio en el escenario de la globalización*. Facultad de Ciencias sociales, Universidad de la República, Montevideo.
- Veiga, D. (2010) *Estructura social y ciudades en Uruguay: tendencias recientes*. Facultad de Ciencias sociales, Universidad de la República, Montevideo.
- Veiga, D., Rivoir A. (2003) *Desigualdades sociales y segregación en Montevideo*. Facultad de Ciencias sociales, Universidad de la República, Montevideo.
- Veiga, D., Rivoir A. (2004) *Desigualdades Sociales en el Uruguay: Desafíos para las políticas de desarrollo*. Caps. 3 y 4. Facultad de Ciencias sociales, Universidad de la República, Montevideo.
- Vigorito, A. et. al. (2013) *Caracterización socioeconómica de la población trans*. En Muñoz et. al. *Población trans en Uruguay. Informe final Proyecto I+D*. Comisión Sectorial de Investigación Científica (CSIC). Universidad de la República, Montevideo.
- Viscardi, N. (2010) "Jóvenes, prensa, justicia e integración social en conflicto con la ley". En Mallo, S. y Viscardi, N. *Seguridad y miedos*. CSIC, Montevideo.

- Viscardi, N. y Barbero, M. (2011) "Seguridad, medios y construcción de la imagen de peligrosidad en los jóvenes". En VV.AA. El Uruguay desde la Sociología, DS-FCS, Montevideo.
- Wacquant, L. (2001) *Las cárceles de la miseria*. Alianza editorial, Madrid.
- Wacquant, L. (2002) *Parias urbanos*. Manantial, Madrid.
- Wacquant, L. (2007) *Los condenados de la ciudad. Gueto periferias y estado*. S. XXI, Buenos Aires.
- Walton, J. (1993) "Urban sociology: the contributions and limits of political economy." En *Annual Review of Sociology*, Vol. 19.
- Watt, P. (1996) Social stratification and housing mobility. *Sociology*, 30, 533.
- Weber, M. (1987) *La ciudad*. Las ediciones de la Piqueta, Madrid.
- Weber, M. (2004) *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Alianza editorial, Madrid.
- White, M. (1983). "The measurement of spatial segregation". *American Journal of Sociology*, 88.
- White, M. (1986) "Segregation and diversity measures in population distribution", *Population Index*, 52, 198–221.
- Wilkes, R., Iceland, J. (2004). "Hypersegregation in the Twenty-First Century." *Demography* 41:23-36.
- Wirth, E. (1979) "La polémica de la geografía social en Alemania II: la geografía social alemana en su concepción teórica y en su relación con la sociología y la geographie des menschen." *Revista Geocrit*, Año IV, No. 22. Universidad de Barcelona, Barcelona.
- Wirth, L. (2005) *El urbanismo como modo de vida*. En *bifurcaciones* [online]. No. 2. Disponible en <[www. Bifurcaciones.cl/002/reserva.htm](http://www.Bifurcaciones.cl/002/reserva.htm)>. [Issn 0718-1132]
- Wittgenstein, L. (2003) *Investigaciones Filosóficas*. Universidad Nacional Autónoma de México, México DF.
- Wong, D. (1993) "Spatial indices of segregation", *Urban Studies*, 30, 559–572.
- Wong, D. (1996) "Enhancing segregation studies using GIS", *Computers, Environment, and Urban Systems*, 20, 99–109.
- Wong, D. (1999) Geostatistics as measures of spatial segregation. *Urban Geography*, 20, 635–647.
- Wong, D. (2003) "Implementing spatial segregation measures in GIS", *Computers, Environment, and Urban Systems*, 27, 53–70.
- Wong, D. (2005) "Formulating a General Spatial Segregation Measure". *The Professional Geographer*, 57(2), 285–294.
- Woo, H. (2012) Major "Combination-Patterns" of Residential Segregation Based on Five Dimensions of Segregation: Latent Profile Analysis. Johns Hopkins University PAA Preliminary Draft. Published online.
- Zizek, S. (comp) (2005) *Ideología, un mapa de la cuestión*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.